

FLORESTAN FERNANDES

DOMINACIÓN Y DESIGUALDAD: EL DILEMA SOCIAL LATINOAMERICANO

HELOÍSA FERNANDES
(antología y presentación)



CLACSO



siglo veintiuno
editores

Sociología
y
política

Colección Antologías del Pensamiento Social
Latinoamericano y Caribeño

Director de la colección
Pablo Gentili

Coordinadora académica
Fernanda Saforcada

Coordinador editorial
Lucas Sablich

Diseño de la colección
Marcelo Giardino

Dominación y desigualdad:
el dilema social latinoamericano

Florestan Fernandes

Antología y presentación
Heloísa Fernandes



siglo xxi editores, méxico

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310 MÉXICO, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

siglo xxi editores, argentina

GUATEMALA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

anthropos editorial

LEPANT 241-243, 08013 BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

HN110.5A8

F47

2015

Fernandes, Florestan

Dominación y desigualdad : el dilema social latinoamericano /
Florestan Fernandes ; antología y presentación,
Heloísa Fernandes. — México, D. F. : Siglo XXI Editores ;
Buenos Aires : CLACSO, 2015.

251 p. (Sociología y política)
ISBN-13: 978-607-03-0681-5

1. América Latina – Condiciones sociales – Siglo XX. 2. América
Latina – Política y gobierno – Siglo XX. 3. Sociología – América
Latina. 4. Igualdad – América Latina. I. Fernandes, Heloísa, pro-
loguista. II. t. III. Ser

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

Primera edición, 2015

© Siglo XXI Editores, S.A. de C.V.

© Florestan Fernandes

isbn 978-607-03-0681-5

en coedición con

© CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales-

Conselho Latino-Americano de Ciências Sociais

Av. Callao 875, piso 5° C1023AAB Ciudad de Buenos Aires-Argentina

Tel.: (54-11) 4811-6588 Fax: (54-11) 4812-8459

www.clacso.org; clacso@clacso.edu.ar

CLACSO cuenta con el apoyo de la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional (ASDI)



Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ÍNDICE

Florestan Fernandes, un sociólogo socialista	9
<i>Por Heloísa Fernandes</i>	

ANTOLOGÍA DE FLORESTAN FERNANDES

Tiago Marques Aipobureu: un bororo marginado (1945).....	39
La persistencia del pasado (1965).....	81
Patrones de dominación externa en América Latina (1970)	113
El modelo autocrático-burgués de transformación capitalista (1973)	139
En los marcos de la violencia (1980).....	151
Reflexiones sobre las revoluciones interrumpidas (1981).....	195
Apéndice: La escuela y las aulas (1989).....	243
Bibliografía de Florestan Fernandes.....	247

FLORESTAN FERNANDES, UN SOCIÓLOGO SOCIALISTA

*Heloísa Fernandes*¹

PANORAMA DE SU VIDA Y OBRA

Florestan Fernandes y la sociología son como dos caras de la misma moneda. El sociólogo trabajó arduamente en pro de la construcción de la sociología moderna en el Brasil, y la sociología le otorgó reconocimiento y proyección a su existencia. Ninguno de los dos habría sido el mismo sin la presencia del otro, e incluso parecería que ambos estaban mutuamente predestinados.

No en vano en 2005, a 10 años de su muerte, su nombre fue designado para convertirse en el patrono de la sociología en Brasil. De hecho, Fernandes dejó más de 40 libros publicados sobre los más diversos temas, muchos de los cuales son considerados clásicos de la sociología. De esta inmensa obra ya se ha dicho que es fundadora de una nueva interpretación de Brasil,² creadora de

¹ Socióloga. Profesora asociada y docente-libre de la Universidad de São Paulo (USP) y profesora voluntaria en la Escuela Nacional Florestan Fernandes del Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST).

² Véase Octavio Ianni, “Florestan Fernandes e a formação da sociologia brasileira”, en Octavio Ianni (org.), *Florestan Fernandes*, São Paulo, Ática, 1986.

una comprensión brasileña de la sociología,³ constructora de una perspectiva de análisis específicamente sociológica,⁴ creadora de un lenguaje comprometido con el rigor teórico y metodológico,⁵ y que “sin hacer referencia a su obra es imposible entender el Brasil contemporáneo con la misma agudeza y precisión”.⁶ Como hacen los fundadores, Fernandes inventó una matriz de interpretación, fundó un estilo de trabajo y ejerció su oficio como una vocación o, incluso, como una misión. Con la generosidad de los sabios, Antonio Candido, su gran amigo, afirmó que la integridad extraordinaria y la conciencia intelectual y política hacen de Fernandes “el hombre más eminente de mi generación”.⁷

La grandeza del hombre y de la obra desafía a quien pretenda presentarlos. No pienso ni quiero hacerlo. Prefiero tomar un único hilo conductor y seguir adelante. Ya he encontrado a quien dijera una verdad simple, pero profunda: que se trata de una *obra en primera persona*, escrita y pensada con fuertes marcas autobiográficas.⁸ De hecho, el mismo Fernandes afirmó que

[...] inicié mi aprendizaje a los seis años, cuando tuve que ganarme la vida como si fuera un adulto. Jamás habría llegado a ser el sociólogo en el que me convertí sin mi pasado y sin la socialización pre y extraescolar que recibí a través de las duras lecciones de la vida.⁹

³ Véase José de Souza Martins, *Florestan, sociologia e consciência social no Brasil*, São Paulo, EDUSP, 1998.

⁴ Véase Gabriel Cohn, “O ecletismo bem temperado”, en Maria Ângela D’Incao (org.), *O saber militante*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1998.

⁵ Véase Fernando Henrique Cardoso, “A paixão pelo saber”, en Maria Ângela D’Incao (org.), *O saber militante, ensaios sobre Florestan Fernandes*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1998.

⁶ José de Souza Martins, *Florestan, sociologia e consciência social no Brasil*, op. cit., p. 23.

⁷ Antonio Candido, *Florestan Fernandes*, São Paulo, Editora Fundação Perseu Abramo, 2001, p. 32.

⁸ Véase Pinto Freitas, “A sociologia em questão”, en *Ideáis*, Campinas, Unicamp, año 4, No. 1/2, enero-diciembre de 1997.

⁹ Florestan Fernandes, *A sociologia no Brasil*, Petrópolis, Vozes, 1977, p. 142.

Su experiencia del mundo comenzó a ser tejida en aquella infancia que prácticamente no tuvo.

Nació en la ciudad de São Paulo en julio de 1920, cuando la ciudad, gracias a la riqueza propiciada por la exportación de café, iniciaba su proceso de urbanización. Fue hijo natural de Maria Fernandes, una campesina analfabeta.¹⁰ A fines del siglo XIX, aún siendo niña, su madre había emigrado con su familia desde la zona rural del Miño, en Portugal, rumbo a las haciendas de café, en el interior del estado de São Paulo, y nunca olvidó la abundancia de los sacos de arroz, fríjoles y maíz con que se recibía a los colonos inmigrantes que venían a reemplazar a los negros, recién liberados de la esclavitud y condenados al más cruel abandono.¹¹

Fernandes nació en la casa de una familia pudiente para la cual su madre, recién llegada del campo, trabajaba como empleada doméstica. Sus patronos fueron los padrinos de bautismo de su hijo y, gracias a esas casualidades que marcan algunos destinos, el niño conoció el estilo de vida de la elite urbana, en la cual la patrona hablaba francés y tocaba piano. Al igual que muchos niños negros de la época, Florestan también fue una “cría de la casa” de las familias de la elite de la capital paulista de comienzos del siglo XX y vivenció la misma experiencia de socialización del paternalismo blanco que él mismo describiría con tanta sensibilidad, afirmando que se trata de una experiencia que afecta el horizonte cultural de estos niños, generándoles el deseo de “ser gente”, lo que explicaría por qué se rehúsan a aceptar un “tratamiento

¹⁰ Como diputado de la Asamblea Nacional Constituyente de 1986, Florestan Fernandes propuso la enmienda que garantiza la igualdad de derechos y prohíbe todo tipo de discriminación contra los hijos adoptivos o nacidos fuera del matrimonio. (Eliane Veras Soares, *Florestan Fernandes, o militante solitário*, São Paulo, Cortez, 1997, p. 111).

¹¹ Arrojado al trabajo libre sin que el Estado, la Iglesia o alguna institución asumiera cualquier tipo de responsabilidad por su mantenimiento y seguridad, el liberto se convirtió en amo y señor de sí mismo, responsable por su persona y por sus descendientes, despojado de los medios materiales y morales para realizar tal proeza, razones por las cuales la Abolición adquirió el carácter de la más extrema expoliación y de una atroz ironía. (Florestan Fernandes, *A integração do negro na sociedade de classes*, São Paulo, Dominus, 1965, vol. 1, p. 1).

indigno” y sus “ansias incontenibles de mejorar de vida, de querer ascender, aceptando todos los sacrificios en pro de la mejora de su educación por creer que sus esfuerzos serán recompensados”. Un sueño de ascensión cuyo precio es “tener que aceptar fríamente el mundo en el que vivimos tal cual es [...] dejando para el futuro lejano la transformación de la mentalidad de los ‘blancos’ o del orden social”, pues la lucha insana para salir individualmente “del fondo del pozo” en el que se encuentran exige que renuncien a todo “intento de modificar estructuralmente la situación colectiva”.¹²

Pero Florestan fue “cría de la casa” por poco tiempo. Cuando su madre abandonó el empleo para intentar ganarse la vida de modo autónomo, lavando ropa ajena, el niño comenzó a vivir en casas de inquilinato, en sótanos y en habitaciones alquiladas. Es en aquel momento, como él bien dice, que conoce “el lado trágico de la vida de São Paulo [...] de modo que, cuando estu- dié al negro, había mucho de mi propia experiencia. No era una experiencia contada”.¹³

A los seis años comienza a hacer *changas* a cambio de propi- nas, en las barberías y en pequeños comercios, hasta descubrir que podía ganar dinero como lustrabotas. Entonces decide dis- putar por la fuerza¹⁴ su lugar de trabajo. A los ocho años, cuando la situación familiar empeora, el lustrabotas abandona la escuela después de sólo tres años de enseñanza elemental.

El niño “cría de la casa” quebró el horizonte del analfabe- tismo de su madre, adquirió curiosidad, amor por los libros¹⁵ y

¹² Florestan Fernandes, *A integração do negro na sociedade de classes*, op. cit., v. 2, p. 139.

¹³ Florestan Fernandes, “Florestan Fernandes, a pessoa e o político”, entrevista en *Nova Escrita Ensaio*, año IV, No. 8, São Paulo, Escrita, 1980b, p. 11.

¹⁴ Pequeño y delgado, fue expulsado de su lugar en la calle por un niño más grande y fuerte; decidió enfrentar al bravucón colocando hojas de afeitar en el doblez de la suela de sus botas. De esa manera logró ganar la lucha, que disputó a pun- tapiés.

¹⁵ “Las personas me daban libros. Es algo muy curioso, siempre recibí muchos li- bros [...] los clientes conversaban conmigo y notaban mi interés [...] y me daban

un intenso deseo de “ser gente”. Como un teniente negro que él mismo entrevistara, sabía que debía estudiar con frenesí, convertirse en un autodidacta, ocupar las bibliotecas públicas todo el tiempo del que dispusiera, leer todo lo que llegase a sus manos, pues “si otros podían pasar por la vida sin saber mucho, él [...] difícilmente pasaría si no supiera todo, todo”.¹⁶

Viviendo al acaso, comiendo cuando era posible, sufriendo humillaciones, en las calles Florestan conoció la experiencia de la exclusión, de la violencia y del prejuicio, temas distintivos de su obra sociológica. Aprendió de las duras lecciones del hambre, del miedo y del desamparo.¹⁷ Como sociólogo, nunca idealizó la pobreza a la cual, por el contrario, quería superar, y sus alumnos se cansaron de escucharlo decir que sólo se convierte en sociólogo quien desea algo socialmente, es decir, quien tiene un deseo colectivo.

De hecho, no se puede separar a Fernandes de su historia, la cual comenzó alrededor de sus seis años: cuando el pequeño aprendiz de sociólogo imaginó que construiría una salida para sí mismo, terminó encontrando en la sociología los caminos que defendería para todos los suyos, es decir, para los trabajadores libres y semilibres, que es como nombraría no sólo a los campesinos, sino a todos los pobres, indios, negros e inmigrantes que, como le sucedió a él, viven en los intersticios, en los espacios vacíos y en

libros”. (Florestan Fernandes, “Florestan Fernandes, a pessoa e o político”, *op. cit.*, p. 11).

¹⁶ Florestan Fernandes, *A integração do negro na sociedade de classes*, *op. cit.*, v. 2, p. 243.

¹⁷ A Florestan le gustaba contarnos, a su familia, cuán inteligente era al devolver las monedas que su madrina dejaba por toda la casa, sólo para probar su honestidad. Como lustrabotas le mentía a su madre y escondía en los zapatos algunas monedas, pero no para gastarlas, sino para “dosificar el ingreso de dinero en casa. Había días en los que no había trabajo y no quería someter a la familia a privaciones” (Florestan Fernandes, “Florestan Fernandes, a pessoa e o político”, *op. cit.*, p. 16). Ardid de niño frente a mundos tan drásticamente diferentes de los adultos: como “cría de la casa” devolvía las monedas, mostrándose astuto; como “niño al acaso”, se veía obligado a esconderlas, por “prudencia anticipada”.

las zonas de transición de las ciudades, la “gentuza”, para la cual la condición obrera constituye una verdadera ascensión social.

El paso decisivo del aprendiz de sociólogo lo dio cuando, a los 17 años, decidió retomar la educación formal y se inscribió en el curso nocturno de madurez, gracias al cual, tres años más tarde, tuvo la posibilidad de disputar una vacante en la universidad. En 1941 resultó aprobado para cursar Ciencias Sociales en la Facultad de Filosofía de la Universidad de São Paulo, que es pública y gratuita. Ingresó a una facultad recién inaugurada (1934), en la cual casi todo aún se encontraba en un estado de efervescente construcción y los profesores provenientes de Francia, que casi no hablaban portugués, daban clases en francés.¹⁸

La universidad forma parte de un complejo contexto social y político signado por la crisis de la oligarquía cafetalera paulista, por la intensa urbanización de la ciudad y por la creciente industrialización. Es en este marco, en el cual un proyecto liberal asumido por una facción de la elite dominante comenzaba a construir una hegemonía intelectual y moral marcada por la defensa de la ciencia, de cierta democratización de la enseñanza y de la universidad, que nace su hija dilecta.¹⁹ Formalmente proclamada para funcionar según los criterios académicos de selección, evaluación y promoción, la universidad es una institución que incentiva el mérito y la capacidad individual en una sociedad en la cual la riqueza, y principalmente el origen familiar, continúan decidiendo quién “es gente”.

Por sobre todo, Fernandes ingresó en una facultad en la que trabajaba el educador Fernando de Azevedo, animado por el ideal de formar una elite dirigente reclutada entre los más capaces, independientemente de su origen social.

¹⁸ Además de las enormes deficiencias de su formación intelectual, Fernandes encontró esta otra barrera, que era la de una lengua que a duras penas comprendía.

¹⁹ Véase Sylvia Gemignani Garcia, *Destino impar: sobre a formação de Florestan Fernandes*, São Paulo, Editora 34, 2002.

Recién egresado de los cuadros mentales de la cultura *folk*,²⁰ Florestan Fernandes asciende al “mundo de los letrados” y al proyecto de democratización de la sociedad por la vía de la educación, que él acaba de encarnar. En el fondo, solamente un sujeto como él, dispuesto a los peores sacrificios que sólo la ideología del mérito es capaz de imponer, podría haber asumido con tanta convicción la cara más utópica y generosa del radicalismo burgués.²¹ Los ideales encontraron a su sujeto e incluso produjeron un mito. Hoy en día, más de 60 años después de aquel evento, no es casual que, en una sociedad que continúa siendo tan escandalosamente injusta y excluyente como la brasileña, Fernandes se haya convertido en una especie de héroe. Para la elite, él es una prueba de que constituimos una sociedad abierta al mérito y dispuesta a reconocer a los más capaces, pues “la pobreza no le sirvió de pretexto para no estudiar, para desmerecer la educación formal”.²² En lo que respecta a los movimientos populares y a los trabajadores, muchos se enorgullecen de Florestan Fernandes como un hombre del pueblo que venció tantas adversidades, fue reconocido por los “de arriba”, pero no se dejó corromper ni cooptar.²³

²⁰ Florestan Fernandes, *A sociologia no Brasil*, *op. cit.*, p. 161.

²¹ Fernandes se convirtió en un férreo defensor de la educación pública universal, laica y gratuita por la cual luchó en varios frentes desde la década de 1950. En 1987, como diputado federal de la Asamblea Nacional Constituyente, defendió la postura de que el sistema público de enseñanza debería ser capaz de lograr la revolución cultural desde la escuela (Eliane Veras Soares, *Florestan Fernandes, o militante solitário*, *op. cit.*, p. 109). Hoy en día, muchas escuelas públicas de nivel primario llevan su nombre a lo largo y a lo ancho de todo Brasil, especialmente en los barrios pobres de los suburbios de las ciudades. En las escuelas del Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST) se acostumbra colocar carteles con una frase atribuida a Florestan Fernandes: “Hagamos la revolución en las aulas, que el pueblo la hará en las calles”.

²² Argumento presentado por el diputado federal Celso Russomano, del Partido Social Demócrata Brasileño (PSDB) para justificar el Proyecto de Ley de 2005 que declara a Florestan Fernandes patrono de la sociología brasileña.

²³ Existe en la “literatura de cordel”, que es una de las formas de expresión de la cultura popular brasileña, un poema dedicado a él que se llama “Florestan Fernandes, el lustrabotas que se transformó en sociólogo”. Véase José Pessoa Araújo, *Florestan Fernandes, o engraxate que se tornou sociólogo*, São Carlos, Editora da Universidade, 1996.

Aún siendo alumno, Fernandes reveló su vocación por la investigación de campo y por el trabajo de reconstrucción histórica. Comenzaba a nacer un sociólogo para quien la explicación y la interpretación sociológicas se asientan sobre el rico material empírico e histórico de investigación. Aún como estudiante universitario aceptó la invitación de Fernando de Azevedo para ser su asistente. Al mismo tiempo, cursaba estudios de posgrado en la Escuela de Sociología y Política, adonde fue a buscar calificación para realizar una investigación de campo y formación en la bibliografía norteamericana. Ascendió rápidamente en el escalafón universitario: la maestría, *La organización social de los tupinambá*, en 1947; el doctorado, *La función social de la guerra en la sociedad tupinambá*, en 1951, y la libre docencia, *Ensayo sobre el método de interpretación funcionalista en la sociología*, en 1953. A comienzos de la década de los cincuenta trabajaba con Roger Bastide en la investigación sobre relaciones raciales en Brasil. En 1952 reemplazó en su cátedra al profesor Bastide, que regresó a Francia, e inició el período de mayor prestigio de su producción académica:

[...] yo estaba dispuesto a luchar contra cualquiera que dijera que no somos capaces de imponer nuestra marca en la sociología. Al antiguo símbolo de *made in France*, yo pretendía oponerle el de *hecho en Brasil*. No estaba buscando una estrecha “sociología brasileña”, sino que pretendía implementar y formar patrones de trabajo que nos permitieran alcanzar nuestro modo de pensar sociológicamente y nuestra contribución a la sociología.²⁴

Durante casi 15 años (de 1955 a 1969) dirigió un grupo de sociólogos, que sería conocido por el nombre de Escuela Paulista de Sociología, del cual forman parte, por ejemplo, Fernando Henrique Cardoso, Octavio Ianni, Luiz Pereira, Gabriel Cohn y José de Souza Martins.

²⁴ Florestan Fernandes, *A sociologia no Brasil*, op. cit., p. 178, énfasis original.

En 1960, Fernandes parece convencido de que el futuro se dirige rumbo al “orden social planificado” y de que la sociología puede serle “tan útil al hombre en la transición del orden social competitivo hacia el orden social planificado, como en la construcción y el perfeccionamiento indefinidos de esta última”.²⁵ Orgulloso del estatuto de “ciencia reina” que le atribuyó a la sociología a causa de su calificación para realizar el diagnóstico científico de los problemas sociales y proponer las debidas técnicas de cambio social provocado, decidió modificar la famosa frase de Hans Freyer: en lugar de “sólo ve algo socialmente quien quiere algo socialmente”,²⁶ sería mejor decir que “sólo quiere algo socialmente quien ve algo sociológicamente”.²⁷ En Brasil, los necesarios “cambios de base” tienen que causar impacto sobre el crecimiento económico, sobre la expansión tecnológica, y principalmente sobre la *democratización del poder*.²⁸ Para él, la cuestión central nunca fue el desarrollo, sino la democracia. “Si el desarrollo se acelerara y el proceso de democratización no se acelerara, no habría una ganancia real”.²⁹

²⁵ Florestan Fernandes, *A sociologia numa era de revolução social*, 2ª edición ampliada, Rio de Janeiro, Zahar, 1976, p. 108. Estamos en la década en la que el mapa latinoamericano estaba ocupado por la CEPAL, la Alianza para el Progreso, la Revolución Cubana. En las ciencias sociales dominaban las ideas de planificación estatal, diagnóstico de los problemas sociales, técnicas de control social y cambio social provocado. Es cuando Fernandes, lector precoz de Karl Mannheim, refuerza sus lazos de filiación con este autor, con una vasta obra en defensa de la planificación, de la universalización de la educación democrática y del papel de los intelectuales como mediadores de la contradicción entre capital y trabajo. Para Fernandes, Mannheim fue un “socialista rosáceo”, en busca de un tercer camino que conciliara socialismo y democracia. (Florestan Fernandes, *A condição do sociólogo*, São Paulo, Hucitec, 1978, p. 19).

²⁶ Hans Freyer, *La sociología, ciencia de la realidad*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1944.

²⁷ Florestan Fernandes, *A sociologia numa era de revolução social*, *op. cit.*, p. 96.

²⁸ *Ibid.*, p. 267.

²⁹ Florestan Fernandes, *A natureza sociológica da sociologia*, São Paulo, Ática, 1980a, p. 28. Evaluando este período, Fernandes aclara que “la idea de una ‘revolución democrática’ representaba una hipótesis necesaria, a la cual no podíamos escapar” (Florestan Fernandes, *A sociologia no Brasil*, *op. cit.*, p. 199).

En abril de 1964 defendió su última tesis académica, *La integración del negro en la sociedad de clases*, en la cual somete los datos de la investigación sobre relaciones raciales a interpretación. Intentó combinar el análisis sincrónico con el análisis diacrónico, acompañando la disgregación del régimen servil y la emergencia del orden social competitivo, es decir, capitalista, pero bajo la fuerte persistencia de la concepción tradicionalista del mundo.³⁰ Insiste en aclarar que

[...] la elección del orden social competitivo, como foco de referencia de las observaciones, no nace de alguna convicción del autor de que aquélla se trata de un orden social natural o de que proporcionará las soluciones efectivas para el dilema racial brasileño.³¹

Con el título de catedrático, Fernandes alcanza el punto máximo de su carrera universitaria en el mismo momento en el que la dictadura militar interrumpe brutalmente 18 años de vida democrática en Brasil. Él, que había luchado contra la dictadura de Getúlio Vargas, que había sido militante de un pequeño partido trotskista, que estaba en la lucha de resistencia contra la dictadura de Salazar, asume posiciones firmes en defensa de la democracia, de la autonomía universitaria y de la dignidad del intelectual, transformando “su enorme reputación como sociólogo y la cátedra que ocupaba en la Universidad de São Paulo en una pequeña fortaleza contra la dictadura”.³² En la universidad, la escisión entre la derecha y la izquierda facilitó la instauración de un sumario policial-militar que convocó a varios profesores a declarar. Entre ellos se encontraba Florestan Fernandes, quien terminó detenido, por algunos días, en septiembre de 1964. En 1965, muy vigilado por la dictadura, aceptó el consejo de sus amigos de alejarse y se embarcó rumbo a los Estados Unidos, para

³⁰ Florestan Fernandes, *A integração do negro na sociedade de classes*, op. cit., vol. 1, p. XII.

³¹ *Ibid.*, p. XIII.

³² Eliane Veras Soares, *Florestan Fernandes, o militante solitário*, op. cit., p. 150.

dar clases en la Universidad de Columbia. A su regreso, en 1966, participó activamente en la lucha contra la dictadura y, durante una entrevista a la prensa, incitó a la población civil a asumir la lucha de resistencia, recurriendo a las armas, si fuera necesario.

Tengo la impresión de que este período que va del 64 al 68 fue el período de verdadera maduración de la lucha por una democracia real en Brasil [...] realmente la sociedad brasileña vivió, en ese corto período, la llamada fase prerrevolucionaria que algunos habían iniciado a comienzos de la década de los sesenta. Sin embargo, la experiencia fue vivida por fuerzas muy reducidas; en realidad, sólo los sectores realmente radicales, pero politizados, de la clase media, algunos elementos de origen sindical y muchos estudiantes se comprometieron con el proceso. [...] Nosotros perdimos mucho, porque si la dictadura hubiera sido combatida por un conjunto mayor de fuerzas, lo que habría salido de allí sería una evolución en el sentido de destrozarse, de una vez por todas, la democracia restringida.³³

La lucha quedó trabada, los defensores de la democracia fueron derrotados. Victoriosa, la dictadura asumió su faz más duramente represiva. En abril de 1969 Florestan Fernandes se encontraba en la primera lista de los destituidos y compulsivamente jubilados por la dictadura. Poco después, dos de sus asistentes con más títulos tuvieron el mismo destino: Octavio Ianni y Fernando Henrique Cardoso.

A los 48 años de edad, Fernandes estaba siendo expulsado de aquel mundo que se había transformado en la razón de su vida. Impidiéndole trabajar como profesor o en cualquier otra actividad, la dictadura le estaba quitando su soporte institucional,³⁴ obligándolo a vivir la experiencia del hombre marginado, de un

³³ Florestan Fernandes, “Florestan Fernandes, a pessoa e o político”, *op. cit.*, p. 32.

³⁴ Miriam Cardoso, “Sobre a teorização do capitalismo dependente em Florestan Fernandes”, en Osmar Fávero (org.), *Democracia e educação em Florestan Fernandes*, Niterói, EDUFF, 2005, p. 193.

modo semejante al del aborigen bororo Tiago Marques Aipobureu, sobre quien él había escrito cuando aún era un joven de 25 años.³⁵

Fernandes eligió el exilio y aceptó la invitación para dar clases en la Universidad de Toronto, en Canadá. Se embarcó solo, sin su familia, en ese mismo año, 1969.³⁶ Muy bien recibido, logró obtener el cargo de profesor titular, pero el hecho es que para él, el exilio significaba vivir arrancado de su país, de su lengua, de sus sueños y de sus luchas. Él mismo dirá que “retirado de su ambiente, el intelectual no tiene vida; es una planta de invernadero que muere precozmente”.³⁷ Su exilio se transformó en un período de vida dramático, que preparó la eclosión hacia lo nuevo. Dos textos dan testimonio de la ruptura. El primero, de 1969, *Sociólogos: ¿los nuevos mandarines?*, escrito cuando llegó a Canadá, en el que afirma “yo soy, al mismo tiempo, sociólogo y socialista”, aunque la sociología permanezca como el verdadero centro de referencia de su discurso.³⁸ El otro, *La generación perdida*, escrito al regresar a Brasil, pero inmerso en la experiencia del exilio. En un análisis implacable, Fernandes quiere saber dónde nosotros los socialistas fallamos y hacia dónde nos dirigimos. En el centro de su discurso ya no está la sociología, sino el pueblo:

[...] debemos colocarnos al servicio del pueblo brasileño, para que éste adquiera [...] la conciencia de sí mismo y pueda desencadenar, por su propia cuenta, la revolución nacional que instaure en Brasil un orden social democrático y un Estado fundado en la dominación efectiva de la mayoría.³⁹

³⁵ Para un bello análisis de las semejanzas y diferencias entre las dos biografías véase Maria Arminda Arruda, *Metrópole e cultura: São Paulo no meio século XX*, Bauru, EDUSC, 2001, pp. 303-313.

³⁶ Casado, Fernandes tuvo seis hijos. Casi todos estábamos, en esa época, saliendo de la adolescencia, con compromisos asumidos en Brasil. Yo, la mayor, ya estaba casada y asistía a la Facultad, y otras dos hermanas ya estaban comprometidas.

³⁷ Florestan Fernandes *A condição do sociólogo*, op. cit., p. 27.

³⁸ *Ibid.*, p. 268.

³⁹ *Ibid.*, p. 214.

En Canadá dedicó su tiempo libre a estudiar la revolución socialista de Rusia, de China y de Cuba. Fue así como liquidó

[...] las últimas dudas y todas las esperanzas: dentro del capitalismo en América Latina sólo existen salidas para las minorías ricas, para las multinacionales, para las naciones capitalistas hegemónicas, y su superpotencia, los Estados Unidos, [...] no le ofrece alternativas a la mayoría [...]. Yo estaba listo para escribir la última parte de *La revolución burguesa en Brasil*.⁴⁰

En 1972 abandonó la nieve de Canadá para sumergirse en las tinieblas de la dictadura Médici (1969-1974). Para no exiliarse de sí mismo se adaptó, aunque mal, a la existencia aprisionada, aislada y solitaria de la vida familiar en São Paulo. Se conformó con su “jaula de oro” o con “su bella prisión”, como él decía, que le fue impuesta por la dictadura hasta 1977.

Aunque prisionero y aislado, fue allí, en su despacho, donde, volviendo a habitar su lengua y los ideales de su gente, Fernandes se puso a escribir su obra más comprometida, entre la cual se encuentran la tercera parte de *La revolución burguesa en Brasil* (1975), *Circuito cerrado* (1976), *De la guerrilla al socialismo: la Revolución Cubana* (1979), *Poder y contrapoder en América Latina* (1981), *¿Qué es la revolución?* (1981), etc. Ahora, el socialista y el sociólogo estaban definitivamente fusionados en el mismo texto y su proyecto era “vincular la sociología como ciencia al socialismo como movimiento político revolucionario”.⁴¹ Además, aunque sus observaciones continuaban siendo fuertemente nacionales, sus referencias a América Latina se ampliaron, tanto en la temática como en los interlocutores.⁴²

⁴⁰ *Ibid.*, p. 203.

⁴¹ Florestan Fernandes, *A natureza sociológica da sociologia*, op. cit., p. 15.

⁴² El exilio es una experiencia vivida por miles de intelectuales latinoamericanos en este período. Aún está por hacerse un análisis del impacto de las dictaduras militares en la reconstrucción del horizonte intelectual latinoamericano. El hecho es que hubo una radicalización intelectual y política a partir de esa época. Fernandes, por ejemplo, fortaleció su diálogo con otros intelectuales latinoame-

A partir de 1980, la oposición a la dictadura avanzó y comenzó cierta liberalización del régimen. Fernandes retomó algunas actividades públicas: cursos de postgrado en universidades católicas y, desde 1984, la actividad en la que realizó su vocación intelectual, la de publicista, especialmente una columna semanal en la gran prensa. Allí fue donde Fernandes encontró su mejor arma de combate contra la dictadura y el capitalismo salvaje; fue como construyó una tribuna de divulgación de su interpretación de la sociedad brasileña y del tipo de república que soñaba para Brasil, contribuyendo con la formación de una comunidad de izquierda que avanzó, cohesionada, en la lucha por la apertura democrática y por la Constituyente.⁴³

En el fondo, cada artículo surgía como si estuviera escribiendo cartas a los lectores, quitándome la piel de sociólogo a cambio del papel de publicista, sosteniéndome tenazmente de las causas de las clases oprimidas, de la óptica socialista de la lucha de clases y de la difusión de la desobediencia civil como puntapié inicial de una revolución democrática de cuño proletario y popular.⁴⁴

La lucha del publicista desembocó en su candidatura para diputado federal de la Asamblea Nacional Constituyente de 1986, por el Partido de los Trabajadores (PT), fundado en 1980. En el lanzamiento de su candidatura asumió el compromiso de defender las causas y movimientos que le dieron sentido a su vida, como la campaña para el fortalecimiento de la escuela pública y los movimientos por las reformas de base; prometió empeñarse en la defensa de medidas socialistas; combatir las iniquidades económicas, sociales y políticas; luchar por la igualdad racial, pro-

ricanos, como Orlando Fals Borda (Colombia), Aníbal Quijano (Perú), Pablo González Casanova (México), Jules Le Riverend (Cuba), José Nun (Argentina), con quien convivió en Canadá, y muchos otros.

⁴³ Los artículos fueron publicados en el libro *Que tipo de república?* (1986).

⁴⁴ Florestan Fernandes, *Que tipo de república?*, São Paulo, Globo, 2007, p. 23.

poniendo medidas de tenor compensatorio, etc.⁴⁵ Electo, luchó bravamente, junto con sus 15 compañeros de bancada, para ver aprobadas las leyes que podrían servir de base para la construcción de una *democracia de la mayoría*, mientras comprobaba que, por el contrario, la mayoría de los constituyentes votaba contra la reforma agraria, la reforma urbana, la existencia de la exclusividad de asignación presupuestaria pública para la enseñanza pública... En suma, que a la hora de la verdad, nuevamente no estábamos creando las bases mínimas para la existencia de una “sociedad civil civilizada”.⁴⁶ Electo para un segundo mandato por el mismo PT, cuestionó los rumbos de un partido que hacía de la lucha electoral su principal cometido; señaló los riesgos de la burocratización interna y de la cooptación, y temió estar pareciéndose a los “partidos socialdemócratas que se identifican con el ‘socialismo de la cohabitación’, instrumental para la reforma capitalista del capitalismo”.⁴⁷

Florestan Fernandes fue innumerables sujetos. Su vida estuvo signada por logros y victorias, pero también por el miedo, la inseguridad, la desesperación. Si bien se perdió por el camino, lo cierto es que recuperó su destino, enfrentando las circunstancias de su vida con coraje, imaginación y mucha dignidad.⁴⁸

⁴⁵ Florestan Fernandes, *Pensamento e ação: o PT e os rumos do socialismo*, São Paulo, Globo, 2006, pp. 140-160.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 231.

⁴⁷ Florestan Fernandes, *O PT em movimento*, São Paulo, Cortez, 1991, p. 75. Hijo de un mundo en el cual la palabra *revolución* se volvió la clave significativa del discurso de la izquierda, Fernandes se mantuvo dentro de un horizonte cultural en el cual el imperialismo norteamericano le colocaba el cerco capitalista al mundo socialista; fue de los primeros en leer e incorporar las tesis del Consenso de Washington a sus análisis sociológicos y asistió a la caída del Muro de Berlín con la convicción de que esa transformación afectaría el equilibrio de las acomodaciones, las contradicciones y los conflictos mundiales. Con relación a América Latina, estaba convencido de que habría una redefinición estratégica de la geopolítica de la dominación norteamericana, y lo ejemplificaba con el caso de Colombia y el narcotráfico (Florestan Fernandes, *Democracia e desenvolvimento*, São Paulo, Hucitec, 1994, p. 91).

⁴⁸ Fernandes falleció en 1995, a consecuencia de las graves complicaciones que resultaron de una cirugía para implante de hígado —incluso error humano du-

Entre sus contribuciones a la Comisión de Educación de la Asamblea Nacional Constituyente hay una propuesta (rechazada) que constituye una síntesis de sus luchas:

Las aulas son el punto de partida y el punto final de la enseñanza como actividad pedagógica creadora. [...] A la escuela y a las aulas les compete [...] la formación de la conciencia social democrática del ciudadano y la construcción de una cultura cívica civilizada, [...] la identificación, la crítica objetiva y el combate de los prejuicios sociales contra los indígenas, el negro, los brasileños estigmatizados por provenir de regiones rústicas o subdesarrolladas, los pobres, los “favelados”, los discapacitados físicos o mentales, las mujeres, los ancianos, los hijos ilegítimos y los menores abandonados, los transexuales, etc.; la inculcación del repudio a las prácticas discriminatorias correspondientes, abiertas o encubiertas, el estudio y la explicación de la historia real o verdadera de Brasil, con la explicación de los tamices ideológicos que fomentaron una conciencia falsa de la formación y el desarrollo de la sociedad brasileña, con la exaltación del blanco y de las clases dominantes y el menosprecio por el indígena, el negro y el blanco o mestizo pobres; la difusión del conocimiento de los Pueblos del Tercer Mundo y, en particular, de América Latina; la comprensión del rol de la lucha de clases en la transformación de la sociedad moderna y en la conquista de la autonomía de Brasil en todas las esferas de la organización de la economía, de la sociedad y de la cultura.⁴⁹

rante la hemodiálisis— que había sido necesario hacer a causa del avance de una cirrosis contraída por una transfusión de sangre, a la cual se había sometido en una operación anterior. Dos excelentes biografías suyas son las de Cerqueira (*Florestan Fernandes, vida e obra*, 2004) y Sereza (*Florestan Fernandes, a inteligência militante*, 2005).

⁴⁹ Florestan Fernandes, *O desafio educacional*, São Paulo, Cortez, 1989b, p. 218. La propuesta inspiró un movimiento social y político llamado Haciendo la Diferencia con Florestan Fernandes, coordinado por el senador Paulo Paim (PT), que lucha contra todas las formas de discriminación y prejuicio en estos frentes que mencionó Fernandes.

ALGUNAS OBSERVACIONES DE LECTURA Y CRITERIOS DE LA SELECCIÓN DE LOS TEXTOS

Seleccionar los textos de esta compilación significó asumir decisiones difíciles. Era imposible contemplar toda la temática, que es vastísima. Preferí los textos de interpretación de la sociedad brasileña y de América Latina, que me parecieron los más adecuados para la propuesta de la colección; específicamente la temática que está siendo objeto de relecturas académicas.⁵⁰ Una de ellas, como la de Bárbara Freitag, afirma que una ruptura epistemológica separa la fase académico-reformista de la otra, político-revolucionaria. En principio, después de 1969,

[...] el nuevo Florestan Fernandes ya no estará interesado en hacer análisis sociológicos correctos [...] ni en contribuir con la construcción de una nueva teoría del capitalismo dependiente, sino en promover la verdadera revolución socialista en Brasil.⁵¹

Para hacerlo, el sociólogo, apoyado en Mannheim, fue reemplazado por el socialista, anclado en Marx, y los textos del socialista rompieron con los del sociólogo.

El problema es que ese tipo de lectura afirma que las posturas políticas del autor deciden sobre los protocolos científicos de la obra, y en este caso el socialismo rebasaría los dominios de la sociología, aunque el reformismo liberal no. El hecho es que la obra más extensa de Fernandes fue escrita después de 1969. Además, incluso reconociendo que su identificación con la sociología y con

⁵⁰ Una nueva generación de sociólogos y pedagogos de varias universidades brasileñas está trabajando sobre esa temática de su obra en sus maestrías y doctorados. Destaco especialmente el trabajo de Diogo V. da Costa (“O marxismo na sociologia de Florestan Fernandes”, 2007. Disponible en http://201.48.149.89/anpocs/arquivos/15_10_2007_11_0_31.pdf), que investiga la relación entre Fernandes y el marxismo.

⁵¹ Bárbara Freitag, “Democratização, universidade, revolução”, en Maria Ângela D’Incao (org.) *O saber militante*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1998, p. 167.

los papeles intelectuales del sociólogo sufrieron una crisis,⁵² aun así nunca dejó de reconocerse como sociólogo, socialista, pero sociólogo al fin. No sólo afirmó la existencia de una “sociología marxista”,⁵³ sino que nunca defendió que los métodos de investigación e interpretación debieran ser escogidos ateniéndose a criterios políticos. Por el contrario, sostuvo que la sociología provee diversos instrumentos de investigación que son elegidos por criterios suministrados por los problemas investigados. Para él, el método funcionalista es adecuado para el análisis de los problemas sociales de corto plazo como, por ejemplo, los que devienen de la implementación de la planificación socialista. Por su parte, el método dialéctico se presta al estudio de las transformaciones histórico-estructurales.⁵⁴ Es más, para Fernandes los conceptos son instrumentos de trabajo, son herramientas a las cuales él recurre por su riqueza explicativa, independientemente de las teorías de las cuales son extraídos.⁵⁵

Otra lectura académica privilegia la relectura de la obra resaltando que se trata de una larga y profunda reflexión histórico-sociológica sobre la revolución burguesa. Al principio, la cuestión dominante era saber si la sociedad brasileña estaría en condiciones de realizar una revolución burguesa nacional-democrático-popular clásica, de estilo francés.⁵⁶ Este período podría ser subdividido en dos fases: la de la vigencia de la “hipótesis de la demora cultural” (1954-1959) y la del predominio de la “hipótesis del dilema social brasileño” (1959-1965).

⁵² Florestan Fernandes, *A natureza sociológica da sociologia*, *op. cit.*, p. 13.

⁵³ Florestan Fernandes, *A condição do sociólogo*, *op. cit.*, p. 127.

⁵⁴ Florestan Fernandes, *A natureza sociológica da sociologia*, *op. cit.*, p. 108.

⁵⁵ Análisis sociológicos del Fernandes marxista recurren a los conceptos extraídos de la teoría durkheimiana, como el de *anomia*, o weberiana, como el de *orden social*. Para Gabriel Cohn, Fernandes sería un ecléctico; sin embargo, “es necesario tener el dominio pleno de los instrumentos, es necesario tener la convicción plena de la propia inserción en el mundo, para poder darse el lujo de ser ecléctico” (Gabriel Cohn, “O ecletismo bem temperado”, *op. cit.*, p. 53).

⁵⁶ Enno Liedke Filho, “A sociologia no Brasil: história, teorias e desafios”, en *Sociologias*, Porto Alegre, año 7, No. 14, julio-diciembre de 2005, p. 405.

De hecho, para Fernandes, “una de las hipótesis más penetrantes de la moderna interpretación sociológica es la de la demora cultural”,⁵⁷ porque presume la existencia de un ritmo diferencial de los cambios en las diversas esferas culturales e institucionales de una sociedad. Es por eso que, en períodos de transición, puede haber una disociación de las temporalidades. En Brasil, el trabajo esclavo fue reemplazado por el trabajo libre, pero el cambio capitalista en la esfera económica no estuvo acompañado por los cambios necesarios en las demás esferas; en el plano político y administrativo, como también en el cultural, se mantuvieron los estándares de una sociedad estamental y de castas.⁵⁸ En consecuencia, los trabajadores pasaron a ser libres para vender su fuerza de trabajo en el mercado, pero como ciudadanos continuaron siendo marginados de derechos y tratados como si fueran esclavos.⁵⁹ De esta manera, gracias a la “inercia cultural”, el Estado se divorció de la Nación.⁶⁰ Por lo tanto, lo que demora es la democracia y sólo la educación de las masas populares, tanto a través de la escuela como a través de las mismas luchas organizadas por el sindicalismo y el socialismo, pueden hacer avanzar los ritmos de los cambios necesarios para la realización de una sociedad democrática.

Cierto optimismo que atraviesa la primera fase comienza a desmoronarse con la “hipótesis del dilema social brasileño”. A comienzos de la década de los sesenta, Fernandes descubrió que el cambio social necesario —la democracia— no demora a causa de los ritmos diferenciales de cambio, sino porque hay un

⁵⁷ Florestan Fernandes, *Mudanças sociais no Brasil*, São Paulo, DIFEL, 1974, p. 100.

⁵⁸ *Ibid.*

⁵⁹ Al igual que otros países de América Latina, Brasil mantuvo formas de explotación del trabajo que no respetan los derechos humanos y presentan analogías con la esclavitud. En 2007, más de la mitad de los 5.877 trabajadores rescatados en condiciones degradantes o análogas a las de la esclavitud en Brasil (3.117) laboraban en las grandes usinas de caña de azúcar. (*Folha de São Paulo*, 29 de febrero de 2008).

⁶⁰ Florestan Fernandes, *Mudanças sociais no Brasil*, *op. cit.*, p. 103.

apego sociopático, es decir, patológico, al pasado.⁶¹ En otras palabras, las clases dominantes tienen una resistencia sociopática a los necesarios cambios democráticos.

El dilema social brasileño consiste en una resistencia residual extremadamente intensa al cambio social, que asume proporciones y consecuencias sociopáticas, [...] el empeño se dirige a la preservación pura y simple del *statu quo*.⁶²

Es por eso que, en 1960, Fernandes afirma que la aristocracia rural fue reemplazada por una plutocracia urbana “más prepotente en la manipulación del poder, más egoísta en la defensa de los privilegios interminables y más voraz en la lucha por el lucro a cualquier precio”.⁶³

En 1964, con *La integración del negro a la sociedad de clases*, la “hipótesis del dilema social” alcanza su punto máximo de tensión: la “perversión insidiosa” de una sociedad que excluye al negro, de modo parcial o total, de la “condición de gente” y la resistencia de la clase dominante a la igualdad de los ciudadanos, hacen que sea impracticable siquiera “el estándar de democracia inherente a la sociedad de clases en una economía capitalista”.⁶⁴ Desde la perspectiva sociológica, la sociedad brasileña mantuvo “los modelos de comportamiento, los ideales de vida y los hábitos de la dominación patrimonialista” de una sociedad estamental y de castas.⁶⁵ La “hipótesis del dilema social” entraba en un círculo vicioso que se quebraría con la redacción de la tercera parte del libro *La revolución burguesa en Brasil*, que marca el pasaje a la última fase de la obra de Florestan Fernandes.

⁶¹ Florestan Fernandes, *A sociologia numa era de revolução social*, op. cit., p. 212.

⁶² *Ibid.*, p. 211.

⁶³ *Ibid.*, p. 243.

⁶⁴ Florestan Fernandes, *A integração do negro na sociedade de classes*, op. cit., v. 2, p. 1.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 25.

Por mi cuenta, exploré las potencialidades de la lectura por el predominio de dos hipótesis sobre la revolución burguesa, porque ésta tiene la ventaja de acompañar momentos decisivos de la interpretación sociológica de Fernandes. No obstante, también tiene el inconveniente de suponer una coherencia explicativa de difícil sustento. En realidad, Fernandes recurre a las dos hipótesis según las conveniencias de la explicación. No sólo las dos persisten a lo largo de toda su obra, sino que es posible encontrar textos en los cuales utiliza ambas hipótesis simultáneamente. En la década de 1960 afirma que

[...] el dilema número uno de la sociedad brasileña moderna es la demora cultural [...] en un sentido más penoso y dramático: existe una resistencia residual intensa al cambio, el cual se torna sociopático, en los círculos conservadores del país, concentrados en las ciudades o dispersos en el amplio mundo rural y tradicionalista brasileño.⁶⁶

Con la redacción de la tercera parte de la *Revolución burguesa en Brasil*, Fernandes asume las tesis de la teoría del capitalismo dependiente gracias a las cuales su interpretación sociológica incorporó las determinaciones del imperialismo, de la sobreexplotación de la fuerza de trabajo, del desarrollo desigual y combinado, etc., que lo llevan a presentar la “hipótesis de la dominación autocrático-burguesa” como la fase política necesaria del capitalismo salvaje. Además, la interpretación adquiere una hipótesis nueva: el desarrollo desigual y combinado propicia y alimenta el mantenimiento sobredeterminado de las temporalidades. Por eso mismo, ya no se trata de demora ni de ritmos diferenciales de cambio: el nuevo y el viejo se complementan y se retroalimentan. Salvaje es la versión dependiente del capitalismo; “estrangulada, distorsionada y perversa” es la nueva versión de la revolución burguesa.⁶⁷

⁶⁶ Florestan Fernandes, *A sociologia numa era de revolução social*, op. cit., p. 133.

⁶⁷ Florestan Fernandes, *A ditadura em questão*, São Paulo, T. A. Queiroz, 1982, p. 147.

Las luchas populares en torno a la revolución dentro del orden (reforma urbana, agraria, educativa, de la ciudadanía, etc.) y las de la revolución contra el orden continuarán presionando por la realización de la democracia de la mayoría.⁶⁸

Aun así, Fernandes no abandonó, y mucho menos rompió con sus hipótesis anteriores. Más propiamente creo que las mismas fueron recontextualizadas por la teoría de la dependencia. El sociólogo continuaría sosteniendo que mantuvimos “patrones de relaciones de clases típicos de una sociedad esclavista o semiesclavista”⁶⁹ o que vivimos en un “orden social que es de clases para las élites y para las clases dominantes, pero que es semiestamental o estamental para las clases obreras y para el pueblo en general”.⁷⁰

Gracias a este extraordinario concepto de *orden social*,⁷¹ el sociólogo se mantuvo atento a la exclusión de la mayoría de la plena ciudadanía y el socialista no se sumergió en una narrativa teleoló-

⁶⁸ La imposibilidad de la conciliación del desarrollo capitalista con la democracia social induce a Fernandes a sostener que sólo un “movimiento político capaz de cristalizar una alianza entre las clases obreras y los sectores marginados de la sociedad sería capaz de congregarse la fuerza social necesaria para impulsar la ruptura con la dependencia y el subdesarrollo” (Plínio de Arruda Sampaio Jr., *Entre a nação e a barbárie, os dilemas do capitalismo dependente*, Petrópolis, Vozes, 1999, p. 167).

⁶⁹ Florestan Fernandes, *A ditadura em questão, op. cit.*, p. 122.

⁷⁰ Florestan Fernandes, *A sociologia numa era de revolução social, op. cit.*, p. 78.

⁷¹ De fuerte inspiración weberiana, el concepto de *orden social* es una construcción teórica de Fernandes. Para Weber, *orden social* es propiamente el orden estamental, tipificado por el honor, el modo de vivir, la desvalorización del trabajo físico, etc. Este orden social es amenazado cuando el lucro económico y la mera adquisición material invaden el modo de vivir. Por eso, el orden capitalista es más propiamente un orden económico. Por su parte, Fernandes usa los conceptos de *orden social*, *orden señorial-esclavista*, *orden social estamental*, *orden social competitivo*, etc. El hecho es que gracias a la perspectiva construida por este concepto, Fernandes denuncia que en Brasil las relaciones de producción capitalistas, propiciadas por la abolición de la esclavitud, conviven con un orden social estamental, y no sólo de clases. Revoluciones dentro del orden (como la reforma agraria) buscan realizar potencialidades de la sociedad capitalista que fueron trabadas por las varias formas de la dominación autocrática. Por lo tanto, las revoluciones dentro del orden son revoluciones democráticas, y su objetivo es crear una sociedad inclusiva.

gica de las clases sociales. Su perspectiva sociológica mantuvo el foco en los condenados de la tierra, y éstos están dentro de la clase obrera, o para quien está más allá de los muros del orden social competitivo, continúan allí de donde él mismo emergió.

Los negros son los testimonios vivos de la persistencia de un colonialismo destructivo, disfrazado con habilidad y enterrado por una opresión increíble. Lo mismo ocurre con el indígena, con los parias de la tierra y con los trabajadores semilibres, sobreexplotados de las ciudades.⁷²

Son éstas las razones que presidieron la elección de textos escritos, en su mayor parte, después de 1969. No es porque haya privilegiado al socialista en detrimento del sociólogo, tesis que refuto, ni porque menosprecie la obra que antecede al exilio. Es porque leo su trabajo como una continua reanudación, profundización y enriquecimiento de las mismas cuestiones. El mismo Fernandes reconoció que su investigación más importante como sociólogo y como socialista fue la que realizó con Roger Bastide sobre relaciones raciales en São Paulo, en 1950.⁷³ De hecho, el sociólogo de la madurez nunca más dejó de interrogarse sobre el mundo de la exclusión, discriminación y prejuicio que, de hecho, reencontró. De cierta manera, su obra es una reinterpretación teórica y política ininterrumpida de esa monumental investigación empírica.

Además, con una única excepción, he procurado seleccionar textos completos, de modo de preservar su estilo y su modo de describir, explicar e interpretar los problemas seleccionados.

“Tiago Marques Aipobureu: un bororo marginado” es un artículo de 1945, en el cual, recién graduado, Fernandes demuestra una enorme versatilidad en el uso del arsenal teórico de la sociología, la antropología y el psicoanálisis para relatar la historia de

⁷² Florestan Fernandes, *Significado do protesto negro*, São Paulo, Cortez, 1989a, p. 8.

⁷³ *Ibid.*, p. 103.

vida y el dramático conflicto cultural, vivido como crisis psíquica, de ese extraordinario indio bororo.

“La persistencia del pasado”, un discurso presentado en la Conferencia sobre Raza y Color, realizada en Copenhague en septiembre de 1965, es una síntesis de sus investigaciones sobre relaciones raciales en São Paulo y desarrolla su hipótesis de que, en Brasil, la concentración racial del ingreso, del prestigio y del poder es más característica de una sociedad de castas que de una sociedad de clases.

“Patrones de dominación externa en América Latina”, un texto de una conferencia realizada en la Universidad de Toronto en marzo de 1970, es uno de los marcos de su transición hacia la teoría de la dependencia e incorpora a su análisis sociológico una determinación que se volverá crecientemente fundamental: el imperialismo.

“El modelo autocrático-burgués de transformación capitalista” es un extracto de la tercera parte del libro *La revolución burguesa en Brasil*. Escrito en 1973, es un texto decisivo en la definición del capitalismo salvaje como el capitalismo posible en la periferia, un capitalismo que asocia la extrema concentración del ingreso, el poder y el prestigio, por un lado, con la brutal exclusión y discriminación, por otro, y que sólo se mantiene gracias a la sobredeterminación política, es decir, a la dominación autocrático-burguesa.

“En los marcos de la violencia”, un texto extraído de una clase de un curso de postgrado en la Pontificia Universidad Católica de São Paulo el 30 de junio de 1980, discurre sobre temas entrañables para Fernandes: la violencia física como forma de dominación en una sociedad en la cual el estándar de las relaciones de las clases dominantes con las dominadas es el de una sociedad esclavista o semiesclavista; la democracia restringida; la democracia de participación ampliada; la democracia obrera; la revolución dentro del orden y contra el orden, etc.

“Reflexiones sobre las revoluciones interrumpidas”, un ensayo de 1981, fue escrito por un Florestan Fernandes que, aunque irreverente con el lenguaje académico, insiste en afirmarse como

sociólogo desde hace 40 años. Aun estando atravesado por polémicas anticuadas —muchas de ellas superadas—, se trata de un texto valioso por el tratamiento de temas como los de la descolonización, las revoluciones latinoamericanas que se interrumpen en el piso de arriba, que concilian hacia arriba, condenando a una gran mayoría a la exclusión y, además, por la hipótesis sobre la Revolución Cubana, una revolución que no se interrumpió, como irrupción de lo radicalmente nuevo y diferente en América Latina.⁷⁴

“La escuela y las aulas”, un artículo del *Jornal de Brasília (Diário de Brasília)* del 23 de marzo de 1989, fue seleccionado como un reconocimiento a su trabajo de publicista y a su dedicación al tema de muchas de sus investigaciones y luchas: la educación. Revela que, aunque su enfoque haya sido marcadamente macrosociológico, Fernandes mantuvo la convicción de que el aula, el encuentro cara a cara, es la cuna de la revolución social democrática.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arruda, Maria Arminda, *Metrópole e cultura: São Paulo no meio século XX*, Bauru, EDUSC, 2001.
- Arruda Sampaio Jr., Plínio de, *Entre a nação e a barbárie, os dilemas do capitalismo dependente*, Petrópolis, Vozes, 1999.
- Candido, Antonio, *Florestan Fernandes*, São Paulo, Editora Fundação Perseu Abramo, 2001.
- Cardoso, Miriam, “Sobre a teorização do capitalismo dependente em Florestan Fernandes”, en Osmar Fávero (org.), *Democracia e educação em Florestan Fernandes*, Niterói, EDUFF, 2005.

⁷⁴ A partir de ensayos como éste, pienso que, en el fondo, Fernandes se fue convenciendo, de manera creciente, de que la revolución democrática (por no mencionar la revolución nacional-antiimperialista) es incompatible con los límites no elásticos del orden burgués dependiente, tornándose, de hecho, una de las tareas, o una de las fases, de la realización de un proyecto socialista. (Florestan Fernandes, *Pensamento e ação: o PT e os rumos do socialismo*, op. cit., p. 176).

- Cardoso, Fernando Henrique, “A paixão pelo saber”, em Maria Ângela D’Incao (org.), *O saber militante, ensaios sobre Florestan Fernandes*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1998.
- Cerqueira, Laurez, *Florestan Fernandes, vida e obra*, São Paulo, Expressão Popular, 2004.
- Cohn, Gabriel, “O ecletismo bem temperado”, em Maria Ângela D’Incao (org.), *O saber militante*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1998.
- Costa, Diogo V. da, “O marxismo na sociologia de Florestan Fernandes”, 2007. Disponível em http://201.48.149.89/anpocs/arquivos/15_10_2007_11_0_31.pdf.
- Fernandes, Florestan, *A sociologia numa era de revolução social*, Rio de Janeiro, Zahar, 1962.
- _____, *A integração do negro na sociedade de classes*, 2 vols., São Paulo, Dominus, 1965.
- _____, *Mudanças sociais no Brasil*, São Paulo, DIFEL, 1974.
- _____, *A sociologia numa era de revolução social*, 2ª edição ampliada, Rio de Janeiro, Zahar, 1976.
- _____, *A sociologia no Brasil*, Petrópolis, Vozes, 1977.
- _____, *A condição do sociólogo*, São Paulo, Hucitec, 1978.
- _____, *A natureza sociológica da sociologia*, São Paulo, Ática, 1980a.
- _____, “Florestan Fernandes, a pessoa e o político”, entrevista em *Nova Escrita Ensaio*, año IV, No. 8, São Paulo, Escrita, 1980b.
- _____, *A ditadura em questão*, São Paulo, T. A. Queiroz, 1982.
- _____, *Significado do protesto negro*, São Paulo, Cortez, 1989a.
- _____, *O desafio educacional*, São Paulo, Cortez, 1989b.
- _____, *O PT em movimento*, São Paulo, Cortez, 1991.
- _____, *Democracia e desenvolvimento*, São Paulo, Hucitec, 1994.
- _____, *Pensamento e ação: o PT e os rumos do socialismo*, São Paulo, Globo, 2006.
- _____, *Que tipo de república?*, São Paulo, Globo, 2007.

- Fernandes, Heloísa, “Capitalismo selvagem, dominação autocrático-burguesa e revolução dentro da ordem”, em *Margem esquerda, ensaios marxistas*, São Paulo, Boitempo, No. 8, novembro de 2006.
- Freitag, Bárbara, “Democratização, universidade, revolução”, em Maria Ângela D’Incao (org.) *O saber militante*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1998.
- Freitas, Pinto, “A sociologia em questão”, em *Ideais*, Campinas, Unicamp, año 4, No. 1/2, enero-diciembre de 1997.
- Freyer, Hans, *La sociología, ciencia de la realidad*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1944.
- Gemignani Garcia, Sylvia, *Destino impar: sobre a formação de Florestan Fernandes*, São Paulo, Editora 34, 2002.
- Ianni, Octavio, “Florestan Fernandes e a formação da sociologia brasileira”, em Octavi Ianni (org.), *Florestan Fernandes*, São Paulo, Ática, 1986.
- Liedke Filho, Enno, “A sociologia no Brasil: história, teorias e desafios” em *Sociologias*, Porto Alegre, año 7, No. 14, julio-diciembre de 2005.
- Martins, José de Souza, *Florestan, sociologia e consciência social no Brasil*, São Paulo, EDUSP, 1998.
- Pessoa Araújo, José, *Florestan Fernandes, o engraxate que se tornou sociólogo*, São Carlos, Editora da Universidade, 1996.
- Sereza, Haroldo Ceravolo, *Florestan Fernandes, a inteligência militante*, São Paulo, Boitempo, 2005.
- Soares, Eliane Veras, *Florestan Fernandes, o militante solitário*, São Paulo, Cortez, 1997.

ANTOLOGÍA DE
FLORESTAN FERNANDES

TIAGO MARQUES AIPOBUREU: UN BORORO MARGINADO¹

1. EL CONCEPTO DE MARGINACIÓN

El *marginado* es un hombre que se ubica en el límite entre dos razas, al margen de dos culturas, sin pertenecer a ninguna de las dos.² Es el

[...] individuo que por medio de la migración, la educación, el matrimonio u otras influencias abandona un grupo social o cultura, sin ajustarse satisfactoriamente a otro, encontrándose al margen de ambos y sin estar integrado en ninguno.³

¹ Trabajo escrito originalmente en 1945 para el *Seminário sobre os índios do Brasil* del Dr. Herbert Baldus, de la Escuela de Sociología y Política, y publicado por él en la *Revista do Arquivo Municipal*, vol. CVII, São Paulo, 1946. El apéndice se compone del texto de un artículo publicado bajo el mismo título en *O Estado de São Paulo* el 7 de mayo de 1949. Tiago Marques Aipobureu falleció en 1958. Texto extraído, para la presente edición de Florestan Fernandes, *Investigação etnológica no Brasil e outros estudos*, Petrópolis, Vozes, 1975, pp. 84-115.

² Robert E. Park, "Human Migration and The Marginal Man", en *The American Journal of Sociology*, vol. XXXIII, mayo de 1928.

³ Everett V. Stonequist, *The Marginal Man*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1937, p. 3.

Frente a cada situación, pues, el hombre marginado se encuentra con un problema: debe escoger, entre estándares incompatibles, una solución conveniente. A causa de esa elección, debe enfrentar situaciones problemáticas. Y, en consecuencia, su conducta revela serias alternativas, a veces aceptando, otras rechazando un determinado patrón de comportamiento o un valor cualquiera. El mismo individuo se evalúa desde dos puntos de vista y sufre las consecuencias del embate de la lealtad que le brinda —o considera que debe brindarle— relativamente a cada grupo en presencia. Emociones y sentimientos se combaten, conocimientos y valores adquiridos anteriormente entran en conflicto con nuevos sentimientos o valores.

Es, pues, una crisis psíquica que se da en las esferas de la personalidad, en la “conciencia individual”. Incluso antes de que Park presentara el concepto bajo la forma sociológica actual, un crítico literario, Charles Saroléa,⁴ para designar “los conflictos del individuo consigo mismo, determinados por los diversos círculos sociales a los que él puede pertenecer y por las influencias sociales contradictorias a las que puede estar sometido”, usó la expresión *conflictos individuales*. Y como crisis psíquica, individual, es necesario señalar que no se trata de un fenómeno permanente: dura sólo mientras el conflicto grupal se le presenta al individuo como problema personal, es decir, mientras la integración a uno de los grupos no se procesa de modo completo y definitivo.⁵

Sin embargo, hasta que esto ocurre, el individuo observa continuamente su inestabilidad, viviendo un terrible drama psicológico. Siente de forma aguda los efectos de la propia inestabilidad y considera, a través de ella, la conducta de los otros para consigo mismo, viendo desaprobaciones y tratando de descubrir significados en las actitudes normales de los demás miembros de la sociedad. Se vuelve demasiado autoconsciente y supersensible.

⁴ Véase *Henrik Ibsen: étude sur sa vie et son œuvre*, París, s.e., 1891, p. 71; G. Palante, *Précis de Sociologie*, París, Félix Alcan Éditeur, 1901, p. 6.

⁵ Sería posible discutir más profundamente este punto, sugiriendo otras formas de solución de conflictos. Sin embargo, para las necesidades de este trabajo, considero que lo expuesto es suficiente.

Ambivalencia de actitudes, sentimientos de inferioridad, repressions, psicosis, ciertas compensaciones, suicidios, crimen, etc., constituyen los síntomas de la crisis, que se manifiestan con mayor o menor intensidad en su duración.

2. DELIMITACIÓN DEL CAMPO DE TRABAJO

Para este trabajo fue propuesto un caso concreto: la crisis de personalidad revelada en la conducta del indio bororo Tiago Marques Aipobureu, usando el material recolectado por Herbert Baldus⁶ y por Antônio Colbacchini y César Albisetti.⁷ En realidad, ambos trabajos no proveen todos los datos indispensables para un estudio completo, aunque el del primer autor contiene informaciones verdaderamente valiosas. Por eso, debido a la falta de ciertos datos, no fue posible analizar todos los aspectos de la marginación ni hacerlo siempre con la necesaria meticulosidad teórica.

Además, hay una cuestión preliminar que debe ser discutida: ¿hasta qué punto es válido, científicamente, el estudio de un único caso? ¿No existe el riesgo de hacer, en lugar de un trabajo de investigación original y de revisión teórica, una simple ilustración? Se entiende que el valor científico de un análisis de este género es bastante relativo y que, de hecho, no puede tener otras pretensiones sino la de ser una especie de aplicación de la teoría a los hechos. Tal vez sea posible un procedimiento científico más riguroso, orientándose en el sentido inverso, lo cual es normal. Sin embargo, el número de casos debería también ser mayor y más variado y el material tendría que ser recolectado por medio de técnicas especiales, con el fin de evitar lagunas y de obtener un rendimiento teórico máximo.

⁶ Véase *Ensaio de etnologia brasileira*, São Paulo, Editora Nacional, 1937, pp. 163-186.

⁷ Véase *Os bororós orientais orarimogodogue do planalto oriental de Mato Grosso*, São Paulo, Editora Nacional, 1942, pp. 25-28; 238-261.

Al trabajo le resta, pues, sólo una cualidad: la de poner en términos objetivos un problema que aún no ha sido estudiado por los etnólogos que han trabajado en las tribus de indios ubicadas en el territorio brasileño, a saber, los efectos de los contactos con los blancos desde el punto de vista de la organización de su personalidad. Cambio social y marginación son dos campos importantes de las modernas ciencias sociales. Cualquier contribución en ese sentido tiene su valor.

En la siguiente exposición intentaré ser lo más completo posible, aunque corra el riesgo de parecer redundante. Por eso, en lugar de discutir el tema de un modo general, a continuación presentaré todos los datos disponibles de algún valor analítico. De éstos dependerán, por supuesto, las pocas conclusiones a las que pueda arribar.

3. ESBOZO BIOGRÁFICO DEL PROFESOR TIAGO MARQUES AIPOBUREU

Basándome en informaciones de Herbert Baldus,⁸ calculo que Akirio Bororo Keggeu —más tarde, el profesor Tiago Marques Aipobureu— nació alrededor del año 1898, en el seno de la tribu de los bororos (Orarimogodogue de la meseta oriental del Estado de Mato Grosso). Descendía de jefes, por el lado paterno, y era bastante vivaz e inteligente. Desde el momento en que lo conocieron, a los salesianos les pareció perfecto como “figura de propaganda para las Misiones”.⁹

En 1910, a los 12 años, aproximadamente, fue enviado por disposición de don Antônio Malan al colegio de Cuiabá (la capital de Mato Grosso), en donde recibió una esmerada educación.¹⁰ Sus estudios fueron brillantes, y durante los mismos compitió ventajosamente con sus compañeros blancos del colegio. Luego

⁸ Véase *Ensaio de etnologia brasileira, op. cit.*, p. 165.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Antônio Colbacchini y César Albisetti, *Os bororós orientais orarimogodogue do planalto oriental de Mato Grosso*, São Paulo, Editora Nacional, 1942, p. 25.

de tres años, en 1913, Tiago viajó por Europa, donde visitó Roma y París, y “vivió allí en el seno de las mejores familias haciéndose querer por todos”.¹¹ En 1915 regresó, pues extrañaba su tierra.

Se casó entonces con una india borora en Sangradouro. En las Misiones, los salesianos le dieron el lugar de profesor y, así, el profesor Tiago Marques tradujo a la lengua borora la “Biblia pequeña” y un libro didáctico de historia de Brasil.¹² Sin embargo, ese tipo de vida no le agradaba, motivo por el cual tuvieron que procurarle otra. Lo dejaron encargado del observatorio meteorológico, cargo que abandonó pronto. Él prefería la caza, su casa y el trabajo en el campo, con la azada y el arado. Más tarde, ante un nuevo ofrecimiento, exigió un salario muy elevado si querían que tomara a su cargo la dirección del observatorio.

De Sangradouro se mudó a Meruri, que estaba más alejada de la civilización y le ofrecía nuevas oportunidades de retomar la antigua vida borora. De hecho, allí pretendió ser un verdadero bororo y, sobre todo, un buen cazador. Su educación no recomendaba la experiencia —Tiago Marques había perdido las habilidades que debe tener un buen bororo. No era un buen cazador y, por lo tanto, “muchas veces pasa grandes miserias junto a su familia”.¹³ Su mujer llegó a abandonarlo, yéndose a vivir con otro hombre, con el que tuvo un hijo. El padre Colbacchini logró hacer que se reconciliaran. Tiago Marques quería mucho a su mujer y a sus hijos, pero no podía hacer nada. Había sido educado para vivir entre blancos y no para enfrentar los peligros de la selva y la dura vida de su tribu, sin los menores recursos ni las comodidades de la civilización.

¹¹ Herbert Baldus, *Ensaio de etnologia brasileira, op. cit.*, p. 165.

¹² *Ibid*, p. 171.

¹³ *Ibid*, p. 167.

4. INTEGRACIÓN A LA CULTURA BORORA

Tiago Marques se casó con una borora y constituyó una familia en el seno de la tribu. Éste es un lazo importante que lo ata a la sociedad y a la cultura bororo. Junto con el estilo de vida, también aceptó las creencias y la religión de la tribu. No obstante, es lamentable que los datos no permitan saber la importancia que tuvieron en esa aceptación sus experiencias negativas con los blancos y también con sus propios compañeros de tribu. Es probable que los rechazos provenientes de los bororos hayan ejercido mucha más influencia en su ánimo, obligándolo al mayor acercamiento posible, consciente o inconscientemente —generalmente, el proceso es inconsciente— a lo considerado normal, a lo que los bororos admiten y esperan de otro bororo. Para un hombre que había sido arrancado de la vida y de la tradición borora para regresar más tarde, aquél sería un excelente comienzo de solución. Revelando comportamientos esperados, es natural que contribuyera con la disminución de los resentimientos recíprocos y con la atenuación, hasta cierto punto, de los efectos de una evaluación negativa de su persona por parte del grupo. La evidencia de una conducta rigurosamente conformada, en sus manifestaciones exteriores y más visibles, a los estándares tradicionales de comportamiento, aporta a la tolerancia de otras inobservancias, atenuando los rigores del sistema coercitivo tribal. Los esfuerzos que hizo para volver a la vida típica de un bororo, mudándose a Meruri, queriendo convertirse en cazador, revelando fidelidad a la religión, a la creencia y a las autoridades de la tribu —al cacique y al médico-hechicero, el bari—¹⁴ deben ser encarados desde ese punto de vista. Tiago Marques necesitaba mostrarse un bororo como los otros; por eso Herbert Baldus pudo confirmar que él “es un bororo devoto”.¹⁵

¹⁴ Véase en Antônio Colbacchini y César Albisetti, *Os bororós orientais orarimogodogue do planalto oriental de Mato Grosso*, op. cit., p. 247, cómo se refieren a Ukeiwaguúo, “nuestro cacique, el querido...”, etc.

¹⁵ *Ibid.*, p. 173.

Colbacchini y Albisetti, por su parte, consideran que puede “compenetrarse con la mentalidad y con la vida de los bororos tan profundamente que hoy es considerado uno de los mejores conocedores e intérpretes de la tradición borora”.¹⁶ En Tiago Marques esa mentalidad de bororo se trasluce en el discurso reproducido en el libro de Colbacchini y Albisetti,¹⁷ pronunciado para sus compañeros de Sangradouro al anochecer. Es un discurso místico, de gran valor analítico, que tiene serios puntos de contacto con los de Ukeiwaguúo¹⁸ en cuanto a indicar una conformidad con la norma. La única diferencia sensible es la relativa al aspecto formal, pues sus frases son más largas y están más concatenadas que las del jefe bororo. “¡Sí! ¡Sí! Es verdad, pero no es verdad. Yo llegué primero, pero no fui yo el que llegó primero, yo llegué último; sin embargo, fui yo quien primero gritó, hablé cuando apenas salió griterío y barullo cuando grité, cuando hablé”.¹⁹ No obstante, es una forma sincrética de pensamiento que concibe la afirmación y la negación al mismo tiempo. Su valor es grande porque muestra hasta qué punto Tiago Marques es bororo en esas situaciones, y revela una mentalidad distinta de la del cristiano letrado al apelar a símbolos desconocidos por éste y en sus actitudes de bororo. De un occidental letrado, lo máximo que se podría esperar al inicio del discurso sería una paráfrasis de la parábola evangélica.

Sin embargo, en ese mismo discurso, desde este punto de vista, hay otros datos que permiten constataciones de mayor importancia. Por ejemplo, el énfasis con el que Tiago se refiere a sus conocimientos de bororo, que él les transmitió a los etnólogos salesianos: “Digo, hablo y hago, pero el motivo es que así hablo y digo

¹⁶ *Ibid.*, p. 25.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 25-29.

¹⁸ Véanse los dos fragmentos del discurso de ese jefe, reproducidos por Antônio Colbacchini y César Albisetti, en *Os bororós orientais orarimogodogue do planalto oriental de Mato Grosso*, op. cit., pp. 349-350.

¹⁹ *Ibid.*, p. 27.

las cosas que hacían los bororos, que hablaban los bororos”.²⁰ Le atribuye sus conocimientos a la tradición tribal, y parece un individuo fuertemente integrado. Y más adelante, reconociendo tal vez su situación de hijo pródigo, dice que “no todas las cosas las pude decir y mencionar, pero todas las cosas que sabía se las enseñé”. Tiene conciencia de la riqueza de la tradición tribal y reconoce explícitamente la imposibilidad de que él, un bororo letrado, tiene de conocer completamente esa tradición. En todo caso, es singular su preocupación por ser fiel a los elementos tradicionales de la tribu, que les relató a los misioneros salesianos.

Habiendo sido yo un bororo civilizado que escribió estas informaciones, alguien podría pensar que fueron escritas bajo la impresión de las cosas vistas y oídas entre los civilizados; pero no es así. En mis dichos nada fue modificado de las tradicionales costumbres de los bororos.²¹

A primera vista, es una reacción de alguien civilizado; pero en el fondo es también una manifestación bastante fuerte de un bororo orgulloso de las “tradicionales costumbres” de los suyos.

Y Tiago Marques conoce muy bien las tradiciones de los bororos. El libro de A. Colbacchini y C. Albisetti es una ilustración de ello, aunque un defecto de sistematización de la obra no permita saber cuáles de las informaciones, de las leyendas, etc., fueron transmitidas por Aipobureu. Además, los textos fueron redactados por los autores.²² Por eso, y porque no tengo elementos para evaluar el grado de congruencia de las leyendas en

²⁰ *Ibid.*, p. 28.

²¹ *Ibid.*, p. 140; sobre el mismo tema, consúltese también la p. 247. Nótese cómo este trecho, destinado a los blancos, difiere de las partes del discurso aquí citadas, hechas para los bororos.

²² La leyenda del diluvio, y especialmente la de Itubory y Bacororo, *op. cit.*, pp. 200-201 y 189-196, respectivamente, presentan marcadas variaciones formales y de contenido, si se las compara con las variantes recogidas por Antônio Colbacchini y reproducidas por Herbert Baldus, *Ensaio de etnologia brasileira, op. cit.*, pp. 176-185.

lo que se refiere a la mitología borora y no sé cuántas leyendas un indio bororo habitualmente sabe de memoria, no utilicé las 27 leyendas orarimogodoque relatadas por Tiago Marques.²³ Sin embargo, cuantitativamente, es un indicador de su participación en la cultura borora.

Es probable que haya algunas modificaciones en las leyendas recolectadas a través de Tiago Marques. Empero, aunque fuese materialmente posible señalarlas, éstas tendrían un valor analítico muy relativo, pues Colbacchini y Albisetti constataron que la cultura borora está cambiando. Por eso, “si bien todas [las leyendas] tienen el origen de una sola tradición, rígida y religiosamente conservada entre los bororos como algo sagrado, lo cierto es que se escuchan de los labios de uno y otro con pequeñas divergencias”.²⁴ Sería muy arriesgado, pues, atribuirle ciertas modificaciones exclusivamente al mismo Tiago Marques Aipobureu.

En las dos leyendas, recolectadas por Herbert Baldus de Tiago Marques y fielmente transcritas por el autor,²⁵ hay algunas modificaciones que probablemente corran por su cuenta. Además de un relativo olvido se puede verificar una reinterpretación de algunos accidentes de las leyendas, sensiblemente de un hombre letrado. En la leyenda del “Ké-Marugodu”, el olvido es más acentuado, pero en la leyenda del “Hombre con el venado” hay un lapsus mucho más grave, pues Tiago deja de hacer referencia a las dos divisiones exogámicas de la tribu.²⁶ En la leyenda “Hombre con el venado”, tal vez debido a una influencia de la civilización, introduce un concepto de carácter evolucionista, que es la supresión física de los descendientes intermedios entre el hombre y el venado, que no existe en las otras dos versiones de la

²³ Antônio Colbacchini y César Albisetti, *Os bororós orientais orarimogodoque do planalto oriental de Mato Grosso*, op. cit., pp. 238-261.

²⁴ *Ibid.*, p. 238; fue escrito a propósito de las leyendas relatadas por Tiago Marques.

²⁵ Herbert Baldus, *Ensaio de etnologia brasileira*, op. cit., pp. 174-176.

²⁶ Véase en Antônio Colbacchini y César Albisetti la leyenda de Itubory Bacororo, *Os bororós orientais orarimogodoque do planalto oriental de Mato Grosso*, pp. 189-196.

misma leyenda que yo conozco. Por lo tanto, es en la leyenda del “Ké-Marugodu” donde esas modificaciones son más evidentes. En la versión escrita por Tiago Marques, el deseo de una mayor coherencia lo hace introducir a un hombre en la leyenda. De manera que la observación de Herbert Baldus²⁷ me parece justa: el jaguar le recomienda a la mujer que no le sonría al Marugodu-Bacororo porque tiene celos de él. Sin embargo, considero que la modificación más importante no es ésta. Creo que la misma está en el trecho que trata de la muerte de la madre: los niños son extraídos, totalmente desarrollados, del vientre de la madre por el padre, el Adugoedu, al contrario de lo que sucede en las otras dos versiones, en las cuales el desarrollo intrauterino no se da por completo y el padre debe encerrarlos en una caverna y esperar a que completen su desarrollo allí. Para un occidental letrado esto es algo inconcebible y pienso que Tiago Marques —consciente o inconscientemente— transformó este trecho de la versión tradicional por este motivo.

A pesar de las reservas indispensables, parece que su integración no era absoluta, sino que Tiago Marques actuaba como botoro hasta donde su mentalidad de cristiano letrado lo permitía. Había una serie de factores externos que lo obligaban a conformarse a los estándares tradicionales de la tribu. Pero, al mismo tiempo, sus antiguas experiencias, sus viejos conocimientos y el sentido de lo civilizado contrarrestaban esas imposiciones del grupo, provocando ajustes específicos y, por así decirlo, parciales a las situaciones enfrentadas. En algunas de éstas, la tendencia a la conciliación de elementos culturalmente distintos —como en las leyendas y en su discurso— se hace evidente.

Los datos de los que dispongo son pobres como para profundizar el análisis. Sin embargo, considero que el siguiente trecho de su discurso es bastante esclarecedor:

Es para que yo les dije así a ellos [los misioneros], así les hablase a ellos, a mis jefes o padres es que aquel que me mira, que me guía,

²⁷ *Ensaio de etnologia brasileira, op. cit.*, p. 181; nota al pie.

mi jefe del cielo, Dios, lo que él me hacía enseñar, quedaba enseguida grabado en mis ojos, en mis oídos, en mi cabeza y por eso me quedé tranquilo apenas vi que les mostré todo lo que decían y hacían los bororo.²⁸

Aquí el poder divino transforma sus informaciones a los misioneros en una especie de revelación. Por supuesto, hay una contradicción, pues quedó claro que, en primer lugar, le atribuye sus conocimientos a la tradición tribal, mientras que después, para explicarlos, apela a una fuerza sobrenatural, el Dios de los cristianos. Pero se trata de una contradicción resuelta, porque el choque entre la civilización cristiana y la tradición tribal aparece bajo la forma del sincretismo. Es un efecto de la catequesis, de la acción de las Misiones, y probablemente muchos elementos culturales relacionados con el cristianismo hayan sido integrados en la cultura bororo, provocando los cambios a los que se refieren A. Colbacchini y C. Albisetti. Por eso, los padres pueden ser señalados como jefes —y Tiago Marques reconoce como sus jefes al cacique y al *bari*— y Dios puede entrar a competir con las divinidades y fuerzas de las creencias tradicionales. Elementos culturales de origen diverso y de naturaleza diferente surgen vinculados, superpuestos, coordinados en una misma exposición.

A pesar de ello, y tal vez a causa de ello, Tiago Marques reacciona como un bororo típico. Habla como un legítimo bororo y se libera de resentimientos y de represiones que son de toda la tribu. Se confirma que también es capaz de sentir emotivamente los estándares tradicionales de la tribu, el pasado de los bororos. Es la memoria colectiva la que habla en Tiago Marques Aipobureu, cuando dice:

[...] recordé a mis viejos jefes. Recordé a aquel bendito y bondadoso padre João Bálzola, a aquel don Antônio Malan, de ellos me acordaba. *De ellos, los bororos nunca se olvidarán.* Yo desearía que

²⁸ Antônio Colbacchini y César Albisetti, *Os bororós orientais orarimogodogue do planalto oriental de Mato Grosso*, op. cit., p. 28.

no hubiese fuego [infierno], que no existieran los diablos, que todos fuéramos sólo al cielo y así todos los podrían ver nuevamente.²⁹

Otra vez se puede percibir la interpretación de ambas tradiciones: la borora y la cristiana. Sin embargo, lo más importante es el resentimiento contra los blancos, referidos colectivamente en forma restricta.

En síntesis, Tiago Marques intentó por todos los medios convertirse en un verdadero bororo. Se entregó completamente a la tradición tribal y trató de integrarse a la vida social de los suyos. Aceptó los símbolos exteriores que, ante el grupo, pondrían en evidencia públicamente su transformación definitiva de letrado cristiano en bororo. Y, en diversas situaciones, su comportamiento y sus reacciones son los de un hombre realmente integrado a la cultura de su tribu. Pero los conocimientos y las experiencias anteriores actúan, consciente o inconscientemente, de modo activo sobre su decisión de transformarse en un verdadero bororo, proyectándose continuamente en sus actos, actitudes y pensamientos.

Aun así, podría parecer que Tiago había conseguido adaptarse nuevamente al medio físico y se había reintegrado a la vida tribal. La misma sociedad le proveería los moldes dentro de los cuales podría armonizar las contradicciones de las dos culturas en contacto. Por eso, la asimilación habría caminado en el sentido de recuperarlo definitivamente para los bororos, entre los cuales volvió a vivir, al tiempo que se perdía de una vez por todas para los blancos y para la civilización. Sólo ciertas pervivencias de su pasado de cristiano “culto” fácilmente conciliables con los nuevos modos de ser, de pensar, de actuar, aparecerían en su conducta de bororo.

Pero no es eso lo que parece haber ocurrido realmente. Los muchos años que vivió entre los blancos, aquí en Brasil —en las Misiones y en Cuiabá— y en Europa, siendo aún demasiado joven como para reaccionar convenientemente, como también las

²⁹ *Ibid.*; la cursiva es nuestra.

influencias de la educación sistemática recibida de los representantes de la “civilización”, dejaron marcas profundas en su personalidad. Tiago Marques está muy lejos del hombre ideal bororo: no puede hacer todo lo que un bororo verdadero es capaz de hacer, y pregona el abandono de las creencias tradicionales por el cristianismo, incluso ante los suyos:

Y que así sus cosas, sus dichos, sus palabras [de los misioneros] pasen sobre nosotros como el fuego que quema el monte, el campo, el gran capín, el pastizal, el bosque de bambúes, las lianas y nosotros los sigamos por el camino que nos enseñan y así ellos estarán satisfechos de habernos alejado de lo que nosotros pensábamos, de lo que nosotros entendíamos de nuestro falso rumbo, de nuestro falso camino. Estarán satisfechos de habernos sacado de todo eso.³⁰

Un individuo que piensa, que siente, que desea y que dice algo así públicamente no puede estar integrado a la tradición de su grupo, acomodado a la sociedad en la que vive, aunque trate de comportarse como tal, aunque se esfuerce por parecer conforme con los *designios* de la comunidad. En todo caso, lo que se ha mostrado es suficiente para corroborar que él no es un cristiano letrado perfecto y que presenta una actitud dudosa de convertido pagano con relación a los valores esenciales del cristianismo. Asimismo, está impregnado de sus propias concepciones de bororo y sus creencias se mezclan con las creencias tradicionales de los suyos. Las conciliaciones, pues, no llegan a constituir una solución personal, siendo, en el fondo, más aparentes o transitorias que reales y definidas. Tiago Marques vive el drama de la elección: es un hombre marginado, ubicado entre dos mundos mentales diversos.

³⁰ Del discurso pronunciado en Sangradouro el 19 de diciembre de 1939 ante sus compañeros, al anochecer; en *ibid.*

5. CONFLICTOS CON LOS BLANCOS

Es evidente que Tiago Marques fue educado para vivir entre los blancos letrados, con los “civilizados”. Recibió una educación como sólo la puede recibir un número restringido de individuos, de elevado estatus económico. Empero, de regreso en Brasil, volvió a estar entre los suyos, transformándose bruscamente en un simple bororo de las Misiones. En realidad, el hecho de haber formado una familia con una mujer de su tribu muestra que no estaba completamente desligado de las tradiciones tribales y, sin duda, debe haber facilitado bastante sus diversos intentos de reintegrarse.

Sin embargo, es lógico que la transición entre un estado y otro no pudiera procesarse con rapidez. Entre los bororos, Tiago Marques se comportaría inevitablemente como un “blanco”, por lo menos en algunas situaciones.³¹ Y es aquí, exactamente, donde se encuentra el punto fundamental de la cuestión: actitudes de este tipo no eran esperadas en él, ni por los bororo ni por los mismos blancos. De esta circunstancia resulta una serie de conflictos entre Tiago Marques y los bororos, por un lado, y con los blancos, por el otro; estas disyuntivas deben ser encaradas como conflictos culturales que, por cierto, tuvieron una enorme importancia en la desorganización de su personalidad y en el desarrollo de su crisis psíquica.

Los conflictos se volvieron tensos, agravados por las diferentes expectativas de comportamiento en su presencia. Los misioneros —que allí representaban a los blancos y a la “civilización”— esperaban encontrar un Tiago Marques pasivo, trabajador y obediente, franco colaborador y una especie de llave maestra en el trabajo de catequesis, tanto impresionando y atrayendo definitivamente a los demás bororos, como sirviendo de gran ejemplo

³¹ En cuanto a su bagaje cultural, era superior, incluso, a otros blancos de las Misiones: “Poseía mucho más de la cultura europea que ese nuevo director de Meruri que, a pesar de su sacerdocio, no estaba muy lejos del analfabetismo”, Herbert Baldus, *Ensaio de etnologia brasileira, op. cit.*, p. 169.

para los brasileños; se esperaba que facilitara la conquista de los indios por la “civilización”.

Pero el prestigio entre los bororos no se correspondió con las esperanzas iniciales de los misioneros: perdiendo ciertas cualidades que caracterizan a un bororo, en lugar de ascender, Tiago descendió en lo que respecta a la consideración de los suyos y en la jerarquía tribal. Como consecuencia de ello, su preocupación inmediata fue la de readquirir las cualidades perdidas, lo que lo obligó a alejarse cada vez más de los blancos y de su estilo de vida, acercándose, inversamente, cada vez más a los bororos y a su cultura. Por otro lado, habiendo adquirido hábitos y actitudes de blanco letrado, Tiago Marques no podría pensar lo mismo que los misioneros con respecto a sus atribuciones y a su rol. Los bororos, según se constata en los fragmentos del discurso de Ukeiwaguú,³² estaban acostumbrados a obtener una retribución por los servicios prestados en las Misiones. Pero Tiago tenía una noción mucho más precisa de remuneración por el trabajo realizado y del valor relativo a éste, que había aprendido durante su convivencia con los blancos. Por eso abandonó la dirección del observatorio meteorológico y, cuando los misioneros lo convocaron nuevamente, les pidió un salario mayor.³³ Es probable que el salario no fuera compatible con el nivel de vida de la región, con los recursos económicos de las Misiones, etc., pero lo importante aquí no es eso, sino el conflicto de las dos expectativas de comportamiento, porque Tiago actuaba como un “blanco” auténtico. Los misioneros, ciertamente, no estaban acostumbrados a exigencias de esa naturaleza y no suponían que tal actitud fuera posible en su pupilo bororo. Tampoco percibieron que debían tratarlo como a un blanco letrado y esperar de él el tratamiento que un blanco letrado les daría a los suyos.

En consecuencia, el desconcierto de los misioneros fue doble. Perdieron a Akirio Bororo Keggeu y no encontraron, en su lugar,

³² Antônio Colbacchini y César Albisetti, *Os bororós orientais orarimogodogue do planalto oriental de Mato Grosso*, op. cit., pp. 349-350.

³³ Herbert Baldus, *Ensaio de etnologia brasileira*, op. cit., p. 167.

a un Tiago Marques Aipobureu conveniente. De nada les sirvió como modelo digno de ser seguido, como figura de propaganda de las Misiones en la catequesis de los indios; y como trabajador se reveló improductivo, por lo menos a causa de sus exigencias. De esta manera se abría el camino hacia el surgimiento de resentimientos recíprocos. Y éstos se manifestaron profundamente, principalmente por parte de los misioneros, que comenzaron a considerarlo como un simple *perezoso*, extendiendo tal juicio y su decepción a su hijo.³⁴

En cuanto a Tiago, me parece que el proceso fue de lo más complicado, pues se deben considerar los requerimientos del grupo bororo y la necesidad que él sintió de recuperar el estatus perdido de bororo, concomitantemente con la experiencia negativa representada en la repulsión contra los blancos. Había, pues, dos fuerzas sociales centrípetas, de la sociedad borora atrayéndolo hacia la cultura borora; una fuerza social centrífuga del grupo de los blancos, que lo repelía de la convivencia con los “civilizados” y con su cultura. Por lo tanto, todas las fuerzas actuaban en el mismo sentido: el de desarrollar en Tiago Marques Aipobureu al bororo, en perjuicio del “civilizado”. Ese proceso ya se pone de manifiesto cuando Tiago abandona su trabajo de profesor, prefiriendo otras actividades más compatibles con las necesidades y las ambiciones de un bororo. A los padres les pareció “que él no tenía las cualidades necesarias para enseñar, por no poder transmitirles a sus alumnos lo que había aprendido”.³⁵ Pero, en realidad, aquí están presentes los factores señalados anteriormente y, nuevamente, un conflicto cultural. Un profesor tiene prestigio en las “sociedades civilizadas” porque los conocimientos adquiridos en la escuela son necesarios. Ahora bien, la función de la escuela de las Misiones, por mayor que sea la buena voluntad de los misioneros, no puede ser la misma. La escritura y los conocimientos relacionados con ella que se aprenden en la escuela no son indispensables para un bororo, mientras que los

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*

conocimientos relativos a la caza, por ejemplo, le resultan fundamentales. La lectura y la escritura, como les sucede a gran parte de nuestras poblaciones rurales, son una especie de lujo porque no corresponden a una necesidad de hecho y, por tal motivo, no tienen una función definida en el sistema sociocultural de la tribu. Tiago fue perdiendo, sin darse cuenta de ello, el interés por la escuela, a medida que se dedicaba a actividades más congruentes con los patrones culturales de su tribu. El interés por la agricultura, por su hogar y por la caza surgieron, llevándolo a abandonar sus actividades de maestro de escuela. De cualquier forma, ése era un medio espontáneo de conseguir, por poco que fuese, mayor comprensión y más prestigio entre los bororos.

Por su parte, el conflicto cultural se hace evidente. Constituye otro ejemplo de la poca disposición de los blancos a aceptar actitudes de cristiano letrado en Tiago Marques Aipobureu. Sus experiencias de antiguo alumno de colegios como el de Cuiabá lo hacían encarar la escuela y los métodos de enseñanza desde un punto de vista muy diferente al de los misioneros. Le pareció que, con una o dos horas de clase diarias, no se podría obtener nada de los niños, “y agregó que sería mejor adoptar el horario de la ciudad”.³⁶ Y ese motivo —la duración de las clases— obviamente está asociado a todo un conjunto de factores implícitos: organización escolar, equipamiento educativo, distribución de tareas, hábitos escolares, estatus del profesor, etc., que darían lugar a una escuela tal y como Tiago la había conocido entre los “civilizados”.

Sin embargo, esos conflictos con los blancos y la urgencia que tenía de intentar una reintegración más profunda a la vida tribal —inhibido hasta cierto punto por la presencia de los blancos— desarrollaron en Tiago la conciencia de la necesidad de alejarse aún más de la civilización. Es en ese momento cuando se muda de Sangradouro a Meruri, en donde conocerá decepciones aún mayores entre los blancos. Al principio encontró un ambiente respirable entre éstos, gracias a la comprensión de un misionero

³⁶ *Ibid.*

etnólogo, Antônio Colbacchini. Sus necesidades de convivencia con los blancos estaban satisfechas pues, en los días feriados, lo invitaban al refectorio a tomar café con los misioneros. Educado hasta los 12 años en las Misiones, amigo de los misioneros (según el aparte de su discurso citado anteriormente), del padre Antônio Malan, de Colbacchini, teniendo confianza y sintiéndose naturalmente igual a ellos, actuaba como un íntimo. Es más, aquél era el único ambiente adecuado a sus refinamientos de bororo civilizado. Frecuentemente buscaba el contacto con los misioneros en el refectorio, adonde incluso iba en los días hábiles. El nuevo director no comprendió la conducta de Tiago y, por así decirlo, le cerró la puerta en la cara. Él, por su parte, entró por otra puerta, sin darle importancia al hecho. Cerrada también ésta cuando se acercaba, “comprendió que no lo querían más en el refectorio”.³⁷

Era el rechazo formal del grupo blanco. El resultado de un proceso de evaluación cuyo mecanismo ya fue analizado. Sin embargo, éste fue el conflicto más violento y despertó en Tiago un rencor mucho mayor hacia los blancos y su cultura. El resentimiento llegó a su punto máximo e involucró a ciertas personas y valores con la subsiguiente ruptura de lazos anteriores. Sus intenciones eran amigables y se correspondían con sus necesidades de “civilizado”; pero el misionero, por su parte, descubrió otro motivo para su conducta: el café que él bebía en el refectorio. Las consecuencias de la ruptura, a su vez, fueron inmediatas, ya que él comenzó a comportarse abiertamente como un bororo auténtico. Hasta ese momento, según Herbert Baldus, aceptaba las costumbres de los bororos de modo discreto y velado, “actuando exactamente como lo haría un blanco de cultura y buena educación”.³⁸ Ciertos índices revelan la extensión y la intensidad de tal cambio de actitud: Tiago se dejó crecer los cabellos y aceptó la religión de su tribu. Ambas actitudes ponen de manifiesto, como síntomas

³⁷ *Ibid.*, p. 168.

³⁸ *Ibid.*

de resentimiento, la violencia de la crisis emotiva, provocada por los conflictos culturales con los blancos.

Ese alejamiento se vio acompañado por un proceso inevitable de desnivelación cultural. A medida que Tiago aceptaba nuevos elementos de la cultura borora, perdía otros aprendidos de los blancos. De esta manera, olvidó las lenguas europeas, con excepción de la portuguesa, y perdió el interés por la lectura, por determinados instrumentos musicales, como la flauta,³⁹ etc. Lo importante aquí es el cambio de mentalidad que demuestran esas pérdidas y las nuevas adquisiciones compensatorias.

Este cambio es, en gran parte, responsable de la aceptación de otros rasgos de la cultura borora y de la consiguiente manifestación de formas nuevas de conducta. Pero, obviamente, la pérdida no podría ser total. Y muchas necesidades de “civilizado” aparecen en la conducta de Tiago. La convivencia con los blancos y el café son buenos ejemplos. Además, le pidió a Herbert Baldus un par de pantalones y un pañuelo, “manifestación de necesidades refinadas”.⁴⁰ El mismo autor notó que, al contrario de los demás, se interesaba mucho en el empleo y el mecanismo de la cámara fotográfica.

Éstos y otros rasgos, que definen su segunda naturaleza humana, caracterizándolo como un occidental letrado, afloran constantemente en su comportamiento, determinando preferencias, acciones y actitudes, y solapando sus intenciones de volver a ser un bororo legítimo. Y, a consecuencia de ello, “hoy nuevamente se aproxima al mundo de los blancos”.⁴¹ Por supuesto que lo hace en la medida de lo posible, pues lo quiera o no, ahora está íntimamente atado a su tribu y por eso las posibilidades que tiene de satisfacer sus necesidades de convivencia con los blancos son muy restrictas.

Cuando Herbert Baldus le preguntó si deseaba regresar a Europa, Tiago respondió: “Sí, pero no tengo dinero”; y si quería

³⁹ *Ibid.*, p. 171.

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ *Ibid.*

pasar unas semanas en Cuiabá, en su compañía, dijo: “Sí, pero no puedo dejar a mi familia”.⁴²

Imposiciones económicas o sociales reprimen sus deseos de participar otra vez, de un modo más amplio, de la “civilización”. No obstante, esto indica dos cosas fundamentales: que los intentos hechos por Tiago tendientes a integrarse definitivamente al sistema sociocultural bororo, aún no habían arribado a resultados satisfactorios, dejando de constituir, por el momento, una solución; y que debería resolver su problema de reintegración dentro de límites bastante estrechos y precisos: los blancos de las Misiones y su tribu.

Sin embargo, como resultado de su experiencia negativa con los blancos, ya no depositaba en ellos la misma confianza de antes. Y los nuevos elementos culturales, adquiridos en la vida tribal, contribuyeron fuertemente a disminuir aún más su creencia en ciertos valores centrales de la “civilización” (por lo menos desde el punto de vista de su formación educativa). En todo caso, es probable que ciertos conflictos más agudos con los bororos hayan acentuado sus necesidades de retorno al mundo de los blancos, determinando nuevos intentos de reintegración.

Pero hay algo que es cierto: Tiago nunca más podrá ser el bororo letrado que fuera alguna vez, al volver de Europa, como tampoco había podido ser un bororo auténtico entre los suyos. Aquellos años de participación activa e intensa de la cultura borora dejaron marcas profundas en su personalidad y los resentimientos de uno y de otro lado pesarán en sus futuras decisiones y elecciones. Aun así, las diferencias son evidentes: hoy, por ejemplo, cree *sólo un poco* en lo que enseñan los padres. Antes les habría respondido de otra manera a las personas y a los valores de la “civilización”. Sin embargo, considero que la reconciliación con los blancos y con sus valores culturales se procesó rápidamente, pues en diciembre de 1939 expresó su deseo de suprimir totalmente las creencias y la religión bororas, a favor del cristianismo. Pero, como se ha visto, sus concepciones estaban impregnadas

⁴² *Ibid.*

de elementos ajenos al cristianismo. Es probable que, en el fondo, se tratara, en esa reaproximación, sólo de una exacerbación de su crisis psíquica, fenómeno característico de la marginación. Sería una reconciliación momentánea, sin significar por ello una aceptación definitiva de personas y valores de la “civilización”. Más tarde haría otra vez el mismo movimiento, pero en el sentido inverso, reaproximándose a personas y valores que representan el sistema sociocultural bororo.

6. CONFLICTOS CON LOS BOROROS

Volviendo a los suyos, el profesor Tiago Marques Aipobureu se perdía irremediamente para la “civilización”. No le sería posible, ni a él ni a nadie, ser educado para vivir en un medio social y, una vez transferido a un medio social diferente, conservar los mismos rasgos de su personalidad, con el correlativo mantenimiento de habilidades, conocimientos, técnicas, hábitos y actitudes aprendidos anteriormente. En su caso, aun había un agravante: la mayoría de los elementos adquiridos son verdaderamente superfluos y más perjudiciales que útiles para la vida tribal. Tiago se vio, pues, completamente maduro y en una edad en la que los hombres ya tienen definida su posición en la jerarquía tribal, en el lugar en el que todos generalmente comienzan. Debía recomenzar el período de aprendizaje y soportar las consecuencias de su inmadurez (con respecto al medio tribal), de su “incapacidad” manifiesta.

La mejor solución para él habría sido la de quedarse en uno de los centros “civilizados” del litoral y casarse con una blanca. Volviendo a Sangradouro, como lo hizo, tenía una alternativa: quedarse en el grupo de los blancos, actuando como tal, o reintegrarse a la vida tribal. En el primer caso se desarrollarían serios conflictos con los bororos, es cierto, pero parece que fácilmente encontrarían formas de acomodación. Y Tiago se impondría a la tribu como el “profesor”, un bororo letrado y, por así decirlo, del grupo de los blancos. Pero es evidente que esa solución le parecía imposible, pues pronto se vinculó definitivamente a la tribu,

casándose con una borora. Y, de hecho, debemos coincidir en que tenía razón: lo mostró el análisis de los datos disponibles. Sus actitudes de letrado crearon serias incomprensiones entre él y los misioneros, dando origen a conflictos culturales y a graves resentimientos recíprocos.

Por lo tanto, si Tiago Marques no encontrara una conciliación satisfactoria, probablemente debería integrarse a su tribu. Y como se ha visto, en ese sentido actuaron inicialmente varias fuerzas sociales. Y a pesar de la inestabilidad de sus preferencias —se alejó de los blancos y después se volvió a aproximar—, una característica de su comportamiento de marginado, la marcha de su asimilación se hizo a favor del sistema sociocultural bororo. Sin embargo, esto no significa la ausencia de conflictos con los suyos, sino todo lo contrario. Éstos ocurrieron y sus consecuencias sobre la personalidad de Tiago provocaron, tal vez, resentimientos mucho más graves, desarrollando en él un fuerte sentimiento de inferioridad.

El abandono decidido de las actividades de letrado corresponde a la comprensión, consciente o inconsciente, de que sus conocimientos y su trabajo eran inútiles para la tribu y de que no sólo no favorecían una definición de estatus en la jerarquía tribal, sino que tampoco le otorgaban ningún prestigio. Por eso, dándoles la espalda a los blancos y a su cultura, Tiago tenía en mente transformarse en un verdadero bororo y conseguir una posición en la tribu. Al hacerlo, no evaluó debidamente las dificultades que debería enfrentar. Porque, así como para ser el “profesor Tiago” necesitó de un largo aprendizaje entre los blancos, para ser un cazador debería recibir un entrenamiento prolongado —que desarrollara en él el vigor físico, la agilidad, ciertos conocimientos sobre el medio circundante y las presas, las técnicas, etc., ciertas aptitudes, como la astucia, la destreza y el coraje— que todo cazador bororo recibe desde la infancia. Podría ser un cazador, pero un poco o incluso muy por debajo del ideal de la tribu.

Recomenzando, valía tanto para aquélla como cualquier adolescente, aunque las expectativas iniciales fueran las de que él se comportara y produjera como un adulto cualquiera. Las decep-

ciones, obviamente, desarrollaron un proceso de evaluación poco favorable para el bororo Tiago Marques Aipobureu. Éste nunca podría alcanzar el estatus y adquirir el prestigio de un cazador educado en la propia tribu. Y sus *fracasos* (desde el punto de vista bororo) repetidos, por el contrario, en contraste con las expectativas de comportamiento tradicionales, contribuirían a una caída pronunciada en el concepto de los demás miembros de la tribu. Se puso de manifiesto que él estaba muy por debajo del ideal tribal de hombre. De ningún modo podría, con los recursos habituales de un cazador bororo, matar un jaguar, por ejemplo.

Esto explica, pues, el desprecio que Herbert Baldus notó en su mujer, cuando ésta le dijo:⁴³ “Tiago no tendría la capacidad necesaria para eso” (matar un jaguar). Así, desempeña un papel mediocre, de “fracasado” en la comunidad. En consecuencia, se ve infravalorado y rechazado por sus compañeros, entre los cuales es “malquistado o despreciado”.⁴⁴ Su propia mujer lo abandonó por otro hombre, y volvió a él sólo gracias a la intervención de un tercero.

Esto debe ser comprendido a la luz de su educación de “civilizado”, desde el punto de vista de su horizonte cultural y de la conciencia de superioridad, que indudablemente debe tener relación con los otros, bajo este aspecto. No dispongo de datos para verificarlo, pero es probable que, a modo de compensación, Tiago Marques haya aceptado esa superioridad, sobrevalorándola frente a sus compañeros.

Tal estado de espíritu, pues, además del agravamiento de los conflictos por las actitudes que provoca, no es compatible con la respuesta del grupo. Y tampoco le favorecería una rápida y completa comprensión de sus propias condiciones. Para la tribu vale el cazador perfecto, capaz de matar al jaguar en el monte y de proveerle suficientes víveres a su familia. Para Tiago, además de esos elementos, tienen valor sus conocimientos y sus experiencias de “civilizado”. La evaluación del individuo por el grupo y la evalua-

⁴³ *Ibid.*, p.170.

⁴⁴ *Ibid.*

ción del grupo por el individuo se procesaron a través de criterios diferentes, de acuerdo a patrones opuestos y, a la vez, exclusivos. Si Tiago fuera bien “aprobado” como “bororo”, su situación sería buena, porque él estaría en condiciones de prestarle al grupo, bajo la forma de compensación, otros servicios (por ejemplo, relatar en los discursos nocturnos sus experiencias en la “civilización”, las peripecias de cacería, etc., cooperar en la enseñanza de los niños que asisten a la escuela de las Misiones, facilitar los contactos con los blancos, etc.). Ello aumentaría su prestigio.

Sin embargo, prácticamente se colocó por debajo del último grado tolerable, desde el punto de vista del ideal de la tribu. En consecuencia, lo que en la primera alternativa serían cualidades que habrían funcionado como formas de compensación y de aumento de prestigio, en la segunda alternativa —que fue la que de hecho ocurrió— pareció una ofensa hacia el grupo e hizo su situación entre los bororos aún más difícil. Y la exaltación de personas y valores ajenos al sistema tribal, a costa del menosprecio de personas y valores de la propia tribu en las relaciones con los suyos o en los momentos de aproximación a los blancos (según los apartes citados de su discurso), no sólo debe haber provocado la desaprobación, sino también el odio de algunos miembros de la tribu, especialmente de autoridades como el *bari*, el médico-hechicero.

Además, en ese discurso infringió una norma tribal básica, porque se puso por encima de todos y de la propia tradición tribal, estableciendo una comparación entre ella y la religión de los “civilizados” y formulando juicios de valor a su respecto. Pero un bororo no puede hacer eso, porque “aquel que se levanta sobre su compañero será avergonzado; si uno se coloca por debajo de su compañero, éste será exaltado”, dice textualmente la tradición borora.⁴⁵ Esas transgresiones e infracciones deben haber acentuado el desprecio que sus compañeros le demostraban por sus “incapacidades manifiestas”. Y el desprecio, como pena social,

⁴⁵ Antônio Colbacchini y César Albisetti, *Os bororós orientais orarimogodogue do planalto oriental de Mato Grosso*, op. cit., p. 165.

“es muy temido y en varias leyendas se encuentran pasajes que muestran el gran miedo que tienen los indios a semejante castigo, pues incluso llegan a mudarse a otra aldea”.⁴⁶

El proceso negativo de evaluación tribal se ve, pues, extraordinariamente reforzado por la manifestación, en Tiago, de ideas y actitudes desaprobadas. Por lo tanto, lo consideran orgulloso y “otros probablemente detestan el saber que adquirió en los medios civilizados”.⁴⁷ En síntesis, el profesor Tiago Marques Aipobureu fue doblemente rechazado por los miembros de la tribu, a pesar de sus intenciones de convertirse en un bororo. Primero, por no revelar las cualidades deseadas; segundo, por poseer y manifestar públicamente atributos no sólo desconocidos por el grupo, sino además considerados indeseables, en vista de lo cual se puede apreciar el discurso de Sangradouro como un resultado extremo de la reacción que provocó en Tiago el rechazo de la tribu. Llegó al período de conflictos abiertos, de gran tensión emocional, con las personas y valores del sistema sociocultural bororo. Empero, el sentimiento inicial de inferioridad ya se había acentuado mucho antes, según lo sugiere una observación de Herbert Baldus.⁴⁸ “Así, se volvió solitario, solitario entre los suyos y extraño para los extraños”. Sintiéndose rechazado por los suyos, respondió con el aislamiento. Pero, a medida que aumentaban los resentimientos por la intensificación de conflictos, la situación se hizo intolerable. Entonces pasó lentamente del rencor sordo a los conflictos abiertos con los bororos.

7. AMBIVALENCIA DE ACTITUDES

Ya se vio cómo se procesaron los primeros contactos de Tiago Marques Aipobureu con los bororos, sus primeros conflictos con los blancos y sus consecuencias, y cuáles fueron los resultados de sus intentos de integración al sistema sociocultural bororo.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 135.

⁴⁷ Herbert Baldus, *Ensaio de etnologia brasileira, op. cit.*, p. 171.

⁴⁸ *Ibid.*

También se aprovechó para analizar algunas indecisiones, al describir su comportamiento y ciertas actitudes de marginado. Por lo tanto, ya se ha presentado una buena parte del material que evidencia su dualismo con respecto a la cultura de los blancos y de los bororos. Lo importante, aquí, no es tanto el hecho de que Tiago aceptase y más tarde rechazase ciertas ideas y valores, sino la influencia que ello tiene sobre su conducta y en el desarrollo de su crisis psíquica. Porque, colocado entre dos formas de actuar diversas, pasa de la una a la otra, aunque sin presentar una integración definitiva. Se aleja de los blancos, tratando de integrarse al grupo de los bororos aunque sin mayor éxito. A consecuencia de ello, se aproxima nuevamente a los primeros. Esto indica que la crisis está en pleno desarrollo y que se hace necesario un análisis más minucioso de sus ideas y actitudes.

Se ha visto que, bajo la presión del medio, la solución se desarrolló, hasta cierto punto, a favor de la cultura borora. Tiago Marques aceptó prácticas y creencias tradicionales y todo hace creer que esa aceptación no es simplemente superficial. Parecería que se ha establecido una relación emotiva entre Tiago y aquellos elementos de la cultura borora, pues éstos interfirieron en sus antiguas ideas y creencias cristianas. Esa interferencia culminó con el surgimiento de dudas, en su espíritu, con respecto a personas y valores relacionados con el cristianismo y la civilización, a pesar de haber sido educado para aceptarlos. Así, creía sólo *un poco* en los padres y en sus enseñanzas, al tiempo que revelaba ciertos resentimientos contra ambos. En determinado momento llegó a abandonarlos completamente, entregándose a la religión de su tribu, y “no miró más ni a los padres ni a los blancos”.⁴⁹ Fue una ruptura profunda con las personas y con los valores de la “civilización”, expresada por conflictos abiertos y marcada por señales externas y correlativas manifestaciones subjetivas (crecimiento del cabello, aceptación de ciertos hábitos de cazador, de la religión borora, etc.), así como por el abandono de la conducta de “blanco educado”. Más tarde —y esto se evidencia

⁴⁹ *Ibid.*, p. 169.

de modo agudo en su discurso de diciembre de 1939— retorna a los blancos y reafirma, violentamente, la creencia en los valores de la civilización y, con restricciones, en sus portadores. Llega a expresar la necesidad de una recompensa por el trabajo de éstos, expresada en términos del aniquilamiento de la religión y las creencias bororas.

Pero su mentalidad ya es muy diferente. Tiago no es más el antiguo discípulo de los salesianos. En su lugar reapareció un hombre diferente, que es capaz de reflejar con sus palabras un resentimiento de naturaleza colectiva, que proyecta en el cristianismo ideas y valores bororos y que (por lo menos es la sensación que tengo al leer el final de su discurso) no está firmemente convencido de lo que dice ni muy entusiasmado con las perspectivas esbozadas. “Estarán [los padres] satisfechos de habernos sacado de todo esto”.⁵⁰ Un católico militante, interesado en la conversión de los bororos, pensaría de modo diferente.

Sin embargo, Tiago revela las mismas dudas con relación a la religión borora. Y éstas son fácilmente comprensibles, pues él fue educado y criado en otra religión, y aprendió incluso a despreciar las creencias de los “indios”. Por eso mismo, la aceptación de la religión y de las creencias de los bororos no puede aún ser considerada una conversión profunda. “La religión cristiana [dijo] es mejor porque la nuestra no tiene raíz”.⁵¹ No sólo se atreve a compararla con la “religión cristiana”, sino que también opina que la religión de su tribu es inferior. A un bororo integrado debe parecerle difícil la posibilidad de que exista otra religión además de la suya. Y le parecería aún más imposible la existencia de una religión mejor que la suya. La idea de la falta de raíz, entonces, le resultaría inconcebible. Son concepciones sacrílegas y desaprobadas por el grupo.

Tiago logró adquirir conocimientos y habilidades de la cultura borora. Logró, incluso, como lo hacen notar Colbacchini y

⁵⁰ Antônio Colbacchini y César Albisetti, *Os bororós orientais orarimogodogue do planalto oriental de Mato Grosso, op. cit.*

⁵¹ Herbert Baldus, *Ensaio de etnologia brasileira, op. cit.*, p. 173.

Albisetti,⁵² “compenetrarse con la mentalidad y con la vida de los bororos”. Pero es evidente que no logró convertirse él mismo en un bororo. Puede haber olvidado, por un proceso de desnivelación cultural, muchos elementos de la cultura de los blancos; puede ya no tener una concepción del Dios de los cristianos y del destino de éstos después de la muerte; y, con respecto a las almas, haber adquirido las concepciones de los bororos, creer en el *bari*, en las formas mágicas del *bari*, creer que los *bope* (los demonios) habitan en los guapinoles, en las piedras;⁵³ puede conocer profundamente las leyendas y las costumbres bororas, comportarse públicamente como tal; pero, a pesar de ello, él mismo es, en gran parte, un “blanco”. Un indio letrado, capaz de mostrar, frente a los valores de la cultura borora, una actitud profana, independiente, crítica en ciertas circunstancias, y en otras, también valorativa. Como punto de comparación le sirven los elementos adquiridos durante su convivencia con los “civilizados”. Incluso cuando se refiere a los suyos, relatando sus leyendas, por ejemplo, manifiesta su segunda naturaleza al decir que las modificaciones intencionales que introduce en ellas no deben serle atribuidas a su condición de *bororo civilizado*. En el fondo, Tiago Marques es un hombre que nació y vivió algunos años con los bororos. Más tarde regresó, pero como un “civilizado” —tal como él se refiere a sí mismo— que debe asimilarse a los modos de ser, de pensar y de actuar de su tribu. Las crisis actuales apenas indican la marcha de ese proceso de asimilación, aunque aún no se ha encontrado una reintegración definitiva hasta el día de hoy.

Los datos presentados revelan —de manera rudimentaria, por cierto— la intensidad de los conflictos trabados en su mente entre valores diversos e incompatibles, y nos permiten una representación aproximada de su drama psíquico. Por el momento, Tiago se encuentra ante cada situación como si estuviera frente a un problema, y puede elegir entre dos formas de conducta

⁵² Antônio Colbacchini y César Albisetti, *Os bororós orientais orarimogodogue do planalto oriental de Mato Grosso*, op. cit.

⁵³ *Ibid.*, pp. 172-174.

diferentes: la del “civilizado” o la del “bororo”. Durante cierto tiempo actuó como un blanco educado, después pasó a actuar como un “verdadero bororo”, y es posible que actualmente aún se esté comportando más o menos como un “blanco”. Y, en una misma situación, muestra en sus actitudes ese choque de valores diferentes como en el discurso de Sangradouro y en las respuestas que le dio a Herbert Baldus sobre las creencias de los bororos y de los cristianos. En el fondo, Tiago *creía en ambas*. Esto justifica la habilidad de sus preferencias, algunos lapsus y ciertas modificaciones señaladas en sus leyendas y, principalmente, sus actitudes frente a los blancos y a los bororos.

Respondiendo a una pregunta de aquel etnólogo, Tiago expuso un melancólico resumen de los antiguos atributos y costumbres de los bororos, irremediablemente perdidos para él. Esa evasión hacia el pasado y el concomitante análisis del presente en términos pretéritos —casi siempre resulta en una sobrevaloración mística de ciertos valores tradicionales— es la característica de los marginados. Es un tipo de compensación psíquica encontrada en la agudización que la crítica provoca en las causas de ciertas formas de conducta y de los motivos que conducen al hombre hacia la acción. Esa crítica, por su parte, tiene otros objetivos: el descubrimiento de una salida para el individuo y una explicación para su situación singular en la sociedad. Hay una salida, que se podría llamar *solución pasiva*, en la cual el individuo se explica a sí mismo su “fracaso” en la vida social, salida que evidencia la imposibilidad de poner en práctica ciertas formas tradicionales de conducta, posibles sólo en el pasado y, por ventura, en los ideales supremos de la comunidad. Hay otra salida, que se podría llamar *solución activa*, en la cual la generalización de la crisis —por la acción permanente de las mismas causas sobre varios individuos— posibilita una lucha libertaria que se inspira en la conciencia de la necesidad social de determinados ideales y origina el surgimiento de corrientes sociales.

Es evidente que la situación de Tiago Marques corresponde al primer caso. Él constituye un fenómeno singular en la sociedad tribal. Las propias condiciones de ésta no favorecen el surgimien-

to en masa de casos similares al suyo, aunque se esté produciendo un cambio. Esto me parece importante porque indica que no existen precedentes en la vida tribal y porque da indicaciones sobre algunas predisposiciones psicológicas de Tiago Marques. La falta de precedentes hace que su caso sea único y que deba ser resuelto personalmente, corriendo el riesgo de ser desaprobado por el grupo. Es por eso que las posibilidades de una conciliación o de una solución intermedia tienen tanto valor y están sujetas a las sanciones de la tribu al mismo tiempo que constituyen una elección definitiva. Es para escapar de su desaprobación que Tiago, después de algunos fracasos en sus intentos por integrarse, regresó a los blancos, manifestando incluso su deseo de que la cultura borora desapareciera. Sería una solución para su caso y así podría liberarse de la opresión del control tribal.

Pero ésa es una actitud que considero pasajera, que afloró en un momento agudo de descontento contra el grupo que, sin ofrecerle una solución viable, se reserva el derecho de controlar sus actos. Parecería que desde el inicio él se ha esforzado por encontrar una solución pacífica, sometiéndose pasivamente a muchas imposiciones del grupo y aceptando públicamente los valores fundamentales de la cultura borora. Con excepción de la manifestación verbal antes aludida, tengo la impresión de que la crisis de Tiago no provoca respuestas exacerbadas y actitudes violentas. Y las breves referencias, hechas por Herbert Baldus, sobre su conducta y modo de ser, coinciden con esas apreciaciones.⁵⁴

Aquí se descubre un nuevo motivo y otra explicación para su retraimiento, además de los resentimientos recíprocos y del rechazo, más o menos decidido, por parte del grupo. La concepción de que es imposible poner en práctica ciertas formas fundamentales de conducta antiguas le otorga cierto tono de desaliento al marginado “pasivo”. Les atribuye a sus actos y a sus intentos de integración, siempre encarados y analizados desde este punto de vista, un fuerte sentimiento de inutilidad. Por lo tanto, el aislamiento

⁵⁴ Herbert Baldus, *Ensaio de etnologia brasileira, op. cit.*, pp. 166-167, 171 y 185.

y la acción restringida llegan a parecerle deseables. Sin embargo, ese motivo interno, el deseo de aislamiento, puede desempeñar una función muy importante, pues crea una explicación subjetiva para el mismo aislamiento. Hace tolerable, y hasta insensible, el alejamiento de ciertas personas, así como menos dolorosa la ruptura con el grupo, mientras no surja una compensación más fuerte. ¡Pero el individuo no puede vivir siempre aislado! Tiago fue un solitario durante un tiempo, aunque después haya vuelto a la convivencia de los hombres, intentando nuevas reintegraciones (reaproximación con los blancos, etc.). Entonces se hacen sentir, con toda su fuerza, sus ideas sobre los actos humanos y sobre sus propios actos.

Ese proceso es visible en las siguientes palabras de Tiago Marques:⁵⁵

Antes el hombre agarraba, con sus manos, al jaguar por la boca, separándole las mandíbulas. Hoy en día ya no es capaz de hacerlo. Antes el hombre y la mujer ayunaban mucho. Después del nacimiento de un hijo ayunaban durante una semana, a pesar de lo cual continuaban trabajando. También en otro tiempo ayunaban. Esto agudiza los sentidos: la vista y el oído. En aquel tiempo, el hombre, a pesar de la caza y del trabajo, nunca se cansaba. A veces, se comía y se bebía durante el tiempo de ayuno para ir luego al monte a vomitar lo consumido. También en aquella época, el hombre sólo raramente se acostaba junto a la mujer, porque tal unión ataca mucho a la sangre. Y para no arruinarse los dientes, se tomaba agua tibia y nunca fría y se comía cuando la comida ya no estaba caliente.

El cambio, pues, a sus ojos, afectó a la cultura y a la vida tribal de los bororos de una forma profunda, que los demás miembros de la tribu ignoraban. Él observa y analiza ávidamente los patrones tradicionales de comportamiento, porque busca una solución, una forma de integración, contrario de lo que pasa con sus compañeros de la tribu, que pierden en perspectiva lo que ganan

⁵⁵ *Ibid.*, p.171.

en integración. Por eso, en el fondo, además de encontrar una explicación para su conducta de desintegrado, descubre fallas en los demás que, sin notar los cambios, no saben que su comportamiento está muy distanciado de los estándares tradicionales de la tribu. Las condiciones se modifican, los hombres no pueden ser siempre los mismos: unos en mayor, otros en menor grado. Es otra forma de compensación desarrollada por el marginado, que Tiago revela de modo acentuado.

Sin embargo, en realidad entre los bororos de ayer y los de hoy existe la misma distancia que él quiso transponer en sus primeros intentos de integración, transformándose en un verdadero bororo; “pero es lo suficientemente inteligente como para comprender que ya no puede alcanzar ese ideal”.⁵⁶ No obstante, debe buscar una forma de integración, y es en la elección de una solución posible que se revelará, entonces, el grado de labilidad de sus preferencias y de ambivalencia de sus actitudes. Cuando Herbert Baldus le preguntó si no prefería vivir con los bororos que permanecen alejados de las Misiones, lejos de Sangradouro y Meruri y que probablemente están más cerca de los antiguos bororos y de sus antiguos ideales de vida social, Tiago respondió: “No, allí se tratan unos a los otros como los blancos se tratan entre sí, matándose recíprocamente. En general matan al otro con veneno. Esas cosas antes eran raras”.⁵⁷ Por lo tanto, las preocupaciones por los estándares tribales de los antepasados bororos, en Tiago, no tienen un carácter práctico. Ellas tienden más a otorgarle una racionalización de uso personal que a encaminarlo inmediatamente en el sentido de una solución definitiva. Porque si él de hecho deseara ser nuevamente un verdadero bororo y tuviera conciencia de que ello es posible, intentaría su integración a los demás, lejos de las Misiones y del mundo de los “civilizados”. Sin embargo, la solución le parece inaceptable, a pesar del rencor, del resentimiento que revela en su frase contra los blancos.

⁵⁶ *Ibid.*

⁵⁷ *Ibid.*, p. 186.

Además, piensa que a los bororos les resulta imposible volver a su estado antiguo: “Hoy en día ya no podemos andar como antes, adornados con plumas”.⁵⁸ Su mundo mental es aún el de los blancos. Y los valores correspondientes se insinúan en sus actos, ideas y actitudes, a los que les dan un color propio. Sus consideraciones sobre los bororos son, de hecho, las de un blanco letrado. Pero, al mismo tiempo, indican una aceptación y un rechazo de valores de la cultura de los blancos y de la cultura de los bororos. Empero, la demostración más importante de estos datos es que su propósito de permanecer en las Misiones corresponde a una necesidad de no alejarse demasiado —más de lo que ya se alejó— de la “civilización” y de los blancos. Resulta evidente que los lazos que lo unen al mundo de éstos aún son muy fuertes y que el mismo Tiago, hasta ahora, no se ha mostrado dispuesto a romperlos. Esto es así, a pesar de los conflictos con los blancos, de los resentimientos recíprocos y de los avances de la cultura borora, que fatalmente lo atraerá.⁵⁹ Y también resulta claro que, en las circunstancias analizadas, deberá resolver el problema y encontrar una solución en condiciones bien definidas: entre los bororos y los blancos de Sangradouro y Meruri.

8. CONCLUSIONES

El material expuesto es suficiente como para corroborar la naturaleza de las integraciones de Tiago Marques Aipobureu, poniendo de manifiesto que se trata de un hombre marginado. Fueron analizados los principales aspectos de su crisis psíquica, las causas probables de la misma y su desarrollo. Si no fue posible hacer un estudio exhaustivo —debido a la limitación impuesta por los datos disponibles— me parece que, en lo que respecta a aspectos como la integración al sistema sociocultural bororo, los conflictos culturales con los blancos y con los bororos, el surgimiento de resentimientos recíprocos y de ciertas formas persona-

⁵⁸ *Ibid.*

⁵⁹ Por supuesto en el caso de que se mantengan las mismas condiciones.

les de compensación, la ambivalencia de actitudes y el desarrollo general del proceso de marginación en su caso, con los correspondientes intentos de integración al grupo de los blancos y de los bororos, el análisis no deja mucho que desear. No obstante, es interesante que se debatan todavía, como conclusiones generales, dos problemas más: el primero tiene que ver con la misma caracterización del caso de Tiago, e involucra una reapreciación del proceso estudiado; el segundo dirige nuestra atención hacia los aspectos condicionantes, externos, de sus contactos con los blancos y con los bororos.

En cuanto al primero, se debe recordar que la posibilidad de conciliación de patrones incongruentes siempre existe. El comportamiento “es mucho más flexible que los estándares que influyen en él”,⁶⁰ y por ello se adapta a éstos y a las situaciones en las que se encuentran los mismos individuos. Los conflictos entre patrones diversos deben ser considerados como índices de desorganización de la personalidad cuando en los individuos implican conflictos emocionales, subjetivos, o escandalizan al grupo, provocando en los demás miembros de la colectividad una reacción más o menos intensa e inmediata de desaprobación. Generalmente, éstos constituyen dos aspectos de un mismo fenómeno: uno en cuanto al individuo y otro en cuanto al grupo.

Por lo tanto, sólo se puede hablar de marginación desde el momento en que nuevos estándares, insinuándose en la vida afectiva del individuo, colisionan con sentimientos y emociones anteriores.⁶¹ La simple existencia de creencias contradictorias no significa marginación. Un hombre normal revela, en su comportamiento, que se orienta por un número relativamente elevado de patrones incongruentes. Así, en nuestra sociedad, un individuo cualquiera recibe en la escuela explicaciones científicas sobre la cura de ciertas molestias, por ejemplo, e, informalmente, adquiere otros conocimientos incompatibles con los primeros.

⁶⁰ Ralph Linton, *O homem*, São Paulo, Livraria Martins Editora, 1943, p. 391.

⁶¹ Emilio Willems, *Assimilação e populações marginais no Brasil*, São Paulo, Editora Nacional, 1940, p. 108.

Sin embargo cree en ambos y en ciertas ocasiones puede usarlos alternada y hasta concomitantemente. Pero cuando los estándares relacionados con determinadas creencias entran en colisión, la posibilidad de armonización y de conciliación desaparece. La desorganización de la personalidad se vuelve inevitable como consecuencia directa del desequilibrio cultural.

Pues bien, entre los bororos, así como entre los blancos de las Misiones, debe haber muchos casos de género como los señalados anteriormente.⁶² Los bororos reciben ideas, prácticas y conocimientos de los “civilizados” y éstos, a su vez, adquieren muchos elementos de la cultura de aquéllos en el transcurso de un proceso aculturativo que se está dando desde hace algunos años. ¿Pero sería posible hablar de marginación en estos casos? Es evidente que no, aunque los contactos hayan provocado cambios sensibles, que pueden ser apreciados en las referencias de Tiago Marques y en la constatación de A. Colbacchini y C. Albisetti anteriormente citadas. Los problemas de integración y el desarrollo de la crisis de Tiago ponen de manifiesto la inexistencia de precedentes en el grupo y el hecho de que las modificaciones, por profundas que sean, no han afectado aún los valores centrales del sistema sociocultural bororo. Los elementos tal vez aceptados de los misioneros fueron integrados a la cultura borora. Por ello, se hace posible la conciliación de estándares nuevos con otros tradicionales en el comportamiento de los bororos de las Misiones, evitando los riesgos de los conflictos emocionales profundos. Al contrario, pues, de lo que le ocurrió a Tiago, en quien ese proceso de conciliación fue posible debido al hecho de ser, él mismo, portador de una cultura diferente a la de los bororos.

El segundo problema se ubica exactamente aquí: los conflictos entre Tiago Marques Aipobureu y los blancos, por un lado, y entre él y los bororos, por otro, deben ser encarados como una consecuencia directa del hecho de ser él portador de la cultura

⁶² Sobre los resultados de contactos de sociedades culturales diferentes y la formación de culturas híbridas, véase Milton M. Goldberg, “A Qualification of the Marginal Man Theory”, en *American Sociological Review*, vol. 6, No. 1, 1941, p. 53.

de los “civilizados”. En todos sus intentos de integración, este hecho lo perjudicó. Para los blancos, manifestaba actitudes y practicaba actos que ellos no esperaban, pues veían en él apenas a un bororo igual a los otros de las Misiones. Los bororos pensaban lo mismo, pero en sentido inverso; a esto se sumaban sus insuficiencias frente a los estándares de la tribu, en virtud de los cuales fue evaluado y provisoriamente rechazado. En el fondo, pues, por ser un *bororo civilizado* no “sirve” para ninguno de los dos grupos. A través de este análisis se pone de manifiesto que la crisis aún está en vías de desarrollo. Tiago no logró una salida conveniente al integrarse a uno de los dos grupos y al encontrar una fórmula intermedia y persuasiva de solución del conflicto. El último período de su crisis (hasta diciembre de 1939, fecha del discurso de Sangradouro) se caracterizó por una reaproximación a los blancos y por una reconciliación con los “civilizados” y los valores de su cultura. Pero muchos valores de la cultura borora fueron incorporados a su personalidad y, en consecuencia, modificaron profundamente su mentalidad. Las tendencias del proceso indican que, en las actuales condiciones (tiene que encontrar una solución entre los bororos de Sangradouro y Meruri y los blancos de las Misiones), es muy probable que se integre al sistema sociocultural de sus antepasados con la correlativa conservación de ciertos ideales, emociones y conocimientos de “civilizado”, integrados en su personalidad.

APÉNDICE⁶³

Gracias al estudio de Herbert Baldus, de Antônio Colbacchini y de César Albisetti, la figura del bororo Tiago Marques Aipobureu se ha hecho muy conocida en los círculos etnológicos brasileños. Su vida dramática, rica en peripecias y en aventuras, atrajo la curiosidad de los lectores de las obras de aquellos etnólogos y llamó la atención de los “civilizados” en cuanto a los efectos desastrosos

⁶³ Artículo publicado originalmente en *O Estado de São Paulo*, el 7 de mayo de 1949.

de la catequesis y de la asimilación de los indios, cuando son desarrolladas sin ningún tipo de plan racional y de preocupación por el destino personal de las personalidades nativas, “cristianizadas” o “abrasileñadas” por los blancos. Hace tiempo, por recomendación del doctor Herbert Baldus, intenté estudiar el drama moral de este personaje. En ese estudio pretendía sugerir, a través de un caso concreto, lo que les sucede a los indios, nuestros contemporáneos, cuando reciben una educación del tipo de la nuestra y después son abandonados a su suerte, entregados a las condiciones de existencia de las sociedades tribales a las que pertenecían. Es evidente que la falta de adiestramientos especiales incapacita a tales individuos para enfrentar con éxito semejante experiencia. Por ello, pasan a estar desintegrados y pueden revelar comportamientos coherentes con su calidad de marginados.

Entre las personas que mostraron interés por el pequeño estudio se encuentra el señor Manuel Cruz, amigo y admirador de Tiago Marques Aipobureu.⁶⁴

En este artículo, el señor Manuel Cruz revela una marcada antipatía por el concepto de marginación y afirma categóricamente que el indio bororo no es ningún “hombre marginado”.

Tiago Marques Aipobureu —escribe— no es, como dice Florestan Fernandes, un “marginado”. La designación científica peca de inadecuada si tomamos en cuenta la vida y la actividad de Tiago. Tiago es un abandonado, víctima de la civilización que lo encontró feliz en plena selva de donde lo tomó por el cuello y lo arrojó a la convivencia de las Misiones para, posteriormente, con el mayor desprecio por su suerte, dejarlo en la penuria, lejos de los centros urbanos, sin ninguna posibilidad de aprovechamiento.

Sin embargo, tanto en este aparte de su artículo como en el siguiente, lo pinta incisivamente como un *marginado*:

⁶⁴ Véase “A vida de Tiago Marques Aipobureu”, artículo publicado en el *Diário de São Paulo*, 27 de julio de 1974.

A mi modo de entender, Tiago Aipobureu es una víctima de la civilización, como ya lo he dicho en otra parte. Ésta lo preparó para grandes destinos y, antes de que pudiera poner en práctica su preparación y experiencia, se transformó en blanco de la injusticia [...]

El señor Manuel Cruz tiene, evidentemente, un concepto muy personal de la marginación, pues toma el término “marginado” como equivalente de “persona deliberadamente puesta al margen de la vida social” o de “escoria social”. Bastaría con leer la definición del vocablo, hecha en mi propio trabajo o en obras de autores citados en el mismo, para disipar semejantes dudas. Es más, incluso en el *Pequeno dicionário brasileiro da língua portuguesa* podría encontrar una definición del vocablo en la entrada “marginado”: “Individuo que, como consecuencia del conflicto de dos culturas, queda al ‘margen’ de la cultura de la que provino y de la nueva cultura a la cual no se integró”.⁶⁵

Al contrario de lo que piensa el señor Manuel Cruz, el especialista, cuando emplea el concepto no pretende identificar las capacidades personales de las personalidades estudiadas a las inadaptaciones evidenciadas en su comportamiento. Equívocos de este tipo, sobre el empleo de conceptos científicos, manipulados por no especialistas al pie de la letra o de acuerdo con el sentido común, son inevitables y comprensibles. Más allá de ello, el artículo del señor Manuel Cruz contiene informaciones valiosísimas al respecto de Tiago Marques Aipobureu, cuya importancia para el análisis de su situación de “hombre marginado” desearía recalcar. Pero antes me parece necesario hacer una rectificación: en ninguna parte de mi trabajo calificué a Tiago Marques Aipobureu como “perezoso”. En el análisis que hice de su situación de marginado me limité a constatar que, como consecuencia de las valoraciones negativas de su comportamiento, él no se correspondía con el ideal de personalidad masculina de los bororos ni con las expectativas de los salesianos, que entonces lo tildaron de “perezoso”, extendiendo el atributo y la decepción a su hijo.

⁶⁵ Antenor Nascentes, *Pequeno dicionário brasileiro da língua portuguesa*, Rio de Janeiro, Civilizacao Brasileira, 1939, p. 795.

Una información se refiere a los conflictos iniciales con los blancos. Los salesianos aprovecharon la cooperación de Tiago Marques Aipobureu en campañas destinadas a conseguir fondos financieros para las Misiones. Las expectativas de aprovechamiento práctico de los resultados eran, naturalmente, distintas: los misioneros tenían, a ese respecto, ideas opuestas a las de Tiago Aipobureu.

He aquí cómo el señor Manuel Cruz describe estos hechos:

La primera decepción, me dijo Tiago, se dio cuando acompañó a don Malan, que lo utilizó como señuelo para obtener donaciones para las Misiones.

Cuenta Tiago, con su simplicidad, que don Malan lo presentó ante personalidades importantes del comercio y de la industria de São Paulo y de Río de Janeiro, y siempre el resultado de esas presentaciones era el pedido de ayuda financiera destinada a mejorar el padrón de vida de los bororos y a consolidar las colonias. Ahora bien, don Malan nunca les ofreció su ayuda a los bororos, es decir, nunca les dio animales de transporte, ni ganado, ni nada. El nativo vivió a expensas de su propio trabajo.

Según el informante, las decepciones de Tiago Aipobureu intensificaron sus conflictos con los blancos, y lo condujeron, incluso, a fuertes manifestaciones de antagonismos.

Seguramente que al espíritu vivaz de Tiago no se le escapó una retrospectiva de aquellas escenas de promesas y de expulsiones. Esos dos hechos causaron en Tiago un profundo disgusto y su consiguiente regreso a la convivencia con sus coterráneos, a quienes les señaló, en arengas inflamadas, en las noches bajo la luna, las fallas de las Misiones y las ingratitudes que venía recibiendo, si no por parte de los misioneros, por lo menos por parte del nuevo director de Meruri.

A ese gesto, el padre director de Meruri, que no tenía el tacto político del padre Colbacchini, dio comienzo a sus represalias contra Tiago.

Otro aspecto interesante de la declaración del señor Manuel Cruz tiene que ver con las actitudes de Tiago Marques Aipobureu frente a los valores de la civilización occidental y a los valores de la cultura bororo. Aunque no dejase de ser *cristiano*, “considerando que su cristianismo sufrió la influencia de un fresco atavismo”, comprendía y aceptaba como bororo los valores y las instituciones tribales. Tales actitudes fueron ampliamente analizadas en mi trabajo. En virtud de su carácter confirmatorio, las exposiciones del señor Manuel Cruz merecen ser transcriptas aquí. En cuanto a las relaciones con los blancos, afirma nuestro informante:

Tiago tiene un raciocinio eficaz, una comprensión clara y lógica. Es el primero en reconocer la importancia de los misioneros en la fortificación y en el respeto a la familia, en la preparación de los indios en los menesteres de la agricultura y la ganadería y, finalmente, en el interés de transformarlo en alfabetizado y útil si el círculo de la actividad del nativo no se circunscribe al regreso de las colonias. [...] [A pesar de ello, Tiago Aipobureu] no atacó el poder de los *baére* o sacerdotes, no fue irrespetuoso de la autoridad de los *boe imigéra gue* (caciques). Su deseo fue, ante todo, lo que haría un estudioso de su gente: el esfuerzo por conocer la historia, los mitos, los cantos y la cultura material de una tribu celosa de su pasado y de sus tradiciones gloriosas.

A pesar de todo, la información más importante ofrecida por el señor Manuel Cruz alude a la competencia por el prestigio entre Tiago Marques Aipobureu y otros miembros de la tribu. A través de ella se entiende el significado del interés de Tiago Aipobureu por los valores tribales y, de esta manera, se obtiene una explicación bastante razonable de los motivos que llevaron al indio bororo a acumular conocimientos tan amplios sobre la mitología tribal y el pasado de los bororos. Las informaciones confirman completamente la interpretación que hice acerca del comportamiento de Tiago Marques Aipobureu, y amplían, además, la base empírica de la misma. A pesar de la extensión del fragmento, me parece indispensable citarlo en este artículo:

Tiago se enojó, y con mucha razón. Él me contó muchas cosas que no vienen al caso aquí. Para juzgarlo con justicia conviene sumarle a todo esto la lucha que sostuvo él solo con sus propios coterráneos. Siendo superior a ellos en educación y en el conocimiento de las cosas indígenas, ya liberado de los prejuicios tribales, era justo que, al volver a las selvas, tratara de encaminar a los indios, de acuerdo con su nueva concepción de la vida. Sin embargo, el indio prefirió renunciar a sus prerrogativas sociales y religiosas y cuando Tiago los quiso conducir, se encontró con una muralla inexpugnable de resistencia. Por tercera vez en su vida, Tiago sintió otra desilusión. Dentro de la comunidad de su gente pasó a ser un indio como cualquier otro. Pertenece al lenguaje de los *bokodóri exeráe*, portador de gran riqueza en la cultura material, pero le faltaba autoridad para el mando político-social de la tribu, privilegio que sólo tenía el clan de los *baadagêbá gue*.

Y esa resistencia contra la influencia de Tiago se manifestaba en la precaución que mostraban los miembros de la comunidad de no revelar nada sobre la historia, los mitos y los cantos de la tribu en presencia de Tiago. Yo soy testigo ocular. Para disminuirlo llegaban a inventar que Tiago era inexperto en asuntos relacionados con las cosas de los bororos.

A pesar de las reacciones que hubo contra la esfera de influencia de Tiago, éste logró formar, en el seno de la nueva generación, un amplio círculo de admiradores. Lamentablemente dicho grupo en nada podría modificar su condición de vida. Hoy en día, Tiago vive la vida del desamparado, trabando consigo mismo una lucha tremenda cuyas consecuencias, dada su edad ya bien avanzada, cada vez le parecen más adversas, a menos que la mano providencial lo ampare a tiempo.

Como se puede ver, el señor Manuel Cruz presenta un valioso aporte al conocimiento de la personalidad de Tiago Marques Aipobureu. Tal aporte, a pesar de las críticas del informante sobre el concepto de marginación, describe claramente el carácter del drama del “hombre marginado” vivido por el simpático indio bororo, y llega incluso a dilucidar algunos puntos oscuros hasta

ahora, como el de las causas sociales de los conflictos de Tiago Aipobureu con los miembros de la tribu. El mismo informante destaca, aun, que el indio bororo mantiene ciertas expectativas —que probablemente se verán frustradas, en virtud de las propias condiciones sociales de la situación de contacto de los bororos con los blancos— de aprovechamiento de sus capacidades personales por parte de los “civilizados”. Sin embargo, Tiago tiene esperanzas de poder, algún día, ser aprovechado por los “civilizados”. Sueña con una posibilidad. No la busca porque teme que, nuevamente, se le cierren las puertas de la esperanza. Por eso no se arriesga a enfrentar la vida, tal vez porque se encuentra desambientado del bullicio de las ciudades y del trato con los hombres. Ello pone de manifiesto que el proceso descrito en mi trabajo, como lo suponía, aún no ha terminado: Tiago Marques Aipobureu todavía no ha logrado desarrollar una integración satisfactoria a uno de los grupos (o a ambos) que disputan su lealtad, y la reaproximación a los blancos continúa marcando sus actitudes y sus acciones.

LA PERSISTENCIA DEL PASADO¹

INTRODUCCIÓN

En la situación de contacto racial imperante en Brasil, se ponen de manifiesto muchos problemas sociológicos de gran significación humana y científica. Brasil vive, simultáneamente, en varias “edades histórico-sociales”. Según la región que se considere y el grado de desarrollo de las comunidades de la misma, podemos focalizar escenas que recuerdan los contactos de los *colonizadores* y de los conquistadores con los indígenas o bien registrar cuadros que retratan el surgimiento tumultuoso de la “civilización industrial”, con sus figuras típicas, nacionales o adventicias. Presente, pasado y futuro se entrecruzan y se confunden de tal manera que se puede pasar de un período histórico a otro a través del medio más simple: el desplazamiento en el espacio.

¹ Este trabajo fue presentado originalmente en la *Conference on Race and Color* organizada por The American Academy of Arts and Science y The Congress for Cultural Freedom y realizada en Copenhague los días 6 a 11 de septiembre de 1965. Del mismo, los organizadores de la conferencia en inglés y francés realizaron una publicación previa, y posteriormente una publicación definitiva en el libro a cargo de John Hope Franklin titulado *Color and Race* (Boston, Houghton Mifflin Company, 1968, pp. 282-301). Texto extraído, para la presente edición, de Florestan Fernandes, *O negro no mundo dos brancos*, presentación de Lilia M. Schwarcz, São Paulo, Global Editora, 2007, pp. 104-130.

Ahora bien, a cada período histórico le corresponde una situación humana. El observador ingenuo piensa que está en un mundo culturalmente homogéneo. Y de hecho, ciertos polarizadores impregnan las situaciones más contrastantes de un sustrato psicosocial y sociocultural común. Pero en realidad cada situación humana se organiza, estructural y dinámicamente, como un mundo material y moral con sus propias características. Sin duda, las diversas situaciones humanas posibles ponen a la luz, en su conjunto, los diferentes patrones de integración sociocultural de la *sociedad brasileña*, a lo largo de su formación y de su evolución en el tiempo y en el espacio. Pero cada una de ellas, de por sí, sólo puede ser comprendida y explicada por el propio patrón de integración sociocultural y por el modo en que se vincula con las tendencias involucradas de modernización de dicha sociedad.

Proyectadas contra ese telón de fondo, las relaciones étnicas y raciales y el significado del color en la vida humana se presentan bajo diversas facetas. Para debatir en este trabajo, elegimos el ejemplo que nos parece más indicado para una caracterización sucinta de lo que se podría entender como el *dilema racial brasileño*. Se trata de la situación del negro y del mulato en la ciudad de São Paulo. Esta ciudad no se distingue por la alta proporción de negros o de mestizos procedentes de negros y blancos en la población global. Por el contrario, bajo este aspecto São Paulo es una de las comunidades urbanas brasileñas en las que esa proporción es relativamente baja. La ciudad es significativa por otros motivos. Por un lado, porque se incluye en la última región de Brasil, en donde la esclavitud desempeñó funciones constructivas, como medio y punto de partida de un largo ciclo de prosperidad económica que se inició con la producción y la exportación de café. Por otro lado, porque fue la primera ciudad brasileña que expuso al negro y al mulato a las contingencias típicas e inexorables de una economía competitiva en expansión. En consecuencia, permite analizar, con objetividad y en condiciones casi ideales, cómo y por qué el antiguo orden racial no desapareció con la Abolición y la finalización legal del régimen de castas, sino que se ha prolonga-

do en el presente y se ha ramificado por las estructuras sociales creadas gracias a la universalización del trabajo libre.

DESIGUALDAD RACIAL Y ESTRATIFICACIÓN SOCIAL

El dilema racial brasileño, en la forma en que se manifiesta en la ciudad de São Paulo, echa sus raíces en fenómenos de estratificación social. Considerando la estructura social de la comunidad como un todo, se puede afirmar que, desde el último cuarto del siglo XIX hasta la actualidad, las grandes transformaciones histórico-sociales no han producido los mismos réditos para todos los sectores de la población. De hecho, el conjunto de transformaciones que dio origen a la “revolución burguesa”, fomentando la universalización, la consolidación y la expansión del orden social competitivo, sólo benefició, colectivamente, a los segmentos blancos de la población. Todo pasó, históricamente, como si hubieran existido dos mundos humanos continuos, pero estancos y con destinos opuestos. El *mundo de los blancos* se vio profundamente alterado por la crisis económica y por el desarrollo social vinculados a la producción y a la exportación del café, al principio, y a la urbanización acelerada y a la industrialización, a continuación. El *mundo de los negros* se mantuvo prácticamente al margen de dichos procesos socioeconómicos, como si hubiera estado dentro de los muros de la ciudad, pero sin participar colectivamente de su vida económica, social y política. Por lo tanto, la disgregación y la extinción del régimen servil no significaron, de inmediato y a corto plazo, la modificación de las posiciones relativas de las reservas raciales presentes en la estructura social de la comunidad. El sistema de castas fue abolido legalmente; sin embargo, en la práctica la población negra y mulata continuó reducida a una condición social análoga a la preexistente. En lugar de ser proyectada en masa en las clases sociales en formación y en diferenciación, se vio incorporada a la “plebe”, como si debiera convertirse en un estrato social dependiente y tuviera que compartir una “situación de casta” disimulada. Por este motivo, la desigualdad racial se mantuvo inalterada, en los términos del

orden racial inherente a la organización social desaparecida legalmente, y el patrón asimétrico de relación racial tradicionalista (que le otorgaba al “blanco” la supremacía casi total y empujaba al “negro” hacia la obediencia y la sumisión) encontró condiciones materiales y morales para preservarse en bloque.

Los factores principales de dicho proceso de demora socio-cultural son bien conocidos. En una visión retrospectiva y sintética, los factores mencionados pueden ser agrupados en cuatro constelaciones histórico-sociales sucesivas (aunque interdependientes): a) las tendencias asumidas por la transformación global de la comunidad; b) el carácter sociopático de las motivaciones que orientaron la adaptación del “negro” a la vida en la ciudad y a la naturaleza anómica de las formas de asociación que pudieron desarrollar; c) la inocuidad de la reacción directa del negro y del mulato contra la “marginación de la gente negra”; d) la aparición tardía y débil de correcciones propiamente estructurales del patrón heredado de desigualdad racial.

En la primera constelación debemos considerar tres grupos de factores histórico-sociales. En primer lugar, la ciudad de São Paulo no repite el patrón tradicional de desarrollo geográfico y socioeconómico de otras ciudades brasileñas, que se expandieron bajo la égida de la explotación del trabajo esclavo. La inclusión de São Paulo en la órbita de la economía colonial brasileña (basada en la exportación de productos tropicales) tuvo lugar tardíamente. Recién con la producción de café en el “oeste paulista” y gracias a la intensificación progresiva de la exportación de ese producto, la ciudad estuvo en condiciones de dejar de ser un burgo rústico y de contar con fuentes regulares de prosperidad económica. Es por este motivo que sólo a partir del último cuarto del siglo XIX São Paulo comenzó a experimentar modificaciones que la convirtieron propiamente en ciudad, al estilo de otros conglomerados urbanos de la época. Tal factor es de gran importancia. Los centros urbanos provocaban determinadas necesidades especiales que ampliaban la división del trabajo social. En ellos surgían ocupaciones y servicios que agrandaban el área de actividad constructiva del esclavo y, principalmente, que no

podían ser ejercidos ni por el esclavo ni por el hombre libre. De esta manera, el liberto disfrutaba de algunas oportunidades económicas que le permitían integrarse a la estructura ocupacional de las ciudades y que forzaban a los blancos a adquirir interés por su adiestramiento y aprovechamiento en tal área. Se puede corroborar de qué manera ese mecanismo se manifestaba en ciudades como Salvador, Recife o Río de Janeiro, en donde la población negra, y sobre todo la mestiza, lograban la adquisición de un nicho relativamente ventajoso en la organización ecológica y económica de aquellas comunidades. La inclusión tardía de la ciudad de São Paulo al núcleo de la economía colonial brasileña representó una desventaja para la población negra y mestiza de esa ciudad, tanto la esclava como la liberta. Esto es así porque el inicio de la expansión económica coincidió con la concentración creciente de inmigrantes de origen europeo y con la crisis del propio régimen servil. Pocos negros y mulatos pudieron aprovechar las oportunidades con las que contarían si las circunstancias hubieran sido otras, y que les permitirían convertirse en artesanos, pequeños comerciantes, etc. Cuando la Abolición hizo eclosión, estaban distribuidos en las ocupaciones menos deseables y compensadoras, pues las mejores oportunidades habían sido monopolizadas y absorbidas por los inmigrantes.

En segundo lugar, el movimiento abolicionista y todo el proceso de disgregación del régimen servil asumieron, como tenía que suceder fatalmente, el carácter de una insurrección de los propios blancos contra el orden esclavista y señorial. Éste comprometía el desarrollo socioeconómico de las regiones prósperas del país y sofocaba la expansión del capitalismo. Aunque el abolicionismo adquiriera el tenor de un movimiento humanitario, su resorte revolucionario residía en los intereses y valores sociales perjudicados por la vigencia de la esclavitud. Por otro lado, los negros y los mulatos se insertaban en esa insurrección como “objeto” y mera “masa de maniobra”. Ellos no pudieron proyectar en ésta sus anhelos o necesidades más directas y, con raras excepciones, quedaron relegados a los roles secundarios. Así, lo que se podría llamar una “conciencia abolicionista” era, antes bien, un patri-

monio de los mismos blancos, que lideraban, organizaban y al mismo tiempo contenían la insurrección dentro de límites que le convenían a la “raza dominante”. Ese cuadro general produjo dos efectos negativos o limitativos. En cuanto a los blancos, favoreció un proceso paradójico: en la fase aguda de las transformaciones, el liderazgo del proceso pasó a manos de los círculos más conservadores, empeñados en atender los intereses sociales, económicos y políticos de los grandes hacendados. Aunque se negaran a concederles a los hacendados cualquier tipo de indemnización por las pérdidas financieras resultantes de la Abolición, ignoraron por completo la necesidad de poner en práctica medidas que aseguraran un mínimo de protección al esclavo o al liberto y que concentraran todo el esfuerzo constructivo en una política que garantizara la rápida sustitución de la mano de obra esclava. Por tal motivo, al final del Imperio y al inicio de la República, el principal rasgo de la política gubernamental provenía del fomento de la inmigración por todos los medios viables. En cuanto al negro, con la Abolición el mismo perdió los vínculos humanitarios que lo ligaban a los blancos radicales o inconformistas y dejó de formar una conciencia social propia de la situación. Como fue más un tutelado que un agente del proceso revolucionario, no tenía una visión objetiva y autónoma de sus intereses y posibilidades. Convirtió la libertad en un fin en sí y para sí, sufriendo con la desposesión una auténtica expoliación —la última por la cual la esclavitud aún sería responsable. La “explosión de alegría” pronto tendría un sabor amargo; pero la dignidad del “hombre libre” parecía valer más que cualquier otra cosa e, inmediatamente, el “negro” pasó a dedicarse intensamente a su afán de usufructuar un don que, en el pasado, lo había excluido de la condición humana.

En tercer lugar, la “revolución burguesa” prácticamente expulsó al “negro” de la escena histórica. Ésta se desarrolló en torno de dos figuras: el hacendado de café, que vio cómo sus roles sociales y económicos se diferenciaban gracias al crecimiento económico provocado por los “negocios del café”, y a la expansión urbana; y el inmigrante, que se apropiaba tenazmente de todas las oportunidades nuevas, al mismo tiempo que eliminaba al “negro”

de las pocas posiciones compensadoras que había alcanzado dentro del ámbito de las artesanías y en algunas ramas del pequeño comercio. Por lo tanto, “el negro” no sólo permaneció al margen de esa revolución, sino que fue seleccionado negativamente y tuvo que contentarse con lo que, de ahí en adelante, sería conocido como “trabajo de negro”: trabajos inciertos o brutos, tan penosos como mal remunerados. Como consecuencia de ello, se encontró en una extraña situación. Mientras la prosperidad favorecía a todas las demás capas de la población, el “negro” se vio en apuros hasta para mantener o conquistar las fuentes estables de ingresos más humildes y relegadas.

En cuanto a la segunda constelación, debemos tener en cuenta cinco grupos de factores más significativos. En primer lugar, el negro no había sido adiestrado previamente, ya sea como *esclavo* o como *liberto*, para asumir los roles socioeconómicos del trabajador libre. Por tal motivo, no contaba con el entrenamiento técnico, ni con la mentalidad, ni con la autodisciplina del asalariado. Al verse y sentirse *libre*, quería ser literalmente tratado como *HOMBRE*, es decir, como “alguien dueño de su propio destino”. Tales disposiciones redundaron en inadaptaciones fatales para el negro y el mulato. Por un lado, los empleadores blancos se irritaron en extremo con las actitudes y los comportamientos de los ex esclavos. Éstos usaron la libertad de forma predatoria. Suponían que, si eran “libres”, podían trabajar como, cuando y donde lo prefirieran. Tendían a alejarse de las responsabilidades del trabajo cuando disponían de recursos suficientes para mantenerse en la ociosidad temporaria; y, en particular, se mostraban muy reacios frente a las amonestaciones, advertencias o reprimendas. Alegando que “eran libres” (o que “el tiempo de la esclavitud ya acabó”), pretendían una autonomía que fundamentalmente se daba de bruces con el régimen del trabajo asalariado. Esos desentendimientos, naturalmente, serían transitorios. Pero, como había una relativa abundancia de mano de obra, en virtud del volumen alcanzado por la inmigración, los empleadores actuaron de manera intolerante, demostrando una notable incompreensión frente al negro y al mulato. Les parecía que éstos evidenciaban

una “falta de responsabilidad” y que los negros eran “inútiles” o “intratables”, fuera del “yugo de la esclavitud”. Por otro lado, el mismo negro colocó la libertad encima de todo, como si ésta fuera un valor intocable y absoluto. Por falta de una socialización previa, no sabía evaluar correctamente la naturaleza y los límites de las obligaciones derivadas del contrato de trabajo. Éste era visto como si perpetuara la esclavitud por otros medios y como si, al vender su fuerza de trabajo, el trabajador estuviera vendiendo, simultáneamente, su propia persona. De esta circunstancia resultó una inadaptación verdaderamente estructural, agravada por el hecho de que sus oportunidades de trabajo eran las peores y de que existían dos niveles de retribución, lo cual degradaba el salario del trabajador negro.

En segundo lugar, la abundancia de mano de obra más calificada, como producto de la inmigración intensiva, favoreció la rápida modificación de la mentalidad de los empleadores y sus propensiones, incluso con respecto a la selección de los trabajadores agrícolas. Antes, el negro era representado como el único agente de trabajo posible, por lo menos con relación a los servicios degradados por la esclavitud. Por tal motivo, había una relativa tolerancia ante sus deficiencias y una real preocupación por corregirlas, en la medida de lo posible. Cuando quedó claro que podía ser reemplazado, incluso con relativa facilidad en las regiones prósperas, y que su sustituto era “más inteligente”, “más eficiente” y “más laborioso” (o “industrioso”), aquellas disposiciones desaparecieron. Por lo tanto, de un momento a otro, el negro se vio condenado como agente de trabajo, pasando de la categoría de agente privilegiado a la de agente rechazado, en un momento en el cual él mismo elevaba sus exigencias morales y se volvía intransigente. De manera casi automática quedó relegado a la periferia del sistema de producción, a las ocupaciones indeseables, mal retribuidas y socialmente degradadas.

En tercer lugar, la esclavitud despojó al negro de casi toda su herencia cultural y lo socializó tan sólo para ocupar roles sociales confinados, en los cuales se realizaba el desarrollo de la personalidad del esclavo y del liberto. Como consecuencia de ello,

la Abolición lo proyectó a la esfera de los “hombres libres” sin dotarlo de recursos psicosociales e institucionales para adaptarse a su nueva posición en la sociedad. No conocía ni podía poner en práctica ninguna de las formas sociales de vida organizada de las que normalmente gozaban los blancos (incluso la familia y los tipos de cooperación o de solidaridad que ésta condicionaba socialmente). Para disfrutar de los derechos del *Hombre Libre* tenía que despojarse de su segunda naturaleza, constituida como esclavo o liberto, y absorber las técnicas sociales que formaban parte del “mundo de los blancos”. Estableciéndose en la ciudad de São Paulo, en donde la urbanización rápida y el crecimiento industrial acelerado provocaron la expansión intensa del orden social competitivo, esa laguna de origen específicamente sociocultural se erigiría como una barrera infranqueable. La incapacidad de lidiar eficazmente (o de cualquier manera) con las referidas técnicas sociales impidió su adaptación a las condiciones de vida imperantes en la ciudad, colocando al negro al margen de la historia, como si le fuesen vedadas las oportunidades crecientes, ávidamente aprovechadas por los inmigrantes y por el trabajador blanco de extracción nacional.

En cuarto lugar, luego de la declaración de la Abolición, la población negra se convirtió en una población altamente móvil. Muchos componentes de esa población, más o menos adaptados a la vida en la ciudad, se trasladaron al interior del estado de São Paulo o hacia otras regiones del país (al nordeste y al norte, principalmente, que era de donde provenían). Al mismo tiempo, oleadas sucesivas de negros y mulatos se apiñaban como podían en los sótanos y en las casas de inquilinato de la capital. En su conjunto, las pérdidas fueron ampliamente compensadas por las ganancias, pero con una nítida concentración de personas rústicas en un ambiente que exigía ciertas cualidades intelectuales y morales, requeridas por el trabajo asalariado y por la competencia económica. De por sí inadaptada, esa población tenía que vivir de trabajos con salarios insuficientes y apiñada en alojamientos (los sótanos y las casas de inquilinato que los albergaban no eran otra cosa que eso) que no tenían capacidad para tantos habitantes.

El único elemento de esa población que contaba con un empleo asalariado más o menos cierto era la mujer, que podía dedicarse a los servicios domésticos. De modo que fue ella la que, rápidamente, se convirtió en el sostén de las agrupaciones domésticas, ya que de ella provenía el sustento parcial o total de la casa, la ropa y la comida del marido o del concubino, e incluso el dinero con el que éstos enfrentaban sus pequeños gastos. El ocio del hombre, que en un comienzo era producto de la contingencia y constituía una protesta digna, pronto se transformó, en considerables proporciones, en una forma aprensiva y sociopática de explotación de un ser humano por otro. Además, tres cuartas partes de la población negra y mestiza de la ciudad se sumergieron en una dolorosa era de miseria colectiva, de degradación moral y de vida social desorganizada. El abandono del menor, del enfermo o del anciano, la “madre soltera”, el alcoholismo, la vagancia, la prostitución, la criminalidad ocasional o sistemática, despuntaron como dimensiones normales de un drama humano sin precedentes en la historia social de Brasil. En esas condiciones, el negro no contaba con elementos para cultivar ilusiones sobre el presente o el futuro. Y, como si esto fuera poco, acumulaba puntos negativos, pues el blanco percibía y explicaba de manera etnocéntrica los aspectos de esa situación de la que tomaba conocimiento, a través de escenas deprimentes, o de los noticieros, adjudicándole al mismo negro la “culpa” por lo que ocurría (como si el negro “no tuviese ambiciones”, “no le gustara trabajar”, “fuera un alcohólico inveterado”, “tuviera propensión al crimen y a la prostitución” y “no fuera capaz de manejar su propia vida sin la dirección y el yugo del blanco”). No obstante, el drama en sí mismo no conmovió a los blancos ni fue sometido al control social directo o indirecto; sólo sirvió para degradar aún más a su víctima con el consenso generalizado.

En quinto y último lugar, el negro y el mulato no disponían de técnicas sociales que les posibilitaran el control eficiente de sus dilemas y la superación rápida de esa fase de vida social anómica. Por su parte, las demás capas de la comunidad no revelaron ninguna especie de compasión o de solidaridad ante el drama

material y moral del negro, mientras que la misma comunidad como un todo nada podía hacer, ya que no disponía de una red de servicios sociales suficientemente complejos para resolver problemas humanos tan graves. La miseria se asoció a la anomia social, formando una cadena de hierro que ataba al negro, colectivamente, a un destino inexorable. A la degradación material le correspondía la desmoralización: el negro se entregaba a ese destino sumido en una profunda frustración e insuperable apatía. Pronto se difundió y se arraigó un estado de espíritu derrotista, según el cual “el negro nació para sufrir”, “la vida del negro es así”, “no vale la pena hacer nada”, etc. El único punto en el que el negro no cedía se relacionaba con su obstinada permanencia en la ciudad. Como si fuera un paria de la era moderna, aceptaba pasiva y conformadamente el peso de la desgracia y los días inciertos que el futuro le reservaba.

En la tercera constelación, debemos considerar las causas y los efectos de los movimientos sociales que se constituyeron en el medio negro de São Paulo. Ningún conglomerado humano podría soportar, de modo totalmente inerte, una situación como la que las poblaciones negra y mulata enfrentaron en esa ciudad. Poco a poco se fueron esbozando y fueron cobrando fuerza algunos tímidos intentos de crítica y de autodefensa. Entre 1925 y 1930, esos intentos tomaron cuerpo y produjeron sus primeros frutos maduros, expresados en una prensa negra empeñada en difundir formas de autoconciencia de la situación racial brasileña y del “abandono del negro”, y también en organizaciones dispuestas a llevar la “protesta de la gente negra” al terreno práctico. Por primera vez en la historia social de la ciudad, negros y mulatos se unían para defender los intereses económicos, sociales y culturales de la “raza”, buscando formas de solidaridad y de actuación social organizada que redundasen en beneficio de la reeducación del negro, en la elevación progresiva de su participación a nivel de los ingresos, en el estilo de vida y en las actividades políticas de la colectividad y, por consiguiente, de su capacidad de convertirse en *ciudadano* según los modelos impuestos por la sociedad inclusiva. Sin embargo, los movimientos sociales sólo lograron atraer

a pequeños grupos de la población negra y mulata de la capital. Una vez malogrado su alcance constructivo, el conformismo, la apatía y la dependencia con relación a los blancos bloquearon ese camino de afirmación autónoma. Aunque llegaran a abarcar grupos de militantes tildados de alarmantes por los blancos, los movimientos no sirvieron más que para crear un marco histórico y redefinir las actitudes o los comportamientos de negros y mulatos. Desenmascarando la ideología racial dominante, ellos elaboraron una contraideología racial que aumentó el área de percepción y de conciencia de la realidad racial brasileña por parte del negro. Por otro lado, acentuando ciertas tendencias igualitarias fundamentales, llevaron al negro a enarbolar las banderas de la democracia racial, exigiendo para sí condiciones equitativas de participación en los niveles de ingresos, en el estilo de vida y en las prerrogativas sociales de las demás capas de la comunidad. Como las reivindicaciones hacían eclosión de forma pacífica, las mismas no engendraron disposiciones de segregación racial y no alimentaron tensiones o conflictos de carácter racial. En ese sentido, ellas fueron socialmente constructivas, difundiendo imágenes del negro, recalibrando su manera de resolver sus problemas y tratando de absorber las técnicas sociales y de aprovechar las oportunidades económicas de las que disfrutaban los blancos. Respondieron literalmente a las exigencias del orden social competitivo, afirmándose como el único proceso por el cual la población negra de la capital trató de adaptarse colectivamente a las exigencias histórico-sociales del presente. No obstante, tales movimientos, con los objetivos que tenían en vista, no repercutieron constructivamente entre los blancos. Éstos se mantuvieron indolentes frente a ellos, e irguieron un muro de indiferencia y de incompreensión que anuló su eficacia práctica, impidiendo que aquéllos hicieran su aporte, de hecho, para adaptar el sistema de relaciones raciales al orden social competitivo. Además de ello, los círculos más influyentes, imbuidos de actitudes y valoraciones tradicionalistas, reinterpretaron los movimientos sociales surgidos en el medio negro como un “peligro” y como una “amenaza” (como si éstos “introdujeran el *problema racial* en el país”). Algunos defendían el punto

de vista de que si “la negrada se sintiera cómoda”, después “nadie lograría contener a esa gente”. En la época del *Estado Novo*,² los movimientos fueron legalmente proscritos y se clausuró el Frente Negro Brasileño, la principal organización aparecida en ese período. Con la extinción del *Estado Novo*, de 1945 a 1948, se esbozaron algunos intentos de reorganización de aquellos movimientos. Pero todos ellos fracasaron estrepitosamente, pues los negros y los mulatos en ascensión social prefirieron adoptar una estrategia estrechamente egoísta e individualista de “solución del problema del negro”. En el fondo, la inexistencia de mecanismos de solidaridad racial privó al medio negro de sus cuadros humanos. Sin embargo, en un plano más general ello significa que la contribución que los movimientos sociales podrían otorgarle a la modernización del sistema tradicional de relaciones raciales quedó comprometida y neutralizada. La adaptación de aquel sistema a la situación histórico-social imperante en la ciudad depende, actualmente, y siempre y cuando no surjan modificaciones, de los efectos lentos e indirectos de la absorción gradual del negro y del mulato al orden social vigente.

En la cuarta constelación, debemos considerar cómo repercutió a corto plazo la expansión del orden social competitivo en la graduación de las oportunidades económicas otorgadas a los negros y mulatos. En el período inmediatamente posterior a la Abolición, las oportunidades fueron monopolizadas por los blancos de las antiguas capas dominantes y por los inmigrantes. Un sondeo estadístico, realizado en la ciudad en 1893, indica de modo bien claro esa tendencia. Así, de 170 capitalistas, 137 eran nacionales (80,5%) y 33, extranjeros (19,4%). De 740 propietarios, 509 eran nacionales (69%) y 231 extranjeros (31%). En ciertas profesiones conspicuas, tradicionalmente controladas por las elites locales, el extranjero sólo aparecía esporádicamente. Ello sucedía, por ejemplo, con la magistratura y la abogacía. Pero en

² Sistema de gobierno instaurado en Brasil por el presidente Getúlio Vargas a partir del año 1937, y que se mantuvo durante todo su gobierno, hasta su destitución en 1945. (N. del E.).

profesiones más vinculadas con el progreso técnico, los extranjeros se destacaban en proporciones significativas. Es lo que se puede inferir, por ejemplo, de profesiones como la ingeniería (127 nacionales y 105 extranjeros), la arquitectura (23 nacionales y 34 extranjeros), la agrimensura (10 nacionales y 11 extranjeros), la docencia (274 nacionales y 129 extranjeros), etc. Entre el llamado “personal de las industrias”, el inmigrante aparecía prácticamente como el agente privilegiado. Con excepción de las ocupaciones agrícolas, en las cuales el elemento nacional predominaba (pues presentaba 1.673 trabajadores nacionales, es decir, el 68%, y 783 extranjeros, o sea, el 32%), en las demás áreas, de hecho, *urbanización* equivalía a *europaización*. He aquí los ejemplos más relevantes: servicios domésticos, 5.878 nacionales (41,6%) y 8.226 extranjeros (58,3%); actividades manufactureras, 774 nacionales (21%) y 2.893 extranjeros (79%); trabajos de artesanos y artistas, 1.481 nacionales (14,4%) y 8.760 extranjeros (85,5%); actividades de transporte y conexos, 1.998 nacionales (18,9%) y 8.527 extranjeros (81%); actividades comerciales, 2.680 nacionales (28,3%) y 6.776 extranjeros (71,6%). Si se consideran todas estas actividades, en promedio el 71,2% de las ocupaciones se encontraban bajo el control de los extranjeros. Como, según otras informaciones dispersas, sabemos que la participación del negro en ese cuadro ocupacional, sobre todo en los trabajos calificados y semicalificados, era mínima, esto nos da una idea indirecta muy significativa. El desarrollo económico posterior de la ciudad corrigió esa situación, pero de manera casi insignificante. De hecho, sólo después de 1935, con la intensificación de las migraciones internas, el “hambre de brazos” aumentó acentuadamente las oportunidades ocupacionales de la población negra y mulata. Sin embargo, la modificación fue más cuantitativa que cualitativa. Un mayor número de personas de aquella población pasó a tener alguna facilidad en la obtención de fuentes estables de ingresos, aunque tal situación se continuó dando predominantemente en la esfera de los servicios menos calificados y peor remunerados. Un sondeo que hicimos en 1951 revela que el negro está encontrando, en nuestros días, el punto de partida del

que podría haber disfrutado en el período de disgregación del régimen servil, si no se hubiera topado con la competencia del inmigrante. En la muestra estudiada, elegida fortuitamente entre hombres y mujeres, descubrimos que el 29% de los negros y mulatos se distribuían entre las ocupaciones artesanales y el 21% se empleaban en los servicios domésticos. En cuanto a otras actividades, las siguientes indicaciones pueden dar una clara idea de la situación: en servicios públicos, como ordenanzas, auxiliares de limpieza y empleados administrativos, predominantemente, el 9%; en la industria, una buena parte como encargados de servicios brutos o semicalificados, el 8%; en oficinas, pocos dactilógrafos, redactores de cartas o tenedores de libros, el 7%; en el comercio, y sólo algunos, como vendedores o jefes de sección, el 4%, etc. En suma, el cuadro se ha modificado, pero muy poco. El negro aún se encuentra en una posición muy desventajosa en la pirámide ocupacional y tiene endeble posibilidades de corregir esa situación en un futuro próximo. A ese respecto también deberían tenerse en cuenta los datos del censo de 1940. Reuniendo sólo las indicaciones más significativas, podríamos elaborar el siguiente cuadro:

Distribución de los hombres y mujeres de 10 años y más, según la posición en algunas ocupaciones, Municipio de São Paulo (censo de 1940)

<i>Posición en la ocupación</i>	<i>Blancos</i>	<i>Negros</i>	<i>Pardos</i>	<i>Amarillos</i>	<i>Totales</i>
Empleador	15.261 97,04%	51 0,32%	72 0,45%	342 2,17%	15.726 100%
Empleado	323.997 91,95%	15.114 4,28%	10.925 3,1%	2.317 0,65%	352.353 100%
Autónomo	74.448 93,44%	2.051 2,57%	1.595 2%	1.577 1,98%	79.671 100%
Miembro de la familia	4.644 86,88%	80 1,5%	56 1,04%	565 10,57%	5.345 100%
Posición ignorada	4.393 85,83%	356 6,96%	325 6,35%	44 0,86%	5.118 100%
Participación en la población	1.203.111 90,72%	63.546 4,79%	45.136 3,4%	14.074 1,06%	1.326.621* 100%

* Incluyendo 394 individuos de color no declarado.

A pesar del carácter pesimista de las conclusiones que tales datos ofrecen, en su conjunto, las modificaciones resultantes tienen una gran significación. La adquisición de fuentes estables de ingresos, sin importar en qué condiciones, les ofreció al negro y al mulato medios de integración de la estructura ocupacional y, en consecuencia, una situación favorable a la absorción gradual de las técnicas sociales anteriormente monopolizadas por el blanco. Por otro lado, al mismo tiempo alcanzaron un nivel de clasificación ocupacional y de competencia con el blanco que les abren algunos canales de movilidad social vertical a las poblaciones negra y mestiza. No sólo los negros y los mulatos pueden “pertenecer al sistema”, sino que ellos también pueden “luchar para subir”, es decir, para “mejorar su posición dentro del sistema”. Aunque sean raras y débiles, las “elites de color” o las “clases medias de color” aparecen como una realidad nueva y tendrán oportunidades de aumentar continuamente, en tanto y en cuanto se mantengan las actuales condiciones socioeconómicas.

Las cuatro constelaciones de factores actúan en la misma dirección y producen efectos sociodinámicos de la misma naturaleza. Éstos mantienen la desigualdad racial en niveles y de acuerdo con un patrón sociocultural extraño al orden social competitivo y a una sociedad multirracial democrática. Como si el pasado se reprodujera constantemente en el presente, la concentración racial del ingreso, del prestigio social y del poder engendra un andamiaje social que nada (o muy poco) ostenta de competitivo, de igualitario y de democrático en sus líneas raciales. Los blancos disfrutaban de una hegemonía completa y total, como si el orden social vigente fuera, literalmente, una combinación híbrida del régimen de castas y del régimen de clase. En lo que se refiere a la integración del blanco al sistema de relaciones sociales, sólo el último régimen tiene plena vigencia. Pero, cuando se trata del negro o del mulato, ambos regímenes se combinan de formas variables, siempre haciendo que ciertas influencias arcaicas operen libremente, revitalizando de modo extenso y profundo un orden racial que ya debería ser una reliquia histórica.

PREJUICIO Y DISCRIMINACIÓN EN LAS RELACIONES RACIALES

Este telón de fondo puede pasar por un “fenómeno natural”. Sin embargo, sucede que el mismo favorece la perpetuación y, en ciertos aspectos, la revitalización del estándar tradicionalista y asimétrico de relaciones raciales. Dicho estándar se mantuvo, por así decir, intacto hasta 1930, aproximadamente, es decir, medio siglo después de la Abolición. Y, aún en la actualidad, no se podría decir que haya entrado en una crisis irreversible o que esté en vías de ser superado. Éste se preserva parcialmente, aunque encuentra refuerzos continuos en la extrema desigualdad de la situación económica y del destino social de las dos reservas “raciales” presentes. La alternativa de la desaparición final de este estándar de relación racial sólo se concretará históricamente en el momento en que la población negra y mestiza de la ciudad logre alcanzar, en bloque, situaciones de clase equivalentes a las que son disfrutadas por la población blanca. Esto es lo mismo que admitir que ello sucederá cuando el orden social competitivo esté despojado de las inconsistencias económicas, sociales y culturales a las que se tiende en torno de las tendencias de concentración racial del ingreso, del prestigio social y del poder.

En términos generales, el quid del “dilema racial brasileño” —tal como el mismo puede ser caracterizado sociológicamente a través de una situación histórico-social de contacto como la que predomina en la ciudad de São Paulo— reside antes en el desequilibrio existente entre la estratificación racial y el orden social vigente que en influencias etnocéntricas específicas e irreductibles. Sin embargo, el estándar de relación racial tradicionalista contenía influencias sociodinámicas etnocéntricas. Y éstas no han desaparecido, sino que continúan fuertes y activas gracias al andamiaje social que preserva una concentración racial del ingreso, del prestigio social y del poder, más representativo de una “sociedad de castas” que de una “sociedad de clases”.

Para los fines de esta exposición, bastaría considerar algunos aspectos cruciales de esa compleja situación. El prejuicio y

la discriminación surgieron en la sociedad brasileña como una contingencia ineluctable de la esclavitud. Los principios católicos proscribían la esclavitud del hombre por el hombre. Además, le imponían al señor, como obligación fundamental, el deber de llevar su fe y asegurar la salvación del esclavo, lo que los igualaría ante Dios. Para evadirse de tales obligaciones o volverlas inocuas apelaron a un proceso aberrante de racionalización sociocultural que convirtió la propia esclavitud en una relación aparentemente piadosa y misericordiosa. El esclavo sería un *bruto*, un ser entre las fronteras del paganismo y de la animalidad, cuya existencia y supervivencia resultaban de una responsabilidad asumida generosamente por el señor. Por consiguiente, a la condición de esclavo le correspondería una degradación total, que afectaría por completo su naturaleza biológica y psicológica. Como criatura “subhumana”, aparecía como “inferior” y “dependiente”, imponiéndose correlativamente la condición social de señor como una carga material y moral. Tales racionalizaciones, penosamente requeridas por los principios religiosos, eran duramente reforzadas por instituciones tomadas del derecho romano, que excluían al esclavo de la condición de persona y le otorgaban al señor un poder casi ilimitado. En esa conexión de sentido, el prejuicio contra el negro y su descendiente mestizo (pues la condición de cosa era transmitida por la madre: *partus sequitur ventrem*) se configuraba, socialmente, como una entidad moral. En ese contexto, las marcas raciales desempeñaban un papel secundario o adjetivo, porque éstas apenas servían para señalar ostensivamente, como si fueran un estigma, a los portadores de la condición degradante e infamante de esclavo y, más tarde, de liberto. Por lo tanto, en el fondo el prejuicio, que se convertía en racial por una contingencia de los orígenes biológicos de los esclavos, cumplía una función racionalizadora. Le correspondía legitimar lo que era socialmente ilegítimo. Gracias a él, el señor podía lidiar libremente con los *principios* de su cultura y justificarse moralmente, frente a su conciencia religiosa y al consenso general.

Por su parte, la discriminación emergía y se objetivaba socialmente como requisito institucional de la relación señor-esclavo y

del orden social correspondiente. Como el fundamento de la distinción entre el señor y el esclavo procedía de su condición social (y, por tal motivo, de su posición recíproca), la discriminación se elaboró, primariamente, como un recurso para distanciar socialmente categorías raciales coexistentes y como un medio para revitalizar las relaciones o la convivencia entre el señor y el esclavo. Palabras, gestos, ropas, alojamiento, alimentación, ocupaciones, recreación, acciones, aspiraciones, derechos y deberes, todo cayó dentro del ámbito de este proceso, que proyectó la convivencia y la coexistencia en una separación extrema, rígida e irremediable de dos categorías sociales que eran, al mismo tiempo, dos reservas raciales. Así mismo, los esclavos formaban la masa de la población, una mayoría potencialmente peligrosa y, si pudiese explotar, incontrolable. De esta manera, se los percibía y representaba como “enemigos del orden” público y privado. Para mantenerlos bajo el yugo señorial y en la condición de esclavos, se agregaba la violencia como medio normal de represión, de disciplina y de control. En ese amplio marco, no sólo las dimensiones humanas del esclavo como “persona” fueron ignoradas: también se afirmó el hábito inflexible de ponerlo y de mantenerlo en su lugar, de forzarlo violenta o blandamente a la obediencia y a la pasividad. En suma, se diferenciaron dos mundos sociales distintos y opuestos, entre dos reservas raciales que participaban de culturas diferentes y que tenían destinos sociales antagónicos. Esos puntos deben ser retenidos claramente si se quiere entender la situación de contacto racial imperante en Brasil. Las fuentes de distinción y de separación no eran primariamente raciales. Pero se convertían en tales en la medida en que detrás del *señor* estaba el “blanco”, y detrás del *esclavo* se ocultaba el “negro” o el “mestizo”.

Es importantísimo mencionar estos hechos. Por un lado, porque ellos esclarecen los orígenes sociales remotos del prejuicio y de la discriminación raciales en Brasil; por otro, porque delimitan las funciones sociales que cumplían el prejuicio y la discriminación raciales en la sociedad brasileña del pasado. Uno servía para legitimar comportamientos e instituciones moralmente proscritos. La otra, para regular la convivencia interracial, sometiendo

todas sus manifestaciones, incluso las más íntimas, a un código ético verdaderamente inflexible en la preservación de la distancia económica, social y cultural existente entre el señor y el esclavo. Ello sugiere que, desde sus orígenes más lejanos, el prejuicio y la discriminación tienen dos facetas. Una, evidente, es estructural y dinámicamente social. El señor y el esclavo se relacionan y se oponen como categorías sociales. Tanto el prejuicio como la discriminación se vinculan, fundamentalmente, con la estructura y el funcionamiento de una sociedad de castas, en la cual la estratificación racial responde a los principios de integración económica y sociocultural de la organización social. Otra, menos aparente y más disimulada, es de cuño racial. Los señores pertenecían a las reservas raciales blancas y, en nombre de sus intereses y valores sociales, ejercían una dominación social. Lo mismo ocurría con los esclavos, seleccionados entre las reservas raciales negra o mestiza, sin intereses sociales autónomos y sujetos a una dominación social que era, al mismo tiempo, una dominación racial.

La estratificación social presupone, pues, una estratificación racial, y la ocultaba. Como una era inherente a la otra, se puede admitir la existencia de un paralelismo fundamental entre “color” y “posición social”. En el límite histórico extremo, provisto por el orden social esclavista y señorial, los principios raciales como que se diluían y desaparecían por detrás de los principios sociales de integración del orden social. Pero el análisis puede deshacer esa apariencia, evidenciando ambas facetas de la correlación entre “estructura social” y “estructura racial” de la sociedad. Por otro lado, en otras polarizaciones, ese paralelismo deja de ser tan completo y las cosas salen a la luz por sí mismas. La importancia de la ciudad de São Paulo, como caso crucial para el estudio del tema, consiste en que permite observar las diversas polarizaciones sucesivas de aquel paralelismo, desde la disgregación final del *antiguo régimen* hasta la formación de la sociedad de clases.

Dejándose a un lado la era de la esclavitud, lo cual no nos interesa de inmediato en esta discusión, tenemos frente a nosotros tres problemas significativos. El primero se refiere a la etapa de transición, en la que el patrón tradicionalista y asimétrico de rela-

ción racial subsiste inalterable. El segundo atañe a lo que sucede cuando la ascensión social del negro provoca alguna especie de ruptura en el paralelismo entre “color” y “posición social”. El tercero se relaciona con la existencia o inexistencia de probabilidades de incorporación del mencionado paralelismo al régimen de clases sociales, lo cual redundaría en la absorción de la desigualdad racial por el orden social competitivo en expansión.

El primer problema puede ser ilustrado con lo que ocurrió en São Paulo entre 1888, fecha de la Abolición, y 1930, aproximadamente. En las condiciones señaladas anteriormente, de exclusión casi completa de la vida económica activa, de desorganización social y de apatía, la población negra y mestiza prácticamente permaneció en un estatus equivalente al del liberto en el orden social esclavista y señorial. El estándar tradicionalista y asimétrico de relación racial fue transferido en su casi totalidad a la nueva situación histórico-social, como si la modificación del estatuto jurídico del negro y del mulato no se reflejara en sus prerrogativas sociales. Por su parte, ellos se acomodaban pasivamente a las actitudes y a los comportamientos prejuizgantes o discriminatorios del blanco, llegando, incluso, a desorientarse cuando éste actuaba de forma diversa (digamos: “igualitaria” o “democrática”). Al mismo tiempo, los blancos, principalmente los de los estratos altos o en ascensión social, toleraban muy mal otro tipo de reacción del negro y del mulato. Revelaban una notable incomprensión y una extrema intransigencia ante aquellos que “se salían de la línea”, pretendiendo tratar a los blancos como si “fueran gente de su misma calaña”. Por lo tanto, no sólo el estándar tradicionalista de relación racial se mantenía en vigencia: toda la estructura social que lo soportaba, la ideología racial que le daba sentido y las funciones sociales que el mismo cumplía se preservaban con plena vitalidad en el plano de las acomodaciones raciales.

Esos hechos son verdaderamente significativos desde el punto de vista sociológico. Los mismos indican dos cosas esenciales. En primer lugar, que las innovaciones que afectan al patrón de integración del orden social no por ello repercuten de modo directo, inmediato y profundo en la ordenación de las relaciones

raciales. Allí en donde persiste el mundo tradicionalista brasileño, es inevitable que sobreviva, más o menos fuerte, el paralelismo entre “color” y “posición social”, aunque los agentes humanos involucrados nieguen esa realidad. En segundo lugar, el prejuicio y la discriminación raciales no emergen como subproductos históricos de la modificación legal del estatus social del negro y del mulato. Por el contrario, la persistencia de ambos constituye un fenómeno de demora cultural: actitudes, comportamientos y valores del régimen social anterior son transferidos y mantenidos, en la esfera de las relaciones raciales, en situaciones histórico-sociales en las que entran en conflicto abierto con los fundamentos económicos, jurídicos y morales del orden social vigente. Es necesario hacer notar, en este pasaje, que las manifestaciones de prejuicio y de discriminación raciales nada tienen que ver con amenazas tal vez creadas por la competencia o por la rivalidad del negro con el blanco, ni con el agravamiento real o potencial de las tensiones raciales. Éstas son expresiones puras y simples de mecanismos que mantuvieron, literalmente, el pasado en el presente, preservando la desigualdad racial al estilo de la que imperaba en el régimen de castas. Ello significa, naturalmente, que en donde el tradicionalismo se perpetúa incólume, en la esfera de las relaciones raciales —por más que se sostenga lo contrario—, el mismo acarrea la supervivencia tácita del paralelismo entre “color” y “posición social”.

El segundo problema merece mayor atención. En determinadas circunstancias, el negro o el mulato podían salirse de su propia piel en el orden social esclavista y señorial. La condición era que se incorporaran al núcleo de la familia blanca de bien o que fueran aceptados como sus elegidos, apadrinados, protegidos, etc. En ese caso, el individuo en cierta medida perdía parcialmente su identidad racial y adquiría, también parcialmente, la identidad social de la familia a la que pasaba a deber su lealtad. No se puede afirmar, como piensan muchos, que semejante alternativa acarrearía una corrección completa y definitiva del “color” por la “posición social”. Según parece, se ampliaba, algunas veces considerablemente, el ámbito de aceptación y de actuación so-

cial de la “persona de color” en el medio blanco. Sin embargo, para muchos efectos, el individuo debía saber guardar las apariencias, manteniéndose “en su lugar” cuando fuera necesario y desarrollando una verdadera política de seducción sistemática de los ánimos de aquellos blancos ante los cuales debía transigir incondicionalmente. Aquí nos encontramos ante un tipo de ascensión social que se podría llamar *infiltración social propiamente dicha*. A través de la misma, se abría una válvula de movilidad vertical que, al premiar al “mulato de talento” o al “negro notable”, producía una continua e inexorable acefalización en el seno de la “población de color”. No obstante, tal mecanismo, además de abarcar números reducidos de personalidades, en nada contribuía a modificar la situación racial o la imagen del negro hecha por el blanco. Los personajes, seleccionados por sus dotes singulares, funcionaban como “la excepción” que confirma la regla. Lo que ellos hicieran de excepcional no beneficiaba a su “raza”: era considerado algo que denotaba la influencia o la herencia psicobiológica y social del blanco. Respecto a ellos se decía: “negro de alma blanca”, “negro sólo por fuera”, “es blanco por dentro”, “ni parece negro”, etc. Simultáneamente, si no cumplían con alguna expectativa, se aseguraba: “ya se ve, el negro cuando no ensucia en la entrada, ensucia en la salida”, “no se puede esperar otra cosa de un negro”, “es negro de verdad”, etc. Ahora bien, la aparición de oportunidades estables de empleo y de ingresos, así como de ciertas posibilidades de ascensión social, abiertas por el orden social competitivo (principalmente en los últimos 20 años), provocaron que una gran parte de las llamadas “élites de color” o “clases medias de color” se calificara socialmente sin el impulso del paternalismo del blanco y bajo una relativa independencia de esa forma espuria de movilidad social vertical.

Ante ese “nuevo negro”, el blanco se veía en una posición confusa y residualmente ambivalente. El “nuevo negro” ya es, en sí mismo, un tipo humano relativamente complicado: tiene una mentalidad más secularizada y urbanizada, no le teme a la libre competencia con el blanco y, sobre todo, pretende “vencer en la vida” a toda costa. Rompe los cordones materiales o morales

con su “ambiente de origen”, negándose a convivir con los “negros pobres”, a respetar la solidaridad agreste, que transforma al “negro rico” en una víctima indefensa de sus amigos o parientes “que pasan necesidades”, y a mantener un nivel de vida modesto. Rechaza al “negro holgazán”, que sería el factor de la eterna degradación del negro por el blanco; y combate los movimientos sociales de cuño racial, afirmando que el “problema no es ése” y que ellos pueden volverse contraproducentes, al despertar ilusiones entre los mismos negros y al fomentar la animosidad del blanco. Absorbe y exagera la mentalidad del blanco, que toma como modelo de sus realizaciones, y pone en práctica un puritanismo ingenuo, pero duro, que lo eximiría de cualquier crítica y lo purificaría de cualquier fuente extrapersonal de degradación moral. Cultiva la delicadeza y la afabilidad como técnicas de suavización de sus actitudes autoafirmantes, pero también como expresión de su manera de ser, de pensar y de medir la grandeza humana. Finalmente, es intransigente ante los blancos que pretenden congelarlo, aplicándoles el estándar tradicionalista de relación racial, pues las anuencias en esa esfera redundarían en la pérdida de los réditos esperados —la conquista del “lugar al que tenga derecho”. Considerado en su conjunto, se presenta como el principal agente humano de modernización de las relaciones raciales en la ciudad, pues tiende a una forma activa y constante de rechazo de las manifestaciones tradicionales del prejuicio y de la discriminación racial.

A través de ese tipo humano se ponen de manifiesto tres datos esenciales. En primer lugar, en el momento en que el negro rompe con los estereotipos y con las conveniencias disimuladas, imponiéndose socialmente por sus méritos personales, por su riqueza y por su prestigio, se quiebra inevitablemente una de las polarizaciones que permitía disimular el paralelismo entre “color” y “posición social”. Entonces, las líneas de resistencia contra el color se manifiestan con relativa claridad. El prejuicio y la discriminación raciales salen a la superficie sin máscaras. No sólo algunas de las restricciones, que parecían confusamente asociadas a la posición social, deben ser puestas al desnudo en términos

de color. Además, en situaciones competitivas, el blanco acaba teniendo que apelar, de modo más o menos abierto, a actitudes o comportamientos que se dan de bruces con la tradición del decoro e involucran la apelación al etnocentrismo como recurso de autodefensa. En segundo lugar, algo opuesto también se evidencia con nitidez, aunque de forma aparentemente menos extensa e intensa. Los blancos de propensión realmente tolerante e igualitaria procuran amparar a ese “nuevo negro”, resguardándolo de los efectos de la presión indirecta y estimulándolo a proseguir en el camino de sus ambiciones. A pesar de cierto grado variable de ambivalencia de actitudes y de una conciencia deformada de la realidad racial, tales blancos hostilizan el fariseísmo del prejuicio y de la discriminación raciales disimulados, al mismo tiempo que procuran, si bien a veces de manera insatisfactoria, “darle la mano al negro que se lo merece”. Por eso, como producto reactivo de la emergencia del “nuevo negro” y por el impacto de su personalidad o de su éxito, algunos círculos de la población blanca también se comprometen de manera más profunda con la modernización de los estándares vigentes de relaciones raciales. En tercer lugar, el medio negro propiamente dicho no reacciona de manera uniforme al éxito del “nuevo negro”. Amigos y parientes del mismo nivel social pueden entusiasmarse y ofrecer una base emocional y moral, que les sirve como una especie de caja de resonancia y de fuente de estímulos a las personas en causa. Sin embargo, incluso en el mismo nivel social surgen apreciaciones más o menos malévolas, que minimizan o ridiculizan las pretensiones y las realizaciones del héroe. En los demás círculos de sus relaciones en el medio negro, principalmente debajo del nivel social adquirido, la reacción dominante combina el resentimiento con la satisfacción. El éxito acaba llevando a la ascensión social y ésta se convierte en ruptura. Por eso, los antiguos amigos y parientes se ponen ansiosos; en una extraña reacción amorosa, condenan a aquellos que aman. Empero, por fuera y por encima de las relaciones de carácter personal, el éxito es enfatizado con entusiasmo. Prevalece la idea de que aquello que un negro puede hacer, lo podrá hacer otro también. Se forma, así, un folclor del

negro en ascensión, que sirve de estímulo a los que aspiran a idénticos objetivos. Sin embargo, los mismos héroes de ese folclor se alejan del “antiguo ambiente”, aislándose de su medio de origen y procurando construir laboriosamente el prestigio del “negro recto”, de “posición social” y que “es gente”. Esta reacción, más o menos típica, divorcia el principal elemento humano del medio negro de las grandes “masas de color”, impulsándolo a ignorar la importancia vital de los movimientos que podrían redundar en la aceleración de la democratización de las relaciones raciales.

El tercer problema nos sitúa delante de un enigma. Es imposible prever lo que va a suceder en un futuro lejano en materia de relaciones raciales. Parece probable que las tendencias dominantes lleven, a largo plazo, a la puesta en marcha de una auténtica democracia racial. Sin embargo, en lo inmediato, determinados sucesos que se repiten hacen recelar el desenlace de dichas tendencias. Por lo que vimos, el factor verdaderamente profundo, que produjo algunas modificaciones significativas en el marco histórico-social de las relaciones raciales, viene a ser el desarrollo socioeconómico espontáneo. Ahora bien, evidentemente, hasta la actualidad éste no ha sido suficiente para promover la readaptación del orden racial heredado del pasado a los requisitos de la sociedad de clases. A tal punto esto es verdad, que en muchos círculos sociales, y simultáneamente en los diversos grupos étnicos o nacionales que lo componen, existe una nítida propensión a darles acogida y a poner en práctica antiguos procedimientos prejuizgantes y discriminatorios. Hay quien tiene miedo de perder prestigio social “al aceptar al negro”; hay también quien sólo acepta al negro en la órbita de lo convencional, alejándose de ellos en el área de la verdadera amistad y de la comunión afectiva; hay, finalmente, quien sostiene a toda costa ciertas representaciones arcaicas, y repudia toda posibilidad de incluir al negro en posiciones que involucren el ejercicio del liderazgo y de la dominación. Dejando de lado la cuestión del casamiento interracial, que se topa con resistencias y valoraciones casi ineludibles en la presente coyuntura, datos como aquéllos sugieren el tipo de riesgo que está saliendo a la luz. La concentración racial del ingreso, del prestigio

social y del poder, las tendencias muy débiles de corrección de los efectos negativos que la misma provoca inexorablemente y las propensiones etnocéntricas y discriminatorias podrán facilitar la absorción gradual del paralelismo entre “color” y “posición social” por el régimen de clases. Parece indudable que esa amenaza existe. Lo peor es que constituye una realidad que sólo puede ser combatida de forma consciente y organizada. Y no parece que, mientras se mantengan las actuales condiciones, tal tipo de reacción social encuentre una viabilidad histórica. A los segmentos blancos de la sociedad no les importa vitalmente el destino de la democracia racial sino la continuidad y el ritmo de expansión del orden social competitivo. Incluso el problema de la democracia en el ámbito político no se plantea como un dilema para esos círculos humanos. Por su parte, los segmentos negros y mulatos de la sociedad no tienen elementos para desencadenar y generalizar el estado de espíritu por una defensa consciente, sistemática y organizada de la democracia racial. Sus sectores pobres, por absoluta falta de los medios apropiados; las llamadas “elites de color”, porque no perciben o, si lo hacen, no les parece ventajoso comprometerse ante semejantes objetos que afectan más el futuro de la comunidad que su propio presente. Por consiguiente, la democracia racial está entregada a su destino, sin tener héroes que la defiendan como un valor absoluto. Si la formación y el desarrollo espontáneo de las clases sociales enredaran la desigualdad racial en la desigualdad inherente al orden social competitivo, entonces aquélla estará fatalmente condenada. Continuará siendo un bello mito, como lo es en la actualidad.

Las consideraciones expuestas abarcan apenas algunos aspectos de las manifestaciones y de los efectos del prejuicio y de la discriminación en las relaciones raciales. Pero esos aspectos son suficientes para testimoniar lo que pretendíamos: cómo y por qué el orden social competitivo no absorbió y eliminó, rápida y definitivamente, el patrón de relación racial heredado del pasado señorial y de la esclavitud. Es que los hombres y las sociedades que éstos forman no siempre se modernizan totalmente. A veces, elementos y factores arcaicos continúan existiendo y operando

más allá de su era histórica, y ejercen influencias negativas en la evolución de la personalidad, de la cultura y de la misma sociedad. Tal parece ser el caso de São Paulo, aunque sea la ciudad más moderna y desarrollada de Brasil. En la esfera de las relaciones raciales, ésta aún se encuentra muy comprometida con el pasado, indecisamente inmersa en un período de transición que se prolonga indefinidamente, como si los negros debieran esperar, para igualarse a los blancos, el advenimiento espontáneo de una *Segunda Abolición*.³

CONCLUSIONES

Los resultados del presente análisis son obvios. Ellos nos muestran, por un lado, que existe un *dilema racial brasileño* y que el mismo tiene un carácter estructural. Para enfrentarlo y corregirlo sería necesario cambiar la estructura de la distribución del ingreso, del prestigio social y del poder, estableciendo un mínimo de equidad económica, social y cultural entre “blancos”, “negros” y “mulatos”. También revelan, por otro lado, que la emergencia y el desarrollo de un orden social competitivo en sí mismos no constituyen garantía de una democratización homogénea del ingreso, del prestigio social y del poder. Las oportunidades que ambos procesos histórico-sociales crean son aprovechadas de forma desigual por las diversas categorías sociales y raciales presentes. La experiencia histórica analizada comprueba que las categorías sociales mejor ubicadas en la estructura económica, social y de poder tienden a monopolizar las ventajas reales y a capitalizar los réditos verdaderamente compensadores del cambio social. En consecuencia, la democratización inherente a los dos procesos tiene dos caras. Una de ellas pone de manifiesto que las grandes masas tienen acceso a ciertos beneficios generales que *mejoran* su participación en el nivel medio del ingreso, del padrón de vida o de uso del poder político. La otra evidencia que pequeños gru-

³ Expresión tomada de manifestaciones de intelectuales negros racialmente inconformistas. (N. del E.).

pos se insertan más o menos privilegiadamente en ese proceso, y mantienen o alcanzan niveles de participación en el ingreso, en el padrón de vida o de uso del poder político que exceden las proporciones medias. En ese sentido, en las etapas de formación y de expansión inicial del orden social competitivo surgen tendencias muy fuertes de agravamiento de las desigualdades económicas, sociales y políticas, en términos de *clase*, *raza* o *región*. La persistencia o la eliminación gradual de esas desigualdades pasan a depender del modo como reaccionan colectivamente las demás categorías sociales a las deformaciones que así se introducen en el estándar de integración, de funcionamiento y evolución del orden social competitivo.

Esos aspectos de la realidad sugieren, querámoslo o no, un cuadro realmente complejo, en el cual se elevan dos problemas centrales. Uno de ellos tiene que ver con los tipos de hombres que “hacen la historia”: de qué estratos sociales son extraídos, o qué representan en términos de intereses económicos, sociales o políticos y de identidades ideológicas, nacionales o raciales. En el caso en discusión, tales hombres provenían de categorías sociales muy diversas —representantes de las antiguas elites o sus descendientes, inmigrantes o sus descendientes, elementos seleccionados en poblaciones nacionales migrantes, etc. Todos tenían en común el deseo de enriquecerse, de alcanzar el éxito y de ejercer el poder. Para ellos, los valores ideales del orden social competitivo no mostraban ningún atractivo. Se limitaban a manipularlos como un medio para alcanzar aquellos fines de manera racional, rápida y segura. Por lo tanto, “hicieron historia”, pero ignorando a la colectividad y sus problemas humanos. Expurgaron la equidad de su horizonte cultural, y por eso no tenían la perspectiva necesaria para apreciar el drama humano del negro (u otros dramas igualmente desgarradores y dignos de la “acción histórica”). Desde ese ángulo, no sólo se confirma que el negro dejó de contar en el proceso histórico, como si hubiera sido expulsado de la vida social común, sino que se descubre algo peor: la democracia, que provee al mismo tiempo el soporte jurídico-político del orden social competitivo y su única fuente

de control moral, dejó de inspirar exactamente a aquellos que “hacían la historia”.

Otro problema es el de la modernización (y en particular, de sus repercusiones en el plano de las acomodaciones raciales). Es difícil que la modernización pueda alcanzar proporciones equilibradas, igualmente extensas y profundas en todos los niveles de la vida social organizada. Ella acompaña el poder relativo y la vitalidad de los grupos interesados en determinados cambios socioculturales y progresa en virtud de la capacidad que ellos adquieren de concretarlos históricamente. Por eso, la ciudad de São Paulo conoció una rápida transformación de su fisonomía urbana y de su organización económica, mientras que quedó variablemente atada al pasado en otras esferas de las relaciones humanas o del desarrollo institucional. Las relaciones raciales se incluyeron en este último sector y presentaron un índice de estancamiento sorprendente y peligroso. Para que semejante situación se modifique es necesario que con ellas ocurra lo mismo que sucedió con otras esferas de la vida social que se modernizaron rápidamente: los grupos humanos directamente afectados (o interesados) deben tomar conciencia social de esa situación e intentar modificarla de forma organizada. Ello significa, en otras palabras, que es del mismo negro de quien debiera partir la respuesta inicial al desafío impuesto por el dilema racial brasileño. Es él quien debe movilizarse para defender sus objetivos inmediatos —una participación más equitativa en los réditos del orden social competitivo— y para tender a objetivos más lejanos —la puesta en marcha de una auténtica democracia racial en la comunidad. Actuando socialmente en esa dirección, el negro dirigiría a los blancos de los diferentes niveles sociales hacia el alcance de una causa de la cual depende, de manera notoria, el funcionamiento y el desarrollo balanceados del orden social competitivo.

Desde esta perspectiva, se comprende mejor cuánto depende la modernización de las relaciones raciales del grado de racionalidad y de la capacidad de actuación social de ciertos grupos humanos. Bloqueado por la ideología racial elaborada por los blancos y seducido por el afán de “pertenecer al sistema” —es

decir, de identificarse, en la medida de lo posible, con el mismo blanco—, el negro ha permanecido históricamente neutral, negándose como factor humano de cambios socioculturales que tienen que gravitar, fatalmente, en torno a sus insatisfacciones y aspiraciones histórico-sociales. De esta manera, aparece como la principal víctima de la cadena invisible, resultante de la persistencia del pasado. Se vuelve incapaz de interactuar socialmente, de forma positiva, con las exigencias del presente y deja de afirmarse, en la medida de lo posible, en defensa y en la construcción de su futuro humano.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS⁴

Bastide, Roger y Florestan Fernandes, *Blancos y negros en São Paulo*, 2ª ed., São Paulo, Editora Nacional, 1959 [1ª ed., 1955].

Fernandes, Florestan, *La integración del negro a la sociedad de clases*, São Paulo, Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la Universidad de São Paulo, 1964.

⁴ El lector interesado encontrará, en las dos obras que se referencian, fundamentación empírica e interpretativa para las consideraciones sociológicas expuestas en este trabajo, así como referencias bibliográficas sobre otras publicaciones, pertinentes al tema. (*N. del E.*)

PATRONES DE DOMINACIÓN EXTERNA EN AMÉRICA LATINA¹

A semejanza de otras naciones de las Américas, las latinoamericanas son producto de la “expansión de la civilización occidental”, es decir, de un tipo moderno de colonialismo organizado y sistemático. Este colonialismo se inició con la “Conquista” —española y portuguesa— y adquirió una forma más compleja después de la emancipación nacional de aquellos países.

La razón de esa persistencia es la evolución del capitalismo y la incapacidad que tienen los países latinoamericanos de impedir su incorporación dependiente al espacio económico, cultural y político de las sucesivas naciones capitalistas hegemónicas. Antes que nada, el capitalismo se transformó, a través de la historia, en virtud de una velocidad demasiado acelerada para las potencialidades históricas de los países latinoamericanos. Cuando una determinada forma de organización capitalista de la economía y de la sociedad era absorbida, ello ocurriría como consecuencia de un cambio de la naturaleza del capitalismo en Europa y en

¹ Conferencia leída en el auditorio de la Universidad de Toronto el 19 de marzo de 1970. De la misma se realizó una publicación previa en Florestan Fernandes, *The Latin American in Residence Lectures*, Toronto, University of Toronto, 1969-1970, pp. 3-23 (traducción revisada por el autor). Texto extraído, para la presente edición, de Florestan Fernandes, *Capitalismo dependiente e classes sociais na América Latina*, Rio de Janeiro, Zahar, 1973, pp. 11-32.

los Estados Unidos e, inexorablemente, emergían nuevos patrones de dominación externa. Por otro lado, una organización aristocrática, oligárquica o plutocrática de la sociedad siempre ha concentrado extremadamente la riqueza, el prestigio social y el poder en algunos estratos privilegiados. En consecuencia, la institucionalización política del poder ha sido realizada con la exclusión permanente del pueblo y el sacrificio consciente de un estilo democrático de vida. La integración nacional, como fuente de transformaciones revolucionarias y de desarrollo económico, sociocultural y político, se volvió imposible. Los intereses particularistas de las capas privilegiadas, en todas las situaciones, podían ser tratados fácilmente como “los intereses supremos de la Nación”, estableciendo una conexión estructural interna para las peores manipulaciones del exterior.

La presente discusión no pretende describir todos los aspectos de la dominación externa ni cómo fue o es mantenida socialmente.² Considerada sociológicamente, América Latina se enfrenta a dos grandes problemas. El primero es la nueva forma de imperialismo y su difusión bajo la hegemonía de una superpotencia capitalista, los Estados Unidos. El otro consiste en cómo enfrentar el imperialismo en la época de las grandes empresas corporativas y de la dominación implacable por parte de una nación americana, dadas las debilidades económicas, socioculturales y políticas predominantes, incluso en los países más avanzados de la región.

² Sobre este tema y para una bibliografía básica, véase especialmente Florestan Fernandes, *Sociedade de classes e subdesenvolvimento*, Rio de Janeiro, Zahar, 1968, cap. 11, pp. 21-103 y 204-256, y Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 1969. Las siguientes contribuciones recientes merecen especial atención: A. G. Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, Nueva York, Monthly Review Press, 1967; J. Graciarena, *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1967; C. Furtado, *Development and Stagnation in Latin America*, New Haven, Yale University Press, 1965; F. H. Cardoso y E. Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 1969; R. Vekemans, Ismael Fuenzalida y otros, *Marginalidad en América Latina*, Santiago de Chile, DESAL-Editorial Herder, 1969, cap. 1; A. García, *La estructura del atraso en América Latina*, Buenos Aires, Editorial Pleamar, 1969; R. N. Adams, *The Second Sowing*, San Francisco, Chandler Publishing Co., 1967.

Ambas cuestiones implican una discusión preliminar del tema general, ya que la docilidad de los intereses privados latinoamericanos con relación al control externo no constituye tan sólo una estratagema económica, sino que se trata de un componente dinámico de una tradición colonial de servilismo, basado en fines económicos, aunque también en la ceguera nacional, hasta cierto punto estimulada y controlada desde afuera.

FASES Y FORMAS DE LA DOMINACIÓN EXTERNA

El sistema básico de colonización y de dominación externas, experimentado por casi todas las naciones latinoamericanas durante por lo menos tres siglos, fue construido de acuerdo con los requisitos económicos, culturales y políticos del denominado “antiguo sistema colonial”. En términos jurídicos, la legitimidad de dominación tenía un doble fundamento: uno legal y uno político. Los colonizadores eran sometidos a la voluntad y al poder de las Coronas de España y Portugal, a las cuales les debían, como vasallos, obediencia y lealtad. Esa identidad de intereses, de las Coronas y de los colonizadores, sufrió varias rupturas. No obstante, permitió tanto el endoso de los intereses de los colonizadores por las Coronas como, inversamente, una orientación de valores según la cual los colonizadores actuaban en beneficio de los intereses de las Coronas. En términos sociológicos, los fundamentos legales y políticos de tal dominación colonial exigían un orden social en el cual los intereses de las Coronas y de los colonizadores pudieran ser institucionalmente preservados, incrementados y reforzados, sin otras consideraciones. Ello se pudo lograr mediante la trasplatación de los patrones ibéricos de estructura social, adaptados a los trabajos forzados de los nativos o a la esclavitud (de nativos, africanos o mestizos). De esta manera, una combinación de estamentos y castas produjo una auténtica *sociedad colonial*, en la cual sólo los colonizadores eran capaces de participar de las estructuras existentes de poder y de transmitir su posición social a través del linaje “europeo”. Sin embargo, la estratificación resultante tenía una gran flexibilidad

y favorecía la absorción y el control de masas de nativos, africanos y mestizos, clasificados en categorías de castas o mantenidos fuera de las estructuras estamentales, como estratos dependientes. En tales condiciones societarias, el tipo legal y político de dominación colonial adquirió el carácter de explotación ilimitada, en todos los niveles de la existencia humana y de la producción, para el beneficio de las Coronas y de los colonizadores.

Varios factores, estructurales o históricos, explican la crisis de este tipo de dominación. Desde el punto de vista sociológico, hubo tres factores que fueron realmente decisivos. En primer lugar, el patrón de explotación colonial, inherente al sistema político y legal de dominación externa. La estructura de las economías de España y de Portugal no era lo suficientemente fuerte como para sostener la financiación de las actividades mercantiles relacionadas con el descubrimiento, la explotación y el crecimiento de las colonias. Venecia y, en forma subsiguiente, Holanda (junto con otros países europeos) proveyeron el capital, la tecnología, el equipamiento y la base comercial del mercado internacional, convirtiéndose en las potencias centrales, como núcleos del capitalismo mercantil. Es por eso que España y Portugal desempeñaron papeles económicos intermedios y el patrón de explotación colonial se volvió rápidamente demasiado duro para los agentes privilegiados en las colonias latinoamericanas. En el caso del azúcar brasileña, por ejemplo, el “productor” colonial retenía una ganancia bruta que variaba entre el 12% y el 18%; la Corona absorbía aproximadamente del 25% al 30%; los mercaderes holandeses recibían el saldo y otras ventajas, económicamente más importantes (como las ganancias producidas por la financiación de la producción, del transporte, de la Corona, etc.; o las elevadas ganancias proporcionadas por la refinación del producto y por su comercialización en los mercados europeos). Los movimientos de emancipación comenzaron como una oposición radical a ese complejo patrón de explotación. Aquéllos se dirigían contra las Coronas, porque era sólo a través de la *independencia* que los agentes privilegiados de la economía colonial podrían alcanzar los requisitos legales y políticos de su autonomía económica (si

se mantenían las demás condiciones del sistema de producción colonial). El segundo factor, que tuvo una influencia decisiva en la crisis del antiguo sistema colonial, fue la lucha por el control económico de las colonias latinoamericanas en Europa, especialmente entre Holanda, Francia e Inglaterra. Los cambios ocurridos en las estructuras políticas, económicas y culturales de Europa a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX contribuyeron a la rápida disgregación de las potencias centrales e intermedias que mantenían el control externo del antiguo sistema colonial. Y, finalmente, sería necesario considerar a algunos sectores de la población de las colonias, constituidos en víctimas por la rigidez del orden social e interesados en la destrucción del antiguo sistema colonial. Estos sectores, muy heterogéneos (y, en muchos casos, de descendencia predominantemente mixta), incluían habitantes de las ciudades y de los pueblos, más o menos identificados con la nativización del poder, principalmente en los niveles económico y político. La masa que en todos los países dio un apoyo fanático a los movimientos de emancipación nacional fue reclutada entre estos sectores.

El segundo tipo de dominación externa surgió como producto de la disgregación del antiguo sistema colonial. Las naciones europeas, que conquistaron el control de los negocios de exportación e importación en América Latina (Inglaterra en particular), estaban inicialmente más interesadas en el comercio que en la producción local. Durante casi cuatro o cinco décadas—desde fines del siglo XVIII hasta las primeras tres o cuatro del siglo XIX— aquellos países ocuparon un vacío económico dejado por la disgregación del antiguo sistema colonial, en lugar de ejercer el papel de un “poder imperial”. La situación especial de América Latina explica la dirección de dicho proceso. La producción con vistas a la exportación inmediata ya estaba organizada, sobre una base bastante compensadora, en términos de costos. Por otro lado, la ausencia de productos de alto valor económico y la existencia de un mercado consumidor relativamente amplio hizo que el control de posiciones estratégicas en las esferas comerciales y financieras se volviera más atractivo. Inglaterra, por

ejemplo, inició una política comercial que le propició un rápido impulso a la emergencia de los mercados capitalistas modernos en los centros urbanos de las ex colonias.

Ese corto período, en el que los países dominantes tenían apenas el control de mercado de los procesos económicos, sería posible calificarlo, *stricto sensu*, de neocolonialismo. La dominación externa se volvió ampliamente indirecta. La expansión de las agencias comerciales y bancarias en la región involucraba a un pequeño número de personal calificado e implicaba la difusión en escala reducida de nuevas instituciones y de nuevas técnicas sociales, así como varias modalidades de asociación con agentes e intereses locales y nacionales. La monopolización de los mercados latinoamericanos fue más un producto de la casualidad que de la imposición, pues las ex colonias no poseían los recursos necesarios para producir los bienes importados y sus sectores sociales dominantes tenían un gran interés en la continuidad de la exportación. De hecho, los “productores” de bienes primarios podían absorber por lo menos una parte del *quantum* que antes les sacaban a través del antiguo patrón de explotación colonial, y sus “economías coloniales” recibían el primer impulso para la internalización de un mercado capitalista moderno. Sin embargo, la dominación externa era una realidad concreta y permanente, a pesar de su carácter de proceso puramente económico. Los efectos estructurales e históricos de tal dominación se vieron agravados por el hecho de que los nuevos controles desempeñaban una función reconocida: el mantenimiento del *statu quo ante* de la economía, con el apoyo y la complicidad de las “clases exportadoras” (los productores rurales) y sus agentes o los comerciantes urbanos. El esfuerzo necesario para modificar toda la infraestructura de la economía parecía tan difícil y caro que esos sectores sociales y sus élites en el poder prefirieron elegir un rol económico secundario y dependiente, aceptando como ventajosa la perpetuación de las estructuras económicas construidas bajo el antiguo sistema colonial.

El tercer tipo de dominación externa apareció como consecuencia de la reorganización de la economía mundial, provocada

por la Revolución Industrial en Europa. En realidad, el neocolonialismo antes mencionado tuvo una función importante en la dinamización de la Revolución Industrial. El mismo fue una fuente (a través del “comercio triangular”) de acumulación de capital en los países europeos, principalmente en Inglaterra, y originó diversos mercados nacionales en crecimiento puestos bajo reserva, vitales para el desarrollo del capitalismo industrial.³ No obstante, la transformación del capitalismo en Europa provocó nuevas formas de articulación de las economías capitalistas centrales. Las nuevas tendencias emergieron gradualmente, aunque los cambios en los patrones existentes de dominación externa se hicieron evidentes después de la cuarta o quinta década del siglo XIX y se convirtieron en una realidad inexorable en las últimas cuatro décadas de aquel siglo. Las influencias externas llegaron a todas las esferas de la economía, de la sociedad y de la cultura, no sólo a través de mecanismos indirectos del mercado mundial, sino también de la incorporación masiva y directa de algunas fases de los procesos básicos de crecimiento económico y de desarrollo sociocultural. De esta manera, la dominación externa se volvió imperialista y el capitalismo dependiente surgió como una realidad histórica en América Latina.⁴ Este proceso es, a veces, descrito de forma idílica. Algunos contrastes entre el período de predominancia europea, hasta la Gran Depresión (1929), y la situación actual son tan impresionantes que las condiciones anteriores de financiación y de control externo han sido encaradas como favorables para los países de América Latina. Sin embargo, la llamada “edad de oro

³ La importancia de las economías coloniales para el desarrollo del capitalismo en Europa fue explicada, de diferentes maneras, por A. Smith, Hobson, Weber, Sombart, Williams, Baran, etc.; las secuencias y la caracterización adoptadas en la presente interpretación fueron inferidas empíricamente de los períodos socioeconómicos y culturales de desarrollo de América Latina.

⁴ Sobre las diferentes tendencias de la influencia económica europea en América Latina, cf. especialmente: Economic Commission for Latin America, *External Financing in Latin America*, Nueva York, United Nations, 1965, parte I; Raymon Bertran y otros, *La participación de Europa en el financiamiento del desarrollo de América Latina*, Washington, Banco Interamericano de Desarrollo, s.f.

del capital extranjero”⁵ lo fue únicamente para los países europeos, y hasta cierto punto para los Estados Unidos. Inglaterra, por ejemplo, convertía todos los posibles cambios económicos, sociales y culturales en puros negocios —las actividades de los Estados nacionales en la construcción de una infraestructura económica, la especulación inmobiliaria en áreas rurales y urbanas, la diferenciación o la expansión de los sistemas de comercio, de producción, de transporte, de trabajo, de salud, de educación, etc. El control financiero de las emergentes economías satélites se hizo tan complejo y profundo que el esquema exportación-importación fue refusionado para incluir la “integración” del comercio interno, la “protección” de los intereses rurales o de la modernización de la producción rural, la “introducción” de las industrias de bienes de consumo, la “intensificación” de las operaciones bancarias, etc. En síntesis, las economías dependientes fueron transformadas en mercadería, negociables a distancia, bajo condiciones seguras y extremadamente lucrativas.

El lado negativo de este patrón de dominación imperialista aparece claramente en dos niveles. Primero, en el condicionamiento y refuerzo externos de las estructuras económicas arcaicas, necesarias para la preservación del esquema de exportación-importación, basado en la producción de materias primas y de bienes primarios. Segundo, en el fracaso del “modelo” de desarrollo absorbido por la burguesía emergente de las naciones europeas hegemónicas. En realidad, la revolución burguesa no fue acelerada, incluso en los países más avanzados de América Latina, mediante un impulso económico deliberado procedente de Europa. Tanto para el “moderno” como para el “antiguo” colonialismo (en términos de los dos patrones de dominación imperialista), la integración nacional de las economías dependientes siempre fue descuidada. Los objetivos manifiestos y latentes se dirigieron a las ganancias netas, es decir, a la transferencia del excedente eco-

⁵ El período de 1874 a 1914 (véase Economic Commission for Latin America, *External Financing in Latin America*, *op. cit.*, pp. 7-14). Los Estados Unidos se convirtieron en un socio importante de Inglaterra, Francia y Alemania recién a fines del siglo XIX.

nómico de las economías satélites a los países hegemónicos. Bajo este aspecto, la “edad de oro” del imperialismo europeo cerró el circuito iniciado por el antiguo colonialismo y expandido por el neocolonialismo, ambos de origen europeo, formando al burgués complaciente, el equivalente histórico latinoamericano del *bourgeois conquérant*.

El cuarto patrón de dominación externa surgió recientemente, junto con la expansión de las grandes empresas corporativas en los países latinoamericanos, muchas en las esferas comerciales, de servicios y financieras, pero la mayoría en los campos de la industria liviana y pesada. Esas empresas le procuraron a la región un nuevo estilo de organización, de producción y de *marketing*, con nuevos patrones de planificación, propaganda de masas, competencia y control interno de las economías dependientes de los intereses externos. Éstas representan al capitalismo corporativo o monopolista, y se apoderaron de las posiciones de liderazgo —a través de mecanismos financieros, por *asociación* con socios locales, por corrupción, presión u otros medios— que anteriormente estaban ocupadas por las empresas nativas y por sus *policy-makers*.

Tres puntos son muy importantes, incluso en una exposición sintética. En primer lugar, esa tendencia involucra un control externo simétrico al del antiguo sistema colonial, en las condiciones de un moderno mercado capitalista, de la tecnología avanzada y de la dominación externa compartida por diferentes naciones: los Estados Unidos, como superpotencia, y otros países europeos junto con Japón, como socios menores, aunque dotados de poder hegemónico. En el fondo, tal tendencia implica un *imperialismo total*, en contraste con el *imperialismo restricto* descrito anteriormente. El rasgo específico del imperialismo total consiste en el hecho de que el mismo organiza la dominación externa desde adentro y en todos los niveles del orden social, desde el control de la natalidad, la comunicación y el consumo masivos, hasta la educación, la trasplatación masiva de tecnología o de instituciones sociales, la modernización de la infra y superestructura, los expedientes financieros o de capital, el eje vital de la política na-

cional, etc. En segundo lugar, ese tipo de imperialismo demuestra que incluso los más avanzados países latinoamericanos resienten la falta de los requisitos básicos para el rápido crecimiento económico, cultural y social sobre bases autónomas. Como en los otros tres períodos, la implementación de cambios es realizada por personal extranjero, por la trasplatación masiva de tecnología y de instituciones y por provisión externa de capital y de control financiero. En tercer lugar, queda probado que una economía satélite o dependiente no dispone de las condiciones estructurales y dinámicas para sobreponerse nacionalmente, por los esfuerzos de su burguesía (es decir, *lato sensu*, los sectores dominantes de las clases alta y media), al subdesarrollo y sus consecuencias. Como ocurre con los intereses privados externos, los intereses privados internos están empeñados en la explotación del subdesarrollo en términos de orientaciones de valor extremadamente egoístas y particularistas. Cuando el llamado *período de "despegue"* parecía acercarse, la expansión se iniciaba como un proceso impulsado por los intereses más poderosos y, por lo tanto, controlado desde afuera. La ilusión de una revolución industrial liderada por la burguesía nacional fue destruida junto con los roles económicos, culturales y políticos estratégicos de las elites latinoamericanas que estaban en el poder. Ahora bien, una nueva imagen del capitalismo (¿un neocapitalismo, tal vez?), de la "burguesía nacional" y de la "interdependencia internacional" de las economías capitalistas está siendo reconstruida para justificar la transición actual y para crear la nueva especie de ideología y de utopía burguesas dependientes.

Los cuatro tipos de dominación externa fueron caracterizados como una proyección de su *background* histórico y de su secuencia sociocultural. En esa perspectiva, sólo algunos países, como Argentina, Uruguay, Brasil, México, Chile, etc., conocieron sucesivamente todas las formas de dominación externa. Otros países, como Haití, Bolivia, Honduras, Nicaragua, Guatemala, El Salvador, República Dominicana, Paraguay, Perú, etc., experimentaron la primera y la segunda formas típicas de dominación externa, transformándose en economías *de enclave* y versiones

modernizadas del antiguo sistema colonial o del neocolonialismo transitorio de comienzos del siglo XIX.⁶ Por otro lado, los países que alcanzaron las condiciones para absorber los dos tipos de dominación imperialista, solamente alcanzaron las situaciones descritas gracias a un considerable crecimiento económico interno y a la existencia de estructuras de poder nacionales eficientes, ambos utilizados por las burguesías de dichos países para crear una *posición competitiva* dentro de la economía mundial y de la organización internacional del poder.

La incorporación al mercado mundial y a las estructuras internacionales de poder en una posición heterónoma implica una forma peculiar de integración nacional. Ningún país posee una economía homogénea y potencialidades organizadas de desarrollo autosostenido efectivo. La dominación externa, en todas sus formas, produce una especialización general de las naciones como fuentes de excedente económico y de acumulación de capital para las naciones capitalistas avanzadas. Así, las diferentes transiciones de la economía colonial a la economía nacional o de la esclavitud y del capitalismo comercial al capitalismo industrial siempre producen tres realidades estructurales. Primero, la concentración del ingreso, del prestigio social y del poder en los estratos y en las unidades ecológicas o sociales que tienen importancia estratégica para el núcleo hegemónico de dominación externa. Segundo, la coexistencia de estructuras económicas, socioculturales y políticas en diferentes “épocas históricas”, pero interdependientes e igualmente necesarias para la articulación y la expansión de toda la economía, como una base para la explotación externa y para la concentración interna del ingreso, del prestigio social y del poder (lo que implica la existencia permanente de una explotación pre o extracapitalista, descrita por algunos autores como “colonialismo interno”).⁷ Tercero, la exclusión de

⁶ Cf. J. Lambert, *América Latina: estructuras sociales e políticas*, São Paulo, Editora Nacional, 1969, cap. 1; y especialmente F. H. Cardoso y E. Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, *op. cit.*, pp. 43-101.

⁷ Cf. P. González-Casanova, “Internal Colonialism and National Development”,

una amplia parte de la población nacional del orden económico, social y político existente, como un requisito estructural y dinámico de la estabilidad y del crecimiento de todo el sistema (esa exclusión variaba, en 1964, de un cuarto a la mitad o a tres cuartos de la población, según los países).⁸ Es por eso que el desafío latinoamericano no es tanto cómo producir riqueza, sino cómo retenerla y distribuirla para crear, por lo menos, una verdadera economía capitalista moderna.

EL NUEVO IMPERIALISMO Y LA HEGEMONÍA DE LOS ESTADOS UNIDOS

La nueva forma de imperialismo no es sólo un producto de factores económicos. En el centro del proceso está la gran empresa y, por lo tanto, el capitalismo monopolista. Por eso, los cambios de la organización, de las funciones y del poder financiero de las empresas capitalistas fueron producidos por modificaciones en los patrones de consumo y de propaganda masiva, en la estructura del ingreso, por una revolución concomitante en la tecnología y en los patrones burocráticos de administración, y por los efectos múltiples y acumulativos de concentración financiera del capital en la internacionalización del mercado capitalista mundial. Éstos son procesos históricos, de naturaleza socioeconómica y sociocultural. Pero la influencia dinámica decisiva fue política. La existencia de una economía socialista exitosa y expansiva, dotada por lo menos de patrones equivalentes de tecnología, organización burocrática, productividad, crecimiento acelerado e internacionalización, empujó a las naciones capitalistas avanzadas de Europa, América y Asia a una defensa agresiva del capitalismo privado, principalmente después de la II Guerra Mundial. Así, mientras el antiguo imperialismo constituía una manifestación de

en I. L. Horowitz, J. de Castro y J. Gerassi (orgs.), *Latin American Radicalism*, Londres, Jonathan Cape. 1969, pp. 118-139.

⁸ Cf. J. Lambert, *América Latina: estructuras sociales e políticas*, op. cit., pp. 52-53, entrada 10 de la tabla.

la competencia nacional entre economías capitalistas avanzadas, el imperialismo moderno representa una lucha violenta por la supervivencia y por la supremacía del capitalismo en sí mismo. En ese clima político, la expansión incoercible de la empresa corporativa, la hiperinfluencia de las finanzas internacionales y la hegemonía de los Estados Unidos fueron recibidas como un precio razonable que las burguesías nacionales de los países capitalistas avanzados, incluso de Inglaterra, Francia, Alemania y Japón, debían pagar. Algunas tensiones y rupturas han permanecido, pero son manejadas en condiciones seguras para la defensa y el fortalecimiento de los “intereses privados”, es decir, del capitalismo.

El nuevo patrón del imperialismo es, en sí mismo, destructivo para el desarrollo de los países latinoamericanos. La razón es fácilmente comprensible. Sin poseer las condiciones para un crecimiento autosostenido, para la integración nacional de la economía y para una rápida industrialización,⁹ los países capitalistas de América Latina estaban intentando explotar una especie de miniatura del modelo europeo de revolución burguesa, mediante expedientes improvisados y oportunistas. Mientras el flujo de capital externo y de control financiero llegaba a través de la competencia multinacional regulada por el mercado mundial, se podían tomar y reforzar algunas medidas proteccionistas directas o indirectas. Por otro lado, durante los períodos en los que las influencias capitalistas externas decrecieron, los países de la región encontraron oportunidades para la expansión interna, de acuerdo con aquel modelo (esto sucedió en conexión con la I Guerra Mundial, la Gran Depresión, o la II Guerra Mundial). La mejor estrategia siempre consistió en la absorción de medios para la producción de productos importados y en la selección

⁹ Véase especialmente R. Prebisch, *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, Mar del Plata, CEPAL, 1963; C. Furtado, *Development and Stagnation in Latin America*, op. cit.; *Formação Econômica da América Latina*, Rio de Janeiro, Lia Editor, segunda edición, 1970; Comisión Económica para América Latina, *El proceso de industrialización en América Latina*, Nueva York, Naciones Unidas, 1965.

estratégica de importación de bienes y servicios.¹⁰ Finalmente, en algunos países, el Estado fue capaz de construir y desarrollar industrias básicas, a través de empresas públicas o semipúblicas, como una base para la diferenciación de la producción industrial, la aceleración autónoma del crecimiento económico y la integración nacional de la economía.

La irrupción del moderno imperialismo comenzó suavemente con empresas corporativas norteamericanas o europeas que parecían corresponder a los patrones o a las aspiraciones de crecimiento nacional autosostenido, conscientemente anhelado por las burguesías latinoamericanas y sus elites en el poder o por los gobiernos. Por eso, ellas fueron acogidas como una contribución efectiva para el desarrollismo, y recibieron un apoyo económico y político irracional. Apenas se transformaron en un polo económico activo de las economías latinoamericanas, revelaron su naturaleza, como una influencia estructural y dinámica interna y como un proceso histórico-económico. Las empresas anteriores, moldeadas para un mercado competitivo restringido, fueron absorbidas o destruidas,¹¹ las estructuras económicas existentes

¹⁰ Véase especialmente M. C. Tavares, “Auge y declinación del proceso de sustitución de importaciones en Brasil”, en *Boletín Económico de América Latina*, Santiago de Chile, IX-L, 1964, pp. 1-62; O. Sunkel, *Política nacional de desarrollo y dependencia externa*, edición mimeografiada, Santiago de Chile, 1966; Comisión Económica para América Latina, *El segundo decenio de las Naciones Unidas para el desarrollo: el cambio social y la política de desarrollo en América Latina*, Santiago de Chile, Naciones Unidas, 1969, pp. 179 y ss.

¹¹ Véase el análisis de un caso concreto en la Argentina (K. H. Silvert, *La sociedad problema: reacción y revolución en América Latina*, traducción de N. Rosenblatt, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1962) sobre la financiación externa de la industrialización: Comisión Económica para América Latina, *El proceso de industrialización en América Latina*, op. cit., pp. 188-227; algunos aspectos de la influencia de los Estados Unidos son descritos por C. Furtado, *Development and Stagnation in America Latina*, op. cit., y “United States Hegemony and the Future of Latin America”, en I. L. Horowitz, J. de Castro y J. Gerassi, op. cit., pp. 61-74; los procesos involucrados son interpretados sociológicamente por F. Fernandes, *Sociedade de classes e subdesenvolvimento*, op. cit., capítulos 1, 3 y 4. Sobre el modelo emergente de dominación externa, bajo la hegemonía norteamericana, especialmente T. dos Santos, *El nuevo carácter de la dependencia*, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1968.

fueron adaptadas a las dimensiones y a las funciones de las empresas corporativas, las bases para el crecimiento económico autónomo y la integración nacional de la economía, conquistadas tan arduamente, fueron puestas al servicio de estas empresas y de sus poderosos intereses privados.

El proceso como un todo no es un fenómeno norteamericano. Sin embargo, los Estados Unidos desempeñaron el papel pionero y dominante.¹² Otras naciones, principalmente europeas (como Alemania, Francia, Inglaterra, etc.), y Japón, formaron parte de ese proceso lucrativo de recolonialismo. Pero la influencia de los Estados Unidos es un caso aparte, debido al carácter y a las consecuencias de su expansión económica en América Latina.¹³ La hegemonía de los Estados Unidos puede ser equilibrada en las naciones capitalistas avanzadas. Esas naciones tienen recursos materiales y humanos para resistir las implicancias negativas de la empresa corporativa norteamericana y para limitar e incluso establecer controles selectivos de las consecuencias culturales o políticas resultantes de la supremacía económica de los Estados Unidos. Los países latinoamericanos carecen de tales recursos materiales y humanos. Por otro lado, sus burguesías nacionales y su élite en el poder no están sometidas a control público y a presiones democráticas. En consecuencia, el proceso de modernización, iniciado bajo la influencia y el control de los Estados Unidos, aparece como una rendición total e incondicional, y se propaga por todos los niveles de la economía, de la seguridad y de la política nacionales, de la educación y de la cultura, de la comunicación masiva y de la opinión pública, y de las aspiraciones ideales con relación al futuro y al estilo de vida deseable. Sólo algunos sectores, movidos por sentimientos políticos, intelectuales o religiosos, se opusieron a esa forma de recolonialismo. El “sistema”, es decir, las elites económicas, políticas y culturales,

¹² Véase Economic Commission for Latin America, *External Financing in Latin America*, *op. cit.*, capítulos III y X.

¹³ Véanse las indicaciones de las notas 10 y 11 anteriores; especialmente T. dos Santos, *El nuevo carácter de la dependencia*, *op. cit.*

están a favor del mismo, como la única alternativa para enfrentar la “subversión”, para luchar contra la “corrupción” y para “evitar” el comunismo...

Lo que hace que la hegemonía de los Estados Unidos entre las naciones latinoamericanas constituya una fuerza incontrolable y peligrosa es la presente concepción norteamericana de seguridad, frontera económica y acción conjunta contra cambios radicales o revolucionarios en los países vecinos. Esa concepción implica, en la práctica, la incorporación de dichos países al espacio económico y sociocultural de los Estados Unidos por medios organizados institucionalmente. La mayor parte de los científicos sociales está preocupada por el deterioro de los términos de intercambio¹⁴ o por los estándares ultraexplotadores inherentes a las modernas tendencias de dominación económica externa.¹⁵ No obstante, los aspectos económicos son sólo una cara de una amarga realidad. Diversas instituciones están ejecutando diferentes funciones vinculadas a la incorporación de los países latinoamericanos al espacio económico y sociocultural de los Estados Unidos. La empresa corporativa es la más visible de dichas instituciones; pero las menos visibles son tal vez aún más perjudiciales. Ellas abarcan a instituciones oficiales, semioficiales o privadas encargadas de manejar la política de control global de las finanzas, de la educación, de la investigación científica, de la innovación tecnológica, de los medios masivos de comunicación, del empleo extranacional de las políticas, de las fuerzas armadas, e incluso de los gobiernos.

En realidad, las economías, las sociedades y las culturas latinoamericanas están siendo reconstruidas de acuerdo con intereses y valores políticos que adquieren una naturaleza pervertida

¹⁴ Sobre la extensión y las consecuencias del deterioro de los términos de intercambio, cf. Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social, *La brecha comercial y la integración latinoamericana*, México, Siglo XXI Editores, 1967.

¹⁵ Véase especialmente A. Gonder Frank, “The Underdevelopment Policy of United States in Latin America”, en *Nacla Newsletter*, III-8, diciembre de 1969, pp. 1-9.

en las condiciones locales. Podríamos discutir si sería deseable el consumo masivo, el desperdicio de riqueza impuesto por una economía de consumo masivo, el tipo de *hombre común* producido por una sociedad de medios masivos de comunicación, de organización social que convierten en rutinarias la competencia neurótica, la frustración, la agresión, etc. La sociedad norteamericana tiene, sin lugar a duda, la capacidad de conciliar tales aspectos como su *background* histórico. Por otro lado, en los Estados Unidos la estructura del ingreso, la distribución del prestigio social y la eficiencia de algunos derechos humanos básicos proveen a las minorías desposeídas un mínimo de protección. Recurrir al conflicto frecuentemente es necesario y permitido, por lo menos dentro de ciertos límites. Pero en los países latinoamericanos no tenemos una democracia real. La situación es bien conocida en los Estados Unidos, principalmente en los círculos empresariales y en el seno de las agencias oficiales, semioficiales y privadas que operan en la región, así como también dentro del gobierno. Sin embargo, el deterioro de las estructuras políticas es aceptado y aprobado de la misma manera que el deterioro de los términos de intercambio, porque ambas tendencias son entendidas como un “costo natural” de la hegemonía y de la seguridad de los Estados Unidos. Lo mismo ocurre con los *programas especiales de control* de la natalidad, innovación tecnológica, educación, etc., proyectados y aplicados sin consideración (o con poca consideración) por las necesidades y potencialidades concretas de los países receptores. Lo que está en juego son los requisitos políticos de una incorporación dependiente, aunque eficaz, de esos países al espacio económico y sociocultural de los Estados Unidos.

Reflexionando en términos de los problemas de su país, un brillante escritor norteamericano preguntó: ¿Qué sucedió con “nuestra revolución”?¹⁶ La misma cuestión podría ser planteada en el exterior, cuando se consideran los problemas creados para América Latina por los patrones de dominación de los Estados

¹⁶ H. P. Miller, *Rich Man, Poor Man*, Nueva York, Signet Books, 1964, especialmente pp. 54-70.

Unidos. Los campeones de la libertad y de la democracia ahora están apoyando todo tipo de iniquidades para garantizar los intereses privados de sus empresas corporativas o lo que suponen es la seguridad de su nación. La autoimagen usual, que los ciudadanos estadounidenses cultivan con orgullo, no se ajusta a ese cuadro. Simplemente no hay compatibilidad entre la “creencia en la democracia” y el “respeto por los derechos humanos básicos” y los fines o consecuencias de la política hegemónica (¿o la ausencia de una política?) de los Estados Unidos en América Latina. Tal política (o ausencia de política) está introduciendo, de manera creciente, cambios tecnológicos inútiles, contribuyendo con el crecimiento de la pobreza e intensificando la expropiación o la devastación de recursos económicos escasos. Tal política (o ausencia de política) también está ayudando a revitalizar, bajo condiciones modernas, las estructuras de poder o de privilegios arcaicos y antisociales, pues solamente las dictaduras militares o los regímenes autoritarios disimulados logran asegurar los objetivos con miras a la incorporación de los países latinoamericanos al espacio económico y sociocultural de los Estados Unidos.

Desde un punto de vista sociológico, es ilusorio suponer que, por esos medios, una superpotencia hegemónica pueda garantizar seguridad dentro de los límites supranacionales de sus “fronteras políticas”. La seguridad real entre naciones implica entendimiento mutuo, fines comunes, consenso y solidaridad, no apenas en el plano de las elites que manejan el poder, ni entre los gobiernos, sino también entre sus pueblos. Se podría decir que, en nuestros días, una superpotencia hegemónica puede descuidar dichos aspectos como “futilidades morales”. Eso es verdad. Pero igualmente la alternativa es la *Realpolitik*, es decir, una posición de fuerza que excluye, por sí misma, cualquier tipo de seguridad efectiva.

EL DILEMA LATINOAMERICANO

Los países latinoamericanos enfrentan dos realidades ásperas: a) estructuras económicas, socioculturales y políticas internas que pueden absorber las transformaciones del capitalismo, pero

que inhiben la integración nacional y el desarrollo autónomo; b) dominación externa que estimula la modernización y el crecimiento, en los períodos más avanzados del capitalismo, pero que impide la revolución nacional y una autonomía real. Ambos aspectos son caras opuestas de la misma moneda. La situación heterónoma es redefinida por la acción recíproca de factores estructurales y dinámicos, internos y externos. Los sectores sociales que mantienen el control de las sociedades latinoamericanas están tan interesados y son tan responsables por tal situación como los grupos externos, que se aprovechan de ella. Dependencia y subdesarrollo son un buen negocio para ambos bandos. Sin embargo, en las condiciones históricas actuales, el nuevo patrón de imperialismo y la hegemonía de los Estados Unidos plantean una cuestión dramática: ¿pueden los países latinoamericanos alcanzar realmente la integración nacional y la autonomía económica, sociocultural y política a través del capitalismo?

Los estimativos demográficos para la región, en 1970, indican una población de casi 283 millones de habitantes.¹⁷ Pero una gran parte de esa población puede ser considerada como *condenada por el sistema*, pues carece de los medios para vender su trabajo como mercadería o sólo puede hacerlo de manera muy precaria. El siguiente cuadro, elaborado por la Comisión Económica para América Latina de la ONU, que se basa en estimativos para el año 1965, describe la distribución del ingreso por grupos:¹⁸

¹⁷ Economic Commission for Latin America, *The Latin America Economy in 1968*, Nueva York, United Nations, 1969, pp. 3-4.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 5.

<i>Grupo de ingreso</i>	<i>Porcentaje de participación en el ingreso total</i>	<i>Ingreso promedio (promedio regional = 100)</i>	<i>Ingreso promedio per cápita (en dólares)*</i>
El 20% más pobre	3,5	18	68
El 30% por debajo de la media	10,5	35	133
El 30% por encima de la media	25,4	85	322
El 15% por debajo del 5% de la cima	29,1	194	740
El 5% de la cima	31,5	629	2.400

* Datos expresados en dólares, a precios de 1960.

En promedio, el 50% más pobre participa del 14% del ingreso total (es decir, recibe cerca de 55 centavos de dólar por día). Ésta es la terrible herencia de cuatro siglos de “tradición colonial” abierta o disimulada, que no puede ser superada mediante una forma más compleja y asfixiante de neocolonialismo. En el otro extremo, el 20% que constituye el grupo de ingresos superiores participa de casi el 61% del ingreso total, recibiendo un ingreso per cápita que, en promedio, es seis veces mayor que el del 80% restante. Solamente el 5% de la cima participa de un tercio del ingreso total, lo que representa un ingreso promedio per cápita 12 veces mayor que el del 50% de bajos ingresos. Ese grupo del 20% comprende un sector muy bien “desarrollado” y, en términos estrictos, también comprende la “sociedad cívica” activa.

Queda claro que la situación descrita varía relativamente de un país a otro, e incluso con respecto a regiones de un mismo país.¹⁹ Sin embargo, el *spectrum* tiene un significado sociológico específico, por lo menos para la presente discusión. El mismo provee un

¹⁹ Sobre las variaciones entre algunos países latinoamericanos, véase Comisión Económica para América Latina, “La distribución del ingreso en América Latina”, en *Boletín Económico de América Latina*, XII-2, 1967, pp. 152-175; y *El desarrollo económico y la distribución del ingreso en Argentina*, Nueva York, Naciones Unidas, 1968.

sistema de referencia empírico para nuestra pregunta. El desafío latinoamericano para el capitalismo emerge de este cuadro: ¿puede el capitalismo privado, en condiciones de extrema concentración interna del ingreso (y, en consecuencia, del prestigio social y del poder), y en condiciones de dominación externa y de drenaje permanente de riquezas, enfrentar realmente y cambiar una realidad semejante? La *lógica de la situación* ha mostrado que un desafío tan complejo no puede ser enfrentado y modificado mediante el capitalismo privado, especialmente a través de ese tipo de capitalismo dependiente que implica, estructural y dinámicamente, tanto una extrema concentración interna del ingreso como una dominación externa y un drenaje de recursos permanente. En teoría, sería posible presumir que un cambio radical de la fuerza externa podría resolver el problema. Una transferencia masiva de capital, de tecnología y de personal calificado podría iniciar un nuevo proceso de reorganización económica, sociocultural y política. En la práctica, las cosas no son tan simples. Un proceso como éste tiene un precio que los países de América Latina no pueden pagar. Por otro lado, para que el mismo fuera exitoso, serían necesarios ciertos requisitos estructurales y dinámicos que no existen y no pueden ser creados tan fácilmente (si existieran o pudieran ser creados rápidamente, los países en cuestión podrían resolver los problemas por sí solos).

Pero la cuestión real es diferente. Por lo menos hasta el momento, el nuevo modelo de imperialismo ha limitado la amplitud dentro de la cual la iniciativa privada podría desempeñar funciones constructivas e innovadoras. Una superpotencia capitalista precisa de tipos de mercados externos, desde las economías capitalistas avanzadas hasta las economías dependientes, semicoloniales y coloniales. La preservación de su posición depende de la vigilancia y el control continuos de la expansión de las grandes empresas corporativas, así como de la intensificación creciente de las relaciones económicas con los mercados externos. Así, una superpotencia capitalista no puede enfrentar y resolver los problemas de sus socios menores, y mucho menos los problemas de las economías dependientes, semicoloniales y coloniales incor-

poradas a su espacio económico, sociocultural y político. Ello explica el fracaso de la Alianza para el Progreso en América Latina. Al mismo tiempo, explica también, en un nivel más complejo, los patrones de flujo de capital en las dos direcciones (*inflow* y *outflow*) entre los Estados Unidos y las economías latinoamericanas. En una reunión de ministros promovida por la Comisión Ejecutiva de Coordinación Latinoamericana (Viña del Mar, 15 de mayo de 1967) se reconoció oficialmente que, a pesar de los programas de la Alianza, la inversión privada en América Latina, en 1967, produjo ganancias netas de 1.194 millones de dólares. De ese total se reinvertieron 172 millones de dólares, a los que se les agregaron 191 millones de dólares de inversiones privadas.²⁰ Los países latinoamericanos sufrieron una pérdida del orden de 831 millones de dólares.²¹ Sin embargo, esto forma parte de un proceso global que afecta a todas las economías extranjeras relacionadas o dominadas por la superpotencia capitalista, como se revela en los siguientes datos:²²

Inversiones directas y ganancias norteamericanas

<i>Mundo</i>	<i>Salida capital</i>		<i>Entrada de capital</i>	
	1965 3,5*	1968 2,9*	1965 4,9*	1968 5,8*
Europa Occidental	42,9%	34,4%	22,4%	22,4%
Sólo el Reino Unido	8,6%	3,4%	8,2%	6,9%
Canadá	27,6%	13,8%	18,4%	17,2%
América Latina	8,6%	10,3%	24,5%	25,9%
Oriente Medio, etc.	20,9%	41,5%	34,7%	34,5%

* En miles de millones de dólares.

Las economías capitalistas más avanzadas cuentan con mecanismos de autodefensa. A pesar de ello, también se encuentran

²⁰ Véase *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 15 de mayo de 1969.

²¹ Sobre el tema, de un modo más general, véase A. Gonder Frank, "The Underdevelopment Policy of United States in Latin America", *op. cit.*

²² Cf. *Le Monde*, París, 13-19 de marzo de 1969; fuente First Nacional City Bank.

bajo presión y necesitan mercados externos (incluso el mercado de los Estados Unidos); en particular, precisan de los mercados dependientes, semicoloniales y coloniales (de los cuales es posible adquirir un mayor drenaje de riquezas). En realidad, la posición hegemónica de los países de segundo orden está permanentemente amenazada por la supremacía tecnológica, financiera y política de los Estados Unidos, que imponen una política económica orientada, en forma realista, hacia su autoprotección. Por consiguiente, el nuevo modelo de imperialismo comporta un crecimiento rápido del flujo internacional del capital. Sin embargo, la rigidez del control externo y de la explotación también aumenta, como un producto estructural de la situación global.

Por lo tanto, el uso de la militarización del poder o del autoritarismo civil como estrategia política para propiciar “un desarrollo más rápido y seguro” en América Latina, en esas condiciones, es absurdo. El columnista de una revista brasileña escribió que

[...] los modelos autoritarios, aplicados en el mundo en vías de desarrollo, corresponden —con mayor o menor autenticidad— a la necesidad urgente de intensa acumulación de capital en países en los cuales la expansión del mercado interno, por sí sola, no es capaz de asegurar la tasa necesaria de acumulación.²³

Lo que falta en esta descripción es un análisis explícito del proceso de acumulación de capital en el contexto de los países dependientes y subdesarrollados. En ese contexto, el nuevo tipo de imperialismo y de hegemonía norteamericanos transfiere la estimulación, la orientación y el control de dicho proceso hacia el exterior. La carga de la acumulación de capital es soportada por los países latinoamericanos; pero sus efectos multiplicadores más importantes son absorbidos por las economías centrales, que funcionan como centros dinámicos de apropiación de las mayores cuotas del excedente económico generado.

²³ Revista *Visão*, São Paulo, 14 de febrero de 1970.

Los sectores sociales dominantes y las elites en el poder de los países latinoamericanos, así como la superpotencia capitalista externa y las naciones hegemónicas asociadas, defienden la esperanza de que es posible “reproducir la historia”. Hay una convicción especialmente fuerte según la cual el nuevo patrón de dominación imperialista puede adaptarse al “desarrollo con seguridad” para ambas partes. Sin embargo, a pesar de la rigidez económica, cultural y política, externa e interna, es discutible que el imperialismo moderno pueda tener un éxito equivalente al del antiguo imperialismo. Las tensiones provocadas por las migraciones internas, la pobreza generalizada y la frustración sistemática no pueden ser suprimidas sin cambios estructurales sustanciales. Y actualmente el capitalismo privado no es un camino privilegiado y exclusivo. El mismo enfrenta soluciones alternativas, desde el capitalismo de Estado hasta el socialismo.

La mayoría silenciosa de los pobres no puede ser eternamente apartada de la historia. Lo mismo puede decirse de la protesta organizada y del radicalismo político, desde los movimientos de la clase inferior hasta las confrontaciones estudiantiles de clase media, intelectuales o religiosas, y del inconformismo moral de los sectores esclarecidos de las clases media y superior. La conciencia de la situación actual y la inconformidad ante ella, abierta o latente, son dos fenómenos generales e interdependientes. Por otro lado, la modernización tecnológica, el ingreso gradual de capital y el crecimiento de los mercados internos pueden ser considerados factores importantes de cambio —en actitudes y orientaciones de valor, como en relaciones de clase y usos sociales de la competencia y del conflicto. Lo que hoy es un proceso económico controlado desde el exterior e interior por los intereses privados, puede transformarse rápidamente en un proceso político incontrolable. Ésta siempre ha sido la lección de la historia en las transformaciones que llevaron del colonialismo al capitalismo y al socialismo. Los dos períodos de imperialismo fueron y son valiosos para la emergencia de una conciencia social crítica, del radicalismo político y de la revolución social, dentro del orden o contra él.

Desde este punto de vista, el dilema latinoamericano no nace de la incongruencia entre el sistema compartido de valores ideales y la *praxis* social (como por Myrdal y Hollingshead describieron refiriéndose a los Estados Unidos,). El mismo proviene de la más profunda necesidad histórica y social de autonomía y equidad. Ello significa que las alternativas políticas efectivas dejan un margen estrecho para las opciones colectivas. Si los sectores sociales dominantes y las elites en el poder realmente desean un desarrollo gradual y seguro, y si fueran capaces de obtener el apoyo popular, sus probabilidades de éxito dependerían de un fuerte nacionalismo revolucionario. En las condiciones económicas, socioculturales y políticas de los países latinoamericanos, esa alternativa implica la implementación y el perfeccionamiento de un nuevo tipo de capitalismo de Estado, capaz de ajustar la velocidad y la intensidad del desarrollo económico y del cambio sociocultural a los requisitos de la “revolución dentro del orden social”. La otra respuesta alternativa sólo puede surgir de una rebelión popular y radical, de orientación socialista. La extraña combinación de una amplia mayoría de gente desposeída, miserable o cuasi-miserable, la explotación externa implacable y una pésima utilización interna de la riqueza por minorías privilegiadas, genera un componente histórico imprevisible. La explosión social no es planificada con anticipación. Como en Cuba, la misma puede sobrevenir inesperada y dramáticamente. La estructura de la sociedad y sus permanentes condiciones de anomia contienen los ingredientes básicos de la desintegración: cuando las fuerzas de la rebelión se liberan, el orden social no puede funcionar como un factor de autopreservación y de autorregeneración, porque aquélla no es deseada ni siquiera por quienes se aprovechan de las desigualdades e iniquidades existentes. La última alternativa, sin lugar a duda, le abre camino a la realización de los patrones más elevados de la razón humana y a la liberación real de las sociedades latinoamericanas. Sin embargo, ambas soluciones podrían dar inicio a nuevas vías de evolución de América Latina, en la dirección de una historia de pueblos libres e independientes.

EL MODELO AUTOCRÁTICO-BURGUÉS DE TRANSFORMACIÓN CAPITALISTA¹

La relación entre la dominación burguesa y la transformación capitalista es altamente variable. No existe, como se suponía desde una concepción eurocéntrica (que por lo demás sólo era válida para los “casos clásicos” de revolución burguesa), un único modelo básico democrático-burgués de transformación capitalista. Actualmente los científicos sociales saben, y lo han comprobado, que la transformación capitalista no se determina de manera exclusiva en función de los requisitos intrínsecos del desarrollo capitalista. Por el contrario, tales requisitos (sean los económicos, los socioculturales o los políticos) entran en interacción con los diversos elementos económicos (naturalmente extra o pre-capitalistas) y extraeconómicos de la situación histórico-social, característicos de los casos concretos que se consideren, y sufren así bloqueos, selecciones y adaptaciones que delimitan: a) cómo se concretará, histórico-socialmente, la transformación capitalista; b) el patrón concreto de dominación burguesa (incluso, có-

¹ Publicado originalmente como “O modelo autocrático-burguês de transformação capitalista”, en Florestan Fernandes, *A revolução burguesa no Brasil*, prefacio de José de Souza Martins, São Paulo, Globo, 1973, pp. 337-360. Texto extraído, para la presente edición, de Florestan Fernandes, *A revolução burguesa no Brasil*, prefacio de José de Souza Martins, São Paulo, Globo, 2006, pp. 337-360.

mo podrá ésta componer los intereses de clase extraburgueses y burgueses o, también, los intereses de clase internos y externos, si fuere el caso, y cómo se impregnará de elementos económicos, socioculturales y políticos extrínsecos a la transformación capitalista); c) cuáles son las probabilidades que tiene la dominación burguesa de absorber los requisitos centrales de la transformación capitalista (tanto los económicos como los socioculturales y los políticos) y, a la inversa, cuáles son las probabilidades que tiene la transformación capitalista de acompañar, estructural, funcional e históricamente, las polarizaciones de la dominación burguesa que tengan un carácter histórico constructivo y creador.

Hasta hace poco tiempo sólo eran aceptadas interpretativamente como *revolución burguesa* las manifestaciones que se acercaran típicamente a los “casos clásicos”, en las cuales hubiera el máximo de fluidez y de liquidez en las relaciones recíprocas de la transformación capitalista con la dominación burguesa. Se trataba, cuando menos, de una posición interpretativa unilateral que perdía de vista el significado empírico, teórico e histórico de los “casos comunes”, en los que la revolución burguesa aparece vinculada a modificaciones estructurales y dinámicas condicionadas por la irradiación externa del capitalismo maduro, o de los “casos atípicos”, en los que dicha revolución presenta un engranaje bien diferente del que se puede inferir a través del estudio de su eclosión en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos (como lo demuestran las investigaciones realizadas sobre Alemania y Japón).

Más importante para este capítulo, desde el punto de vista teórico, es la relación entre transformación capitalista y dominación burguesa en los países periféricos de *economía capitalista dependiente y subdesarrollada*. Dos presunciones erróneas han persistido, durante mucho tiempo, limitando la penetración y el tenor explicativo de las descripciones e interpretaciones sociológicas.

Una presunción muy generalizada se refiere al “esquema” de la revolución burguesa. Éste sería idéntico al que se aplica a las sociedades capitalistas centrales y hegemónicas. Según parece, ha prevalecido la idea de que la dependencia y el subdesarrollo serían etapas pasajeras, destinadas a desaparecer gracias al carácter

fatal de la autonomización progresiva del desarrollo capitalista. En este sentido sería legítimo admitir que la periferia dependiente y subdesarrollada tendería a repetir —siempre y cuando se diera la revolución anticolonial y fuera superado el estado inicial de transición neocolonial— la historia de las naciones centrales. Se ha ignorado que la expansión capitalista de la parte dependiente de la periferia está destinada a ser permanentemente remodelada por dinamismos de las economías capitalistas centrales y del mercado capitalista mundial, algo que Rosa Luxemburgo dejó bien claro en su teoría general de la acumulación capitalista.² Y, en segundo lugar, se ha dejado de considerar que la autonomización del desarrollo capitalista exige, como un prerrequisito, la ruptura de la dominación externa (colonial, neocolonial o imperialista).³ Mientras ésta se mantiene, tiene lugar un desarrollo capitalista *dependiente*, cualquiera sea el patrón al que éste tienda, incapaz de saturar todas las funciones económicas, socioculturales y políticas que debería cumplir en la etapa correspondiente al capitalismo. Queda claro que el crecimiento capitalista se obtiene acelerando la acumulación de capital o la modernización institucional, pero manteniendo siempre la expropiación capitalista externa y el subdesarrollo relativo como condiciones y efectos ineludibles. Así mismo, aunque tuviera lugar una autonomización “automática” del desarrollo capitalista, ésta no aseguraría, por sí misma, una vía uniforme de evolución del capitalismo y de consolidación de la dominación burguesa (como sí se puede inferir de la confrontación, ya bien conocida, de los Estados Unidos con Japón).

Por lo tanto, el cuadro general es mucho más complejo de lo que las presunciones iniciales hacían suponer. Y, algo que tiene importancia teórica específica para esta discusión, lo que era esencial, fue descuidado. Se perdió de vista algo que nunca se habría debido olvidarse. Lo que la parte dependiente de la peri-

² Véase Rosa Luxemburgo, *La acumulación de capital*, México, Editorial Grijalbo, 1967.

³ Véase Paul Baran, *A economia política do desenvolvimento econômico*, Rio de Janeiro, Zahar, 1960.

feria “absorbe” y, por lo tanto, “repite” con referencia a los “casos clásicos”, son rasgos estructurales y dinámicos esenciales que caracterizan la existencia de lo que Marx designaba como una economía mercantil, la plusvalía relativa, etc., y la emergencia de una economía competitiva diferenciada o de una economía monopolista articulada, etc. Ello garantiza uniformidades fundamentales sin las cuales la parte dependiente de la periferia no sería *capitalista* y no podría participar de dinamismos de crecimiento o de desarrollo de las economías capitalistas centrales. No obstante, a esas uniformidades —que no explican la expropiación capitalista inherente a la dominación imperialista y, por lo tanto, la dependencia y el subdesarrollo— se les superponen diferencias fundamentales que emanan del proceso por el cual el desarrollo capitalista de la periferia se torna dependiente, subdesarrollado e imperializado, y articula en el mismo patrón a las economías capitalista centrales y a las economías capitalistas periféricas. En un sistema de notación marxista se debe recurrir a estas diferencias (y no a aquellas uniformidades) para explicar la variación esencial y diferencial, es decir, lo que es típico de la transformación capitalista y de la dominación burguesa bajo el capitalismo dependiente. Sólo así se puede poner en evidencia *cómo y por qué* la revolución burguesa constituye una realidad histórica peculiar en las naciones capitalistas dependientes y subdesarrolladas, sin que haya que recurrir a la materialización y a la mistificación de la historia. Allí, la revolución burguesa combina —y no podría dejar de hacerlo— la transformación capitalista con la dominación burguesa. Sin embargo, esa combinación se procesa en condiciones económicas e histórico-sociales específicas que excluyen cualquier probabilidad de “repetición de la historia” o de “desencadenamiento automático” de los prerrequisitos del referido modelo democrático-burgués. A la inversa, lo que se concreta, si bien con intensidad variable, es una fuerte disociación *pragmática* entre desarrollo capitalista y democracia; o bien, si se utiliza una notación sociológica positiva, una fuerte asociación *racional* entre desarrollo capitalista y autocracia. Así, lo que “es bueno” para intensificar o acelerar el desarrollo capitalista entra en con-

flicto, en los comportamientos concretos de las clases poseedoras y burguesas antes que en las orientaciones de valor, con cualquier evolución democrática del orden social. La noción de “democracia burguesa” sufre una redefinición que se ve disimulada en el plano de los *principios*, pero que se impone como una realidad práctica inexorable por la cual se restringe a los miembros de las clases poseedoras que se califiquen económica, social y políticamente para el ejercicio de la dominación burguesa.

La otra presunción errónea se refiere a la propia esencia de la dominación burguesa en las economías capitalistas dependientes y subdesarrolladas. Se han asociado al imperialismo efectos de inhibición de los elementos políticos del capitalismo dependiente (o, alternativamente, de diferenciación regresiva del poder burgués) que no son compatibles con ninguna forma de dominación burguesa, y mucho menos con el tipo de dominación burguesa requerido específicamente por las naciones capitalistas dependientes y subdesarrolladas. Se ha ignorado que la apropiación dual del excedente económico —desde adentro, por la burguesía nacional, y desde afuera por las burguesías de las naciones capitalistas hegemónicas y por su superpotencia— ejerce una tremenda presión sobre el estándar imperializado (dependiente y subdesarrollado) de desarrollo capitalista, provocando una hipertrofia acentuada de los valores sociales y políticos de la dominación burguesa. La extrema concentración social de la riqueza, la canalización hacia fuera de gran parte del excedente económico nacional, la consecuente persistencia de formas pre o subcapitalistas de trabajo y la depresión medular del valor del trabajo asalariado, en contraste con altos niveles de aspiración o con presiones compensadoras de la democratización de la participación económica, sociocultural y política producen, aisladamente y en conjunto, consecuencias que sobrecargan y devoran las funciones específicamente políticas de la dominación burguesa (ya sea en sentido autodefensivo o en una dirección puramente represiva). Se han creado y se crean, de esa manera, requisitos sociales y políticos de la transformación capitalista y de la dominación burguesa que no encuentran contrapartida en el desarrollo

capitalista de las naciones centrales y hegemónicas (incluso donde la asociación de fascismo con expansión del capitalismo evoca el mismo modelo general autocrático-burgués). Bajo este aspecto, el capitalismo dependiente y subdesarrollado es un capitalismo salvaje y difícil, cuya viabilidad se decide, con frecuencia, por medios políticos y en el terreno político. Y, contrario de lo que se ha supuesto y aún se supone en muchos círculos intelectuales, es falso que las burguesías y los gobiernos de las naciones capitalistas hegemónicas tengan algún tipo de interés en inhibir o perturbar tal flujo del elemento político, por el debilitamiento provocado por las burguesías dependientes o por otros medios. Si hicieran esto, estarían fomentando la formación de burguesías de espíritu nacionalista revolucionario (dentro del capitalismo privado) o incentivando transiciones hacia el capitalismo de Estado y hacia el socialismo. Estarían, por lo tanto, trabajando *contra* sus intereses más directos, que consisten en la continuidad del desarrollo capitalista dependiente y subdesarrollado.

Es esencial destacar este hecho, pues el mismo facilita la comprensión de lo que sucedió y de lo que está sucediendo en Brasil y en otros países en situación análoga de América Latina. Lo que podía ocurrir (y a veces ha ocurrido) en la etapa de transición neocolonial no se repetiría después, en particular a medida que la consolidación del mercado interno comportara la transición hacia formas más complejas de desarrollo capitalista (bajo el capitalismo competitivo, y de modo aún más acentuado tiempo después, bajo el capitalismo monopolista). La propia superación de la situación neocolonial ya indica, por sí misma, modificaciones que reflejan la emergencia de una burguesía articulada socialmente sobre bases nacionales; las otras dos transiciones subsiguientes demuestran, por su parte, que la transformación capitalista y la dominación burguesa sufren las gravitaciones que pueden alcanzar bajo el capitalismo dependiente, transformando las evoluciones posibles del poder burgués en una realidad histórica. Por lo tanto, la “debilidad” de las burguesías sometidas e identificadas con la dominación imperialista es meramente relativa. Cuanto más se profundiza la transformación capitalista, más precisan las

naciones capitalistas centrales de “socios sólidos” en la periferia dependiente y subdesarrollada —no sólo de una burguesía articulada internamente sobre bases nacionales, sino de una burguesía muy fuerte para saturar todas las funciones políticas autodefensivas y represivas de la dominación burguesa. Esa necesidad se hace aún más aguda bajo el imperialismo total, inherente al capitalismo monopolista, ya que, después de la Segunda Guerra Mundial, al entrar en una era de lucha por la supervivencia contra los regímenes socialistas, tales naciones pasaron a depender de las burguesías nacionales de las naciones capitalistas dependientes y subdesarrolladas para preservar o consolidar el capitalismo en la periferia. Las burguesías nacionales de esas naciones se han convertido, en consecuencia, en auténticas “fronteras internas” y en verdaderas “vanguardias políticas” del *mundo capitalista* (es decir, de la dominación imperialista bajo el capitalismo monopolista). Pensar que esto acarrea una depresión de los requisitos políticos del capitalismo dependiente es una ilusión. Semejante situación exagera aún más la importancia del elemento político para el desarrollo capitalista dependiente y subdesarrollado. Ya no sólo la posibilidad sino también la persistencia de la transformación capitalista y de la dominación burguesa pasarán por un eje específicamente político. En caso de que las burguesías nacionales de la periferia fracasasen en esa misión política, no habrá capitalismo, ni régimen de clases, ni hegemonía burguesa sobre el Estado. Lo que sugiere que la revolución burguesa en la periferia es, por excelencia, un fenómeno esencialmente político, de creación, consolidación y preservación de estructuras de poder predominantemente políticas, sometidas al control de la burguesía o controlables por ella en cualquier circunstancia. Es por este motivo que, si se considera la revolución burguesa en la periferia como una “revolución frustrada”, como lo hacen muchos autores (probablemente siguiendo implicaciones de la interpretación de Gramsci sobre la revolución burguesa en Italia), es preciso proceder con mucho cuidado (por lo menos, con la objetividad y la circunspección gramscianas). No estamos en la era de las “burguesías conquistadoras”. Tanto las burguesías nacionales de la

periferia como las burguesías de las naciones capitalistas centrales y hegemónicas tienen intereses y orientaciones que van en otra dirección. Ellas quieren *mantener el orden, salvar y fortalecer el capitalismo, impedir que la dominación burguesa y el control burgués sobre el Estado nacional se deterioren*. Semejante reciprocidad de intereses y de orientaciones hace que el carácter político del capitalismo dependiente tenga dos facetas, en realidad interdependientes. Y además, que la revolución burguesa “atrasada”, de la periferia, se vea fortalecida por dinamismos especiales del capitalismo mundial y lleve, de un modo casi sistemático y universal, a acciones políticas de clase profundamente reaccionarias, por las cuales se revela la esencia autocrática de la dominación burguesa y su propensión a salvarse mediante la aceptación de formas abiertas y sistemáticas de dictadura de clase.

Llegamos aquí a un punto general de enorme importancia teórica. Las revoluciones burguesas “atrasadas” de la parte dependiente y subdesarrollada de la periferia no se vieron solamente afectadas por las modificaciones que hubo en la estructura del mundo capitalista avanzado. Es cierto que las transformaciones ocurridas en las economías capitalistas centrales y hegemónicas vaciaron históricamente, de modo directo o indirecto, los roles económicos, sociales y políticos de las burguesías periféricas. Éstas se han quedado sin base material para concretar tales roles, gracias a los efectos convergentes y multiplicativos de la canalización del excedente económico nacional, de la incorporación al espacio económico, cultural y político de las naciones capitalistas hegemónicas y de la dominación imperialista. He aquí el quid de la cuestión, desde este ángulo: el porqué del carácter de atraso de las revoluciones burguesas en la periferia dependiente y subdesarrollada del mundo capitalista. Pero existe otra cara de la moneda. A aquel atraso de la revolución burguesa le corresponde un “avance de la historia”. Las burguesías que recién ahora llegaron a la cima de sus posibilidades —y en condiciones tan difíciles— se han visto como auspiciadoras de una transformación del orden que ha perdido todo su significado revolucionario. Éste forma parte de la “revolución burguesa” porque se integra en un proce-

so que se prolonga en el tiempo y se refleja en las contradicciones de las clases que históricamente se enfrentan con objetivos antagónicos. En el fondo, tales burguesías pretenden concluir una revolución que para otras clases encarna actualmente a la propia contrarrevolución. La mayoría ya no es ciega, incluso cuando comparte las “opciones burguesas” o si se vuelve abiertamente contra ellas, identificándose con las esperanzas creadas por el socialismo revolucionario o por el reformista.

En esas condiciones, *hay una coexistencia de revoluciones antagónicas*. Una, que proviene del pasado y llega a su fin sin mayores perspectivas; la otra, que echa raíces directamente sobre “la construcción del futuro en el presente”. No se deben ignorar —descriptiva ni interpretativamente— las implicancias que tal hecho trae aparejadas, ni las repercusiones que un encadenamiento de esa naturaleza desata en la esfera concreta de las relaciones de clases. Contrario de lo que se supone, las burguesías no son, bajo el capitalismo dependiente y subdesarrollado, meras “burguesías compradoras” (típicas de situaciones coloniales y neocoloniales, en sentido específico). Ellas mantienen un fuerte poder económico, social y político, de base y de alcance nacionales; controlan la maquinaria del Estado nacional y cuentan con soporte externo para modernizar las formas de socialización, de cooptación, de opresión o de represión inherentes a la dominación burguesa. De esta manera, se hace muy difícil desplazarlas políticamente mediante presiones y conflictos mantenidos “dentro del orden”, y es casi imposible usar el espacio político, garantizado por el orden legal, para hacer estallar las contradicciones de clase, agravadas por las referidas circunstancias. El “retraso” de la revolución burguesa en la parte dependiente y subdesarrollada de la periferia adquiere, así, una connotación política especial. Allí la burguesía no está solamente luchando para consolidar ventajas de clase relativas o para mantener privilegios de clase. Ella lucha simultáneamente por su supervivencia y por la supervivencia del capitalismo. Esto introduce un elemento político en sus comportamientos de clase que no es típico del capitalismo, principalmente en las etapas de maduración económica, sociocultural y política

de la dominación burguesa en Europa y en los Estados Unidos. Esa variación puramente histórica es, no obstante, central para entender el creciente divorcio que se da entre la ideología y la utopía burguesas y la realidad creada por la dominación burguesa. Entre la ruina final y el fortalecimiento, esas burguesías no tienen mucha elección propiamente política (es decir, “racional”, “inteligente” y “deliberada”). El *idealismo burgués* debe ser echado a un lado, con sus compromisos más o menos fuertes con cualquier reformismo auténtico, con cualquier liberalismo radical, con cualquier nacionalismo democrático-burgués más o menos congruente. La dominación burguesa se le revela a la historia, entonces, bajo sus rasgos irreductibles y esenciales, que explican las “virtudes”, los “defectos” y las “realizaciones históricas” de la burguesía. Su inflexibilidad y su decisión a la hora de emplear la violencia institucionalizada en defensa de *intereses materiales privados*, de *finés políticos particularistas*, y su coraje de identificarse con formas autocráticas de autodefensa y de autoprivilegiamiento. El “nacionalismo burgués” estrena, así, un último giro, fusionando la república parlamentaria con el fascismo.

Sin lugar a duda, ello nos coloca delante del *poder burgués* en su manifestación histórica más extrema, brutal y reveladora, que se ha hecho posible y necesaria gracias a su estado de paroxismo político. Un poder que se impone sin tapujos, de arriba abajo, recurriendo a cualquier medio para prevalecer, erigiéndose a sí mismo en fuente de su propia legitimidad y convirtiendo, por fin, el Estado *nacional y democrático* en un instrumento puro y simple de una dictadura de clase preventiva. Nos guste o no, esa es la realidad que nos toca observar, y delante de ella no podemos hacernos ilusiones. Lo máximo que se podría decir es que la democracia y las identificaciones nacionalistas pasarían por ese poder burgués si la transformación capitalista y la dominación burguesa hubieran asumido (o pudieran asumir), al mismo tiempo, otras formas y ritmos históricos diferentes.

Las conexiones de la dominación burguesa con la transformación capitalista se modifican de manera más o menos rápida, en la medida en que se consolida, se diferencia y se irradia el capita-

lismo competitivo en Brasil y, en especial, en que se profundiza y se acelera la transición hacia el capitalismo monopolista. El elemento central de la transformación fue, naturalmente, la emergencia de la industrialización como un proceso económico, social y cultural básico, que modifica la organización, los dinamismos y la posición de la economía urbana dentro del sistema económico brasileño. La hegemonía urbana y metropolitana aparece, desde este ángulo, como un subproducto de la hegemonía del complejo industrial-financiero. Ese proceso no transforma solamente los dinamismos económicos, socioculturales y políticos de las grandes ciudades con funciones metropolitanas. El mismo acarrea, y seguidamente intensifica, la concentración de recursos materiales, humanos y técnicos en tales ciudades, dando origen a fenómenos típicos de metropolización y de satelitización bajo el capitalismo dependiente. Tales fenómenos demuestran, principalmente, que las relaciones de las ciudades con la economía agraria y con el respectivo complejo urbano-comercial cambian sin promover la disgregación propiamente dicha del carácter doblemente articulado de la economía capitalista dependiente.

La modificación de las conexiones entre dominación burguesa y transformación capitalista, que pueden ser vistas y descritas tanto estructural como dinámicamente, ha obedecido, en el caso brasileño, a ritmos históricos que son característicos de las economías nacionales dependientes y subdesarrolladas: los cambios se extienden por un largo período de tiempo y determinan un patrón de industrialización que sufre oscilaciones coyunturales, intermitencias estructurales e inconsistencias institucionales, es decir, con un débil impulso intrínseco de diferenciación, aceleración constante y universalización del crecimiento industrial. En consecuencia, su impacto histórico se hace más evidente en la superficie, en términos morfológicos, gracias a la concentración de masas humanas, de riquezas y de tecnologías modernas en un número reducido de metrópolis clave. De hecho, sólo São Paulo capitalizó las transformaciones esenciales, de larga duración; y el cambio fundamental del escenario se refleja, de modo general, más en la cima del sistema de clases, pues sólo los grupos con

posiciones estratégicas (centrales o mediadoras e intermediarias) en el *ciclo económico de la industrialización intensiva* tuvieron un aumento efectivo (en realidad desproporcionado) del poder socioeconómico y político.

Este cuadro sugiere que sería legítimo retomar la técnica analítica y expositiva explorada en la primera parte de este ensayo para encarar los últimos tres cuartos de siglo como una unidad inclusiva, a efectos de realizar una descripción sociológica. Tal orientación tendría a su favor el hecho de facilitar la confrontación directa de la presente “época de la industrialización” con la pretérita “época de la emancipación nacional”. El resultado teórico de la confrontación es obvio. Éste revelaría que bajo la situación de dependencia —tanto bajo la dominación neocolonial como bajo la dominación imperialista— los estratos sociales dominantes y sus elites no tienen autonomía para conducir y completar la revolución nacional, y oscilan históricamente, por lo tanto, entre un callejón sin salida y otro. Sin embargo, semejante conclusión no representa un dato teórico nuevo ni un resultado al que sólo se pueda arribar por la vía expositiva indicada. Por ello, le hemos dado preferencia a una técnica analítica y expositiva menos elegante, que hace perder, aparentemente, el sentido de la unidad histórica. Pero ésta permite enfocar mejor las múltiples facetas de las diversas cadenas de factores y efectos histórico-sociales específicamente vinculados a la imbricación pluridimensional y en constante mutación de la dominación burguesa con la transformación capitalista. Para que la exposición no llevara a una descripción sociológica fragmentaria, que desintegrara hechos y procesos sociales considerados analíticamente como totalidades interdependientes, tomamos cuatro temas estratégicos para presentar, sumariamente, las conclusiones a las que hemos llegado. Consideramos que de esta manera hemos dado con el mejor recurso expositivo para ubicar la naturaleza y las consecuencias de los dilemas políticos que enfrentan las clases burguesas y el poder burgués en la era misma del “milagro económico”.

EN LOS MARCOS DE LA VIOLENCIA¹

INTRODUCCIÓN

Los estudiosos del prejuicio y la discriminación raciales descubrieron la esencia de una tradición mistificadora arraigada en Brasil: *el prejuicio de no tener prejuicios* —una fragilidad humana aparentemente universal, que debería ser inherente a cualquier forma de ideología, e incluso asimilable a los *principios* inmovibles de una sociedad de origen esclavista. Es posible que la contradicción entre el *imperio de la fe* y las iniquidades de la esclavitud haya forjado una especie de entorpecimiento infantil de la conciencia social y producido esa tendencia complaciente de disimular las miserias humanas, trascendiendo los límites y las necesidades de las ideologías. El carácter mercantil de la esclavitud sería plenamente compatible, incluso, con versiones más o menos precarias de la ideología burguesa (o pre-burguesa y sub-burguesa). Y el compromiso de la Iglesia católica en el “mundo cristiano”, que *crearon* los portugueses y los españoles, no exigía que la protección (u ocultamiento) de los “sentimientos íntimos”

¹ Transcripción de una clase impartida sobre el tema propuesto por los estudiantes del curso de postgrado de la Pontificia Universidad Católica (PUC) de São Paulo (Brasil), el 30 de junio de 1980. Texto extraído, para la presente edición, de Florestan Fernandes, *A ditadura em questão*, São Paulo, T. A. Queiroz, 1982, pp. 127-164.

de los diversos estratos de la “raza dominante” determinase una compulsión ideológica tan fuerte, en la esfera de los *principios* (por lo tanto, una forma exacerbada de “ideología moral”, de fundamento étnico-religioso) que, en el límite, psicológica y socialmente equivalía a una utopía invertida y estática: invertida en sus ansias de colocar las contradicciones del orden racial esclavista *por encima* de cualquier contestación de cuño moral y religioso; estática, en sus ansias concomitantes de plantar en los “buenos sentimientos” del señor la ejemplaridad cristiana del mundo católico-esclavista. Sin embargo, tuvo lugar una “elaboración de la cultura” que persistió luego de la desaparición de la dominación colonial directa y de la disgregación del sistema esclavista, y más tarde se redefinió en el cosmos mental, moral y social que se constituyó gracias al desarrollo del capitalismo, del régimen de clases, y a las nuevas formas económicas de explotación y subalternación del negro y del mulato.

El prejuicio de no tener prejuicios esconde realidades múltiples y evidencia un entramado de efectos encadenados tan complejo que no hay manera de dilucidar tal tema globalmente, aunque esto se hiciera necesario en un debate sociológico sobre la violencia. Por un lado, es obvio que estamos frente a una forma exacerbada de autodefensa colectiva del “código moral” y del “sistema de valores” (la llamada *esfera axiológica de la cultura*) de los estratos económicos, sociales y raciales dominantes de las clases poseedoras. El prejuicio niega la existencia de una violencia extrema *per se*. Aparentemente afirma una congruencia ideológica y eidológica, la *humanidad* de quienes pertenecen al “mundo de los hombres” (y que al afirmarse como hombres pisotean e ignoran la *humanidad* de los que no pertenecen psicológica, social ni moralmente a aquel mundo). De hecho, éste confirma a su opuesto, una incongruencia insanable que alcanzó, primero, los fundamentos civilizadores de la “sociedad cristiana esclavista” y, más tarde, los fundamentos económicos, sociales y jurídico-políticos de la sociedad burguesa. Una manifestación ideológico-utópica de una sociedad de estamentos y de castas refluje, se metamorfosea y se revitaliza para ser funcional a la dominación

de clases, al bloqueo de la lucha de clases y a la monopolización social del poder de clase, dentro de un modelo idealizado de *paz social* que nada tiene que ver con la realidad y con el repudio de la violencia en el discurso histórico de los opresores.

Por otro lado, aunque no sea posible separar el referido prejuicio de no tener prejuicios de la violencia sublimada y de la violencia elemental subyacente a las relaciones estamentales-esclavistas y a las relaciones de clases en una sociedad multirracial con una fortísima concentración racial de la riqueza, del prestigio social y del poder, es evidente que el paradigma que vale para la representación del “no-prejuicio” igualmente tiene vigencia para otras representaciones esenciales para la *humanidad* de los “más humanos” (en este caso, de lo que se refiere a la “no-violencia”). La violencia incorporada a los *principios* de los que se atribuyen la responsabilidad de la defensa del orden, de la moralidad o de la religión y de todo un patrón de civilización, se objetiva como un derecho natural —o en el peor de los casos, como una coacción “legítima” y “necesaria” que se justifica por sí misma, por prevenir irrupciones destructivas de la violencia y por institucionalizarse como “un derecho sacrosanto”. Por lo tanto, el paradigma importa tanto como su aplicación. Las representaciones no sólo lo diseminan, lo universalizan dentro de una determinada sociedad y de cierta cultura y lo consagran, sino que ellas también les quitan la legitimidad, la viabilidad y la eficacia a las manifestaciones recíprocas de la contraviolencia (exponiendo el conflicto, en general, y la lucha de clases, en particular, a la execración, prohibición y punición). Se puede pensar que sociológica e históricamente ese circuito constituye una aberración pre o subcapitalista. Poco importa. Al integrarse a la socialización que el modo de producción capitalista, el régimen de clases y el Estado burgués desencadenan, reproducen y desarrollan, tal circuito pasa a ser un componente estructural y dinámico del propio capitalismo. Éste refleja la superposición de varias capas de la historia, sin que se pueda suponer que lo “moderno” destruye o absorbe lo “arcaico”. Por el contrario, se constituye una amalgama, y la superposición sólo provoca la incapacidad de imprimirle históricamente a la concien-

cia burguesa su identidad específica, como formación psicosociológica y política que no requiere la exclusión completa y universal de la violencia de lo violentado, es decir, la abolición, incluso, de la contraviolencia necesaria para el equilibrio del orden, para la diferenciación del régimen de clases y para los dinamismos de crecimiento o de evolución de la acumulación capitalista. Lo que viene del pasado o lo que se actualiza como “factor tradicionalista” no interfiere con la condición burguesa ni la anula. Sin embargo, entorpece el orden existente en cuanto a la legitimidad de la contraviolencia y eleva el “despotismo burgués” (en el interior de la dominación de clases y a través del Estado) a la última instancia de lo que deberá ser el *orden civil* (en el sentido general de un orden social “civilizado”) y lo convierte en la única razón de lo que es y no debe dejar de ser la *sociedad civil* (en el sentido específico de forma histórica de la sociedad según las relaciones de producción capitalistas, es decir, bajo el dominio del capital por sobre el trabajo).

Estas reflexiones podrán parecer trascendentales para el tema de este texto. No obstante, fueron expuestas, aunque de manera resumida, porque pienso que deben estar en el eje de una discusión objetiva y crítica. Toda la célebre “opacidad” de la conciencia burguesa no justifica ni explica lo que sucede en los países de la periferia, en los cuales el capitalismo aún no ha llegado al ápice de la descolonización. La conciencia burguesa se debilita en aquellas latitudes, en las cuales la dominación externa e indirecta reemplaza la dominación colonial en sentido restricto y las ramificaciones nacionales y extranjeras de la burguesía componen una formación de clase articulada, con mayor o menor grado de coalescencia unificadora, preservándose indefinidamente formas intrínsecamente coloniales o semicoloniales de relación de los opresores con los oprimidos —o de subalternación intolerante de las clases desposeídas. Hay quien dice que el pasado de Inglaterra o de Francia contiene el presente (o, quién sabe, el futuro) de varios países capitalistas y en transición hacia el capitalismo de origen colonial. Bajo muchos aspectos, tal afirmación es ciertamente correcta y demostrable. Sin embargo, en lo que atañe a

la conciencia burguesa hay que hacer gradaciones. La situación de clase de la burguesía no comporta siquiera los paralelos esenciales a la constitución, el florecimiento y la depuración de la “conciencia burguesa opaca” en la Europa capitalista avanzada y en los Estados Unidos (y lo que ocurre, aún en el presente, en las relaciones de Inglaterra con Irlanda, demuestra de manera conclusiva el paralelismo, porque subsiste una *relación colonial* que no ha sido completamente sacudida y destruida): el capital se arroga la omnipotencia —e intenta practicarla—, ignora los efectos jurídico-políticos y sociales del *trabajo libre*, y aun se ve o se representa al contrario de lo que es (no sólo en términos ideológicos, sino ontológicos, de negación de la sustancia del ser social del “otro colectivo”), como fuente de la “violencia justa”, de la “no-violencia” y de la “contraviolencia preventiva”. Siguiendo las huellas de K. Manheim, sería fácil descubrir en semejantes objetivaciones históricas una variedad extrema y tosca del conservadurismo burgués. Pero llegar hasta ese punto sería insuficiente. Cuando se piensa en la existencia de mitos como el del *hombre cordial*, y cuando se vinculan tales mitos con pensadores-historiadores de la envergadura de un Sérgio Buarque de Holanda, resulta claro que subsiste un desafío mayor, de naturaleza intelectual y política. Sérgio Buarque no *creó* el mito: apenas le infundió sistematización y consistencia al nivel histórico de la teoría de la cultura. Lo consuetudinario adquirió la categoría de explicación del mundo. Sin embargo, si se va más allá caben muchas preguntas: ¿qué hombre brasileño es cordial y con quién? O si no, ¿cuál es la otra cara de la moneda, lo que el “hombre cordial” esconde y revela en sucesivos momentos históricos?

VIOLENCIA Y SOCIEDAD

Toda sociedad estratificada necesita una *masa de violencia institucionalizada* (que se superpone a una masa a veces mucho mayor de violencia intersticial, espontánea y “anárquica”, que se oculta detrás de ella y la *específica*), vinculada a dos especies de funciones: a) el mantenimiento, el fortalecimiento y el equilibrio del orden

existente; b) la combinación de estabilidad y cambio sociales, de modo de transformar el equilibrio en inestable y hacer que las transformaciones sucesivas sean conciliables con la preservación del patrón de civilización desde el cual se configura el orden existente. Con frecuencia se supone que el grado de violencia, escondida o visible, inherente al régimen de estamentos y al régimen de castas es mayor (en cantidad) y más complejo (en calidad) que el requerido por las variaciones conocidas del régimen de clases (la forma social del modo de producción capitalista). A pesar de esa suposición, las diferencias de forma, contenidos y objetivos o funciones de la violencia, más o menos patentes, no deben hacernos perder de vista aquello que Marx llamaría *variación específica* (y *explicativa*): el régimen de clases es el más violento de todos. Lo cual se explica sociológicamente por el modo de producción, que exige una expropiación del trabajo organizada y que se pueda intensificar de manera creciente; por la ordenación de la sociedad civil, que establece la concentración de clase, es decir, que pone en manos de la burguesía casi toda la riqueza, el prestigio social y el poder, y por ello requiere de una fuerte institucionalización de la dominación de clase directa y, por consiguiente, de una “supremacía” o “hegemonía” burguesa que, si bien puede cambiar de forma a lo largo de la evolución histórica del capitalismo industrial, no modifica sus funciones latentes y manifiestas; y por la existencia del Estado *democrático*, que les permite a las clases poseedoras, principalmente a sus estratos estratégicos dominantes o elites en el poder, intervenir en el control de los procesos sociales globales de estabilidad y cambios, suplementando e institucionalizando, de esa manera, las funciones de la dominación de clases directa y, lo que es más importante, proporcionando la concentración y la centralización del poder real —o poder específicamente político— en los órganos de dominación estatal o de dominación indirecta de la burguesía.

Estos rasgos del régimen de clases forman parte de una configuración de la sociedad que crece, se diferencia y se reorganiza en función de las relaciones o repercusiones recíprocas, del desarrollo de las fuerzas productivas y de la misma morfología

y dinámica de las clases. A partir del nivel ofrecido por la emergencia y la maduración del capital industrial, ese patrón histórico de configuración de la sociedad activó, en las relaciones mutuas de las clases presentes (las que concentran la propiedad de los medios de producción y explotan el trabajo productivo; las que poseen el trabajo vivo y subsisten gracias a la venta de su trabajo como mercadería), un *irreconciliable antagonismo de clase*, es decir, una especie de conflicto social que no se resolverá mientras se mantengan las demás condiciones en los límites históricos de la producción capitalista, del régimen de clases y del Estado. Esa variedad de conflicto se expresa bajo la forma histórica de la *lucha de clases*, practicada por las dos clases polarizadas, e involucra a las demás clases intersticiales, intermedias o coexistentes. A pesar de no reconocer socialmente que recurre a la lucha de clases, es decir, al antagonismo de clases como arma de defensa y de contraataque, la burguesía la ha puesto en práctica desde los orígenes más remotos del capitalismo moderno. Aunque su desarrollo todavía no fuera suficientemente alto y no involucrara un grado de coalescencia visible y efectivo, los proletarios también han recurrido a la lucha de clases, si bien lo han hecho de manera predatoria o ligados a los intereses y manipulaciones de los señores del capital y del Estado. La misma base material de la forma de sociedad, la naturaleza de la explotación capitalista (que opera a través del *trabajo libre*) y el carácter del trabajo como mercadería y como fundamento de la unidad o solidaridad entre los desposeídos, la continua transformación de la tecnología (de la cual dependen la intensidad y la profundización de la explotación del trabajo productivo), la tendencia incoercible de la acumulación capitalista para crecer, diferenciarse y expandirse, la necesidad social, jurídica y política de regular institucionalmente los niveles de los salarios, las condiciones sociales de trabajo, los límites de la dominación directa e indirecta de las clases poseedoras, etc., siempre han implicado el surgimiento (y también el crecimiento) de ciertos intereses, valores y aspiraciones, que tienden a volverse convergentes y a constituir un *mínimo necesario de orden común*. No es fácil consolidar ese nivel histórico, que

encuentra barreras en la resistencia del sector burgués a perder privilegios o a aceptar normas de conciliación y de derecho civil, que reducen la “supremacía burguesa” y paralelamente engendran un espacio histórico dotado de relativa autonomía, dentro del cual las clases trabajadoras se mueven, crean sus órganos de defensa colectiva, como los sindicatos y otros organismos de solidaridad activa, y terminan logrando ejercer presiones sobre las condiciones externas de la producción y los dinamismos de la sociedad burguesa (o de clases).

Es en torno a ese mínimo necesario de orden común donde se dan las primeras y grandes batallas de las clases antagónicas. Las victorias iniciales marcan las conquistas de la ciudadanía, de las garantías sociales, jurídicas y políticas por las clases trabajadoras, que de “víctimas indefensas del orden” pasan a ser “socias contestatarias”, preparadas para recurrir a las más variadas formas de presión o de contrapresión con el fin de anular los excesos del “despotismo burgués” en las fábricas, en el Estado y en otras instituciones clave. Cabe destacar aquí el complejo entramado, muy inestable, de ramificaciones institucionales de las acciones y de los comportamientos colectivos de las clases antagónicas en el uso espontáneo o regulado de la lucha de clases. La existencia y el crecimiento continuo del mínimo necesario de orden común no alejan la necesidad y las manifestaciones conturbadoras de la lucha de clases (sea esto reconocido o no por las clases en conflicto). Esto significa que la civilización industrial moderna tiene una sociedad en la cual la *masa de violencia* no sólo es normalmente muy alta, sino también que se ha transformado en rutinaria y, así mismo, está dispersa por todo el cuerpo de la sociedad, concentrada en las instituciones clave de dominación directa e indirecta de clases y, recíprocamente, en las instituciones de autodefensa y de contraofensiva de las clases trabajadoras. Por otro lado, también se especializa en órganos creados para “regular” o “conciliar” los conflictos de clases (a escala individual y colectiva) siendo, pues, “legitimada” en el terreno del derecho positivo y de la acción “unificadora” del Estado. A la violencia acumulada, concentrada y centralizada directamente en las clases antagónicas, o bien dis-

tribuida por toda la sociedad y por las instituciones clave de las propias clases, se contraponen una violencia amorfa, elemental y “anárquica”, aparentemente desprendida e independiente de aquélla. Sin embargo, se puede hablar de dos masas diversas de violencia, que se limitan e interactúan. En realidad, la segunda masa de violencia, encarada como si fuera “caótica” y más o menos “anómica”, cumple una función social: constituye la base sobre la cual opera la violencia institucionalizada, visible y por lo menos “útil” o vista como “un mal necesario” (por una o por ambas partes). Ésta no sólo permite soltarle los frenos a la primera, sino que también puede ser un factor de bloqueo, una válvula de escape o un factor de exasperación y de refuerzo (para uno, o frecuentemente para ambos lados). Finalmente, es intrínseco a la violencia, bajo el capitalismo y el régimen de clases, que aquélla gestione lo contrario (hipotéticamente, en las dos direcciones, pero, como práctica social característica, como respuesta de las clases trabajadoras): a la violencia de las clases poseedoras se le opone la contraviolencia de las clases oprimidas y explotadas. Las bases materiales y sociales de organización de la sociedad burguesa transforma esto en inevitable y, en realidad, lo hace en proporciones que llegan (o pueden llegar) a afectar el equilibrio y la transformación del orden. En un límite histórico extremo (y, después de la Revolución Rusa, ya no más hipotético), la contraviolencia puede liberarse de las ataduras de las funciones defensivas y manifestarse como “fuerza motriz” de la historia, es decir, como factor de disgregación de la producción capitalista, de la sociedad burguesa y del Estado correspondiente, y calificarse como *contraviolencia revolucionaria*.

Este breve resumen contiene dos puntos sobre los cuales es necesario insistir. Visible o encubierta, la masa de violencia que es funcional a la preservación del orden inherente a la sociedad de clases, en cualquier estado o momento de equilibrio inestable se sobrepone o se superpone a otra masa de violencia que, se podría decir con Durkheim, no es orgánica con referencia a la “constitución del medio social interno”, pero sí esencial, en el nivel de las “predisposiciones” del comportamiento individual

socializado (por lo tanto, el de la conciencia social) y en el ámbito de la morfología y de los dinamismos de toda la sociedad, para la manifestación y los efectos sociales constructivos de la violencia orgánica e intrínseca del orden. Este punto es realmente importante. Quienes se dedican a la descripción de las llamadas “sociedades de masas”, y principalmente de los “desórdenes sociales” y de las irrupciones de focos de violencia considerados “gratuitos”, “ocasionales” o “reactivos”, acaban ignorando lo que tal masa “anómica” de la violencia representa en su totalidad y, en particular, como sustrato o como factor de dinamización de la violencia institucional o institucionalizada. En un plano, ésta cumple una función explícita elemental: corroer la formación de la violencia institucionalizada u orgánica potencialmente constructiva (capaz de transformarse en contraviolencia defensiva y ofensiva) en las clases subalternas. Éstas son victimizadas por sus dificultades de metamorfosear sus fuerzas espontáneas de violencia social en fuerzas de violencia organizada y susceptibles de aplicación controlada en la lucha de clases. En otro plano, tiene un significado psicológico y político, también explícito: la masa de violencia “anónima” engendra y fortalece varias actitudes y orientaciones de comportamiento que predisponen a los componentes de las clases subalternas a actuar socialmente en términos de la “defensa del orden” (y de los correspondientes patrones de punición y de compensación, que involucran valores como “dignidad personal”, “responsabilidad individual”, “carácter sagrado de la propiedad personal”, etc., y socializan las relaciones de las clases subalternas a través del código ético, de las ideologías y de la sumisión a los intereses de las clases dominantes) y, adicionalmente (o concomitantemente) a exaltar las convicciones y los sentimientos prevalecientes en las clases altas, según los cuales éstas ejercen una violencia *natural, necesaria* y, en consecuencia, *ejemplar* (como si ella fuera realmente “sagrada”). Se trata de un conjunto de funciones y significados sociales que, de hecho, son sustancialmente anómicos para el estándar abierto, competitivo e inestable de la lucha de clases, pues procura mantenerlo o *fijarlo* como si las clases pudieran tener ciertas características estructu-

rales y dinámicas del capitalismo y no otras, y como si la lucha de clases, por consiguiente, pudiera ser castrada maliciosamente por la simple exposición más o menos extensa e intensa de las clases subalternas al “caldo” de su propia violencia espontánea, no eliminada o absorbida orgánicamente por esas mismas clases.

El otro punto sobre el cual es conveniente insistir se refiere a las funciones latentes y manifiestas de la violencia orgánica e institucionalizada en la defensa y en la transformación del orden en términos de las clases opuestas entre sí por conflictos conciliables en determinados niveles, pero irreconciliables en cuanto a la estructura de la economía, de la sociedad y del sistema capitalista de poder estatal. La lucha de clases sería una ficción sociológica si no abarcara procesos globales de autodefensa y de autoafirmación de las clases antagónicas, por y a través de los cuales la violencia concentrada y centralizada se instaurase en todas las instituciones clave (para la existencia, la supervivencia, la renovación, la fragmentación y la disgregación del *orden común*) y en todas las instituciones nucleares de las clases propiamente dichas, como los sindicatos, las organizaciones, los partidos, etc., que son, en lenguaje antropológico, “particulares de clases”, es decir, entidades que funcionan en los campos en los que las clases se afirman, aunque a escala nacional o internacional, en nombre y en vista de sus intereses, valores y técnicas sociales de organización y de poder. La tendencia elemental y general de la sociedad consiste en establecer una relación invariable entre la violencia en la cima, la “preservación del orden” y la subalternación de las clases desposeídas, de modo que las clases poseedoras y sus estratos estratégicos dominantes no sólo tengan una condición de hegemonía sólida, sino que también dispongan de condiciones para preservarse delante del equilibrio inestable del orden inherente a la sociedad de clases y, principalmente, dispongan de medios concretos para seleccionar y graduar el cambio social progresivo, cortando aquí y allí sus “excesos” o inhibiendo y transfiriéndole a un futuro indefinido los aciertos de cuentas revolucionarios (inseparables de las reformas capitalistas, como la reforma agraria, la reforma urbana, la extensión y la universalización de la ciuda-

danía, etc., o resultantes del contenido democrático y socialista del movimiento obrero, del sindicalismo, etc.). En realidad, en ese polo, la lucha de clases libera institucional y organizadamente la masa de violencia que las clases poseedoras, en sus estratos estratégicos y dominantes, necesitan para resguardar su hegemonía social, reproducir el orden existente y proteger o aumentar su poder real, lo que hace de la violencia una *técnica social natural* en la civilización burguesa. El ejército o la policía son, bajo este aspecto, apenas paradigmas de un uso más regulado, racional e intensivo de la violencia, pero de ningún modo los únicos centros de su concentración nodal.

En contraposición, desde el momento en que las clases trabajadoras logran un mínimo de autonomía de organización interna y capacidad de desarrollo independiente como y en tanto clase, las mismas comienzan a tener acceso a esa técnica social natural y pasan a emplearla en múltiples direcciones y con múltiples fines: algunos *particularistas*, defensivos y opresivos, pues impulsan a las clases poseedoras a realizar ajustes indeseables para ellas; otros *universales*, pues desencadenan una desnivelación gradual de derechos y privilegios, lo cual redundará en una progresiva revolución dentro del orden y puede llegar a la forma extrema de la revolución contra el orden. La masa de violencia que debe acumularse, concentrarse y centralizarse a través de las clases trabajadoras debe ser desproporcionadamente fuerte, porque de ella depende el desencadenamiento de transformaciones que encuentran resistencia de clase acumulada por todo el vasto organismo de la sociedad burguesa, con baluartes más resistentes en el aparato del Estado, y también porque ella debe operar concomitantemente como contraviolencia —una violencia que tiene en la mira a una minoría opresora, pero que puede y debe encontrar apoyo en el resto de la sociedad, incluso en la disidencia potencial de los más o menos privilegiados. Obviamente, en este punto la lucha de clases es estigmatizada por la “policía del orden” (que alcanza, por la dominación ideológica, a las clases subalternas). Cuando logra el nivel de la contraviolencia activa, pasa a ser prohibida y catalogada como “fuera de la ley”, pues

el orden alberga, de hecho, dos legitimidades: la contenida por las clases poseedoras y la requerida por las clases subalternas, en su doble movimiento de revolución dentro del orden y de revolución contra el mismo. En el pasado remoto, la burguesía también recurrió a esa legitimidad revolucionaria; en el pasado reciente y en el presente, ésta sólo existe en la vanguardia de las clases trabajadoras y en sus formaciones de lucha defensiva y ofensiva. Aquí la contraviolencia crece con el desarrollo capitalista, que condiciona la diferenciación del régimen de clases y el surgimiento de la lucha de clases como un proceso histórico; sin embargo, ésta sólo alcanza un volumen y una intensidad característicos cuando los protagonistas proletarios de la lucha de clases solapan la “supremacía burguesa”, es decir, cuando consiguen, en términos positivos, voz y voto en la sociedad civil, convirtiendo el orden existente, aunque sea de modo parcial, en un orden pluriclasista y dotado de una legitimidad garantizada por la presión organizada “de los de abajo”; y sólo alcanza un clímax cuando las clases trabajadoras movilizan la lucha de clases en la dirección de la “conquista del poder”, es decir, cuando imponen en términos positivos alguna forma de equilibrio en las relaciones de las clases opuestas entre sí con el Estado, transformando la democracia burguesa pluriclasista y estrenando una evolución nueva, en el sentido de la democracia de la mayoría o de la democracia obrera. Desde este ángulo, las potencialidades más creadoras y constructivas de la sociedad burguesa *pasan por las clases poseedoras y por sus estratos dominantes, pero no nacen de ellas*. La violencia orgánica del orden, por así decirlo, trata de impedir o, cuando esto es imposible, de solapar y reducir el ímpetu de la reforma obrera y socialista del capitalismo, y especialmente aplasta y destruye todo lo que se extiende más allá de ello. Por su parte, la contraviolencia orgánica suscita y anima la revolución dentro del orden, que compatibiliza el capitalismo con los antiguos compromisos revolucionarios o reformistas de la burguesía y con las nuevas exigencias de una democratización de la riqueza, del prestigio social y del poder de contenido democrático-obrero

o socialista, y es la única que puede servir como partera de una nueva época de revolución social.

El esquema interpretativo expuesto anteriormente fue formulado por primera vez, con enorme agudeza sociológica, en la réplica de Marx a Proudhon (*Miseria de la filosofía*). El pensamiento conservador, dentro y fuera de la sociología, pretende que todo el esquema no tiene fundamento teórico *in re* y que la práctica política lo desmiente, simulando que la lucha de clases sería una mera hipótesis que, en términos de circunstancias, se habría agotado con la superación de la *fase infantil* del desarrollo capitalista. Por su parte, el pensamiento revolucionario extremista acepta y valida todo el esquema, pero cuestiona, y con frecuencia repudia, la interdependencia de dos momentos sucesivos de la revolución social, considerada como si fuera una particularidad histórica de la constitución del capitalismo industrial en algunas naciones más adelantadas de Europa (mal repetida en los Estados Unidos, ya que allí el movimiento obrero y sindical se desprendió, en algunos puntos esenciales, del socialismo revolucionario, o se mantuvo renuente al “pragmatismo competitivo e individualista” de algunas corrientes sindicales del socialismo reformista) y vista como imposible, o por lo menos poco probable, bajo el patrón del imperialismo intrínseco al capitalismo monopolista de la era actual (en el centro y en la periferia, pero principalmente en ésta última). Esas polarizaciones interpretativas deben ser retenidas y consideradas cuidadosamente, pues reflejan posiciones ideológicas que no se concilian con la existencia de un espacio para el reconocimiento de la legitimidad de la contraviolencia (lo cual resulta evidente en el pensamiento conservador); y un modo de concebir la violencia que excluye la lucha de clases de los límites históricos de lo concreto, como si la “ilegitimidad del orden” fuera, en sí misma, un factor de debilidad insuperable de la burguesía y la contraviolencia pudiera manifestarse, en toda su plenitud revolucionaria, independientemente del grado de desmoronamiento de la “supremacía burguesa” y del *poder real relativo* de los estratos estratégicos decididamente revolucionarios de las clases trabajadoras.

Sería posible extraer, de ambas formulaciones críticas, algunas lecciones indiscutibles. Me limito a dos, las más decisivas. La polarización conservadora ya crecía naturalmente dentro del cosmos burgués desde el desmoronamiento de la Comuna de París. En realidad, mientras intelectuales y científicos sociales o filósofos burgueses “polemizaban” con Marx, el movimiento burgués intentó enfrentar incansablemente el movimiento obrero, vaciando o neutralizando y desintegrando su densidad histórica, el tipo de contraviolencia revolucionaria de la que era portador y la “amenaza a la civilización” que representaba. La polarización revolucionaria extremista lee la historia correctamente, pero extrae conclusiones según una lógica política que no toma en cuenta los hechos de la historia concreta. Es cierto que la historia no se repite, lo cual debería iluminar a quienes, aún hoy en día, traban batallas en el campo de la *democracia pura* o de la democracia considerada en sí misma como valor y fin en sí y por sí. El pluralismo democrático, cuando no es mera verborragia (o un discurso para ocultar la realidad), sólo se instituye *si y en función de* que “los de abajo” aparezcan en la historia y conquisten espacios para el florecimiento de las reformas burguesas del capitalismo y para las reformas socialistas del orden o, en otras palabras, para que la revolución dentro del orden no sea interrumpida en el nivel de los intereses exclusivos o predominantes de las clases burguesas y de sus elites en el poder. No hay comodidad, pues, en recapitular un *pasado vivido* y que, por el momento, sólo ha conducido a un aburguesamiento degradante del socialismo reformista. Esa realidad, vista desde el ángulo de la periferia, es aún más dura, porque allí la revolución burguesa avanzó en el plano de las estructuras (la historia vino atrás) y caminó, donde prevalecieron la dominación neocolonial y la forma más compleja de dependencia, gracias a una articulación económica, cultural y política de burguesías de edades desiguales y de dinamisismos capitalistas diversos. Ello produjo la aceleración económica del desarrollo capitalista bajo la paralización extensa e intensa de las transformaciones sociales, culturales y políticas que transformarían a la sociedad civil y al orden político de la sociedad burguesa

democráticos en sentido pluriclasista. De hecho, el ideal de una *democracia fuerte* evolucionó rápidamente en la dirección de un “fascismo sin recortes fascistas” y de un Estado de seguridad nacional que constituya una ciudadela inexpugnable del despotismo económico y del terrorismo político de la burguesía en la era del capitalismo “tardío”.

Si se toman las convergencias de las diversas descripciones de la realidad y las implicancias de la evolución de los hechos, una cosa se pone de manifiesto: no se le debe dar la espalda al esquema interpretativo sugerido por Marx simplemente porque él se refiriese al capitalismo industrial del siglo XIX o a los proletarios que en determinado momento intentaron tomar el destino en sus propias manos. Un puñado de revolucionarios puede crear de todo, menos producir a su voluntad una situación histórica revolucionaria. Ésta se constituye como producto de una evolución más o menos larga, y puede o no ser aprovechada por las clases trabajadoras mediante fórmulas firmes de lucha de clases y de utilización sin vacilaciones de la contraviolencia revolucionaria. El gran problema del socialismo revolucionario, en los países capitalistas centrales o periféricos, es establecer circuitos abiertos entre los procesos de democratización de la riqueza, del prestigio social y del poder, y los ideales proletario-socialistas de revolución social. En otras palabras, el mismo consiste en desintegrar la violencia que paraliza la historia, del mismo modo que, *en nombre de la democracia*, las burguesías del mundo entero desintegran la contraviolencia revolucionaria. Ahora bien, no se puede partir de ésta como un “producto acabado”. No se trata de remontar la historia, que se ha desvanecido, sino de encontrar caminos que vuelvan a poner a las clases trabajadoras en el centro de las transformaciones que fermentan en la sociedad burguesa en una era de contrarrevolución mundial y prolongada de las clases burguesas. La contraviolencia de las clases trabajadoras no se confronta únicamente con el potencial de una sociedad de clases *abierta* y dotada de un *orden civil* flexible a las presiones de los antagonismos de clases y que podría encontrar un punto de equilibrio inestable en acomodaciones pluriclasistas. Actual-

mente las burguesías cierran todos los caminos, menos uno: el de la *democracia pluriclasista esterilizada*, que aburguesa la naturaleza humana de los trabajadores, los contenidos “socialistas” del movimiento sindical y obrero, las funciones de compensación y de legitimación del Estado. Ello exige una forma de contraviolencia revolucionaria muy compleja y refinada, que responda, en su nacimiento y en su irradiación históricas, a la naturaleza de la violencia en el tope de la sociedad. Si el movimiento socialista no fuera capaz de responder a ese desafío, la alternativa sería el mundo de coexistencia de dos civilizaciones exclusivas descrito por Marcuse, en el cual la revolución social, la lucha de clases y la violencia social constructiva cederán lugar a una “paz social” de muertos. Quienes no creen en ese pronóstico y son socialistas sin restricciones, adoptando una óptica comunista en la calibración de la revolución social, de la lucha de clases y de la violencia social constructiva, conservan un solo camino para enfrentar y superar el obstáculo actual: buscar en las clases trabajadoras no ya el contrapeso al aburguesamiento, sino la salida hacia la construcción de una democracia obrera que restablezca la pureza de los ideales socialistas revolucionarios de supresión de las clases, de la dominación de clase y del elemento político que convierte al Estado en fuente de opresión insaciable. Si esto delimita o no fases sucesivas, o si se pueden o no “quemar etapas”, es algo que las clases trabajadoras deberán decidir en el campo cotidiano de batalla. Como ha enseñado Marx, la producción de una clase oprimida constituye la mayor riqueza generada por el capitalismo y hemos de reaprender, con éste, que “la liberación de la clase oprimida necesariamente implica, pues, la creación de una sociedad nueva”.

EL CONFLICTO DE CLASES ARMADO

Cuando se reflexiona sociológicamente sobre el régimen de clases en Brasil, no basta con evocar condiciones y efectos más o menos “normales” y “generales” del desarrollo capitalista en países como Inglaterra, Francia, Alemania o los Estados Unidos. No existe ni

nunca ha existido *un mundo sólo* bajo el capitalismo, ni siquiera cuando sólo se consideran las sociedades que colonizaron y explotaron comercial, industrial y financieramente la expansión capitalista de otros pueblos por las vías de la dominación directa, indirecta y una combinación de ambas (bajo el capitalismo monopolista de la era actual). Y, en lo que a Brasil concierne, las estructuras económicas y sociales “arcaicas”, constituidas bajo el sistema colonial y esclavista, han perdurado a lo largo de la transformación del antiguo régimen —la primera crisis de modernización vinculada a la consolidación de una economía de mercado en los mayores centros urbanos— y han sobrevivido al proceso más amplio de la sustitución del trabajo esclavo por el trabajo libre (la gran revolución social brasileña, que fue abortada porque el crecimiento y la diferenciación del trabajo libre quedaron circunscriptos a las economías urbano-comerciales más fuertes y sólo consiguió una aceleración ininterrumpida después de que la industrialización adquiriera relativa consistencia, continuidad y cierta tendencia a la concentración, lo cual sucedió a partir de la primera década del siglo XX). Estas consideraciones sugieren algo inobjetable: no hay un campo sólido para paralelismos conclusivos con Europa y los Estados Unidos. Gracias al capitalismo comercial y, más tarde, al capitalismo industrial, las estructuras elementales de la relación entre el capital y el trabajo se instauraron *para crecer* y para desarrollarse con intensidad creciente, lo que transformó el modo de producción capitalista en el eje de la transición del antiguo régimen esclavista-colonial al nuevo régimen de clases. Sin embargo, los ritmos históricos son “débiles”, dispersos y discontinuos: el marco histórico permaneció amplia y profundamente pre o subcapitalista —y la descolonización prolongada agravó permanentemente el peso negativo del pasado sobre el presente, impidiendo, dificultando o permitiendo el reciclado de antiguas estructuras económicas y sociales y de patrones asimétricos de relaciones entre explotados y explotadores condenados a desaparecer; la convergencia de intereses entre los llamados *estratos oligárquicos agrarios* y de la dominación imperialista creaban, *desde arriba*, una fuerte tendencia a prolongar

indefinidamente la descolonización en los planos económicos y sociales, como requisito de una implacable explotación diferencial del trabajo semilibre (o de trabajo casi esclavo, en realidad trabajo forzado, a veces revestido de apariencias de trabajo libre y de relaciones “contractuales” y de “mercado”). Los antagonismos que podrían cercenar esa conspiración contra los intereses de la Nación como un todo tendrían que manifestarse en las esferas urbanas de las clases burguesas. No obstante, éstas aprovechaban los frutos hediondos de tal proceso socioeconómico como una modalidad ventajosa de acumulación primitiva, ya que las ciudades y las clases “prósperas” de los comerciantes, banqueros, industriales, etc., participaban de los expolios de modo directo (una parte considerable del excedente económico generado de esta manera y que permanecía dentro del país, terminaba germinando en los diversos sectores de la economía urbano-comercial y urbano-industrial, de acuerdo con las áreas de desarrollo regional que se tengan en cuenta) o de modo indirecto (los costos del trabajo urbano decrecían en relación directa con los precios de los artículos de subsistencia y, lo que es más importante, en función de un inmenso ejército de desempleados permanentes y de subempleados en aumento constante que deprimía el mercado de trabajo en general y contribuía con el endurecimiento de las condiciones de la explotación capitalista del trabajo urbano-industrial). Las diferencias de intereses sectoriales entre las clases burguesas eran, de esa manera, suplantadas por convergencias de intereses que resultaban de la confluencia y la combinación de estructuras socioeconómicas *arcaicas* y *modernas*, lo que hacía del subdesarrollo un gran negocio para el sector agrario, el sector imperialista externo y los sectores urbano-industriales con frecuencia ramificados y solidarios entre sí a través de fuertes asociaciones financieras. Todo esto es muy importante, porque explica cómo las estructuras modernas del capitalismo en crecimiento se atenuaban en el marco histórico y demuestra que en tal situación a la burguesía no le podía corresponder una firme propensión a la autonomización del desarrollo capitalista (delante de los centros imperiales) y una fuerte disposición a la profundización de

la revolución derivada de la tendencia del trabajo libre a la universalización (lo que le imprimiría prioridad a la expansión del mercado interno y le otorgaría al régimen de clases condiciones políticas para una transformación más rápida, en la cual la propia burguesía nacional asumiría las tareas modernizadoras propias de las elites revolucionarias).

Hechos como éstos son *históricos* y deben ser aceptados *fríamente*. Poco importa si “nos gustaría” que las cosas se dieran de manera diferente, o que, a la luz de lo que sucedió en los Estados Unidos por varias razones (pero principalmente a causa de las contradicciones entre dos patrones diversos de desarrollo socioeconómico y sus reflejos sobre el carácter de la emancipación nacional en aquel país, y sobre una guerra civil que decidió cuál de los dos tipos de desarrollo económico sería la base de la evolución burguesa), los orígenes coloniales no sean incompatibles con otras formas de transición capitalista para la universalización del trabajo libre, la industrialización y la expansión del régimen de clases sociales. Como ha ocurrido en la primera crisis de modernización posterior a la Independencia, la modernización vinculada a la implementación del trabajo libre —independientemente de otros efectos revolucionarios que tuvo sobre las estructuras sociales y culturales del país, gracias a corrientes migratorias extranjeras ubicadas en masa en algunas regiones— y a la industrialización adquiriría una característica fatal. A pesar de las contradicciones y los antagonismos entre las clases burguesas y los eventuales resentimientos contra las manipulaciones de la dominación externa, todos los estratos privilegiados se pusieron de acuerdo en cuanto a las ventajas relativas que podrían obtener manteniendo la modernización bajo una mano dura y, en particular, exprimiéndola hasta la última gota, sin dejar nada para las clases subalternas. Se trata de una antigua fórmula que llegó con la colonización portuguesa y fue perfeccionada por las elites coloniales e imperiales: reducir las revoluciones inevitables al plano político (concentrando sus efectos constructivos en el mundo social de los estamentos privilegiados) y operar la modernización con el cálculo económico más egoísta (concentrando sus efectos

constructivos en el mundo económico de los mismos estamentos y de sus socios externos, hegemónicos gracias al control del mercado mundial). Por consiguiente, la modernización institucional no se puso al servicio del “progreso” o de la “democracia” y de la “Nación”. Aquélla acabaría por alcanzar estas áreas, pero como un producto natural y espontáneo de una evolución penosa, que tendría que encontrarse, siempre, con la resistencia de los dueños del poder nacionales y extranjeros, sujetos a una racionalidad capitalista de corto aliento cerrada sobre el circuito de los intereses inmediatos y directos de las clases dominantes y de sus aliados externos. La modernización (y sus flujos) era seleccionada y dirigida en esos términos, como si el “progreso” fuera para ellos, la “democracia” comenzara y terminara en su “mundo esclarecido” y la “Nación” no superara las fronteras humanas estrechas de ese pequeño “mundo”. La lectura de las obras de Alberto Torres es instructiva al respecto, porque toma la fermentación de las ideas del conservadurismo ilustrado y revela su práctica en el control deliberado (o pretendido) en el cambio social progresivo.

¿Cómo se plantea, históricamente, el problema de la violencia y de la contraviolencia delante de esa heterogénea, extremadamente desigual e inestable formación de la sociedad del régimen de clases? Habría que señalar muchos puntos. Restringiendo la lista a los puntos esenciales, sería necesario considerar: a) la rapidez con que las clases de la cima se constituyen y alcanzan, si no la plenitud de su desarrollo y madurez, al menos el máximo de eficacia como y en tanto clase (en las relaciones con las clases subalternas, lo que nada tiene que ver con las relaciones con las naciones capitalistas hegemónicas); b) la desintegración de los desposeídos y oprimidos, mantenidos prolongadamente como una especie de magma preestamental o subestamental (la masa de hombres pobres cuyos orígenes se perdían en la esclavitud, en la condición de liberto o de “hombre libre” a la deriva, engrosada por medieros, jornaleros, ocupantes de tierras ajenas, peones, etc., surgidos de las corrientes migratorias extranjeras) y sólo muy precaria y lentamente incorporados por el mercado de trabajo y por la industrialización a las tendencias regionales (de

velocidades muy variables) de proletarización y de formación de las clases trabajadoras; c) la proyección de un gobierno ultraabsolutista, instituido y probado en una larga evolución colonial en las molduras del Estado constitucional y parlamentario moderno, pero sobre la base material de una economía esclavista y las superestructuras del dominio señorial, lo que le concedió posteriormente (del último cuarto del siglo XIX en adelante) una ventaja incalculable a la sedimentación de las diversas facciones de la burguesía como clase social, y se erigió en obstáculo casi infranqueable al desarrollo independiente de las clases trabajadoras (éstas tardaron en reunir, a escala nacional, las condiciones materiales de existencia de una clase en sí y llegaron a mediados del siglo XX aún sin poder afrontar, por medios organizados propios, la “supremacía burguesa”, es decir, la dominación de clase estructurada en el cuerpo de la sociedad civil por los diversos grupos o subgrupos en los que se dividía la burguesía). En su conjunto, comparativamente Brasil configura un caso histórico extremo de coexistencia de un régimen de clases muy desigual y rígido, de alta concentración de la violencia institucionalizada y orgánica “en la cima” y de elevadísimo enrarecimiento concomitante (de modo predominantemente provocado desde arriba y organizado deliberadamente por las elites en el poder) de la violencia institucionalizada “entre los de abajo”, con una fuerte consolidación de la violencia “anómica” e inorgánica en la masa de población pobre y oprimida, abandonada a su suerte por el *orden civil*—constituido para proteger, en cuanto fuera posible, y unir a los miembros de los estamentos privilegiados o, más tarde, de las clases altas o intermedias, y prácticamente *ciego* frente a la suerte de los desheredados, puestos “a hervir en su propio caldo”.

Esa combinación explosiva de violencia orgánica y de manipulación indirecta de la violencia inorgánica, mantenida como un “mal necesario” en las etapas colonial y esclavista de una Nación emancipada, acabó siendo, a finales del Segundo Imperio y durante la República, la quintaesencia del despotismo burgués en la sociedad civil y del terrorismo burgués en la esfera del Estado. Ella se erigió, por sí misma y por sus efectos sociales devastado-

res, en factor de impedimento de la aceleración de la formación de las clases desposeídas. Incluso después de lograr, en varias regiones de mayor desarrollo capitalista, las condiciones materiales de una clase social, ellas (y las reservas raciales o étnicas que entraran en su composición) se vieron sometidas a una subalternación completa y permanente. Por otro lado, la combinación de *anomia* y *apatía* que desde esta perspectiva surge como producto de decisiones maduras y deliberadas de los dueños del poder, erigió una segunda barrera *desde adentro de las clases subalternas*, desmenuzadas y deshumanizadas en las mínimas condiciones de existencia y de supervivencia de la sociedad. En las ciudades y en los campos vivían dentro de las fronteras geográficas de la sociedad burguesa, pero no participaban de sus fronteras históricas y culturales (a pesar de los conflictos y de las luchas sociales, que se volvían contra ese “destino histórico”). Esa doble tendencia convergente, que venía y se establecía desde el *imperio de los poderosos* y que crecía desde la *desdicha de los pobres*, alejaba a estos últimos de alguna forma “molecular” y eficaz de combate colectivo y solidario con la subalternación crónica (extracapitalista en sus moldes, aunque útil para la acumulación de capital por sus efectos). Las masas logran entrar en el escenario de las grandes manifestaciones de protesta de la historia moderna. Empero, no consiguen alcanzar el avance paralelo más decisivo, que consiste en movilizar la lucha de clases por medios independientes, huir de los resultados desintegradores de la violencia orgánica de las clases antagónicas y de la expansión descontrolada de la violencia anárquica dentro de su medio social interno, y “acumular fuerzas” para producir la contraviolencia revolucionaria que podría detener esa evolución dramática.

En otras palabras, la revolución burguesa se desencadena y sólo se acelera en el plano de los intereses económicos de las clases burguesas, principalmente de sus estratos dominantes y de sus élites en el poder. Las clases subalternas se muestran impotentes para modificar ese “curso natural de las cosas”, y no pueden imponer —ni siquiera como aliado débil, vagón de cola e instrumento— la ampliación de la revolución burguesa a las

esferas de la participación cultural, social y política. En suma, no se proletarianizan en su forma de solidaridad colectiva, en su conciencia social y política, en su capacidad de forjar las formas y los contenidos de una contraviolencia defensiva y ofensiva —defensiva en los dos planos, el de proteger a los oprimidos de sí mismos, en su desunión y en los efectos permanentes de la violencia endémica intramuros, y en el sentido específico de anular y vencer la violencia orgánica y paralizadora del orden establecido; y ofensiva en términos de combate a la “supremacía burguesa”, de conquista del “poder real”, de ampliación y profundización, por lo menos, de la revolución burguesa estrangulada, distorsionada y perversa.

Reflexionando a fondo sobre la evolución descrita, una conclusión se impone por sí misma: el desarrollo capitalista exige ciertos requisitos históricos —en las relaciones de producción y en el crecimiento de las fuerzas productivas; en las estructuras, dinamisismos sociales y tendencias de modificación de la sociedad civil, y en la organización, el funcionamiento y transformación del Estado—, y al transcurrir, aquél elimina, por su parte, estructuras, dinamisismos funcionales o evolutivos superados. En la periferia esa realidad también aparece, aunque el proceso de eliminación no presenta la misma intensidad y la misma universalidad. El avance puede concentrarse más en una esfera que en otra, más en una región que en otra, más en determinados complejos de instituciones que en otros. Las clases sociales de la cima se reajustan rápidamente (o por lo menos de modo más rápido que las otras) a esa situación repetitiva, y en el fondo, mientras pueden manejar autoprotegida y ofensivamente la violencia orgánica y pueden combinar esta forma de violencia con la violencia espontánea y anómica, secretada en los intersticios del “submundo”, en el “subsuelo de la sociedad” y en las “rompientes de la miseria”, cabalgan sobre ese conocido *desarrollo capitalista desigual*. La reproducción y revitalización de estructuras, funciones, complejos institucionales, procesos económicos, sociales y políticos, en tanto, vienen a ser una fuente de ventaja relativa insuperable. Tomemos la definición social que el trabajo esclavo

vinculó a su agente humano: “enemigo del orden”, “volcán de la sociedad”, según nos dice Malheiro Dias. El señor desapareció, el trabajo esclavo y el esclavo dejaron de existir como entidades históricas. Sin embargo, dado que la revolución burguesa quedó concentrada en la cima, por la cima y para la cima de la sociedad burguesa, ¿qué ocurre? La descolonización no llegó tan lejos, al punto de abolir una visión degradante del trabajo y del agente de trabajo, y de reemplazar el *pánico* frente al agente humano del trabajo mecánico por una relación de conflicto regulado que, a pesar del antagonismo de las clases, logró que el comercio, realizado parcial o completamente en la compra del trabajo libre, se desdoblase en un comercio social, en un comercio jurídico y en uno político, por los cuales las relaciones elementales en el plano de la economía capitalista se consumen también en los demás planos interdependientes.

Una condición semicolonial encubierta (o casi colonial) impide, pues, toda una evolución fundamental. El mismo razonamiento puede ser aplicado a los efectos sociales constructivos de la revolución nacional y de la revolución democrática, interrumpidas en los niveles de los intereses de dominación de clase y de las aspiraciones políticas de la cima. El orden *civil* se transforma, pero lo hace de un modo tan desigual, desarticulado y ambiguo que el *patrón* conserva mucho de *señor* en su condición de ciudadano y el *trabajador* (libre o semilibre, éste naturalmente en una escala devastadora) es un ciudadano de categoría tan ínfima que tiene algo de *esclavo* en potencia y muy poco de ciudadano, a tal punto que los movimientos negros reivindicaron, en las décadas de los treinta y de los cuarenta, UNA SEGUNDA ABOLICIÓN. Quienes piensan que esto es una manifestación exclusiva del negro pobre y desorganizado, están equivocados: se trata de una reivindicación que proviene de las últimas capas de los “de abajo”, en un lenguaje de revolución del orden muy puro y, por lo tanto, vale para todos los trabajadores *libres o semilibres*, blancos o negros. Quienes quieran hacer la contraprueba no tendrán grandes dificultades. Comparemos los extremos de la eclosión de las luchas obreras. En la década de los años diez, las huelgas eran “un asunto

de la policía”. Desde 1964 en adelante vuelven a ser, en forma de masacre, *un asunto de la policía*. La economía y la sociedad burguesas no eliminaron ciertas estructuras, funciones, complejos institucionales, etc., de manera completa. Esto no sucedió, por lo menos tan plenamente como hubiera sido necesario, porque las clases trabajadoras no se deshicieron de las trabas de las violencias intestinas, que estallan por dentro y hacia adentro, y no se incorporaron con su propio peso y con su propia voz a la sociedad civil, y por consiguiente no pueden inhibir y controlar el uso y el abuso que de la violencia orgánica hacen las clases poseedoras y tampoco pueden crear su propia violencia orgánica, ni siquiera en escala defensiva, para proteger su desarrollo independiente como clase y para contrarrestar, a nivel jurídico y político, el *terrorismo de Estado*. No es intrínseco al desarrollo capitalista desigual que el mismo favorezca unilateralmente a la burguesía, principalmente a sus estratos estratégicos más ricos y más poderosos. Sin embargo, en tanto no se establece un mayor equilibrio en las relaciones de las clases antagónicas y en tanto al menos la revolución dentro del orden no adquiere cierta intensidad y cierta irreversibilidad, solamente las clases burguesas disponen de condiciones y de medios para extraer de la violencia las mejores ventajas, e incluso tienen la libertad de desencadenar la guerra civil, de montar un Estado burgués autocrático y de alimentar contra toda la Nación (no sólo contra las clases trabajadoras “más maduras” y “organizadas”) una contrarrevolución prolongada.

Cualquiera sea la superficialidad que se apunte como inherente a esta descripción, que toma y une puntos extremos de una evolución que debería ser explicada en términos de la lógica política burguesa del desarrollo capitalista desigual, una evidencia conclusiva queda fuera de cualquier duda: el “hombre cordial”, que sería una confusión en el ámbito de una sociedad esclavista (ya sea en el pasado colonial remoto o en el pasado neocolonial más reciente), no es más que una *utopía abstracta* en el ámbito de la sociedad de clases. Cuando semejante descripción se aplica al *hombre brasileño* y, más clara y decisivamente, cuando *la misma* recorre todos los “círculos burgueses” y sus elites intelectuales,

fundamentando una visión no antagonica de la *paz social* y de las “relaciones entre las clases”, es obvio que, como explicación, ella demuestra un tenor exclusivamente ideológico (en el mejor de los casos tomando un ritual de etiqueta social por lo que el mismo no es ni podría ser) y, como concepción del mundo, es mistificadora y les permite a las clases poseedoras, de manera desigual, engañarse con respecto a sí mismas y a los “demás”. Ni el esclavo, ni el liberto, ni el hombre libre pobre en general, ni el mediero, ni el ocupante de tierras ajenas, ni el jornalero, ni el empleado, ni el obrero, ni el peón, ni el “trabajador golondrina”, etc., comparten esa ilusión: conviven con ésta porque no tienen otra salida; y no la desenmascaran porque apenas comienzan a lanzarse, con un peso y una voz que tratan de conquistar reiteradamente, contra las mistificaciones de una conciencia que constituye una mezcla de la mentalidad prepotente señorial con la “visión racional” propiamente capitalista.

En el pasado remoto, en el pasado más o menos reciente y en el presente, los *dueños del poder* (en un orden estamental y en un régimen de clases sociales), obstinada y permanentemente intentan obtener un excedente de poder dentro del orden que equivale, en su esencia, a un excedente de violencia “legítima”. Por eso, en los planos de la dominación social directa y de la dominación que se realiza a través del Estado y toma forma política, los procesos típicos (y sobresalientes del orden esclavista y del orden social competitivo) son la concentración social de la violencia, la centralización institucionalizada de la violencia y la modernización de la violencia (es notable que ésta surja, al mismo tiempo, en el nivel de las instituciones económicas y en el de las instituciones policial-militares, acompañando, a veces, los ritmos de los dinamismos del capitalismo mundial). La “cordialidad” es concomitante y es funcional a los mismos fines de la violencia (desde el punto de vista de los antagonismos estamentales y de los antagonismos de clases). Empero, ella tiene “vuelo corto” y sólo cubre un espacio social estrecho (cuando no se trata de relaciones entre “iguales” o “más iguales”), que es el de las relaciones asimétricas entre *los que pueden* (o *todo lo pueden*) y “los de abajo”, en la medida en

que éstos capitulen pasivamente, caigan consciente o inconscientemente en las trampas del mangoneo, del paternalismo y del ritualismo democrático. Si el antagonismo no creciera y no cobrara su precio en la transformación del orden (de estamentos o de clases), la *cordialidad* permanecería intocable, en el fondo del “alma rústica” o del “juego calculado” (los extremos se tocan y, aquí, de manera avasalladora) y esa terrible *acumulación forzosa de violencia* no sería un prerequisite de la “acumulación primitiva” ni una concomitancia de la acumulación capitalista “madura”. Sin embargo, aunque sea en los límites históricos del desarrollo capitalista desigual, en la situación brasileña los antagonismos se desencadenaron y provocaron la evolución que conocemos, por la cual la “cordialidad” quedó reducida a un equivalente, a un complemento o a una alternativa ambigua poco confiable.

Si aislamos los dos extremos para observarlos —el de la disgregación del orden esclavista y el momento actual, en el que el sistema capitalista de poder presenta, a nivel interno, su máximo de tensión opresiva y represiva—, es posible encontrar algunas constataciones fundamentales sobre las relaciones entre la *cordialidad* y la *forma histórica de violencia orgánica* que el capitalismo monopolista implementa en la periferia. La disgregación de la sociedad esclavista, de inmediato, apenas tocó la posición del esclavo en las relaciones de trabajo. Todo el complejo institucional de las relaciones asimétricas, por medio del cual los señores, los “blancos ilustres” y, en cierto sentido, los blancos en general se afirmaban estamentalmente sobre esclavos y libertos, es decir, subalternaban a los *negros* (por lo menos *estamentalmente*, transfiriéndoles a todos los negros o mulatos de “situación dudosa” o visiblemente pobres las restricciones sociales aplicadas legalmente al liberto en el pasado reciente), permaneció en bloque. En ese mecanismo de persistencia, la etiqueta de relaciones raciales asimétricas, con sus estándares de decoro y también de violencia abierta o camuflada, impulsó a la perpetuación y a la revitalización de todo un sistema paternalista de poder, al cual se le incorporaba la *cordialidad*, en sus diversas manifestaciones, desde la apariencia de *simpatía ostensiva*, que se hacía trizas ante

el menor rasguño, hacia la fuerte estructura menos visible, aunque sólida, de la *simpatía profunda entre iguales*, que funcionaba en el grupo de pares y en otras esferas. Las amenazas al *estatus señorial* y al equilibrio de todo el orden social, inherente a la segregación del esclavismo y a la sustitución del trabajo esclavo por el trabajo libre, fortaleció toda esa parte de herencia cultural (o de la cultura viva de los estratos sociales dominantes y de los *blancos* en general). El *extranjero* era un enigma, como sustituto del esclavo, y el *trabajador nacional* era visto con seria desconfianza. La cordialidad perdió su marco de referencia histórico, que se hizo trizas en tres o cuatro décadas. Incluso en los rincones más distantes, su perpetuación exigió nuevas concomitancias de refuerzo de la violencia visible e invisible, del uso de la fuerza bruta *privada* o *pública*, prácticamente una transición abrupta hacia el “despotismo burgués”, con un recurso extenso hacia la *paz armada*. Un antropólogo social diría que la cordialidad había perdido, de hecho, su funcionalidad, fuera de los círculos de pares y de iguales en los que aquélla no consistía en una artimaña para suavizar la brutalidad manifestada bajo varias formas extremas y humillantes de subalternación.

El trabajo libre, por lo menos en las áreas de mayor vitalidad económica, llevó al campo y a la ciudad los conflictos que no podían ser manejados en el nivel tradicionalista de la etiqueta prepotente, del tradicionalismo y del paternalismo. Una vez minadas la distancia social rígida, la obediencia convertida en rutina y la lealtad compulsiva, los lazos de solidaridad y de reciprocidad *entre desiguales* se deterioraban o desaparecían. La cordialidad afloraba mostrando lo que era y valía, revelando, en toda su plenitud (sin que fueran necesarios complicados procesos de desenmascaramiento social), las diversas especies de hombres que eran lobos de otros hombres. Sólo que el nuevo enemigo público del orden, el obrero o el jornalero, no podían ser aplastados o reducidos a la impotencia tan fácilmente como los esclavos y los libertos. A medida que la cordialidad iba perdiendo su toque mágico (que aún sobrevivió a lo largo del tiempo en la intimidad de los hogares, en la vida mundana de las “clases ilustradas”, en las relaciones de

camaradería y en todas las situaciones en las que la capitulación pasiva de “blancos” o de “negros” exigía un refuerzo psicológico), el antagonismo saturaba los nuevos espacios históricos con total osadía. Las formas de defensa privada de las haciendas se renovaron: matones y guardaespaldas (complementados por la policía pública, a veces poco confiable) ayudaban a someter la “anarquía” y la “falta de respeto”. De la misma manera, en las ciudades —principalmente en aquéllas con desarrollo urbano-comercial o urbano-industrial— que facilitaban las primeras exteriorizaciones de la “amenaza anarquista” o de la “ingratitude de los obreros” y del “atrevimiento de los extranjeros”, el decoro se veía desafiado y la cordialidad se agotaba sin cumplir con sus efectos tradicionales. La tensión se convertía en *asunto de la policía* (igualmente, una combinación de “policía privada” y “policía pública”, aunque ésta pasaba a ser ofensiva y punitiva, mientras que la otra tenía el carácter de refuerzo y una función preventiva secundaria). ¿Qué se puede inferir de tales hechos? En el proceso de convertirse en burgués, y en la medida en que se convertía en burgués, el dueño del capital tenía que adaptarse al antagonismo del trabajo por fuera y encima del circuito tradicional. El “fôlego vivo”² —como se designaba al esclavo— no tenía cómo alcanzar el corazón del sistema de dominación que se fundamentaba en las relaciones asimétricas, y de buen o mal grado convivía con las etiquetas y las ritualizaciones que se le imponían como manifestaciones de humanidad (como cordialidad). La “mercadería viva”, por su parte, a pesar de su impotencia relativa, a través de dicho sistema esquivaba el encuadre de dominación y abría un camino nuevo en el cual la violencia correría en ambos sentidos, sin disfraces. La cordialidad se vio circunscripta al plano de las relaciones personales y a ciertos niveles sociales, con la creciente disposición de los trabajadores de separar *su persona* del producto de su trabajo, *la mercadería*. Los sociólogos del pasado designarían a este proceso como una *racionalización de los modos de*

² “Aliento vivo”, en su traducción literal, era el término con el cual la sociedad brasileña designaba despectivamente al esclavo. (N. del E.).

concebir el mundo. Ésta le permitiría al polo débil, al trabajador, circunscribir el conflicto o el antagonismo de clases, y exponía al polo fuerte, patrón y dueño del capital, a tener que enfrentar la *violencia de los otros*, de los subalternos, sin protección efectiva en su cuadro de valores sociales y en su “código de honor” tradicional. Para él, la cuestión de protegerse, de “proteger la propiedad privada”, de “proteger el orden” se convertía en una cuestión de *conflicto de clases armado*. El *hombre violento* del estamento superior renace y crece dentro del burgués, pero sin máscaras tradicionalistas (¿para qué recurrir a la cordialidad?) y con la “mentalidad racional” típica del comportamiento burgués: la defensa colectiva de las clases poseedoras se desplaza de la sociedad civil al Estado, pues nadie podría pretender una solución individual para “problemas de orden público”. A final de cuentas, el orden *civil* alcanza las fronteras *civilizadas*, que Nabuco de Araújo pretendía instaurar, a través del derecho, en el corazón de la sociedad estamental. Sólo que, bien examinadas las cosas, esas fronteras se abrían y se cerraban en el ámbito de las clases poseedoras y se definían, históricamente, como *un privilegio burgués*, aunque éste pudiera ser manipulado tradicionalmente por las “oligarquías” y, en sentido “específicamente racional”, por los diversos grupos de hombres de negocios vinculados directamente con la vida económica de las ciudades.

En el extremo que se alcanza con el golpe de Estado de 1964 se enfrenta una situación nueva. Los estratos dominantes de las clases poseedoras y sus elites en el poder ya no pueden combinar productivamente cordialidad, violencia orgánica institucionalizada y *orden civil*. El máximo de presión, que era muy rala y dispersa, que se había cristalizado en las relaciones de las clases subalternas con los “dueños del poder” —en el campo y en las ciudades—, sacude todos los rincones de la Nación. El orden *civil* conoce, entonces, crispaciones que no podían ser contenidas por el “uso normal” de la violencia orgánica institucionalizada y que, por su naturaleza, jamás podrían ser objeto de *suavización* a través de la cordialidad. El orden *civil* se contrae y exhibe su esencia burguesa reaccionaria, uniendo la guerra civil contrarrevolucio-

naria con el “derecho revolucionario” (la “revolución dicta sus leyes” o la “revolución constituye su legalidad”). Ese momento extremo no surge como un acto transitorio, *algo que se agota al desencadenarse*. La crisis de aquel orden *civil*, que sólo tenía una frontera de civilidad y una cara de civilización, mostraba la sustancia misma de lo que venía a ser lo “específicamente racional” cuando el propio orden civil se erige y se manifiesta como y en tanto *privilegio de clase*. El disidente no sólo es metamorfoseado en “enemigo del orden”, como en el pasado remoto o reciente: el mismo es cazado como el “enemigo interno” y, peor que ello, destruido como el caballo de Troya del “enemigo externo”. Los trabajadores agrícolas y los obreros son desplazados hacia esa frontera de la *subversión del orden*, ya no como un peligro público en potencia, sino como una infección mortífera en proceso. El orden *civil* en realidad no retrocede en el tiempo, sino que revitaliza su funcionalidad civilizadora unilateral, retira la frontera histórica del ciudadano privilegiado de la amenaza de una catástrofe. La subalternación se configura como siempre lo ha sido, en ella y para ella, como materia de fuerza bruta, eventualmente disfrazada por etiquetas y códigos de decoro sociales, pero, en última instancia, como la fuente generadora del *derecho de quien puede y manda más*.

El punto fundamental de esta discusión está en la naturaleza de ese conflicto de clases armado, que cabe totalmente en el orden *civil* generado por el desarrollo capitalista y dinamizado por la parte decisiva de la burguesía nacional y extranjera. No se puede hablar de *colonia* ni de *situación colonial*. El oprimido tan sólo no ve valer para él (ni dispone de fuerza bruta compensadora suficiente para hacer valer para él) el estatus de ciudadano privilegiado. El capitalismo avanzó mucho para que tal opresión pudiera ser vista como materia de “dominación colonial”. Y al avanzar engendró los elementos que son específicos de una frontera histórica en la cual la modernidad burguesa no trae aparejado el orden civil que fue típico de las revoluciones burguesas clásicas. En estas revoluciones, las burguesías perdieron rápidamente la memoria revolucionaria y abolieron el derecho a la revolución.

Sin embargo, ellas compartieron con otras clases —la masa de los pobres y de los trabajadores— muchas esperanzas y ciertas fórmulas revolucionarias. Ambas, las esperanzas y las fórmulas revolucionarias, no pudieron ser evaporadas, disueltas, ignoradas. La resistencia burguesa precisaba, pues, absorber una presión de los “de abajo” que estaba directamente infiltrada en las corrientes históricas y que, al actualizarse, *después* de la conquista del poder por la burguesía, restablecía un compromiso revolucionario tácito o desencadenaba avances revolucionarios de identidad histórica burguesa. La evolución de la sociedad civil provocaba, por lo tanto, un crecimiento del orden civil, el establecimiento de fronteras históricas que, aseguradas, perdían el carácter y el significado de privilegios, a pesar de la existencia de las clases y por ello mismo. El orden naturalmente se armaba y la lucha de clases atraía soluciones más o menos armadas de los antagonismos sostenidos por las clases subalternas. No obstante, sería necesaria la amenaza de la guerra civil desde abajo (como sucedió con la Comuna de París) o bien el miedo al desmoronamiento del capitalismo mediante la revolución de los proletarios contra el orden para que el conflicto de clases armado saliera a la luz en nombre del orden.

La especificidad de una situación histórica como la que prevaleció en Brasil no alcanza solamente la facultad de dominación y de poder de las clases burguesas. La misma afecta el orden civil como un todo y, por lo tanto, alcanza las condiciones de formación, de desarrollo independiente y de capacidad de lucha orgánica de las clases subalternas y proletarias. En un primer plano, ello significa que el conflicto de clases armado (como *estado natural de las cosas*) instituye un bloqueo permanente de todos los procesos por los cuales las clases oprimidas pueden reducir la opresión y eliminar la subalternación “ilegítima” bajo el capitalismo moderno; en segundo plano, ello también significa que estas clases *no pueden contar con los dinamismos espontáneos de crecimiento del orden civil*, de civilización y pluralización de los medios que llevan (o podrían llevar) al control racional (o negociado) de los antagonismos de clase “dentro del orden”. Éste no prevé la so-

lución pacífica de los antagonismos sino, directa y brutalmente, la supresión de los mismos y la expulsión de los que pretendan la “civilización” global del orden civil y la vigencia, dentro de él, de una legalidad plural, válida para todas las clases en cuanto a ciertos derechos y a determinadas garantías políticas fundamentales. Por allí se revela el aspecto más complejo de la situación histórica de ese límite burgués: la ampliación de la sociedad civil y la profundización del orden político-legal correspondiente se delinean como *una responsabilidad* de las clases subalternas. Éstas son clases como y en tanto tales. Pero tienen que generar el “derecho a la revolución” si pretenden salir de un estado de subalternación permanente. Y deben realizar tal evolución aun cuando se trate apenas de “reformular” el orden vigente, de llevar hasta el fondo la revolución burguesa, es decir, aun cuando se propongan desempeñar los roles históricos que la burguesía se rehúsa a tomar, de cargar con tareas específicamente burguesas (en otras condiciones) de la *revolución dentro del orden*. Para responder positiva y constructivamente a semejante responsabilidad histórica, las clases oprimidas, trabajadoras y subalternas tienen que realizar una doble rotación histórica previa. En primer lugar, deben absorber y eliminar de su medio social intrínseco la violencia anómica y destructiva, que impide la unificación, la solidaridad y el desarrollo independiente de clase. En segundo lugar, deben acumular una masa histórica de violencia positiva y creadora que pueda ser transformada en fuente de autodefensa y de contraataque, es decir, que pueda alimentar la solución de los antagonismos de clase en el nivel de la organización de la sociedad civil y del Estado. Esas dos realizaciones constituyen, en las fronteras históricas descritas, *requisitos específicos* para la transformación del orden civil (burgués) por las clases subalternas o, si éste se cerrara a toda transformación, por racional y necesaria que fuera (como ocurrió con la autocracia rusa), para el pasaje más o menos rápido y directo a la *revolución contra el orden*.

LA VIOLENCIA REVOLUCIONARIA

Hay algo que debe ser dicho y repetido: la violencia no perturba el desarrollo capitalista mientras se mantenga dentro de los límites de la reproducción de las estructuras del orden y del fortalecimiento de los dinamismos económicos, socioculturales y políticos que son vitales para su crecimiento continuo, *con estabilidad*. Es una falacia muy difundida que la violencia puede trabar el desarrollo capitalista. Éste requiere y genera violencia, y la única violencia que puede interferir en sus ritmos y eficacia no es la intrínseca al modo de producción capitalista, a la dominación de clase burguesa y a la opresión y represión del Estado burgués de la era actual. Incluso es necesario llevar el desengaño un poco más lejos. Esa violencia orgánica e institucional de la cima, que detiene la descolonización, deforma y deprime la revolución nacional, hace inviable o entorpece la revolución democrática y *naturalmente produce, reproduce y amplía los efectos destructivos y negativos del llamado desarrollo capitalista desigual y perverso de la periferia*. Sin embargo, su función manifiesta (nótese: no se trata de una función latente, escondida o disimulada; los objetivos se plantean de manera ostensiva y con notable visibilidad) es exactamente esa. En un lenguaje sociológico neutro se podría afirmar que el nivel de socialización de los “beneficios” del desarrollo capitalista dependiente acarrea estrangulamientos en la distribución de los mismos entre las diferentes clases, agravándose de esta forma los diferenciales de desigualdad inherentes a la explotación capitalista del trabajo y a la acumulación capitalista. En otras palabras, utilizando un lenguaje menos neutro: el desarrollo desigual impone una concentración extrema de los mencionados “beneficios”, no sólo en las clases poseedoras, sino en los sectores estratégicos de esas clases, privilegiando a los estratos burgueses más fuertes, nacionales y extranjeros. Por lo tanto, cuando se ve ese uso de la violencia como “negativo”, lo *negativo* se refiere a la relación entre violencia y resistencia organizada e institucionalizada ante la ampliación y la profundización de la misma revolución burguesa. La violencia sirve para seleccionar

cuidadosa y rigurosamente los “beneficios” que *privatizan* aún más el desarrollo capitalista, volviéndolo perverso en su forma y salvaje en sus contenidos. Para que la conexión estructural y dinámica señalada, histórica en su esencia y en su modo de manifestarse, cambie de carácter o desaparezca, es necesario que *el régimen de clases sociales realmente se diferencie, se universalice y comience a funcionar, dentro de parámetros de desigualdades inevitables pero no tan extremos, para todas las clases.*

Los medios masivos de comunicación y los diversos órganos gubernamentales, en todos los niveles, últimamente se han empeñado en una cruzada notoria. La *violencia cruda*, que perturba a toda la sociedad y se manifiesta principalmente a través de una ola creciente de crímenes de diversas proporciones y naturaleza, alcanza una difusión y una visibilidad inimaginables. Se habla de “sensacionalismo”. Sin embargo, lo que está en juego no es el “comercio” de los noticieros escandalosos o escabrosos; tampoco sería la impotencia del régimen dictatorial de lidiar con esa “propagación geométrica” de los crímenes (como evidencia directa de la desesperación, del hambre y de la falta de salida de los miserables de la tierra). Por más que se mezclen todas las razones, el crecimiento y la concentración masiva de la violencia orgánica, en los aparatos del Estado y en las instituciones de dominación directa de clases, se establecen nuevos mínimos para la violencia inorgánica y destructiva. Ésta no sólo necesita difundirse, crecer y aumentar: también se tiene que volver más “amenazante para la población” y *más nociva* para todos, si el objetivo es encerrar a los oprimidos en su propio entramado de incertidumbres cotidianas y galvanizar *todas las clases*, subalternas o dominantes, obreras o burguesas, en un movimiento colectivo de “combate al crimen”. En ese plano, la complementariedad de las dos formas de violencia sería máxima y la misma “autoridad”, que permite, estimula y con frecuencia desencadena secretamente la eclosión de los crímenes, recogería (como lo está haciendo y continuará haciéndolo) la solidaridad y el apoyo efectivo de las personas o grupos más susceptibles al pánico y más dispuestos a “cooperar con las autoridades”. Además, volviendo a Durkheim y a una

noción que no ha hecho una buena carrera en la sociología, la “densidad dinámica” con la que se presenta el crecimiento paralelo de las dos formas de violencia exige una reflexión aparte. Las prácticas opresivas y represivas, específicamente políticas, judiciales y policial-militares, quedan resguardadas por un cómodo biombo, y en realidad nadie sabe en qué situación está cuando las “autoridades” aparentemente se dedican con mayor ahínco al “saneamiento de violencias inhumanas” o “vergonzosas”. El clímax de la violencia, cuando alcanza un nivel tan alto y repetitivo, desorienta las mentes y los corazones... La visibilidad expuesta intensamente de un “criminal vulgar” oculta, o por lo menos encubre parcialmente, la visibilidad de los torturadores y de los medios profesionales de la violencia. Como han demostrado las investigaciones realizadas en otros países sobre el mismo u otros temas, una intensa y amplia exposición de lo “público” o de las “masas” a un bombardeo coordinado y dirigido de informaciones y de estímulos concentrados acaba entorpeciendo la atención o debilitando la intensidad e incluso genera actitudes reactivas contrarias e una evaluación responsable de lo que ocurre.

La tendencia de la “izquierda” en esta área ha sido ingenua. Hay una obsesiva preocupación por las repercusiones directas y más o menos evidentes del “uso de la violencia” en la esfera del régimen dictatorial. Los que más avanzan, vinculan entre sí el uso de la violencia con las ventajas que el régimen o, a través del mismo, las clases privilegiadas, extraen de la situación. No obstante, el mayor provecho recién se revela cuando se toma la “unidad en lo diverso”, cuando se intenta pasar de la categoría histórica “lucha de clases” a lo que la misma contiene en su fuero íntimo, como “acumulación de fuerzas”, como violencia orgánica para la transformación progresiva o revolucionaria del orden imperante en la sociedad civil, es decir, como “fuerza motriz de la historia”. Si se realiza ese desdoblamiento del análisis desmitificador, se pone de manifiesto que los efectos indirectos y más o menos invisibles del uso de la violencia por el régimen dictatorial son los más decisivos —ya sea para la supervivencia y la autopetpetuación del mismo o para la eficacia y el fortalecimiento de la

dominación de clases directa de la burguesía. Esto indica que son las funciones latentes, como es la regla, lo que más les importa a los capitalistas nacionales y extranjeros, a los intelectuales (incluyendo, naturalmente, a los militares y a los policías) orgánicos del orden, al mismo régimen como un todo. Los resultados de las investigaciones sociológicas muestran con riqueza la extensión y profundidad de la violencia orgánica en el seno de la empresa, por ejemplo, en lo que acompaña o en lo que sucede en el ámbito del Estado. Las modernas técnicas de supervisión, liderazgo y control de personal posibilitan la formación y el enriquecimiento de una sólida documentación sobre la vida íntima y privada de los obreros, su rutina diaria, sus contactos y centros de intereses, armonía o desarmonía en el hogar, conformismo e inconformismo activos o pasivos, solidaridad para con sus colegas, identidad con la empresa y sus representantes, firmeza en las reivindicaciones colectivas y en las huelgas, participación de sindicatos o de comisiones de empresa, ideología política, etc. Se trata en realidad de un servicio de informaciones de corte fascista. El mismo sirve para propósitos de presión indirecta, de “racionalización” de los controles de trabajo, y tiene sus propias directrices punitivas (suspensiones, registros negativos en sus fichas, postergación indefinida de promociones, despidos por tiempo indeterminado, formación de listas negras con circulación entre bloques de firmas, etc.). El conflicto de clases armado ha descendido a la empresa con el vigor necesario cuando se confunde el “enemigo potencial” con el trabajador y cuando se caza al “enemigo interno” como al enemigo público número uno del orden. Lo que el gobierno dictatorial hizo (y viene o continuará haciendo), delinea, por lo tanto, un frente político del conflicto de clases armado. El otro frente político se implementa, en la actualidad, dentro de la empresa y forma parte del universo burgués de “confraternización” con el trabajo productivo.

Restableciéndose la totalidad desde esos dos frentes políticos se obtiene una imagen global. La lucha de clases, para las clases burguesas, requiere una masa de violencia que va más allá de los fines inmediatos de la acumulación del capital. Para ellas, lo que

está en juego, *como lo esencial*, es el nivel político de la lucha de clases (lo que constituye el requisito neurálgico del desarrollo capitalista periférico). Es en ese plano donde se decide si el orden se mantiene con seguridad y si los cambios esenciales de la sociedad civil y del Estado pueden o no ser truncados. Por lo tanto, a lo que se tiende, fundamentalmente, es a *la posición del adversario*, a su capacidad de respuesta organizada o de confrontación colectiva eficaz. Dos cosas, entonces, se hacen esenciales.

En primer lugar, romper la identidad de clase de los trabajadores libres y semilibres. La identidad de clase de las diversas ramas de la burguesía no es tocada; por el contrario, es fortalecida y sacralizada, pues la defensa de la “iniciativa privada” y de la “propiedad privada” se afirma como una especie de derecho natural burgués en la época de la contrarrevolución prolongada. Los obreros y los trabajadores del campo (jornaleros, medieros, ocupantes de tierras ajenas, “trabajadores golondrina”, etc.) son excluidos parcial o totalmente de ese mecanismo, pues no son dueños de sus medios de trabajo y son víctimas de la iniciativa privada. Ellos no pueden echar mano, abierta y organizadamente, de su posición de clase, de sus intereses de clase, de la facultad de luchar como y en tanto clase independiente, etc., y de formar partidos políticos propios, dirigidos a las reivindicaciones y a las aspiraciones económicas, sociales, culturales y políticas de los diversos estratos de las clases trabajadoras. La última “reforma de los partidos” muestra hasta dónde se osó repeler a los trabajadores hacia una composición tácita con el aburguesamiento de sus tareas políticas como precio a la tolerancia de su “emergencia política”. Los sindicatos, por su parte, conocidamente pervertidos incluso en sus estructuras y funciones específicamente capitalistas, continúan “amarrados” al Estado y a una concepción retrógrada de “paz social” burguesa (intrínsecamente subcapitalista y orgánicamente corporativista, en términos de dominación de clase burguesa).

En segundo lugar, impedir una fermentación política firmemente reformista u objetivamente revolucionaria en las clases trabajadoras. El antagonismo de clase ubica el suelo histórico del con-

flicto respecto al ordenamiento de las clases trabajadoras a favor o en contra del capitalismo; las clases trabajadoras dependen del socialismo para desenmascarar el orden existente, para detectar las tareas históricas concretas de sus movimientos, sindicatos y partidos políticos y, finalmente, para ampliar y profundizar la revolución burguesa (cuando la burguesía la interrumpe en niveles demasiado egoístas y destructivos) o, alternativamente, para luchar por la conquista del poder y por una revolución social proletaria. La identidad socialista, reformista o revolucionaria constituye la piedra angular de la conciencia obrera. La forma y los contenidos de esa conciencia no salen de un punto muerto (de capitulación pura y simple) o de la autodefensa pasiva y fragmentaria (incluso permitiendo alianzas negativas con las clases burguesas o una presencia meramente automática de las clases trabajadoras (comisiones de fábrica, sindicatos, partidos políticos, asambleas locales o regionales, etc.). Ahora bien, esta condición fue proscripta. Habiéndoseles prohibido manifestarse *como y en tanto clase*, los trabajadores se vieron concomitantemente impedidos de manifestarse *como y en tanto* críticos socialistas del orden.

¿Qué sale a la luz en un análisis consecuente de la situación? Que el principal objetivo —o el objetivo estratégico— de las clases burguesas y de su Estado autocrático se dirige a la neutralización del polo obrero de la lucha de clases. Como les resulta imposible eliminar el trabajo libre y la existencia objetiva de la clase trabajadora como tal, pretenden un capitalismo dependiente *seguro*, “esterilizado”, estacionado en los límites históricos de una revolución burguesa atrasada y perversa que enterró a la sociedad civil en una crisis sin fin y convirtió el Estado burgués en una Bastilla de la Nación. Ese movimiento político de la burguesía no debe ser cuestionado solamente desde una óptica de circuito corto, como si fuera una etapa lista para agotarse de un “congestionamiento pasajero” del poder burgués; el mismo encubre el impedimento de la clase opuesta, que puede desencadenar las grandes transformaciones de la sociedad, es decir, presupone un audaz intento de bloquear la lucha de clases en el polo obrero en su eje central, la cual tiende a la extirpación de la violencia orgá-

nica entre los trabajadores libres y semilibres. Extraer de ellos, por medio de la violencia contrarrevolucionaria, los medios colectivos de autodefensa y de contraataque eficientes. Impedir que ellos reaccionen a la situación respondiendo a esa violencia contrarrevolucionaria con una violencia revolucionaria, capaz de desprender la revolución burguesa de sus obstáculos crónicos o de abrir nuevos caminos de “reforma capitalista del capitalismo”, de “reforma socialista del capitalismo” o de “transición hacia el socialismo”. El sociólogo puede (en contraposición al socialista ardiente) detectar mejor la inutilidad de ese bloqueo de la historia. Para él está claro (incluso meridianamente claro) que el desarrollo capitalista no puede estacionarse en los obstáculos que obligan a la sociedad brasileña, como un todo, a oscilar periódica y cíclicamente hacia atrás, como si al transformarse ésta tuviera que marcar el paso y revitalizar todas las estructuras, instituciones y funciones sociales o dinamismos históricos que el capitalismo dependiente (incluso de un modelo tan avanzado como monopolista) no es capaz de eliminar de una vez por todas. Sin embargo, el sociólogo queda atado al flujo del presente y no encuentra en la sociología una fuente de compromiso en las prácticas directas de las clases perjudicadas por ese movimiento burgués de un paso hacia delante y tres hacia atrás. Aquí es a los militantes socialistas y comunistas a quienes les corresponde ir más lejos, recurrir a la óptica proletaria, aun si ella todavía está adaptándose a una apertura de foco máxima, y mirar desde ella las exigencias del presente; comprender (y ayudar a los obreros a comprender) que la lucha de clases es violencia recíproca y que las clases trabajadoras sólo pueden liberarse, en cualquier sentido y en cualquier dirección, mediante el empleo maduro de su capacidad política de usar constructivamente la violencia revolucionaria.

Tal vez aún sea pronto para pensar prospectivamente acerca de los desdoblamientos creadores de esa violencia revolucionaria en el futuro inmediato, si ésta soltará o no la revolución burguesa atrasada o si, por la dinámica misma de una situación histórica que es simultáneamente contrarrevolucionaria y revolucionaria, introducirá a Brasil en las corrientes actuales de la historia mun-

dial. Hay quienes piensan que el paradigma de Cuba es concluyente. Sin embargo, el grado de efervescencia que se nota en la lucha de clases no permite ir muy lejos en este análisis y tampoco comporta una asimilación simplista del “despertar revolucionario” a través de un pequeño grupo de vanguardia. El primer paso, por el momento, aún consiste en la necesidad fundamental de *impregnar la maduración de la creciente rebelión proletaria de contenidos socialistas firmes*. El inconformismo popular y obrero, a pesar de su vitalidad (y también de su volumen), aún es amorfo y debe crecer en el sentido de pasar de lo “espontáneo” a lo “organizado”, de la violencia difusa e impotente a la violencia orgánica, concentrada y constructiva.

El segundo paso consiste, obviamente, en la difusión de las diversas corrientes del socialismo reformista y revolucionario en el medio social intrínseco a las clases trabajadoras. Es necesario evitar la tendencia tan fuerte de pretender encuadrar el presente y el futuro de las clases trabajadoras de Brasil en el pasado socialista y sindical de Europa o en los paradigmas políticos de las grandes revoluciones proletarias de nuestra época. La guía, en nuestra evolución, debe provenir de la propia maduración política de nuestras clases trabajadoras. No son el *socialismo* o el *comunismo*, en sí y por sí mismos, los que liberarán a las clases trabajadoras de la tutela salvaje de la burguesía. Por lo tanto, es inocuo y funesto el intento de importar los “modelos revolucionarios” salvadores. La contraviolencia crece y se manifiesta como una fuerza social o, en el lenguaje consagrado de los marxistas, como una “fuerza motriz”. Las clases trabajadoras aún no han definido su estatura política y, por consiguiente, de qué manera encadenarán la lucha por su desarrollo independiente, contra el despotismo burgués en la fábrica o en la empresa y el terrorismo burgués en la sociedad y en el Estado, con las formas de socialismo reformista y revolucionario que moldearán los nuevos tiempos y el nuevo orden.

El tercer paso es más complejo: en el proceso de su autodemancipación, las clases trabajadoras necesitan crear medios de lucha *revolucionarios*, es decir, *nuevos*, que no se hayan desgas-

tado por la utilización previa por el hecho de hacerse conocidos en sus minucias y de poder ser puestos bajo control por la violencia del orden. El socialismo y el comunismo no interfieren en ese proceso. Éstos definen fines ideales últimos. Los medios tácticos y estratégicos de la lucha política concreta nacen de la misma situación histórica. En su movimiento político, los trabajadores sabrán (pues tendrán que aprender y perfeccionarse en esos menesteres) cómo aprovechar las oportunidades electorales, la competencia entre partidos que son antagónicos, la moldura asfixiante de una dictadura burguesa o la moldura ambigua de un régimen constitucional y parlamentario vacilante, el crecimiento de su propio espacio social y político dentro del orden, la acumulación de poder real en el polo obrero y de sus aliados de clase, la potencialidad intrínseca a las tareas políticas que “los de abajo” pueden absorber y enfrentar, la masa de violencia orgánica (y, por lo tanto, de contraviolencia) de la que se verá dotado el movimiento socialista en diferentes momentos históricos sucesivos, etc. La historia no está atada a cadenas. Y la función de la actividad política de los trabajadores se dirige exactamente en el sentido de romper las cadenas que intentan convertir la historia de la humanidad en una historia natural de la burguesía. El socialismo y el comunismo no reemplazan la refutación del orden por la contraviolencia. Los mismos le confieren su potencial de transformar la civilización existente y de crear una nueva civilización. Si el movimiento político de los trabajadores se disolviera y desapareciera en ese proceso de larga duración, ello sólo podría suceder *después* de que el mismo llevara al socialismo y al comunismo hasta sus últimas consecuencias. Tenemos que ubicarnos en el aquí y ahora, pensando en cómo desplazar hacia abajo el conflicto armado de clases que se concentra en la cima de la sociedad civil y en cómo fortalecer la contraviolencia de las clases trabajadoras en su dimensión política proletaria y en sus contenidos socialistas y comunistas. Sólo así será posible enlazar los dos extremos de la corriente histórica profunda, pues sin el socialismo y el comunismo, las clases trabajadoras no superarán los límites de la revolución dentro del orden; y sin las

clases trabajadoras plenamente identificadas con la concreción de sus tareas políticas, el socialismo y el comunismo no pasarían de una mera utopía, quizá la más bella utopía producida por el pensamiento humano.

REFLEXIONES SOBRE LAS REVOLUCIONES INTERRUMPIDAS¹

El tema de las revoluciones “paralizadas” o “frustradas” ha vuelto a estar a la orden del día. Historiadores y sociólogos retoman el hilo de una reflexión cuyas raíces se encuentran en el siglo pasado, aunque las explicaciones sean otras y a veces combinen la inquietud política, la insatisfacción social y el refinamiento teórico —como sucede con los aportes de Orlando Fals Borda,² quien a lo largo de su carrera ha venido enfocando el tema de varias maneras, en términos de la evolución histórica de Colombia o de la situación global de América Latina.

La historiografía marxista también se vincula a este debate teórico. Al parecer, el emprendimiento más ambicioso lo llevó a cabo Adolfo Gilly,³ que recurre a la teoría de la revolución

¹ Publicado originalmente como “Reflexões as revoluções interrompidas”, en Florestan Fernandes, *Poder e contrapoder na América Latina*, Rio de Janeiro, Zahar, 1980, pp. 77-114. Texto extraído, para la presente edición, de Florestan Fernandes, *Poder e contrapoder na América Latina*, Rio de Janeiro, Zahar, 1981, pp. 71-114.

² Orlando Fals Borda, *La subversión en Colombia: visión del cambio social en la historia*, Bogotá, Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia y Tercer Mundo, 1967, y *Las revoluciones inconclusas en América Latina: 1809-1968*, México, Siglo XXI Editores, 1968.

³ Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida. México, 1910-1920: una guerra campesina por la tierra y el poder*, México, Ediciones El Caballito, 1971.

permanente para describir y explicar la “interrupción” del proceso revolucionario en México. Junto con Cuba, México tuvo la oportunidad histórica de una situación revolucionaria de *dos vertientes*: una “burguesa” y otra “proletaria”. Contrario de lo que sucedió en Cuba, en México la revolución se *interrumpió* en un nivel burgués. El mérito de la interpretación de Gilly es que él no apela al concepto de *institucionalización de la revolución*: el flujo se vio interrumpido pero podrá renacer y crecer de otra forma histórica. La contraprueba de la precisión de su diagnóstico es provista por Cuba, en donde la situación revolucionaria global desató fuerzas sociales y políticas que profundizaron la disgregación del orden existente y alejaron la reconstrucción de la economía, de la sociedad y del Estado.

En esta breve incursión no pretendo realizar un balance bibliográfico ni tampoco marcar lo que en varios países de América Latina se logró descubrir mediante la “investigación científica comprometida”. Es sorprendente cuánto se ha avanzado, desde fines de la década de los cuarenta, en una obra consistente en la *revisión* de la explicación de la historia, que no se ha “unificado” a la luz de una teoría pero que ha llevado a resultados francamente convergentes y reforzado considerablemente una línea de trabajo intelectual cuyos grandes pioneros han sido José Carlos Mariátegui, Caio Prado Júnior y Sergio Bagú. Mi objetivo es más limitado, y consiste en indagar hasta dónde podría llegar la *transformación capitalista* en países que no han roto por completo con las formas coloniales de explotación del trabajo y en los que las clases dominantes se han vuelto *burguesas* a través y detrás del desarrollo del capitalismo. En la lucha interna por la sumisión de las clases subalternas —que no eran propiamente clases, sino estamentos y castas—, éstas pugnaban por convertir formas coloniales de propiedad en modos capitalistas de propiedad y de apropiación social. Su éxito engendró una transformación capitalista peculiar, que no puede ser esclarecida en función de la disgregación del mundo feudal en Europa. La historia no se “repitió” porque no había razón para que eso pasara. Se trataba de *otra historia*: la del capitalismo en los países de origen colonial.

Hay aquí dos temas previos que no deben ser subestimados. Uno tiene que ver con el abuso de categorías históricas, y el otro con los paralelismos con la evolución de los Estados Unidos. Tanto la “tradicción liberal” como la “tradicción marxista” fomentan abusos evidentes en el empleo de categorías históricas. No me propongo discutir un tema tan amplio y complejo en estas notas. Apenas me gustaría decirles a quienes se consideran marxistas que, si pretenden “imitar a Marx”, deben hacerlo con grandeza científica. Recuerden que él (al igual que Engels) no trabajaba con puras abstracciones. Acuérdense, sobre todo, del cruce concreto entre determinaciones generales y particulares, por lo cual el *todo* del análisis materialista-dialéctico no comporta una simplificación conceptual, ni una reducción empírica, ni una abstracción desintegradora. Recuerden que las explicaciones contenidas en *El Capital* no son el “otro lado” ni se contraponen a las explicaciones contenidas en *Las luchas de clases en Francia* o en *El 18 Brumario*. El mismo método de construcción empírica y de explicación lógica está presente en todos esos trabajos, y no se es “marxista” por la mitad, extrayendo un poco de aquí y otro poco de allí, de acuerdo con las conveniencias del ensayista. Es fácil transferir ideas, pero no se puede transferir la transformación de lo real: si una clase ha alcanzado o no su desarrollo completo y su forma pura, si están o no dadas las condiciones para que la burguesía (o una fracción de ella) pueda realizar esto o aquello. En definitiva, ser marxista no es una cuestión de “manía filosófica” y no se puede, con ese fundamento, proyectar sobre el *dato real* categorías abstractas o dinanismos históricos hacia los cuales él “puede tender” (o “debería corresponder”) si la periferia del mundo capitalista fuera una mera repetición del espacio central.

Por su parte, los Estados Unidos también tienen un origen colonial. Sin embargo, desde su formación como colonia se constituyeron allí dos universos históricos distintos, vinculados entre sí por el destino colonial, aunque opuestos de forma diferente a la situación colonial, a la metrópoli y a la dominación del capital. Por lo tanto, cuando se dio la ruptura con la metrópoli, uno de los universos sirvió de base para una auténtica autonomización na-

cionalizadora del desarrollo capitalista. Tal condición no ocurrió en el resto de las Américas y sería vano suponer que el desarrollo capitalista genera por sí mismo automatismos de clase que, tarde o temprano, conducen a las clases burguesas hacia ciertas compulsiones autonomistas e imperialistas. En el resto de las Américas el capital mercantil quedó atado a ciertas órbitas históricas y ello es decisivo para establecer determinadas evoluciones típicas del “capitalismo colonial” hacia el “capitalismo neocolonial” y hacia el “capitalismo dependiente”. Las burguesías que surgieron gracias a dichas evoluciones —de las cuales ellas también fueron sus agentes históricos— tuvieron “sueños de grandeza”, pero nunca tuvieron los contenidos ni las dimensiones de quienes alimentaron la “utopía capitalista” de los *padres fundadores* de la República del Norte.

La “interrupción de las revoluciones” se presenta como un fenómeno político repetitivo. Con frecuencia, se podría decir, entra en juego el mismo abortamiento de la revolución burguesa. La base económica y social del desarrollo capitalista hace que, en la gran mayoría de los países de América Latina, los estratos burgueses sean muy débiles, tanto en su presencia como en su capacidad de decisión. En síntesis, las “condiciones objetivas” de la transformación capitalista son demasiado débiles y discontinuas como para alimentar cambios constantes en sus “condiciones subjetivas”. La búsqueda de las “ventajas del pequeño número” sufre una erosión destructiva, en términos de la *mentalidad capitalista*, e impulsa colectivamente a la burguesía a privilegiar sus relaciones con el mercado mundial, a fortalecer unilateralmente su *posición de poder* y a evitar riesgos que podrían ser transferidos a los “socios externos” y a la colectividad, por la mediación del mercado externo, de la dominación paternalista o del Estado. Como consecuencia, en la mayoría de los países el período de transición neocolonial es muy prolongado, y en ellos el Estado capitalista constituye una *factoría ampliada* a través de la cual verdaderas burguesías compradoras utilizan el monopolio del poder político como elemento de trueque en las transacciones mercantiles con el exterior. Por su parte, en los pocos países en

los que esto no sucede, las clases burguesas segregan más o menos (a veces casi por completo) al Estado de la Nación, tomando a través del primero decisiones políticas en nombre de la segunda, lo cual provoca una extrema exacerbación del elemento político inherente al capitalismo y retira de la transformación capitalista, en escala variable, el potencial de presión de las clases trabajadoras. Por lo tanto, desde una perspectiva externa superficial, todo “parece igual” o “gris” en América Latina, y el cambio social progresivo —aunque surja de situaciones revolucionarias— parece un “factor de refuerzo” del *statu quo*.

Una visión como ésta corre el riesgo de ser entendida como “caricaturesca” y, al mismo tiempo, como “muy severa”. La misma es ambas cosas a la vez, pero no por ello menos verdadera... La caricatura reproduce los rasgos típicos *más esenciales* del objeto representado. Después de 40 años de experiencia concreta como sociólogo, he llegado a la conclusión de que sólo el máximo de severidad le otorga al observador un mínimo de objetividad. El dilema, para mí, no es éste, sino que el mismo se encuentra en el número de temas que sería preciso enfrentar para proceder a una evaluación correcta del significado sociológico y político de las “revoluciones interrumpidas”. Empezando por el hecho de que las mismas no son “interrumpidas” para los estratos más privilegiados de las clases dominantes (incluyendo en éstas a los socios externos involucrados y los intereses imperiales de las respectivas naciones). El circuito de la revolución es interrumpido en el nivel a partir del cual sus dividendos serían compartidos, ya sea con los “menos iguales” de las clases dominantes o con “los de abajo”. La interrupción sólo se hace evidente por medio de un artificio comparativo: lo que sucedió en casos análogos en los países centrales y lo que sucedería *si...* De hecho, el radio de esas revoluciones es tan pequeño que sería una “anomalía” que las mismas transcurrieran de otra manera. He aquí mi dilema: si quisiera enfrentar el tema seriamente tendría que escribir un libro, no un pequeño artículo: tal es el número de cuestiones no resueltas o mal resueltas que debería enfrentar. Por ejemplo, el período colonial parece muy lejano, el “pasado remoto”; sin em-

bargo, el mismo está vivo y actúa, y no sólo en América Latina. Tomemos como punto de referencia el grado de deshumanización de la persona. ¿Cómo explicar el Ku Klux Klan en los Estados Unidos si no es a través de la persistencia de una deshumanización, de porte y de estándar *coloniales*, de la persona? El “negro” no es más el “enemigo público del orden” de la época esclavista y del período de transición hacia el trabajo libre. No obstante, la seguridad de los “blancos” exige que semejante *residuo colonial* se reconstituya y se reproduzca en nuevas condiciones de vida. Otro ejemplo: el pasaje del estamento y de la casta hacia la clase, más o menos definido, por lo menos en los países que tienen un mercado interno extenso, un sector urbano-comercial consolidado (o “dinámico”) y algún potencial industrializador floreciente. Los que no siguen el ejemplo de Marx y Engels y de la tradición sociológica europea ni siquiera se plantean este problema. Sin embargo, la disgregación del orden social no se dio de la misma manera en todas partes y, casi como regla, el período de transición neocolonial (en el que el mismo no se estabilizó) les confirió a las formas económicas y sociales coloniales un flujo más fuerte. Era “normal”, pues entonces surgieron las condiciones históricas que posibilitaban, antes del colapso, el florecimiento de tales formas económicas y sociales. Un último ejemplo: el carácter restricto o meramente “político” de tales revoluciones. Éstas se encierran en el vértice de la sociedad y, dentro de ese vértice, mientras el régimen de clases sociales no estuviera expandido en función del grado y de la forma de desarrollo capitalista, los conflictos de los estamentos dominantes tendrían que resolverse por composición (a veces por composición regulada, como sucedía con el poder moderador en Brasil) de los “más iguales”. Para que ocurriera lo contrario sería necesario que la sociedad civil se encontrara más diferenciada y que “los de abajo” tuvieran alguna voz política institucionalizada. Las revoluciones “meramente políticas” tenían, por lo tanto, una naturaleza íntima que reflejaba la organización de la economía, de la sociedad y del poder. ¿Cómo se podrían tratar aquí todos esos temas (y otros, igualmente importantes, que no han sido mencionados)?

Todo escrito implica una complicidad entre el autor y el lector. Me ha parecido justo definir los términos de esa complicidad. A través de una excursión sumaria por ciertos temas estratégicos, me parece oportuno que *el lector concluya*, no importa si a favor o en contra de mis argumentos, *cuál será su ruta de entendimiento del tema*. No veo mucha dificultad en seleccionar los temas estratégicos. Considero que son cuatro: el problema de la descolonización, los límites de la “transformación capitalista”, las lecciones de Cuba y determinar quién se aprovecha de las contradicciones en la lucha de clases.

Constituye una tradición afirmar que la órbita colonial se ha extinguido. Cuando mucho, se admite que han quedado algunos vestigios en los países “más pobres” y “más atrasados” de América Latina. En los otros, que no son muchos, tales cuestiones sólo aparecerían en “ciertos tipos de conducta” (como el mangoneo) o con referencia a “ciertas condiciones de vida” localizadas (por ejemplo, entre indígenas o en las “poblaciones carenciadas”). Nunca se plantea la cuestión central: ¿qué ingresa en el circuito de la descolonización cuando ésta es obra histórica de las elites económicas y militares de los estamentos dominantes? ¿Y qué es condenado a permanecer de manera perpetua fuera de la descolonización para que las clases burguesas emergentes puedan controlar el cambio social progresivo sin arriesgar tanto su supremacía social en lo que respecta a su monopolio del poder político?

También es una tradición establecer un paralelismo tácito entre la transformación capitalista corriente (o posible dentro del capitalismo neocolonial y del capitalismo dependiente) y la que tuvo lugar en algunos países de Europa, así como en los Estados Unidos. Incluso sin poner en jaque ese paralelismo —que nunca debería ser convertido en un modo de ver la historia desde un “palacio de espejos”—, existen reglas de investigación precisas que exigen que al menos se consideren diferencias relacionadas con la “*forma* del desarrollo capitalista” y con el “*grado* de desarrollo capitalista”. Un desarrollo capitalista transformado en satélite no lanza a la arena política a una “burguesía conquistadora”; un desarrollo capitalista con baja industrialización o con

una industrialización masiva incipiente no cuenta, de inmediato, con un “proletariado independiente”. Los elementos “objetivos” y “subjetivos” de transformación capitalista imponen, pues, una orientación para arribar a una solución histórica objetiva.

La Revolución Cubana “ha separado” el pasado del presente. Ella no sólo se erige en un marco histórico, un “divisor de aguas”, sino que pone de manifiesto que la negación del pasado se introduce como *corriente histórica* en el proceso civilizador de América Latina. ¿Qué representa esa revolución como modelo opuesto de las revoluciones interrumpidas? ¿Por qué, en el marco del capitalismo, los elementos dominantes, primero, y las clases dominantes, después, no pudieron ir más allá del cambio social progresivo, cerrado por el egoísmo de los dueños del poder o confinado al universo de los “más iguales entre los iguales”? Cualquier revolución verdadera genera patrones propios de cambio social y permite que se reconstruya el entendimiento del pasado reciente y remoto. ¿Por qué no se han explorado estas dos dimensiones en el caso de Cuba, que al mismo tiempo ha modificado la calidad de la historia y la calidad de la conciencia histórica en América Latina?

Por último, no es sólo una tradición sino también un lugar común decir que las contradicciones sociales dinamizan la lucha de clases y son una especie de partera del futuro ideal. Ahora bien, esto no pasa de una mera verbosidad vacía y de un mecanicismo barato. Las contradicciones reflejan la forma y el grado del desarrollo del capitalismo, así como la relación recíproca de clases sociales antagónicas. En la tradición marxista lo adecuado sería preguntar si las clases trabajadoras disponen o no de las condiciones objetivas y subjetivas para trabar, en nombre propio y en su provecho, la lucha de clases. ¿Qué hacer para poner fin a las revoluciones “interrumpidas” del pasado remoto, del pasado reciente y del presente? En las relaciones antagónicas de clases no son la *justicia social* ni el criterio de equidad de los proletarios los que determinan *quién explotará estratégicamente* las contradicciones percibidas y dinamizadas a través de conflictos *reales o simulados*. Tenemos que enterrar el lugar común en

cuestión y orientar el pensamiento sociológico contestatario en la dirección opuesta, la única que puede ayudar a “los de abajo” a tomar conciencia de las situaciones revolucionarias emergentes y a luchar por la profundización de la revolución dentro del orden, o contra él.

Esta introducción podrá parecer impertinente, o cuando menos excesiva para las proporciones del trabajo. No es ese mi pensamiento. En el fondo, no tenemos cuatro subtemas sino cuatro problemáticas que se unen en el arco implícito de revolución / contrarrevolución de las clases burguesas y estabilización represiva / revolución de las clases trabajadoras. Lo esencial, cuando se piensa en la reflexión política del lector, es que ese arco se haga evidente y dirija su propio curso de imaginación política contestataria. Lo que yo pueda decir es secundario frente a lo que el lector pueda representarse por su cuenta y riesgo. Sin pretender condicionar esa colaboración creadora, he sentido la necesidad de marcar bien las líneas negativas de tradiciones culturales y sofocantes que, a pesar de ello, pasan por “científicas” y “estimulantes”. Mi deseo íntimo es que el lector me supere, o por lo menos disponga de una base sólida para compartir mi convicción de que todas esas tradiciones deben ser enterradas, junto con el patrón histórico de las “revoluciones interrumpidas”. Poco importa que el texto subsiguiente no llegue más allá de lo que debería ser hecho. Mucho más importa saber que las alternancias de “conciliación” y “reforma” traducen el conflicto crónico tanto del capitalismo neocolonial como del capitalismo dependiente. Para destruir ese conflicto es necesario acabar con la conciliación y con la reforma como “algo que viene impuesto desde arriba” y “sólo permanece arriba”.

EL PROBLEMA DE LA DESCOLONIZACIÓN

La orientación predominante en las clases privilegiadas de América Latina consiste en confundir la disgregación del antiguo régimen colonial con la descolonización como proceso histórico-social. De esta manera se procede a una mistificación que se

desenvuelve, en mayor o menor grado, en todos los países, pero que principalmente se manifiesta de manera acentuada en los diversos países que aún se encuentran en el período de transición neocolonial. El desengaño se ha llevado a cabo, en términos científicos, a través de la teoría del colonialismo interno; en el plano de la lucha de clases y de la oposición política articulada, la misma aparece bajo las banderas del combate al “feudalismo”, a las estructuras arcaicas de producción, y sobre todo del antiimperialismo. ¡Algo es mejor que nada! Sin embargo, la teoría del colonialismo interno les concede a las clases dominantes una ventaja estratégica: ella descuida por demás la necesidad de una investigación rigurosa de las formas de estratificación enlazada al capitalismo neocolonial y al capitalismo dependiente, y coloca la lucha de clases propiamente dicha en un segundo plano, concentrando el impacto sobre los efectos constructivos del cambio social espontáneo, del desarrollismo y, en particular, de la secularización y de la racionalización inherentes a la expansión del urbanismo y del industrialismo. Por lo tanto, en aquello en lo que se presenta como una teoría crítica, la misma se polariza como una manifestación intelectual del radicalismo burgués y del nacionalismo reformista. El combate político a los remanentes feudales o al feudalismo persistente y al imperialismo tiene un carácter de ruptura más pronunciado. De hecho, el mismo se vincula con un intento de las vanguardias de izquierda por informarse acerca de la dinamización de las transformaciones dentro del orden relacionadas con la revolución burguesa (esas transformaciones fueron descritas en Europa como “revoluciones” y son las que marcan el *avance* de la revolución burguesa: la revolución agraria, la revolución urbana, la revolución industrial, la revolución nacional y la revolución democrática). En términos tácticos, el intento se detiene en el nivel de los conflictos que se dan en el seno de las clases dominantes: poner a las facciones de la burguesía estructuradas en la producción latifundista y en el sector de la exportación o insertas en la dominación externa, en contra de las facciones estructuradas en la expansión del mercado interno y de la industria. En consecuencia, ésta no contribuye a adecuar la

teoría de las clases sociales y de la lucha de clases a las condiciones concretas de los países en situación neocolonial o de capitalismo dependiente, y contribuye muy mal con la exposición de las reivindicaciones de los trabajadores del campo y de la ciudad en un lenguaje específicamente socialista y revolucionario. Por lo tanto, también ha desembocado en la órbita del reformismo burgués, aunque no se pueda subestimar su importancia en cuanto a la movilización política de sectores de la población pobre y trabajadora sistemáticamente excluidos de la cultura cívica y de la sociedad civil, así como en lo que respecta a la impregnación nacionalista y radical-democrática de algunos sectores de las clases medias o incluso de las clases altas.

Lo grave es que el *problema de la descolonización* no fue —y continúa no siendo— planteado como y en tanto tal. El mismo es diluido y desintegrado como si no existiera, y sustantivamente como si lo que importara fueran sólo las debilidades congénitas del capitalismo neocolonial y del capitalismo dependiente. Sombart demostró que el capitalismo puede transformarse, agotando épocas bien marcadas y manteniendo, no obstante, espacio histórico y económico para la supervivencia y la revitalización de formas superadas de producción y de intercambio. Se podría pensar, desde los países centrales, que éstos serían “nichos” de formas arcaicas u obsoletas de capitalismo, funcionales a los arreglos modernos y más avanzados del desarrollo capitalista. Este razonamiento no se aplica del mismo modo a la periferia, principalmente a los países que se encuentran en situaciones neocoloniales específicas o a los que, estando en situaciones de capitalismo dependiente, no reciben de las economías centrales fuertes dinamos de crecimiento económico o no pueden compatibilizar tales dinamos con el crecimiento del mercado interno. Aquí, la descolonización constituye una categoría histórica enmascarada por la dominación burguesa (tanto *la nacional* como *la imperialista*: ambas tienen intereses convergentes en crear ilusiones o mitos sociales). En lugar de un ataque abstracto al colonialismo interno, a los elementos feudales parciales o globales y al imperialismo, convenía darle énfasis a la descolonización que no se realiza

—ni puede realizarse— dentro del capitalismo neocolonial y del capitalismo dependiente. He aquí el quid de la cuestión. Llevar la descolonización hasta sus últimas consecuencias es una bandera de lucha análoga a la revolución nacional y a la revolución democrática —y esa reivindicación debería hacerse en términos socialistas, aunque con vistas a la “aceleración de la revolución burguesa”. Parece evidente que la descolonización no puede ser contenida en esos límites y que, en la acción práctica, en lugar de acelerar la revolución burguesa, fomenta la “desestabilización” y la evolución de situaciones revolucionarias hasta puntos críticos. A pesar de todo, en la periferia el socialismo cumple la función de calibrar los dinamismos revolucionarios del orden existente por los problemas y dilemas sociales que las burguesías no intentaron enfrentar y resolver, *por no ser de su interés de clase* en las formas de desarrollo capitalista inherentes al semicolonialismo y a la dependencia.

El punto crucial de la cuestión, en lo que se refiere a los países en los cuales la vanguardia interna de la lucha contra el colonialismo era reclutada en los estratos más privilegiados de los estamentos dominantes, es que dichos estamentos y sus elites no tenían ningún interés en revolucionar las estructuras sociales y económicas vigentes, y, en cuanto a las estructuras legales y políticas, sólo querían modificarlas revolucionariamente de forma localizada: la independencia frente a la metrópoli, por un lado, y la plenitud política de su hegemonía social en el plano interno, por el otro. Ya he tratado de explicar ese proceso como una forma de autonomización política de los estamentos señoriales y de integración de la dominación estamental a escala nacional, con referencia a Brasil. En otros países de América Latina, las “luchas por la independencia” y por la creación del Estado “nacional” se desarrollaron en condiciones históricas diferentes pero *estructuralmente homólogas*. La independencia que se creaba era la de los estamentos privilegiados y, por su parte, el Estado nacional independiente nacía antes que la Nación, como expresión de la voluntad colectiva y de los intereses de dominación económica, social y política de la *gente válida*, es decir, como una manera de

organizar la voz política de los dueños de hecho del poder y de dar continuidad a las estructuras de producción y de exportación previamente montadas. Esto significa que había una reciprocidad fundamental en la situación de intereses de los estamentos privilegiados y de las naciones centrales que reemplazaron a España y Portugal a partir de la dominación externa. De esa reciprocidad procedía el marco que la dominación externa asumía como dominación indirecta, independiente de estructuras legales y políticas de dominación, y como *dominación semicolonial*, que se transformaría gradualmente, en función de los ritmos y de la duración del período de transición neocolonial.

Dos cosas merecen ser destacadas en esta breve exposición. Primero, resultaba de primordial interés, para los estamentos privilegiados y para sus socios externos, mantener las formas de producción existentes y explotarlas con mayor intensidad, en donde ello fuera posible. Antes de promover la sustitución de ciertas técnicas de producción y de las formas de trabajo preexistentes, el orden del período de transición buscaba crear el espacio histórico necesario para que aquellas técnicas y aquellas formas de trabajo *podieran rendir más*, es decir, *producir*, en la medida de lo posible, *un excedente económico mayor*. Por lo tanto, las formas típicamente *coloniales* no estaban condenadas a la desaparición y a la superación. Por el contrario, ellas debían funcionar como el fundamento material de la transformación del capitalismo colonial en capitalismo neocolonial (lo que encerraba una diferencia notable en cuanto a la reorganización del mercado, la retención de alícuotas de la riqueza “nacional” que no debían continuar siendo repartidas con la Corona y, dentro del complejo económico colonial, la transferencia de técnicas e instituciones sociales nuevas, así como la construcción del “sector nuevo” de la economía, que debería transformar el patrón neocolonial de crecimiento económico en satélite). Se trata, como se ve, de un giro en la transformación del capital mercantil, que debía cumplir funciones antiguas dentro de condiciones históricas nuevas y crecer en el sentido de saturar nuevas funciones económicas, nacidas de la incorporación directa de las economías latinoamericanas en

el mercado mundial y de la inclusión de los estamentos señoriales e intermedios en el nuevo entramado de negocios, abierto por el “sector nuevo” (en algunos países en crecimiento más o menos rápido). Todo ello significa una cosa: el anticolonialismo de los estratos privilegiados sólo era intenso y fervoroso en un punto, el de la conquista de la condición legal y política de *dueños del poder*. En los demás puntos, los intereses *más avanzados y profundos* exigían el CONGELAMIENTO DE LA DESCOLONIZACIÓN. Congelar la descolonización constituía no sólo un prerrequisito estructural y dinámico de la “defensa del orden”, del “combate a la anarquía”, de la “preservación de la propiedad”, etc., sino que era el requisito número uno de la nueva articulación entre los estamentos señoriales y los estamentos intermedios en ascensión potencial con los centros de dominación económica externa, es decir, literalmente, del patrón neocolonial de crecimiento del capitalismo. Por lo tanto, la *gente válida* se lanzó tanto contra las manifestaciones de inconformismo de la plebe como contra el idealismo nacional-liberador de los exponentes civiles y militares de las luchas por la independencia.

El otro asunto que cabe destacar preliminarmente es el del sustento de la solución política encontrada para la financiación de ese patrón de desarrollo capitalista. Como se dice hoy en día, los “costos” deberían ser descargados en los agentes directos o indirectos, centrales o marginales, de las formas de producción y de trabajo preexistentes. Los economistas usan un lenguaje ambiguo: hablan de “modelo agrario-exportador”, y con ello dejan en penumbras la expoliación real llevada a cabo de modo desigual por los agentes del capital mercantil interno (del campo y de la ciudad) y externo. Ese modelo sería impracticable si los costos operativos fueran, de hecho, fijados por los “mecanismos del mercado”. Quienes entraban en el mercado y tenían el privilegio de llamarse *agentes productivos* también tenían el privilegio económico, social y político de excluir a los verdaderos agentes de la producción (esclavos, libertos, trabajadores semilibres) del propio mercado. Como diría Max Weber, éstos no pasaban por el mercado, y por lo tanto no se clasificaban a partir del mismo

ni contaban, en consecuencia, social ni políticamente. El “cálculo económico racional”, intrínseco a esa mentalidad capitalista, forjaba una expoliación global equivalente a la expoliación colonial y fundada en formas de propiedad coloniales que sólo serían abolidas legalmente en forma renuente y socialmente encontrarían una continuidad infinita (aunque en algunos países el proceso haya sido relativamente rápido, por lo menos en el plano legal). Los ritmos más veloces acabaron dependiendo de la expansión y de la vitalidad del mercado, por lo menos en lo que respecta a ciertas ciudades más importantes, productoras de satélites (como el célebre caso de Buenos Aires), pero sin afectar el doble carácter del nuevo patrón emergente y en consolidación de desarrollo económico: subordinado a los centros estratégicos de la economía mundial y prácticamente extorsivo en cuanto a la masa de la población pobre y trabajadora, independientemente de su condición civil formal.

Esa situación histórica, descrita muy sumariamente, es tan decisiva para la “América Latina moderna” como lo es el período formativo colonial. De hecho, en ella se forja una persistente tendencia estructural, descrita eufemísticamente por los científicos sociales como de “expoliación del campo por la ciudad”, y también una fuerte propensión histórica al envilecimiento del trabajo y del trabajador. En los países en los que la transición neocolonial no fue prolongada o ultraprolongada, la primera tendencia no desapareció con la implementación del capitalismo dependiente. Por el contrario, el crecimiento del mercado interno, la expansión de las ciudades y de sus funciones urbano-comerciales, la industrialización y el propio crecimiento del aparato del Estado y la diferenciación de sus funciones extrapolíticas (especialmente las económicas) han dependido en gran medida del congelamiento de la descolonización. La cuestión ha sido planteada en términos de conversión del excedente económico de los empresarios agrarios en inversiones en el sector urbano-comercial e industrial posibilitadas por el “subdesarrollo del campo” (principalmente cuando se traducen los precios de los alimentos básicos en costo de trabajo). Pero el “subdesarrollo del campo” no constituye una

realidad histórica universal y homogénea. El mismo no afectó a los estamentos señoriales, no perjudicó la transformación de la aristocracia agraria en burguesía rural ni ha excluido (tanto en el pasado como en el presente) a la legión de intermediarios (que especulan lucrativamente con los productos primarios) de la sociedad civil. Ésta se desplomó, unilateralmente, sobre el hombre pobre del campo, convertido en trabajador semilibre de modo permanente. Del sector rural no proviene una resistencia política articulada contra la reproducción indefinida de esa tendencia, por un motivo muy simple: quienes son directamente privilegiados por el congelamiento de la descolonización tienen más interés en defender la continuidad del *statu quo* que en combatir los prejuicios coyunturales que puedan resultar de la variación de su posición en el prorrato de la masa de plusvalía (o de excedente económico, si se quisiera describir el proceso de esta manera) por las clases burguesas. Los indirectamente privilegiados, como los comerciantes, los industriales o los banqueros, saben que el país no puede “financiar su desarrollo” de otra manera... Los economistas usan un lenguaje discreto y pueden hablar de transferencia de costos de industrialización, por ejemplo, del sector urbano hacia el sector rural. En realidad, tanto el capitalismo neocolonial como el capitalismo dependiente exigen la repartición desigual, que convierte al desheredado de la tierra en un nuevo paria social.

La tendencia al envilecimiento del trabajo y del trabajador podría ser corregida por la incorporación de las faenas rurales al mercado o, indirectamente, por el desvío de una gran masa de trabajo del sector rural hacia el urbano. Esas variaciones no ocurrieron en los países en los que la situación neocolonial se prolongó indefinidamente, y se presentaron de modo débil en los países que lograron absorber las transformaciones inherentes al capitalismo dependiente. En esos países, sólo tardíamente la universalización del mercado de trabajo alcanzó al campo, si bien lo ha hecho de modo parcial y deformado, ya que siempre persistía, de algún modo, el “residuo colonial” en la esfera del trabajo agrario. Es obvio que el principal efecto de esa tendencia histórica afecta

a la masa de los trabajadores agrarios, excluidos del mercado o que pasan por el mercado de manera asistemática: a la exclusión económica parcial o total corresponde la exclusión de todos los derechos y garantías sociales típicos de la sociedad burguesa. Por lo tanto, los términos de la ecuación son la exclusión de la posibilidad de organizarse como *clase en sí*, de un desarrollo como clase independiente y de la capacidad legal o de hecho para la lucha de clases. Esa es la base morfológica no sólo de la deshumanización de la persona del trabajador agrícola, sino también del empleo sistemático de técnicas sociales paternalistas, legales o policial-militares destinadas a convertir la exclusión parcial o total en capitulación pasiva y en apatía provocada y dirigida desde arriba. La dualidad ética, infiltrada de esta forma en las relaciones de dominación, excluye a “los de abajo” de la condición de miembros de “nuestro grupo”, y los metamorfosea en enemigos reales o potenciales del orden y en gente que “necesita coerción” para “vivir dentro de la línea”. Además, los efectos indirectos son igualmente calamitosos. Por un lado, esa masa de población pobre constituye el semillero interior del reclutamiento del trabajo libre. Al proletarizarse, los componentes de esa población encaran este proceso como “promoción social” (y aquélla es, de hecho, una promoción, pues involucra la clasificación dentro del orden, a corto o mediano plazo). Esos candidatos rústicos al trabajo libre están listos para aceptar las peores manipulaciones represivas y deben pasar por un entrenamiento y por una socialización compleja para adquirir la naturaleza humana y la concepción del mundo del *trabajador libre* como categoría histórica. Por otro lado, la exclusión parcial o total y la apatía provocada retiran al grueso de la población de los conflictos más o menos estratégicos en las relaciones de las clases asalariadas con las clases burguesas. Aquéllas dejan de tener un punto de apoyo estructural en las confrontaciones con los dueños del poder en la fábrica, en los barrios, en los sindicatos, en las manifestaciones públicas. Cualquiera sea el inconformismo del pueblo, éste no se convierte en fuerza política y no fortalece el poder de presión de las clases obreras, que quedan aisladas. O si no, la falta de alternativas del

proletariado urbano-industrial lo lanza a los brazos de la demagogia de estratos burgueses pseudopopulistas, completándose, de esa manera, el circuito del aplastamiento del hombre pobre del campo y de la ciudad.

Puede parecer que las pinturas del cuadro descrito son demasiado sombrías. En realidad, ese cuadro corresponde por completo a los países que se encuentran en una situación neocolonial y, casi por completo, a los países en los que el capitalismo dependiente cuenta con un mercado interno de bajo dinamismo y con una industrialización incipiente o intersticial. Aun así, la facilidad con que la contrarrevolución burguesa llevó a la implementación de las dictaduras militares, a un Estado autocrático-burgués de contornos bien definidos y a una mayor imperialización de las economías latinoamericanas más avanzadas, comprueba que el cuadro también se aplica a los antiguos baluartes del radicalismo burgués, como Argentina, Uruguay o Chile. Ese cuadro es importante para poner a la “interrupción” de la revolución burguesa en su lugar: las “reformas típicamente burguesas” son reversibles o un juego de apariencias. Tomemos la reforma agraria en México: las oscilaciones y los retrocesos habrían sido imposibles si los campesinos y las poblaciones indígenas hubieran dispuesto de medios organizados de lucha de clases. Las clases burguesas no tendrían cómo *anular* las reformas o las transformaciones en el campo, tomando con una de las manos lo que se habían visto obligadas a entregar con la otra. En definitiva, no tendrían la “libertad” de congelar el espacio histórico o de manipular a su antojo el espacio político. O si no, tomemos el paradigma actual de la democracia burguesa: ¿qué representa la riqueza de Venezuela para las clases subalternas y destituidas? ¿Por dónde pasan las *reformas típicamente burguesas* en ese país, después de que el petróleo garantizara un nuevo tipo de afluencia a las clases burguesas? El ejemplo más dramático, no obstante, es el de Chile. He visto a los campesinos descender en masa de los trenes en Concepción, marchar organizadamente por la ciudad y crear un bramido colectivo de esperanza en el futuro. Enseguida, pude ver cómo el arco se curvaba desde la contrarrevolución burguesa y desde la

contrainsurgencia de las naciones capitalistas centrales, dirigidas por los Estados Unidos. ¿Qué otra cosa indican esas situaciones históricas, a no ser que el desarrollo desigual y combinado, en determinadas circunstancias, puede favorecer al polo que frena la historia y conduce el proceso político hacia atrás? Sin liberar a las masas rurales de la servidumbre disfrazada y a los trabajadores agrícolas de la condición real de trabajadores semilibres, el régimen de clases sociales no tiene manera de *funcionar normal y constructivamente*, porque no es el desarrollo capitalista por sí mismo el que fomenta la “revolución” democrática, la “revolución” nacional y las otras reformas capitalistas. Si las clases trabajadoras no son capaces de unirse y de impedir *las regresiones*, el desarrollo capitalista puede operar al revés, “acelerando” el enriquecimiento “lícito” e “ilícito” de las clases burguesas nacionales y extranjeras.

La moraleja de esta historia se hace evidente: el congelamiento de la descolonización constituye una ventaja estratégica para la burguesía en la lucha de clases, pues otorga una supremacía permanente a las clases poseedoras, a sus estratos dominantes y a sus elites políticas. Ellos no son perjudicados, sino más bien extremadamente favorecidos por los efectos negativos y destructivos de tal congelamiento. Pueden, incluso, realizar seudorreformas y usar la demagogia más descarada o la propaganda pura y simple, y aun así amarrar a su vagón político a amplios sectores de las masas populares como si fueran autómatas. Por otro lado, si éstas avanzan por dentro de la transformación capitalista y tratan de imponerles a las clases burguesas las reformas más urgentes para *sanear* el desarrollo capitalista, y llegan a crear, de esta manera, una situación prerrevolucionaria o revolucionaria (“dentro del orden”), aún queda el recurso fácil de la violencia armada. La función del congelamiento de la descolonización es exactamente ésa, en la estrategia de la lucha de clases de los dueños del poder. Alternativamente, está claro que las sociedades latinoamericanas “son poco seguras”. La desestabilización, palabra clave de la contrainsurgencia, está siempre golpeando las puertas del Estado capitalista “débil”: éste no cuenta con el apoyo de la Nación, sino

sólo de la parte de la sociedad civil que constituye la *Nación del capital*. Cualquier desplazamiento en el sistema de opresión y de represión engendra una oportunidad histórica —e incluso sin las condiciones de lucha de clases organizada, “los de abajo” irrumpen en la historia. Ésta es la otra cara de la moneda de la ley del desarrollo desigual y combinado. Hasta el presente, esa ley sólo ha funcionado en Cuba; sin embargo, la prueba fue crucial. Las clases desposeídas avanzaron tan lejos como los revolucionarios y continúan exigiendo más, pues la revolución es permanente. No obstante, las “condiciones de atraso” (es decir, las proporciones en las cuales la descolonización sofocada trabaja contra la masa mayor de la población desposeída) aconsejan una lucha sin cuartel por la movilización de esa masa, por su organización en clases sociales y por el desarrollo de las mismas como clases independientes. Es fundamental que su nivel de compromiso político quede más o menos dentro del orden y de las “reformas burguesas”, especialmente si las clases dominantes demuestran estatura política para salir de la presente estabilización por la miseria y por la opresión. Sin embargo, sólo ese hecho ya sería una alteración monumental. Porque en ese momento, un amplio sector de las sociedades nacionales entrará en el juego político activo, consciente y organizadamente, y podrá elegir entre las *opciones capitalistas* de la burguesía y las *opciones socialistas* de la vanguardia del proletariado.

LOS LÍMITES DE LA “TRANSFORMACIÓN CAPITALISTA”

Durante mucho tiempo prevaleció la idea de que el desarrollo capitalista podía producir resultados similares en cualquier parte, dependiendo del “período” en el que se encontrara y de su “potencialidad de maduración” o de alcanzar una “forma pura”. Esta ilusión podría ser mantenida incuestionablemente en algunos países de Europa y fue ampliamente compartida en los Estados Unidos; su difusión formó parte del proceso de colonización, de transferencia de la ideología dominante en las naciones capitalistas hegemónicas, y se fortaleció con el crecimiento

controlado desde afuera de la modernización. El historicismo, aun dentro de la economía, no contribuyó a atenuar la vitalidad de dicha ilusión, porque él mismo constituía una respuesta burguesa a los productos finales del progreso, forjado por la civilización moderna. En las corrientes revolucionarias del socialismo, la cuestión no se planteaba de la misma manera, pues el esplendor de la civilización moderna se ha debido, entre otras cosas, a la explotación de los pueblos coloniales. Sin embargo, por aquí penetraba una ilusión moderada: se suponía que aquella civilización, que les llevaba a los “pueblos atrasados” o “débiles” los grilletes de la esclavitud económica, obtendría la posesión de los mismos pueblos y los ayudaría a destruir a sus verdugos. Recién con la modificación del modelo de desarrollo del capitalismo, cuando la dominación financiera e imperialista se define en toda su extensión y profundidad, los teóricos del socialismo revolucionario pusieron en ecuación las respuestas correctas, aunque la demostración de que las nuevas corrientes de la historia no estaban totalmente atadas a los determinismos de los macrodinamismos de la civilización capitalista aún dependiera de las revoluciones proletarias. Aquéllos tendrían que manifestarse, pero de formas y según cuadros históricos que no eran determinados desde las naciones más poderosas del capitalismo avanzado.

No tendría sentido dedicarle aquí un espacio mayor a este aspecto del tema. Lo que importa señalar es que la referida ilusión cumplía una función histórica clara en la periferia del mundo capitalista, cualquiera fuese su período en el proceso de colonialismo y de modernización controlada. Aquélla abría las rupturas a la luz de un *orden ideal*, que se construiría gracias al —y a través del— mismo desarrollo capitalista y del modo de compartir el patrón de civilización que lo hacía posible. Este orden ideal contenía un significado constructivo, ya que fomentaba las “rebeliones idealistas” (y, a veces, “espiritualistas”) de los sectores más inquietos de las elites de las clases dominantes de los países periféricos; no pocas veces se han producido conflictos con *presiones de abajo*, que han comprometido la insatisfacción de grandes masas humanas. No obstante, donde las mismas elites de los

estamentos dominantes controlaron el proceso de ruptura con el colonialismo, esto no podría suceder —las rupturas más profundas fueron arrojadas hacia un futuro remoto, hacia una época en la cual las rebeliones tendrían que nacer de los propios movimientos de masas y de las luchas de clases—, así que las tragedias de las naciones capitalistas centrales comenzaron a ser vividas, con atrasos considerables, como comedias de las naciones capitalistas periféricas. Parecía que el *arranque providencial* dependería de otro factor, como la prosperidad de la agricultura y el volumen de la exportación, el orden jurídico, la organización nacional, la expansión de ciudades industriales y la industrialización de porte, la educación, la salud pública, los gobiernos esclarecidos, la planificación a escala nacional, el desarrollismo, la explotación de las riquezas nacionales, los *gobiernos fuertes modernizadores*, una asociación articulada con el imperialismo, etc. La gran ventaja de la ilusión es que la misma era una especie de hidra con muchas cabezas. Cuando una esperanza era degollada, enseguida surgían otra u otras esperanzas como parte de un proceso de comunicación selectiva, organizado en el exterior y graduado con el fin de vitalizar las ilusiones burguesas, algunas veces con recursos de los pobres países periféricos, invertidos en organismos internacionales, continentales o “nacionales”. Fuera de estos aspectos, la influencia psicocultural que está siendo debatida provocaba efectos útiles. El más importante consistía en crear en las *burguesías* heterónomas o dominadas una falsa conciencia social de autonomía universal (hacia adentro y hacia afuera). Varios emprendimientos se hicieron posibles gracias a ese efecto de ilusión, hayan o no hayan sido realizados en “colaboración” con intereses y fuerzas económico-culturales externos. Otro fue designado por un ensayista brasileño, Oliveira Viana, como el “idealismo constitucional”. Las ilusiones ayudaban a concebir el orden jurídico-político “perfecto”. Por supuesto, nada era hecho con total seriedad (en términos de autoafirmaciones que excedieran la situación de intereses de las clases dominantes). Sin embargo, se abrían resquicios para la difusión de ideales que tuvieran su significado en la polarización radical de las generaciones jóvenes

y en el fomento de la inquietud social de las masas oprimidas. Por último, se deben considerar las incidencias “humanitarias” e “iluministas”, en la esfera de la educación, de la difusión de valores democráticos, de la salud pública, del nacionalismo como fuerza suprema, etc. Los fracasos no deben impedir que se reconozca el terreno ganado. Grupos relativamente pequeños, pero con audiencia, se desprendían del “monolitismo conservador” y se dedicaban a la defensa de una modernización hecha con ingredientes externos, pero concebida y madurada desde adentro. Lo malo es que globalmente la ilusión se cerraba sobre sí misma y no ayudaba a que las inteligencias críticas o rebeldes se volvieran críticamente hacia la *forma de desarrollo* para que concentraran su afán modernizador o innovador en la elección de “medios posibles” o “accesibles”. Tal era la confianza en que, *a largo plazo*, “todos no estarían muertos”: la revolución burguesa se liberaría de sus amarras históricas, rompiendo resistencias, carencias y obstáculos, y haría que la periferia pudiera disfrutar la plenitud de la civilización moderna.

El dilema económico de América Latina consiste en que esa óptica burguesa no cuestiona históricamente *la forma* del desarrollo capitalista, sino que se mira hacia *el modelo* vigente en determinado momento del desarrollo capitalista (o hacia *un modelo idealizado*, a través del cual ciertas burguesías lograron su arranque industrial y la constitución de una sociedad de clases capaz de contener y regular el antagonismo central entre el capital y el trabajo). Ahora bien, la forma del desarrollo permitiría cuestionar lo que ya List había descubierto: el país o los países más fuertes tendrían un control del mercado mundial y ventajas crecientes en la acumulación capitalista. Los países que no pretendieran someterse a controles externos coloniales y semicoloniales o que quisieran escapar a una dependencia económica ruinosa tendrían que luchar por su *autonomía de desarrollo capitalista*. Por su parte, los modelos de desarrollo podían ser compartidos con las economías periféricas. En realidad, para que la colonización se realizara o para que la situación neocolonial y la situación de dependencia produjeran frutos, resultaba imperioso compartir

el modelo, por lo menos en la medida y en los límites en que las economías coloniales, neocoloniales y dependientes tuvieran que encajarse en las estructuras y en los dinamismos económicos del centro o de los centros dominantes. Ello no significaba que, en determinado momento, alcanzarían el desarrollo de dichos centros, lo igualarían y lo superarían. Porque, en las situaciones coloniales, neocoloniales y de dependencia, esto era imposible (y hasta el día de hoy, según Baran, sólo ha sucedido en los Estados Unidos y en Japón, y por motivos que no son intrínsecos a esas situaciones y tienen que ver con la ruptura política respecto a ellas y su disgregación deliberada, como parte del “cálculo económico racional” y de la “razón política nacional independiente”). Lo que ocurrió en América Latina, a escala universal, fue que los estamentos dominantes y privilegiados *prefirieron optar* por la línea más fácil de sus intereses y ventajas, dándoles prioridad total a las soluciones económicas montadas en el período colonial, con todas sus aberraciones. Hicieron el célebre “gran negocio” con referencia a las respectivas naciones en eclosión histórica, alineándose con Inglaterra o con otros países para compartir con esos centros la explotación de sus propios pueblos. Hoy en día está de moda la palabra “cooptación” y se podría decir, blandamente, que “fueron cooptados desde afuera”. Pero esto no sería verdad. En su horizonte intelectual, económico y político, las elites de esos estamentos no veían, colectivamente, en la *Nación independiente* una salida histórica. Ésta fue arrojada hacia un futuro remoto y se empezó a construir un mundo capitalista neocolonial (que, en unos pocos países, sirvió de base para el florecimiento ulterior del capitalismo dependiente).

Esto significa que el dilema económico expresado a través del capitalismo neocolonial y del capitalismo dependiente no fue un simple producto de las *corrientes de la historia moderna*. Los países europeos (y más tarde los Estados Unidos) no impusieron nada que fuera inevitable. Las fuerzas movilizadas para luchar contra las dos metrópolis fueron desmovilizadas por los sectores civiles y militares. Esto comenzó a preocupar a aquellas elites de manera sustancial; fue como impedir que la herencia colonial se

disgregara, se escabullera entre sus dedos. No se podrá decir que tal opción tendría valor y vigencia para siempre. Sin embargo, hoy en día, bajo el capitalismo monopolista e imperialista, está claro que por sí mismo el desarrollo capitalista no ofrecerá nuevas alternativas a las naciones latinoamericanas que se encuentran en situación neocolonial o en situación de dependencia. Ellas podrán pasar por los *períodos* de las economías centrales —y esto está ocurriendo en las principales economías y sociedades de la región—, pero esos períodos no podrán reproducir los mismos efectos, porque el contexto histórico, la estructura de la economía, de la sociedad y del Estado, son diversos bajo la forma neocolonial o dependiente de desarrollo capitalista. México, Argentina, Brasil, Uruguay y Chile, sin hablar de los países que no han roto las barreras neocoloniales hasta hoy, por ejemplo, indican claramente todo esto. Cuando prematuramente la presión de abajo hacia arriba se intensificó de modo revolucionario, la misma fue aniquilada, aplastada, y sirvió de pretexto para modalidades políticas de autodefensa de la burguesía que recuerdan la autocracia y el despotismo. Por otro lado, en la medida en que el período de la formación del proletariado alcanzó mayor madurez y trató de organizarse para desarrollarse como clase independiente, el proceso fue contenido, interrumpido o interceptado por la violencia organizada. En consecuencia, las fuerzas sociales, que podrían funcionar como contrapeso y poner en la escena histórica el problema de la forma del desarrollo capitalista, ni siquiera han podido hacerlo. Las tenazas de la historia son cerradas por las manos de los hombres: los hombres que están en el poder, dentro de las empresas, de las instituciones sociales y del Estado, y que no ven otra cosa a no ser lo que pueden extraer del botín, aliados con socios de varias categorías sociales de adentro y de afuera.

Por tal motivo, elegí el concepto de “transformación capitalista” con el cual trabaja Lukács, y puse el énfasis en los *límites* que aquélla sufre inevitablemente. No quiero decir con esto que la revolución burguesa haya fracasado, como incluso piensan algunos científicos sociales de reconocidos méritos, liberales o de izquierda. El punto más grave, que se configuró en las naciones

latinoamericanas de mayor envergadura económica, demográfica y política, es que la revolución burguesa acabó definiéndose y desatándose *por la cooperación con el polo externo* y a través de iniciativas modernizadoras valiosas, *desencadenadas por el polo externo*. El Estado autocrático burgués (o como otros lo prefieren, el Estado neocolonial, o incluso Estado de seguridad nacional) acabó siendo el eslabón mediador por el cual una revolución que dejó de ser hecha *por decisión histórica* está caminando por la senda de la *modernización dirigida y autocrática* y por la *transformación de estructuras previamente encauzadas o esterilizadas*. En realidad, en la medida en que la *forma* del desarrollo capitalista no era tocada por los intereses mayores, el nuevo *modelo* de desarrollo capitalista tenía que conducir en esa dirección. El mismo es *internacionalizante* por contingencia histórica (la lucha de vida o muerte con las naciones socialistas) y por su *dinamismo interno* (el capitalismo de la era del imperialismo, que tiende a unificar la autodefensa y la seguridad de la empresa mundial en la esfera de la producción, del mercado y de las finanzas). Por lo tanto, la burguesía externa sacudió la apatía y las ilusiones de progreso espontáneo que tenía la burguesía neocolonial y dependiente, y la revolución burguesa se profundizó, literalmente, como una catástrofe histórica. La periferia verdadera del capitalismo monopolista avanzado está siendo construida ahora, *en nuestros días*. La misma será profundamente modernizadora, provocará transformaciones nunca antes soñadas de la economía industrial y de la sociedad de clases. Empero, para mantener el desarrollo desigual y combinado, en términos de las ventajas estratégicas de las clases burguesas, del centro y de la periferia, tendrá que despojar a la revolución burguesa de los atributos que han definido su grandeza histórica en la evolución de la civilización moderna.

Desde esa perspectiva, la cuestión de los límites de la transformación capitalista se vuelve esencial. Al contrario de lo que muchos piensan, las clases burguesas avanzan en dos direcciones simultáneas, *no se han detenido*: aceleraron el desarrollo capitalista de modo unilateral, tratando de “quemar etapas” *como puedan y sin arriesgarse*; buscaron una articulación más flexible

y eficaz entre el “capital interno”, el “capital externo” y la actuación del Estado. El primer punto merece seria atención. No es probable que los riesgos potenciales crecientes de la modernización tecnológica, de la industrialización masiva y de la excesiva concentración de los “polos dinámicos” no hayan sido tenidos en cuenta. Los avances en esa dirección sólo quieren decir una cosa: las clases burguesas están preparadas para enfrentar, *de manera escalonada*, tales riesgos, y están trabajando con ellos de la misma forma “articulada” y según los “dictámenes de la cooperación internacional”: la modernización institucional fue desplazada hacia esa área y ya se puede percibir cuáles son las tendencias de su crecimiento, ya sea en los sindicatos, en las universidades y escuelas superiores, en los programas de “mejora de la calidad de vida” y de “planificación comunitaria”, o en la actuación de los partidos del centro y de los sectores conservadores de la Iglesia católica. Dos fenómenos concomitantes pueden favorecer inmediatamente esas tendencias: la formación de una pequeña burguesía laboriosa en la cresta del trabajo industrial calificado y los efectos directos o indirectos de la tecnología de capital intensivo. El segundo punto ha sido observado de manera muy superficial en las esferas del pensamiento crítico, teórico o activista. Muchos dan por sentado que el conflicto sectorial de intereses o el antagonismo básico entre el “capital nacional” y el “capital extranjero” impiden una acción coordinada de las clases burguesas. Y es generalizada la propensión a tomar en serio las reclamaciones de algunos estratos de la burguesía con respecto al “gigantismo” económico estatal. Es necesario poner las cosas “en su lugar”, en términos de la situación total. Desde ese ángulo, se percibe que existen dos movimientos simultáneos y convergentes del capital: uno que proviene de las multinacionales y de las naciones capitalistas hegemónicas y se dirige hacia los países huéspedes clave, otro que sale de estos países y va en sentido opuesto. Éste constituye un movimiento histórico, y si no crece y se consolida, el capitalismo se desintegrará con mayor rapidez. Por lo tanto, la articulación y la cooperación ordenada de acuerdo con planes no son esporádicas, sino que forman parte de la

naturaleza íntima del capital monopolista en la fase actual. En consecuencia, el Estado y la Nación no pierden su particularidad y su eficacia para las clases burguesas. Pero ambos son colocados dentro de la estrategia global de la lucha contra el socialismo y de la necesidad de crecimiento continuo. ¿Qué representa esto para la periferia, particularmente para las naciones capitalistas neocoloniales y dependientes de América Latina? Probablemente que la *seguridad en bruto* deberá, a mediano plazo, ser reemplazada por *seguridad consensuada*, obtenida, si fuera preciso, sobre la base de la cooptación generalizada de ciertos segmentos de las clases medias y del proletariado. Las funciones legitimadoras del Estado capitalista deberán crecer, pero ese proceso nuevamente se volverá contra los intereses de esas naciones y de sus mayorías pobres. Habrá abundancia de televisores para suavizar los sacrificios y se recurrirá ampliamente a la comunicación cultural masiva sofisticada para introducir algún tipo de compensación visible en la “calidad de vida”. Sin embargo, a juzgar por los Estados Unidos, nos aguarda un período terrible y angustiante (*si no se intenta —o si se intenta sin éxito— revertir las tendencias históricas del capitalismo monopolista imperializado de las naciones capitalistas estratégicas de la periferia*).

A esa “oportunidad histórica” de las clases burguesas le corresponde (y no podría dejar de corresponderle), una *oportunidad histórica* de las clases trabajadoras (incluso de sus sectores desposeídos más marginados). La “revolución burguesa atrasada” provocará —quieranlo o no las elites económicas, políticas y militares de las clases burguesas— un ensanchamiento del espacio histórico de las clases trabajadoras y tendrá que abrir un espacio político creciente, por lo menos para el *arbitraje* de divergencias entre el capital y el trabajo y para la maduración de “movimientos radicales tolerados” (en realidad, estimulados como alternativas para desplazar a los jóvenes de los *conflictos ideológicos* y a los obreros de la *lucha de clases*). Por este camino se delinea una situación histórica que tiene puntos de contacto con las viejas sociedades industriales europeas. Los proletarios y los trabajadores del campo podrán tener un acceso cada vez mayor al *uso libre*

de medios de organización que son típicos del *trabajo libre*. Por lo tanto, el surgimiento y la maduración de la *clase en sí* y el desarrollo independiente de la clase en sí constituyen una realidad histórica ineludible. No se sabe a dónde nos llevará esto, pues bajo el desarrollo capitalista autosostenido (y con una base móvil de riqueza, robada a las colonias de varios tipos) las clases burguesas disponían de un espacio histórico y político para modificar sus relaciones con el movimiento obrero, sindical y socialista. Por otro lado, es imposible anticipar el comportamiento colectivo de las clases trabajadoras, cómo van a reaccionar al condicionamiento psicológico en la industria y fuera de ella. Por eso, es imposible evaluar cómo se relacionará el movimiento proletario en América Latina con los cambios sociales progresivos en marcha, unos de tipo capitalista, otros de naturaleza socialista. El inmenso esfuerzo de cooptación externa, a través de sindicatos, partidos y órganos de comunicación masiva, podrá o no producir los resultados esperados. Por otro lado, la formación de una aristocracia obrera podrá o no provocar efectos equivalentes al servilismo sindical. En realidad, lo esencial es que *éste es un momento de opción histórica* para las clases trabajadoras y para sus grupos o movimientos de vanguardia. La oportunidad que han tenido los estamentos señoriales o privilegiados en las luchas contra la dominación metropolitana y por la Independencia comienza a configurarse para *los de abajo*. Ellos podrán entrar en las corrientes históricas de defensa del capitalismo, engrosando las filas de la contrarrevolución abierta o disimulada. Pero también podrán avanzar directamente en la dirección de las corrientes históricas de nuestra época, que llevan al socialismo y a un nuevo patrón de civilización.

Dadas las proporciones de la masa de desheredados y el carácter concentrador de la riqueza y de la participación cultural que el capitalismo monopolista está asumiendo en la periferia (por supuesto que la intensidad aterradora de la concentración por el momento es circunstancial, pero también es previsible que el capitalismo monopolista dependiente *necesitará mucho tiempo* para diluir la tendencia a la hiperconcentración), lo que se puede imaginar es que las clases burguesas enfrentan dificultades

insuperables. Ellas no pueden repartir la torta entre el centro y la periferia y, dentro de la periferia, entre apetitos tan diversos, y aún contar con alternativas para superar históricamente el dilema económico del capitalismo en América Latina. Es decir, el carácter de *eslabones débiles* no sólo se preserva, sino que se fortalece. El desarrollo desigual y combinado podrá manifestarse dentro de un juego de apariencias ilusorio. A pesar de ello, los “polos insatisfechos” tenderán a salirse del camino y buscarán su propia trayectoria. Quienes buscan el consenso por la cooptación y por la falsificación de la realidad acabarán enfrentándose a la realidad cruda: una *era de lucha de clases*, que pondrá a la violencia organizada al servicio de las clases trabajadoras del campo y de las ciudades. Aunque esa era, al principio, pueda ser compatibilizada con la “reforma del capitalismo” (como ya sucedió antes, bajo revoluciones burguesas “clásicas”), a mediano o a largo plazo ella tendrá que saltar por sobre sus ejes menores, volverse anticapitalista primero y socialista después.

Los límites de la transformación capitalista, a pesar de la articulación entre clases burguesas nacionales y extranjeras, tenderán pues a escapar del control de la burguesía. En el marco de frustración histórica secular de América Latina y ante los conflictos de un capitalismo monopolista o neocolonial (que aún está por nacer) o dependiente (puesto en marcha y creciendo en algunos países clave) esa pérdida de control podrá convertirse, gradual o rápidamente, en un factor de agravamiento de la lucha de clases y de disgregación acelerada de la sociedad de clases capitalista. Es imperioso que las clases trabajadoras se preparen para enfrentar tales situaciones históricas —que los sindicatos y los partidos obreros, principalmente, realicen un movimiento simétrico al de las clases burguesas, intentando unificar sus fuerzas y crear una cooperación efectiva a pesar de las divergencias, para trabar las batallas decisivas de acuerdo con una estrategia propia y dentro de un escalonamiento que posibilite victorias sucesivas. De a poco, con el aumento del espacio histórico y político de las clases trabajadoras, las divergencias podrán fructificar sin debilitar a sus agentes. Por el momento, estamos frente al inicio de dicho proce-

so —a pesar de Cuba—, del cual dependerán los límites externos más profundos: el fin del colonialismo indirecto y el colapso del capitalismo salvaje.

LAS LECCIONES DE CUBA

En estas reflexiones, Cuba nos coloca frente a tres temas fundamentales: en ese país, las orientaciones de los estamentos dominantes, en las luchas por la independencia, siguieron las líneas comunes de América Latina: allí se evidencian mejor (o de una forma en la que no fue posible que se evidenciaran en el resto de América Latina) las tendencias centrífugas de la burguesía, su incapacidad total de desplazar la “defensa del capitalismo” a favor de la descolonización completa, de la revolución democrática y de la revolución nacional; por último, el camino recorrido por Cuba demuestra que no son la pobreza, el subdesarrollo y la “apatía del pueblo” los que convierten la miseria, la marginación sistemática y la exclusión política de las masas en precondiciones del “desarrollo económico”, sino la explotación capitalista dual, por la cual las clases dominantes internas y las naciones más poderosas de la tierra se asocian en un brutal latrocinio sin fin. Quienes quieran conocer otros aspectos de la evolución revolucionaria de Cuba y de su desarrollo socialista tendrán que recurrir a un libro anterior, en el cual intenté trazar las etapas de profundización histórica de la Revolución Cubana.⁴

El primer aspecto ofrece un interés menor, pero debido al hecho de que en Cuba la página de la historia se ha dado vuelta por completo, el mismo tiene un significado didáctico “concluyente”. La posición de los estamentos dominantes en las revoluciones de 1868 y 1895 y su incapacidad de corresponder a la necesidad revolucionaria global se hacen evidentes de forma ostensiva. Ante la imposibilidad de *contener la revolución en el plano político*, en

⁴ Florestan Fernandes, *Da guerrilha ao socialismo: a Revolução Cubana*, São Paulo, T. A. Queiroz, 1979. Al final del libro hay una bibliografía seleccionada sobre la Revolución Cubana.

las dos ocasiones aquellos estamentos se desplazaron hacia posiciones contemporizadoras y, finalmente, antinacionales y reaccionarias. En la guerra de 1868, favoreciendo la perpetuación transformada del régimen colonial español; en la guerra de 1895, favoreciendo una tutela neocolonial de los Estados Unidos, que exigía una amplia y prolongada colaboración institucional de las clases dirigentes cubanas. Lo que importa resaltar, para el caso, es que las estructuras económicas y sociales forjadas por la economía de exportación no identificaban los estratos económicos y dirigentes con los intereses colectivos del pueblo. Al levantar las banderas de la independencia y de la formación de un Estado independiente, aquellos estratos sólo completarían la revolución política *si* estuvieran en condiciones de imponer su control militar y su autoridad política a las fuerzas revolucionarias de extracción popular. Esta reflexión comparativa permite entender mejor qué sucedió, de manera reiterada, en el resto de América Latina: en casi todas las situaciones, los estamentos privilegiados no tuvieron necesidad de retroceder porque no se vieron bajo el riesgo probable de tener que llevar la revolución más lejos, hacia los niveles económico y social, si querían completar el ciclo de la transformación de las estructuras de poder en el ámbito de sus intereses particulares. El retroceso, por lo tanto, no presupone la “inviabilidad” de soluciones revolucionarias que no se concretaron. El mismo ilumina la historia: demuestra que, dentro del horizonte económico y político de los estamentos dominantes, o la revolución se concluía sin mayores consecuencias de reorganización de la economía y de la sociedad (interrumpiéndose a nivel político), o bien no se concluiría (es decir, cualquier victoria posible, con base en la actividad de las masas populares y de líderes militares revolucionarios más o menos autónomos, sería condenada al sabotaje). Es por este camino que se descorre *todo el velo*, que en otros países quedó retraído. Los estamentos privilegiados aceptaron la revolución para dar nacimiento a gobiernos bajo su control estricto, lo que provocaba que la transformación del Estado se operara bajo una eclosión revolucionaria circunscripta. Sin embargo, el crecimiento de la Nación fue, por esto mismo,

deliberada y cuidadosamente disociado de la revolución como proceso histórico-social. Ésta tendría que darse de a poco, a lo largo de una evolución conturbada, que llevaría, en diferentes lugares, a los mismos intereses “conservadores” y “antinacionales” a solapar la formación y la autonomización de la Nación.

El segundo aspecto es más importante. Se podría preguntar: dadas las nuevas condiciones del desarrollo capitalista y la transformación de los estamentos señoriales en clases burguesas, ¿la historia no habría, finalmente, cambiado de eje? ¿No les interesaría, más tarde, particularmente a las clases burguesas, corresponder al interés global de las otras clases de llevar la revolución nacional hasta el fin y hasta el fondo (y, con ella, soltar a las otras revoluciones concomitantes)? Sólo en Cuba esa posibilidad histórica se delineó concretamente y sólo por esa experiencia se puede inferir también de forma concreta. Mientras les fue posible, las clases burguesas aprovecharon las oportunidades históricas, culturales y políticas del capitalismo neocolonial y se quedaron con la parte más sucia en la producción del botín y del manejo de la “República mediada”. Bajo el régimen de Batista las cosas llegaron demasiado lejos y varios sectores de la burguesía se desplazaron de sus posiciones. La oportunidad alternativa de una articulación más profunda con *las fuerzas revolucionarias de la Nación* surgió concretamente. Parecía que, bajo el gobierno revolucionario, salido de la victoria de los guerrilleros, se consumiría ese tipo de avance. Sin embargo, el mismo no se dio. Muchos reflexionan sobre el asunto desde una perspectiva unilateral: los propios guerrilleros y la rapidez de la radicalización popular impidieron esa evolución. Ahora bien, es necesario plantear este argumento en su contexto histórico. A través de los estratos de las clases medias y altas, que encontraron la respuesta en el movimiento revolucionario, la burguesía *tuvo la oportunidad pero no la aprovechó*. ¿Por qué? Evidentemente, porque no es una clase revolucionaria en las condiciones históricas de América Latina, porque defiende sus intereses de clase en términos de su vinculación con el capitalismo neocolonial y con el capitalismo dependiente, no siendo siquiera capaz de situarse en una posición de clase que permitie-

ra conciliar aquellos intereses con la autonomía de la Nación, la existencia de una democracia burguesa real y la extirpación de formas subcapitalistas de explotación humana.

No fue la “mala fe” o el “sabotaje” de los guerrilleros lo que bloqueó a la burguesía cubana. Ésta no podía avanzar en la dirección necesaria porque estaba magnetizada por intereses capitalistas *inmovilizantes* que exigían la continuidad del *statu quo ante* (es decir, colisionaban de manera frontal con la revolución). Por su parte, la presión popular de fuerzas proletarias urbanas y agrarias no debe ser tomada como una “maniobra contra la burguesía”. La efervescencia de esas fuerzas marcaba el nivel de la historia, hasta donde la burguesía tendría que avanzar para realizar un trayecto revolucionario completo. La solución por la fuerza bruta, a su favor, estaba excluida. El gobierno revolucionario, fiel a sus compromisos con la descolonización, con la implementación de la democracia y con la independencia de la Nación, le garantizaba eficacia política a la presión popular. Por lo tanto, la cuestión global no es la de una supuesta “debilidad de la burguesía”, sino que es, *concretamente*, de los marcos y del significado de la revolución en América Latina en esta época histórica. La bandera revolucionaria no podría quedar en manos de una burguesía que se plantaba obstinadamente en el mismo circuito histórico de la reacción metropolitana de los Estados Unidos. Aquélla se había desplazado hacia “los de abajo”, se encontraba en manos de las mismas masas populares que exigían que el gobierno revolucionario se lanzara *inmediatamente* a la reforma agraria y a la concreción rápida de los demás fines de la Revolución. Punto final. La página de la historia se dio vuelta completamente, sin la colaboración fructífera de la burguesía como tal. Ésta se había agotado porque la forma de desarrollo capitalista a la cual había atado su destino y su capacidad de acción política no respondía (como nunca respondió) a las exigencias de la situación. Desde que el grueso de la población (es decir, las clases desposeídas y oprimidas) subió a la superficie y pudo exteriorizar para qué venía, la burguesía estaba fuera del juego, y con ella el poder imperial del cual había sido títere.

El tercer aspecto plantea, de hecho, el problema de la revolución en el contexto histórico actual de América Latina. Es un error pensar que la burguesía puede moverse con cierta libertad a través de una posible “reforma del capitalismo”. La principal lección de Cuba es esa. Este país le muestra al resto de América Latina cuál es el camino que puede y debe ser seguido en el presente, presumiblemente en condiciones diversas y mucho más difíciles. La “revolución burguesa atrasada” tiene tres polos distintos: un fuerte polo económico, financiero y tecnológico internacional; un polo burgués nacional dispuesto a correr el riesgo de la “profundización de la dependencia” y lo suficientemente audaz como para explotar esa “última vía” de la transformación capitalista en las condiciones tan inhumanas de la región; una forma absolutista de Estado burgués, tan flexible como para hablar varios lenguajes políticos y tan fuerte como para oscilar rápidamente, al calor de las circunstancias, de la dictadura militar con respaldo civil hacia la “democracia ritual” con respaldo militar. Esos tres polos tienen que relacionarse de modo mucho más complejo que aquel que se evidenció en Cuba bajo la República títere. A medida que la industrialización masiva, la modernización acelerada y el desarrollo concentrador se vayan liberando de los controles rígidos de los períodos de implementación y de maduración, sus efectos, su significado global y todo el conjunto de políticas a las que aquéllos responden tendrán que ser cuestionados. El “diálogo sordo” del *diktat* tendrá que ser reemplazado, a veces más rápidamente de lo que les gustaría a las clases burguesas, y por sobre las posibilidades de “disuasión pacífica” del Estado, por el diálogo verdadero. Por mayor que sea la masificación de la cultura política dirigida, las clases trabajadoras se harán cargo de los canales de diálogo verdadero y el “capitalismo reformado” probará su inconsistencia básica. La perspectiva será la de una existencia dolorosa, con la República títere sujeta de manera permanente a varios endurecimientos sucesivos, a una escala ampliada con respecto de lo que sucedió en Cuba desde el ascenso de Machado hasta la caída de Batista. Al recurrir a cambios de carácter revolucionario, sin ser una clase revolucionaria, la burguesía acepta ese peligro extremo,

mal evaluado por falta de perspectiva política. El inmediatismo es casi siempre ciego. Éste lleva al cálculo de que “quien puede más llora menos”. Pero quien “puede más” por algunos años, o incluso por mucho tiempo, acaba por “poder menos”. Quien no crea en ese razonamiento, que observe el desastre sufrido por la burguesía cubana y por los Estados Unidos desde 1959 hasta 1962, en la veloz evolución de la Revolución Cubana.

Esta discusión puede parecer *biased* o “ideológicamente contaminada”. De hecho, se corresponde positivamente con ciertos valores, con la explicitación necesaria de intereses y de ideales políticos que comparto. Sin embargo, no fui yo quien los puso en el centro de la historia. Sería absurdo pretender analizar una situación histórica tan compleja ignorando todas las fuerzas que exceden la defensa activa o violenta del orden. Ahora bien, todas las fuerzas —contrarrevolucionarias y revolucionarias— merecen ser tenidas en cuenta; ignorar estas últimas equivale a no estar interesado en el futuro... La revolución burguesa atrasada no tiene envergadura para enfrentar y resolver tareas que la revolución burguesa “clásica” sólo ha solucionado parcialmente, en Europa y en los Estados Unidos, en un contexto histórico producido en gran parte por el poder colectivo de acción innovadora y constructiva de la burguesía en ascenso o en consolidación como clase dominante. Además, recién ahora se delinea estructuralmente la capacidad de acción organizada y de presencia colectiva contestataria de las clases desposeídas y oprimidas de América Latina, en lucha por la condición de clase en sí pero con potencial para convertirse rápidamente en clase revolucionaria. Desde una perspectiva “multinacional”, y a partir de una “óptica capitalista conservadora”, parece que las clases burguesas podrán remontarse, desde la propia situación histórica. Se necesitaría solamente soportar la “aceleración del desarrollo”, el momento más difícil, para más adelante poder “ofrecerles a todos recolectar más frutos”. Sucede que ésa no es la historia que parece estar en *proceso real*. ¿Qué significa *ofrecer más* y cuánto podrán *todos* recoger en las funciones de legitimación de un régimen capitalista que tiene que comprar las conciencias de sus enemigos de clase

y debe recurrir permanentemente al *consentimiento impuesto*? Es cierto que el modelo de desarrollo capitalista monopolista le da un respiro a la burguesía. Sin embargo, ese respiro no puede compensar la socavación de la posición de clase dominante que se procesa (y que crece geoméricamente) gracias a la forma persistente de desarrollo capitalista dependiente. Se configura, así, una muralla china para la burguesía, digamos, el equivalente a su castillo feudal. Ésta está atrapada y a merced de la presión de los de abajo, lo que se hará sentir mejor desde el momento en que los efectos positivos y negativos de la industrialización masiva, de la modernización acelerada y del desarrollo concentrador funcionen como factor explosivo de recuperación histórica de situaciones revolucionarias congeladas por la fuerza bruta.

Los requisitos de la acumulación capitalista (y, por lo tanto, de la aceleración del desarrollo económico y de la explotación dual) son también los requisitos de la sustitución de las clases dominantes por clases verdaderamente revolucionarias o, en otras palabras, por el advenimiento de una revolución que no se extinguirá a nivel político. Aun aquí el paralelismo cubano es relevante. La Revolución Cubana revela la naturaleza íntima de la *revolución en avance*, que tiene que disgregar y destruir todo el orden preexistente hasta el fondo y hasta el fin, para echar las bases de la formación y de la evolución históricas de un nuevo patrón de civilización. Los portugueses, los españoles, sus sucesores en el condominio del Estado capitalista “oligárquico” o “autocrático” y sus poderosos aliados imperiales no podrían realizar esa misión. Modernizando, transfiriendo o innovando, ellos estaban reproduciendo el pasado en el presente, creando un futuro que no contenía una auténtica *historia propia*, un genuino *proceso civilizador original*. Éstos sólo podrían brotar tardíamente, en función del surgimiento de clases dominantes revolucionarias salidas de la masa de toda la población y representantes de toda la población.

¿QUIÉN “APROVECHA LAS CONTRADICCIONES” EN LA LUCHA DE CLASES?

El lenguaje de *El manifiesto comunista* es claro: en este texto no se dice que la “lucha de clases” reemplaza a los agentes ni tampoco que las “contradicciones antagónicas” destruyen, por sí mismas, el sistema capitalista de poder. Frente a una clase obrera que apenas si se estaba convirtiendo en *clase en sí* y estaba comenzando a utilizar la lucha de clases para lograr un desarrollo independiente frente a la burguesía, lo que adquiriría importancia era la forma y el sentido de esa lucha, a dónde llevaba ésta, qué le reservaba al capitalismo y a la evolución de la humanidad. Los proletarios tenían que organizarse como clase en sí, pero el desarrollo independiente de ésta, a escala nacional, dependía tanto del desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, del capitalismo, como de la vitalidad económica, social y política de la burguesía. Además, la condición proletaria, producida y reproducida por la apropiación capitalista de la riqueza generada por el trabajo, constituía un sustrato, la base material de la relación antagónica de los proletarios con los dueños del capital y con la sociedad capitalista como un todo. El fermento político revolucionario procedía de la conciencia social que los proletarios adquirieran colectivamente, de que tenían que desarrollarse como clase independiente, enfrentar, reducir y abatir la supremacía burguesa, y conquistar el poder de la burguesía. Ésta venía a ser la óptica comunista del socialismo. Ahora bien, es evidente que no se puede transferir hacia la periferia del mundo capitalista, así como así, semejante visión articulada de la lucha de clases. Ésta era el producto de una larga evolución social. Y las primeras manifestaciones de la condición revolucionaria del proletariado como clase social o bien fueron absorbidas por el orden social competitivo, ampliándose así, concomitantemente, el elemento político intrínseco a la lucha de clases, o bien fueron aplastadas sin piedad por las clases dominantes, demostrándose de esa manera hacia dónde caminaría el “terrorismo burgués”. La cuestión no sería, como se podría suponer desde una perspectiva no marxista, que el mundo capi-

talista de la periferia tendría que “permanecer igual”, antes que nada, al mundo capitalista “conquistador” e *imperial*. Esto sería, para siempre, imposible, pues la historia camina incesantemente y el capitalismo tendría que rehacerse continuamente, en sus polos centrales y más dinámicos. Por lo tanto, ¿cómo se les podría otorgar a los proletarios, dotados de baja capacidad de organización de clase y de un débil potencial de lucha de clases a escala nacional, una fuerte conciencia revolucionaria y una disposición imbatible para llevar a la práctica las tareas políticas del proletariado? A pesar de las desventajas históricas relativas, ¿podría el proletariado trascender a la burguesía, ser él mismo un factor de aceleración y profundización de la revolución burguesa en países en los que las clases dominantes sienten poco entusiasmo por las garantías sociales y políticas inherentes a la forma más avanzada y pura de dominación burguesa, y luchar, al mismo tiempo, por una nueva transformación del orden existente, por la *revolución proletaria*? La respuesta a estas preguntas permitía poner en ecuación, en nuevos términos, la relación histórica entre *democracia burguesa* y *democracia proletaria*, e implantaba dentro del marxismo la convicción de que la periferia, antes de “permanecer igual” al mundo capitalista más avanzado, extraería de su atraso el factor de su avance revolucionario. Ésa es la lógica política del *¿Qué se puede hacer?*

Esta condensación es demasiado sumaria. Pero la misma aclara suficientemente el punto fundamental. En primer lugar, las “contradicciones” no son sólo una construcción abstracta, sino que forman parte de relaciones sociales reales y tienen que emerger como tal en la vinculación de los proletarios con su sociedad. En segundo lugar, las “contradicciones” no impiden que el capitalismo se expanda constantemente y que el poder de la burguesía continúe creciendo, pues forma parte de la lógica íntima del capitalismo y del régimen de clases que éstos tengan que desarrollarse en esas condiciones. En tercer lugar, las “contradicciones” pasan a contar como un factor de *poder real* para los proletarios desde el momento en que se hace posible, para éstos, ensamblar las condiciones de constitución de la clase con las condiciones de lucha

con las clases dominantes; de allí en adelante, el desarrollo del capitalismo expresa, de hecho, su naturaleza antagónica y el poder relativo del capital y del trabajo. En definitiva, las contradicciones pueden ser largamente aprovechadas por las clases dominantes y, al contrario, la existencia de una gran masa de proletarios, por sí sola, no impide que esto se mantenga como una especie de rutina. La misma violencia institucional, generada para mantener tal estado de cosas, acaba siendo instrumental, bien sea para multiplicar las ventajas relativas de las clases dominantes, incluso en la esfera restringida de la acumulación de capital, o para atrofiar la lucha de clases y la capacidad de lucha política de los proletarios, o bien para crear orientaciones conformistas y de acomodación pasiva, por las cuales los proletarios se excluyen del uso consciente y activo de las contradicciones en su provecho colectivo (lo que es engañosamente designado, por las clases dominantes, como “apatía de las masas”). Las burguesías “débiles”, de la periferia, confrontadas simultáneamente por la dominación del capital hegemónico externa y por la presión del trabajo interna, tienden a darle la máxima importancia a la relación interdependiente entre la violencia institucional y una “posición invulnerable” en la lucha de clases, buscando, de esta manera, monopolizar en su provecho el *uso deliberado* de las contradicciones intrínsecas al crecimiento del capitalismo y del régimen de clases. No pretenden, con ello, “retardar la historia”, sino protegerse dentro de la “historia posible”, pues precisan calibrar el terrorismo burgués, que no inventaron, para lidiar con los accidentes fatales y los riesgos catastróficos del capitalismo salvaje.

¿Por qué un rodeo tan grande, una introducción tan extensa? Porque es preciso combatir una “tradición revolucionaria” mecanicista que se ha vuelto verdaderamente letal en los países industrializados de América Latina, y que consiste en dejar que las contradicciones “se acumulen” y “maduren”. ¡Como si de allí pudiese resultar algo útil para el movimiento sindical y obrero! Si éstos se mantienen indiferentes al uso que las clases burguesas hacen de las contradicciones, lo que se acumula y madura no es el desarrollo independiente ni la capacidad de lucha política de

los proletarios como clase, sino su *condición servil* dentro de la sociedad capitalista subdesarrollada. Una relación puramente defensiva (no simplemente adaptativa o pasiva) ya sería suficiente para que, bajo el capitalismo neocolonial y el capitalismo dependiente, los proletarios nunca tuvieran voz ni voto. Ello obliga a una toma de posición firme e inflexible. Las contradicciones que no son aprovechadas activamente por el movimiento sindical y obrero son canalizadas por el sistema capitalista de poder y convertidas en *apatía de las masas*, es decir, en sumisión dirigida. A la acumulación de capital le correspondería, simétricamente, una acumulación multiplicadora de poder político, centralizada en la cima de la clase dominante y en el vértice del Estado; lo que significa trabajar a contramarcha con respecto de las contradicciones, eliminando, suavizando o volviendo inocuo el carácter antagónico de la lucha de clases y permitiendo que la burguesía realice, de una sola vez, la apropiación del producto del trabajo y la expropiación de la voluntad del trabajador. Esa toma de posición *contra la corriente* es aún más imperiosa a causa del modelo de desarrollo capitalista que se está expandiendo en los países capitalistas clave de América Latina, principalmente en Brasil. Bajo el patrón monopolista de desarrollo capitalista, el proletariado adquiere ciertos medios de organización como clase que corresponden al pasaje del período en el que se veía condenado a la extrema impotencia y a la condición de “vagón de cola de la burguesía” hacia el período en que el desarrollo independiente de clase se hace posible y necesario. Sin embargo, una transformación de esa magnitud ocurrió en Europa en el marco de la primera Revolución Industrial. Aquí y ahora es preciso enfrentar una burguesía que puede combinar una gran variedad de formas y de técnicas de terrorismo burgués, que ve en la lucha de clases un elemento político específico de la *desestabilización del orden* y que incorpora el “frente interno de lucha” a la guerra fría, a escala nacional e internacional. En caso de que no haya una valiente disposición a no ceder terreno y una clara conciencia de que el proletariado y las demás clases trabajadoras no pueden ser indiferentes al “control *racional* de las contradicciones” o a

su aparente congelamiento histórico, el movimiento sindical y obrero cometerá un puro suicidio político y dejará en manos de la burguesía una supremacía absoluta. El capitalismo se “osificaría” y el régimen de clases se convertiría en la base social de un sistema estático de poder, una versión moderna del feudalismo (paralelismo que, a la sazón, algunos sociólogos de espíritu crítico, como Veblen, señalaron en su tiempo).

Volvamos a Herbert Marcuse y a su análisis del aplastamiento de las relaciones y estructuras de conflictos en el mundo moderno, capitalista y socialista.⁵ Pienso que la “guerrilla individual” provocó un descarrilamiento de su incomparable facultad de utilizar el pensamiento negativo, conduciéndolo a mezclar explicaciones lúcidas y magistrales con un pesimismo desorientador. En realidad, le tocó llevar la filosofía crítica hasta sus últimas consecuencias; sin embargo, al hacerlo se sumergió en las grandes corrientes históricas actuales, lo que explica por qué entendió sociológicamente tan bien el mundo engendrado por la tecnología avanzada y omitió el hecho de que las contradicciones no pueden ser “evaporadas” en el capitalismo “tardío” ni en el socialismo “naciente”. Si ello fuera posible, ambos sistemas sólo serían diferentes en su apariencia; en el fondo tendríamos dos sistemas tecnocráticos monumentales convexos evolucionando de modo análogo e interdependiente (cuando menos, por motivos de conveniencia y para evitar la destrucción final). Sólo se puede plantear tal hipótesis si se omite la relación de las clases asalariadas en general (no sólo de los estratos proletarios) con la dinámica autodestructiva de la sociedad del capitalismo tardío y de la masa de los trabajadores con la dinámica constructiva de la sociedad del socialismo naciente (destinada a negarse, la disgregación de ésta representa una transformación creadora). Es realmente importante retener este cuestionamiento. Marcuse era demasiado preciso y objetivo como para ignorar que las contradicciones no desaparecerían como *realidad*. Él capta un mo-

⁵ Herbert Marcuse, *One-dimensional Man: Studies in the Ideology of Advanced Industrial Society*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1964.

mento de la desaparición de las contradicciones en la conciencia y en el pensamiento; en suma, su “volatilización” como entidad psicológica y como categoría histórica *actuantes*. La etapa más aguda de la “guerra fría” y los eventos dramáticos relacionados con el nazismo, con el intento de masacre en Vietnam o con la versión “stalinista” del *socialismo en un solo país* parecían absolutizar aquel momento. En realidad, la contrarrevolución burguesa prolongada continúa siendo densa y los dilemas del “socialismo difícil” no se han atenuado. No obstante, parece evidente que el “adormecimiento” de las contradicciones en la conciencia y en el pensamiento, como momento histórico, era expresión de una voluntad que no aparecía del mismo modo en los “dos mundos”, y que las contradicciones reales doblegaron las formas de encuadramiento y de compulsión ideológicas a través de las cuales se pretendía instaurar la cosificación y la estandarización de la conciencia y del pensamiento. El momento de crisis aguda se disipó y la historia no atestigua el “fin de la razón” determinada socialmente; por el contrario...

En el diagnóstico sociológico del “conflicto de clases en América Latina” no es necesario llegar tan lejos... Sin embargo, un largo período de hegemonía casi total de una burguesía neocolonial o dependiente provocó que el “vagón de cola” social y político de las clases dominantes reflejase más la ideología de la burguesía hegemónica de los países capitalistas centrales que su propia situación de intereses de clase como proletarios. El socialismo reformista y las tácticas de apoyo a la burguesía nacional de ciertas corrientes del socialismo revolucionario reforzaron esa tendencia. El riesgo dramático que enfrentamos consiste en un *nuevo sumergimiento*. La incorporación al espacio económico, social y político de las sociedades capitalistas centrales renueva el horizonte cultural de las clases burguesas. Bajo el capitalismo monopolista dependiente podrá ocurrir el fenómeno que se dio bajo el capitalismo competitivo dependiente. Tanto internamente como desde afuera, el escenario está preparado para compatibilizar el crecimiento morfológico de los proletarios como clase en sí con una conciencia de clase “esterilizada” y con dinamismos

de “lucha de clases” desposeídos de cualquier elemento político y de un eje verdaderamente revolucionario. El sindicato “moderno” y “democrático”, que toma como estándar al sindicalismo norteamericano, por ejemplo, entra en esa construcción. Lo mismo se puede decir de los partidos obreros *socialdemocratizados*, que ponen en primer plano el combate al marxismo y a la revolución proletaria, y hacen un énfasis secundario en la óptica verdaderamente socialista y comunista de la lucha de clases. Incluso la izquierda católica, que viene desempeñando el papel más positivo, porque apoya la formación de la clase obrera y su desarrollo independiente, vacila en su terminología política y es contemporizadora frente a las estrategias centrales de la lucha revolucionaria. Es preciso tener mucho cuidado en la discusión de tales asuntos. Sería absurdo no reconocer el progreso eventual de pasar de un período de “apatía fomentada y dirigida” y de “alianzas” nocivas a un “nivel de negociación” en el que el consenso proletario se manifiesta tanto defensiva como agresivamente. Sin embargo, el objetivo político que merece ser perseguido va mucho más allá. Éste consiste en la conquista de los proletarios de la capacidad de enfrentar la supremacía burguesa y de luchar por la conquista del poder *en las condiciones existentes*, de implementación del capitalismo monopolista dependiente, en las cuales es muy difícil combatir simultáneamente el capital nacional y su régimen autocrático-burgués y el capital extranjero y su núcleo imperialista de poder. Ahora bien, ese combate no sólo tiene que existir, sino que debe ser simultáneo si los proletarios quieren alcanzar un desarrollo de clase independiente, encontrar aliados en las clases desposeídas o en las clases medias y ser una alternativa en la lucha por la transformación de la sociedad y por la revolución social.

Ya se ha escrito mucho al respecto del dilema *revolución o barbarie*. Después de Rosa Luxemburgo le tocó a Marcuse retomar los hilos de esa discusión, para poner en evidencia que la barbarie es compatible con un avance jamás soñado en la esfera de la ciencia y de la tecnología, con elevados índices de comodidades materiales y con una robotización de la persona casi invisible.

En lo que se refiere a América Latina, las diversas olas sucesivas de modernización y de expansión local de la *civilización moderna* siempre tuvieron como contracara (no como contrapeso) la persistencia y el refinamiento de la barbarie. La revolución burguesa *atrasada*, concentrada prioritariamente en la apropiación dual del excedente económico, sólo podrá traer promesas lejanas de reducción de la barbarie. Ésta aumentará en extensión el número de quienes participarán intensamente en la civilización moderna de modo real (no compensatorio o residual) y también aumentará, en profundidad, la eficacia del patrón capitalista de civilización moderna entre quienes entren en el circuito activo de los flujos y reflujos de esa civilización en las condiciones variables de América Latina. Sin embargo, ¿qué se podría decir de la barbarie que pudiera resultar de esto si las poblaciones pobres y las clases trabajadoras no estuvieran armadas para luchar por sí mismas y por la HUMANIDAD de explotados y explotadores? Con frecuencia me sorprendo pensando acerca de esta cuestión y establezco paralelismos, por ejemplo, entre lo que sucedió en Cuba antes de la Revolución y lo que podrá suceder en América Latina bajo los tentáculos de una dependencia cuya voracidad sin límites ha quedado demostrada concretamente en México y en Brasil (por mencionar dos “casos clásicos”): la ilusión de lo *made in Brazil*, las inconsecuencias y las extravagancias del consumismo, la corrupción moral y mental de la persona, la interiorización plena del agente dominador, de sus intereses inhumanos, de sus corporaciones, mercados y poder, etc. ¿Habremos vuelto a la época de la Conquista, sólo que ahora de forma mucho más alarmante y disolvente? Los intelectuales y las universidades permanecen ciegos ante este proceso, razón por lo cual ellos mismos están siendo *internacionalizados*, “cooptados” y destruidos por la enajenación. Sólo resta una esperanza, y ésta proviene del socialismo. Éste es el motivo de la importancia prioritaria de los “humbles”, los únicos que podrán sacar a sus países de la avalancha devastadora que sigue a la peculiar activación que el capitalismo monopolista inyecta en las sociedades burguesas dependientes y subdesarrolladas.

Ese dilema tiene mucho que ver con una redefinición de las rutas preestablecidas de los partidos y movimientos de izquierda. En la etapa actual, la transición hacia el socialismo ha creado un campo de apoyo para las revoluciones proletarias. Pero este campo tiende a forjar, concomitantemente, perplejidades y divisiones que son funestas y paralizantes. ¿Qué movimiento sindical y obrero podrá vencer las presiones directas e indirectas de fragmentación, desencadenadas por las clases burguesas internas y externas, en un estado de controversia “dogmática” permanente y de luchas intestinas sin fin? Es necesario volver, en toda su pureza, a la óptica de *El manifiesto comunista*, para combinar con realismo la revolución dentro del orden y la revolución contra el orden. No se trata de separar lo que es “táctico” de lo que es “estratégico”. En una sociedad capitalista atrasada, los proletarios y sus aliados pueden movilizar las dos especies de transformación y sólo tienen por ganar el hecho de impedir que el control de las *transformaciones capitalistas* quede concentrado en la cima, en manos de la burguesía, o que la lucha por la revolución social sólo sea protagonizada por pequeñas vanguardias, con frecuencia más extremistas que revolucionarias. Los aspectos “táctico” y “estratégico” atañen a los medios de concebir las dimensiones de la lucha política y de concretarla. Por lo tanto, sin desvincular el proceso revolucionario de América Latina de otras revoluciones victoriosas y de su experiencia práctico-teórica, es imperioso *acabar con la tendencia de convertir nuestros países en caja de resonancia de dogmatismos revolucionarios exclusivos*. La multipolarización dentro del campo socialista debe ayudar a vencer conflictos de lealtad que no tienen razón de ser. En este punto, es tan aconsejable saber combinar el potencial de lucha de los socialistas reformistas y de los socialistas revolucionarios, como necesario conocer el momento en el cual la coalición deja de ser productiva para convertirse en una bota de plomo.

Estas reflexiones no pueden ser concluidas sin un ataque franco a lo que se podría llamar *radicalismo compensatorio* y *socialismo de fachada*. “Primero vivir, después filosofar”. ¿Cómo no? Tenemos una inmensa variedad de “laboristas”, “anarquistas” o

“socialistas” que, de hecho, buscan formas de enajenación (o de liberación) de las prisiones y de los subterráneos de la conciencia burguesa. No todos operan como equivalentes funcionales del caballo de Troya. No obstante, gran parte de ellos ni ha roto ni pretende romper con la sólida investidura burguesa. No son compañeros de camino, sino factores de desvío (que se multiplican por su disponibilidad a los “modismos socialistas” surgidos en las universidades europeas y norteamericanas). El problema serio que surge aquí no es de excomunión y de exclusión; es de socialización política. La ausencia de un sólido movimiento socialista produjo esa anomalía, esa intensa y extensa proliferación de “cornetas de órdenes”. No se pueden ignorar la inquietud potencial ni el desarraigo, por lo menos incipiente, que los llevan a buscar “banderas” radicales y socialistas. Sin embargo, no hay cómo mantener la solidez de un movimiento socialista (o por lo menos intentar forjar un movimiento socialista sólido) sin reducir el impacto cuantitativo de los compañeros “sin ruta definida”. Se puede o no militar en un determinado partido de izquierda (ésta no es una cuestión fácil de resolver en la situación en que nos encontramos); pero no se puede estar “disponible” y “oscilar”, engendrando para las izquierdas una valoración negativa que no procede de los comportamientos de los militantes obreros, sino de las exterioridades de los supuestos compañeros de punta. El socialismo compensatorio y el de fachada engendran falsas identidades y la terrible impresión de que “todas las clases son iguales”, “todas las transformaciones, posibles”, lo que contribuye a “plantar” el socialismo en suelo burgués, en donde fenece rápidamente y no tiene cómo crecer como una fuerza revolucionaria. Como diría Lenin: ¡una infección pequeñoburguesa del marxismo!

La base de sustentación de la discusión se concentró en la necesidad histórica que particulariza a la lucha de clases en Brasil. Las “contradicciones” no hacen la revolución *en lugar* de la clase obrera. Para acabar con las seudorrevoluciones y con las revoluciones interrumpidas de las clases dominantes —o, algo más importante hoy en día, para enfrentar y vencer la contrarrevolución burguesa— es preciso crear una relación inteligente y revolucio-

naria con las contradicciones en la masa obrera, en la vanguardia de las clases trabajadoras, en las actividades de los sindicatos y de los partidos obreros, etc. No siempre la burguesía sabe o, si sabe, es capaz de anticiparse a los efectos previsibles (o imprevistos) de las contradicciones. Sin embargo, el espacio económico, social y político de la conciencia burguesa es dado por el orden existente. Los *controles normales* por sí solos ya establecen una fuerte capacidad de autodefensa y de contraataque. Los proletarios tienen que minar ese espacio y desintegrarlo para abrir dentro de él posiciones propias o para conquistar, contra él, un espacio económico, social y político independiente. Del mismo modo que la burguesía intenta fragmentar el movimiento obrero y desintegrar los medios de lucha del proletariado, las clases obreras deben golpear a las clases poseedoras y a sus estratos dominantes, lo que les es muy difícil, pues ellas cuentan con una protección que comienza en la empresa y termina en el Estado. El conocimiento preciso de las contradicciones y su aprovechamiento inteligente, organizado y despiadado es vital, pues, para el movimiento obrero. O bien permanece como vagón de cola del movimiento burgués, como su “otro invertido”, o si no, avanza por el terreno espinoso de lanzar las contradicciones contra el orden existente, para mejorarlo o para destruirlo. Esto significa *salir de sí mismo*, realizar las funciones negadoras intrínsecas al movimiento obrero, hacer que la sociedad capitalista salte de una revolución que abortó a otra revolución que comenzará *llevando todas las contradicciones existentes a su disolución completa y final*.

Apéndice LA ESCUELA Y LAS AULAS¹

Con vistas a la próxima elaboración de la nueva ley de directrices y bases de la educación nacional, es fundamental que se revisen las prácticas imperantes en nuestra enseñanza, principalmente en los niveles primario y secundario. A finales del siglo pasado comenzamos importando ideas francesas; más tarde también intentamos “reproducir” lo que nos pareció que era la enseñanza primaria norteamericana y el enciclopedismo iluminista de la secundaria francesa. En ambas imitaciones fallamos. Las instituciones importadas no pueden ser redefinidas en su significado, estructuras y funciones fuera de su contexto psicosocial y cultural. Empobrecemos las instituciones, las prácticas que éstas engendran y su rendimiento pedagógico. El medio brasileño se reveló muy árido, la mentalidad imperante demasiado tosca —autoritaria al extremo— y redujo al profesor a los papeles mínimos de transmisor pasivo del “saber” importado, y a los alumnos a aquello que los filósofos y los educadores críticos denominaron, negándola, la célebre “página en blanco”. En algunos estados y en determinadas ciudades se alcanzó un estándar de calidad sufrible, pero

¹ Artículo publicado en el *Jornal de Brasilia* el 23 de marzo de 1989. Texto extraído, para la presente edición, de Florestan Fernandes, *O desafio educacional*, São Paulo, Cortez, 1989, pp. 22-24.

a costa de una relación represiva entre profesores y alumnos que los deformaba a ambos. Las aulas eran alejadas del núcleo de la gran experiencia pedagógica. La escuela se acercaba más a las instituciones punitivas y carcelarias que a la esencia elemental de una pedagogía del aprender haciendo. En el grupo escolar en el que estudié durante tres años, antes de finales de la década de los treinta, la vicedirectora se quedó una vez con la oreja de un alumno en la mano. No había previsto que sus uñas largas provocarían un corte de navaja... En otros lugares ni siquiera se llegó a esa violencia represiva de una escolarización pobre, autoritaria y fundada en una jerarquía devastadora de edad y de clase, sino sólo al crecimiento de la ignorancia y de la brutalidad que privaba a las generaciones ascendentes del aprendizaje sistemático.

Hubo cambios, pero fueron pocos. ¿Qué se podía esperar de la enseñanza en una sociedad en la cual la inmensa mayoría se mantenía excluida de la educación escolarizada, en la cual la madre de un alumno se acerca al director, como lo hizo la señora Maria Fernandes, para recomendarle: “Señor, haga de él un hombre y castíguelo como si usted fuera su padre”? Después de más de 50 años, las cosas se modificaron. Pero la “revolución en la escuela y por la escuela” quedó en las utopías de los pioneros de la escuela nueva y de los pedagogos que los sucedieron. La escuela —y a través de ella, las aulas— continuó atada a una concepción predatoria de la persona a la que se le *da órdenes*. La burocratización creó ardides y abismos imprevisibles y seguimos careciendo de una filosofía de la educación democrática, que florezca de abajo hacia arriba (de las aulas hacia la escuela y de ésta hacia la sociedad y las terribles “autoridades educativas”), y de adentro hacia fuera (de las aulas y de la escuela hacia la comunidad y la sociedad civil como un todo).

Hoy en día, lo importante no es lo que la nueva ley podrá hacer para acabar con las huellas de una pedagogía al revés, pervertida, sino lo que podrá ser para generar, desde nuestros días, una educación escolarizada arraigada en la escuela y nucleada en las aulas. No alcanza con remover los “excesos” de la centralización, que reemplazan la relación pedagógica por la relación de poder. Es

necesario construir una escuela autosuficiente y autónoma, capaz de crecer por sus propios dinamismos. Hay que otorgarles a las aulas la capacidad de operar como el *experimentum crucis* de la práctica escolar humanizada, de la liberación del oprimido, de la descolonización de las mentes y de los corazones de profesores y alumnos, de la integración de todos en las corrientes críticas de vitalización de la comunidad escolar y de transformación del medio ambiente social.

Nuestra pedagogía quedó atada al pseudolegalismo de una educación subcapitalista. La ley le dio continuidad a la dominación férrea de las elites de los señores de esclavos —más tarde, de los hacendados burgueses, de los comerciantes de los grandes negocios de exportación, de importación y de los industriales nativos y “multinacionales”... Ahora bien, ésa no es la función necesaria de la ley. La hegemonía preburguesa y subburguesa en la escuela pasó por la instrumentación de los bachilleres, por la burocratización que llegó, incluso, a involucrar al presidente de la República en el nombramiento de “rectores electos” (¡qué horror!) y también por la reducción de los docentes a la condición de siervos del poder, de agentes de la dominación de clases verdaderamente ciega de los de arriba.

La ley, si la sociedad civil se civiliza y se democratiza, tiene por objetivo pugnar por la extinción del servilismo, de los privilegios y del clientelismo bárbaro, que no reconoce ni respeta límites. ¡Hasta el voto se convirtió, en muchos lugares, en una mercadería! El “dueño” del poder compra el voto y con éste elabora la democracia a su imagen.

Es por eso que las aulas están en la raíz de la revolución social democrática: o forman al hombre libre o permaneceremos entregados, de forma mistificadora, a un antiguo régimen que dispone de artificios para readaptarse continuamente a las transformaciones de la economía, de la sociedad y de la cultura. Disociar a las aulas de su empobrecimiento y deterioro brutales es la salida para generar la escuela del nuevo tipo que, a su vez, desencadenará y profundizará *la renovación de mentalidad de la que carecen los de abajo y los de arriba*.

Se le ha dado mucha importancia a la cima, a los organismos del aparato del Estado (al ministerio y a las secretarías de educación; a los consejos de educación federal y de los estados, etc.), ignorándose que ese Estado se ponía al servicio de causas estrechas, más empeñado en la “defensa del orden” (y de los privilegios que le atribuye a una minoría), que en la educación. Debemos dar un giro de 360 grados y colocar el foco vital en donde éste debe estar: en las aulas, en las relaciones entre profesores y alumnos y en el influjo que tal situación provocará sobre la transformación de la sociedad por la escuela (y viceversa).

BIBLIOGRAFÍA DE FLORESTAN FERNANDES

LIBROS

- A organização social dos Tupinambá*, São Paulo, Instituto Progresso Editorial, 1949; 2ª.ed., São Paulo, Difusão Européia do Livro, 1963.
- A função social da guerra na sociedade Tupinambá*, São Paulo, Museu Paulista, 1952; 2ª ed., São Paulo, Pioneira, 1970; 3ª ed., São Paulo, Globo, en prensa.
- A etnologia e a sociedade no Brasil: ensaios sobre aspectos da formação e do desenvolvimento das ciências sociais na sociedade brasileira*, São Paulo, Anhembi, 1958.
- Branços e negros em São Paulo* (en colaboración con Roger Bastide), São Paulo, Editora Nacional, 1959; 4ª ed., São Paulo, Global Editora, 2008 (presentación de Fernando Henrique Cardoso).
- Ensaio de sociologia geral e aplicada*, São Paulo, Pioneira, 1959; 3ª ed., 1976.
- Fundamentos empíricos da explicação sociológica*, São Paulo, Editora Nacional, 1959; 2ª ed., 1967; 3ª ed., Rio de Janeiro, Livros Técnicos e Científicos, 1978; 4ª ed., São Paulo, T.A Queiroz, 1980; 5ª ed., São Paulo, Globo, en prensa.
- Mudanças sociais no Brasil: aspectos do desenvolvimento da sociedade brasileira*, São Paulo, Difusão Européia do Livro, 1960;

- 2ª ed. revisada, con ensayo introductorio, 1974; 3ª ed., 1979; 4ª ed., São Paulo, Global Editora, en prensa.
- Folclore e mudança social na cidade de São Paulo*, São Paulo, Anhembi, 1961; 2ª ed., Petrópolis, Vozes, 1979; 3ª ed., São Paulo, Martins Fontes, 2004 (presentación de Maria Arminda do Nascimento Arruda).
- A sociologia numa era de revolução social*, São Paulo, Editora Nacional, 1962; 2ª ed. ampliada, Rio de Janeiro, Zahar, 1976; 3ª ed., São Paulo, Globo, en prensa.
- A integração do negro na sociedade de classes*, São Paulo, Dominus Editora, 1965, 2 v.; 3ª ed., São Paulo, Ática, 1978, 2 v.; 3ª ed., São Paulo, Globo, en prensa.
- Educação e sociedade no Brasil*, São Paulo, Dominus, 1966; 2ª ed., São Paulo, Globo, en prensa.
- Sociedade de classes e subdesenvolvimento*, Rio de Janeiro, Zahar, 1968; 2ª ed., 1972; 3ª ed., 1975; 4ª ed., 1981; 5ª ed., São Paulo, Global Editora, en prensa.
- Elementos de sociologia teórica*, São Paulo, Editora Nacional, 1970; 2ª ed., 1974.
- O negro no mundo dos brancos*, São Paulo, Difusão Européia do Livro, 1972; 2ª ed., São Paulo, Global Editora, 2008 (introducción de Lilia Moritz Schwarcz).
- Capitalismo dependente e classes sociais na América Latina*, Rio de Janeiro, Zahar, 1973; 2ª ed., 1975; 3ª ed., 1981; 4ª ed., São Paulo, Global Editora, en prensa.
- A investigação etnológica no Brasil e outros ensaios*, Petrópolis, Vozes, 1975; 2ª ed., São Paulo, Global Editora, en prensa.
- A revolução burguesa no Brasil: ensaio de interpretação sociológica*, Rio de Janeiro, Zahar, 1975; 2ª ed., 1976; 3ª ed., 1981; 4ª ed., São Paulo, Nova Aguilar, 2000; 5ª ed., São Paulo, Globo, 2007 (prefacio de José de Souza Martins).
- Universidade brasileira: reforma ou revolução?*, São Paulo, Alfa-Ômega, 1975; 2ª ed., 1979.
- Circuito fechado: quatro ensaios sobre o “poder institucional”*, São Paulo, Hucitec, 1976; 2ª ed., 1977; 3ª ed., São Paulo, Globo, en prensa.

- A sociologia no Brasil: contribuição para o estudo de sua formação e desenvolvimento*, Petrópolis, Vozes, 1977; 2ª ed., 1980.
- As classes sociais na América Latina*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1977.
- A condição de sociólogo*, São Paulo, Hucitec, 1978.
- O folclore em questão*, São Paulo, Hucitec, 1978; 2ª ed., 1989; 3ª ed., São Paulo, Martins Fontes, 2005 (presentación de Maria Arminda do Nascimento Arruda).
- Da guerrilha ao socialismo: a revolução cubana*, São Paulo, T. A. Queiroz, 1979; 2ª ed., São Paulo, Expressão Popular, 2007 (prefacio de Antonio Candido).
- Apontamentos sobre a “teoria do autoritarismo”*, São Paulo, Hucitec, 1979.
- Brasil, em compasso de espera: pequenos escritos políticos*, São Paulo, Hucitec, 1980.
- A natureza sociológica da sociologia*, São Paulo, Ática, 1980.
- Movimento socialista e partidos políticos*, São Paulo, Hucitec, 1980.
- Poder e contrapoder na América Latina*, Rio de Janeiro, Zahar, 1981.
- O que é revolução?*, São Paulo, Brasiliense, 1981 (seis ediciones).
- “O que é revolução?”, en Fernandes, Florestan e Prado Jr., Caio, *Clássicos sobre a Revolução Brasileira*, São Paulo, Expressão Popular, 2000 (presentación de Plínio de Arruda Sampaio Jr y Plínio Arruda Sampaio).
- A ditadura em questão*, São Paulo, T. A. Queiroz, 1982 (dos ediciones).
- A questão da USP*, São Paulo, Brasiliense, 1984.
- Que tipo de república?*, São Paulo, Brasiliense, 1986 (tres ediciones); São Paulo, Globo, 2007 (prefacio de Fábio Konder Comparato).
- Nova república?*, Rio de Janeiro, Zahar, 1986 (tres ediciones).
- A constituição inacabada: vias históricas e significado*, São Paulo, Estação Liberdade, 1989.
- O desafio educacional*, São Paulo, Cortez, 1989.

Pensamento e ação: o PT e os rumos do socialismo, São Paulo, Brasiliense, 1989; São Paulo, Globo, 2006 (presentación de Paulo Henrique Martinez).

O significado do protesto negro, São Paulo, Cortez, 1989.

A transição prolongada, São Paulo, Cortez, 1990.

O PT em movimento: contribuição ao I Congresso do Partido dos Trabalhadores, São Paulo, Cortez, 1991.

Democracia e desenvolvimento: a transformação da periferia e o capitalismo monopolista da era atual, São Paulo, Hucitec, 1994.

A contestação necessária, São Paulo, Ática, 1995.

Em busca do socialismo, São Paulo, Xamã, 1995.

ANTOLOGIAS

Comunidade e sociedade no Brasil: leituras básicas de introdução ao estudo macro-sociológico do Brasil (organizador), São Paulo, Editora Nacional, 1972; 2ª ed., 1975.

Comunidade e sociedade: leituras sobre problemas conceituais, metodológicos e de aplicação (organizador), São Paulo, Editora Nacional, 1973.

Lênin (organización e introducción), São Paulo, Ática, 1978.

K. Marx, F. Engels: história (organización e introducción), São Paulo, Ática, 1983.

OBRAS TRADUCIDAS DEL PORTUGUÉS A OTROS IDIOMAS

La guerre et le sacrifice chez les Tupinambá, Paris, Musée de l'Homme, 1952.

Fundamentos empíricos de la explicación sociológica, México, UNAM, s. f.

The Negro in Brazilian Society, New York, Columbia University Press, 1969; New York, Atheneum, 1971.

Las clases sociales en América Latina (en coautoría con Nicos Poulantzas y Alain Touraine), México, Siglo XXI Editores, 1973.

Die Integration des negers in die klassengesellschaft, München,
Wilhelm Fink, 1977.

La revolución burguesa en Brasil, México, Siglo XXI Editores,
1978.

Impreso en Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno 162-1, col. Granjas Esmeralda
09810 México, D.F.
El tiraje consta de 1,000 ejemplares y sobrantes
Se terminó de imprimir el 18 de septiembre de 2015.